
El Exterminio de una Tribu

Emilio Salgari

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 2262

Título: El Exterminio de una Tribu

Autor: Emilio Salgari

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 23 de febrero de 2017

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

CAPÍTULO I. UNA NOCHE TERRIBLE

Un perro lanzó un ladrido feroz, agudísimo, lúgubre, que señalaba seguramente un imprevisto peligro que avanzaba a través de la peligrosa pradera.

En una cabaña construida a estilo canadiense a algunos centenares de pasos del Middle Loup, afluente del North Platte, uno de los principales cursos de agua que surcan el Estado de Nebraska, se encendió al momento una luz.

Dos hombres que debían dormir como los gendarmes, es decir, con un ojo abierto y las orejas tendidas, se precipitaron fuera de los camastros, aferrando sus *rifles*.

Como arriba decimos, encendieron en el acto una linterna grande de las llamadas de marina.

La cabaña era modestísima, una verdadera cabaña de corredores de las praderas. Gruesos troncos de abeto formaban las paredes, el techo dejaba paso a la lluvia; por muebles había una sola mesa con cuatro taburetes cojos contruidos con ramas de *pino*.

Los dos hombres que a los ladridos del perro se habían arrojado fuera de sus camastros, no se semejaban en modo alguno.

Uno tenía lo menos sesenta primaveras sobre su espalda, pero a pesar de tantos años, todavía se conservaba erguido, robustísimo y en condiciones de galopar veinticuatro horas seguidas, o de aceptar una partida de boxe con un individuo mucho más joven, con la seguridad de abatirle.

Llevaba el pintoresco traje de los *indian-agents*: chaquetón

de paño azul, grueso, con muchos cordones y flecos, calzón de piel de gamo sin curtir, mocasines con adornos de varios colores, y al exterior, en lugar de las cabelleras humanas que usan los indios, iban guarnecidos con sutilísimas tiras de piel que caían sobre dos enormes espuelas de plata.

En la cabeza llevaba un amplio sombrero, que no se quitaba acaso ni para dormir y que cubría una cabellera rojiza y larga, de dudosa procedencia.

Su compañero no tendría arriba de cuarenta años. Era alto, también robustísimo, de color bronceado, con ojos negros y labios gruesos. Se vestía con el traje no menos pintoresco de los corredores de las praderas: sombrero blanco con adornos de plata, blusa de piel amarilla sujeta por ancho cinturón, también de piel, calzón de paño azul y altas botas a la ecuyere. En el momento de encender la lámpara marina, se volvió a oír el ladrido del perro.

Era un ladrido agudísimo, que participaba del aullido del perro y del de el lobo, lleno de ferocidad.

Los dos hombres se miraron con ansiedad, empuñando las carabinas.

—John —dijo el más joven—, Curlam ha dado la voz de alarma. ¿Regresarán ya, o esos malditos sioux, convertidos ahora en *Selvas Ardientes*, habrán descubierto nuestra refugio e intentan asarnos aquí dentro?

»El recinto y la cabaña están formados de troncos de pino impregnados de resina. ¡Vaya una hoguera!...

El *indian-agent* sacudió la cabeza; después dijo:

—Mi perro no se engaña. Curlam tiene un olfato admirable.

—Ya lo he comprobado.

—Harry, salgamos. No podremos pasar la noche tranquila.

»O son ellos que vuelven con mi cabellera y la de Minnehaha, o son los *Selvas Ardientes*, que intentan hacernos probar las delicias de la fuga a través de los bosques incendiados.

De una patada abrió la puerta, que no estaba asegurada ni siquiera con la traviesa, tomó la linterna y salió, seguido por su compañero.

Como acostumbraban entonces los colonos americanos perdidos en las soledades de Nebraska, inmenso territorio casi virgen todavía, sobre el cual se habían arrojado las últimas tribus de los *sioux*, la cabaña estaba circundada por una empalizada bastante alta, muy fuerte y con gruesos traveses, capaz de oponer una larga resistencia hasta a los golpes más violentos.

Un gran perro, un verdadero mastín español, descendiente probablemente de los que se habían importado ten las colonias del Sur para la caza de los esclavos, de pelaje rojizo y mandíbulas extraordinariamente desarrolladas, estaba con el hocico apoyado contra el recinto, olfateando rumorosamente el aire nocturno.

Agitaba las orejas febrilmente, ora alzándose, ora bajando, erizándosele de vez en cuando el pelo, pareciendo dispuesto a lanzarse contra un enemigo que él solo advertía.

—¿Qué hay Curlam? —le preguntó el *indian-agent* dándole palmadas sobre su ancho lomo—. ¿Qué es lo que le inquieta?

El mastín volvió la cabeza, lanzó su aliento como una nubecilla de humo, a la cara del amo, por ser la noche tan fría que Congelaba el aliento, le miró; un momento con sus ojos inteligentísimos, y después ladró en voz baja por tres veces.

—Ya le entiendo —dijo el *indian-agent*—. Tú me señalas algunos malditos gusanos rojos.

»Repítelo, pero primero escucha bien, Curlam, porque podrías equivocarle.

El perro olfateó con insistencia el aire helado que el viento de Septentrión empujaba a través de la inmensa pradera, cubierta de nieve, después lanzó un solo ladrido.

—Hombres blancos —dijo John—. Ese es tu modo de señalarles. Ya ves que te habías equivocado.

Pero de pronto el mastín, para hacer comprender mejor a su amo que no se trataba solamente de hombres blancos, repitió los tres ladridos del principio.

El indian-agent hizo una mueca de cólera.

—Hombres blancos y gusanos rojos —dijo—. Tu hermano Harry y el señor Devandel son perseguidos por los Selvas Ardientes.

—¿Cómo lo sabes tú, John? —preguntó el corredor de praderas, haciendo un gesto de extrañeza.

—He enseñado a mi perro a olfatear a distancia a los hombres blancos, a las fieras y a los indios, nuestros tres mayores enemigos, porque tú sabes cuántos bribones de rostro pálido se agitan en los Estados todavía casi vírgenes, y que acaso no son menos peligrosos que los gusanos rojos.

—Ya me acuerdo de Sandy-Hook.

—Ahora mi perro ha ladrado la primera vez, y después ha emitido tres ladridos. Si hubiese ladrado dos veces, habría señalado la proximidad de algún oso gris, o de alguna otra grande y peligrosa alimaña.

»Me arrepiento de haberles dado a tu hermano y al señor Devandel permiso para que hicieran un rápido reconocimiento del nuevo campo de los Sioux.

—¿Temes un ataque?

—Con seguridad, los dos jóvenes han cometido alguna imprudencia y les han perseguido.

»La noche no pasará con tranquilidad, te lo digo yo, Harry, y mañana por la mañana, nuestro refugio, que habitamos hace sólo algunas semanas, estará convertido en una hoguera.

—¿Y nosotros estaremos asados como chuletas de bison?

—preguntó el corredor, riendo.

—No bromeemos, Harry —respondió el *indian-agent* con gravedad—. No es ahora ocasión de ello.

—Hemos luchado desde hace tantos, años con los pieles rojas...

—Es verdad.

—Además, te hemos ofrecido recuperar tu cabellera. ¡Quítate esa peluca que tan mal te sienta!

El *indian-agent*, con un brusco movimiento, se arrancó el sombrero mejicano que le cubría la cabeza y se quitó la hermosa peluca negra que le colgaba hasta la, espalda.

A los ojos del corredor se ofreció un espectáculo horrible, aunque no nuevo para él.

El cráneo del pobre *indian-agent* no tenía ni un cabello.

Su piel, de sanguinolento color, se había arrugado aquí y allá de un modo horrible. El *scalp*, la operación de los mutiladores indios, había funcionado sobre su cabeza.

—Ya llegará la mía —dijo con voz ronca—, aunque yo no tengo que subir a las praderas celestes del buen Manítú, porque no soy piel roja.

»Pero tengo tiempo para esperar mi venganza.

»Ya sabes que cuando los corredores de las praderas prometen, cumplen.

—¿Y el hijo del coronel?

—Es un oficial del ejército americano de las fronteras y que venga a su padre.

—¡Minnehaha es su hermana!...

—Sangre india, sangre traidora. Si mañana ese demonio del manto blanco pudiese coger al hijo del coronel, la *Desolladora* no le perdonaría.

En aquel momento, Curlam, el enorme mastín, que continuaba olfateando el aire, dejó oír primero un tenue ladrido, y después de un momento, otros tres, más bajos, más profundos.

—Indios y hombres blancos —dijo el *indian-agent*—. Curlam nunca se equivoca.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Harry.

El *indian-agent* experimentó un sobresalto. En la pradera, cubierta de una dura capa de nieve, habían retumbado dos disparos de fusil, seguidos poco después por aullidos agudísimos, que sin embargo, no tenían nada de terribles.

A pesar de todo lo que se ha escrito sobre el grito de guerra de los pieles rojas, no tiene nada de espantoso, antes parece un concierto de perros, más o menos rabiosos, pero nada más.

—Harry —dijo el *indian-agent*, que parecía presa de viva emoción—. ¿Has oído?

—Lo mismo que tu perro.

—Dirígete al río y mira si la barca está todavía en buen estado. Temo que el gran peso del hielo la haya desfondado.

¿Quieres que te acompañe?

—¿Cómo?... Dame un pedazo de candela. Yo no tengo miedo cuando llevo en la mano mi fiel rifle y a la cintura mis dos revólveres Colt, con seis balas cada uno.

»Con ellos tengo en mis manos las vidas de trece hombres... ¡La candela, John!...

El *indian-agent* volvió a entrar en la cabaña y entregó al corredor un «ojo de buey», que podía servirle mejor, a pesar del fuertísimo viento que soplaba impetuoso sobre la helada pradera. Curlam ya no ladraba. El río del Lobo, que corría a cien pasos apenas, detrás de la cabaña, murmuraba siniestramente, arrastrando entre sus ondas blanquecinas enormes témpanos de hielo.

Harry cogió el «ojo de buey», se armó con su fiel rifle y salió por la estrecha puertecilla que se abría detrás de la cabaña.

John, a su vez, había vuelto a su guardia tras, el recinto conteniendo a Curlam por su grueso collar de hierro.

Sus miradas interrogaban ansiosamente la blanca pradera, que se extendía hasta perderse de vista hacia Septentrión.

De cuando en cuando sacudía la cabeza como poco convencido por aquella calma, solamente interrumpida por leí aullido lejano de algún hambriento lobo.

Apenas transcurrido un minuto desde que el corredor se había dirigido al río, cuando hacia el Norte retumbaron dos secas detonaciones, indudablemente dos disparos de carabina.

Curlam lanzó un ladrido larguísimo y, después, de un breve intervalo, otros tres.

—Te entiendo, Curlam —dijo John, sacudiendo nuevamente la cabeza—, hombres blancos y gusanos rojos.

»Veremos quiénes son los primeros que se ponen al alcance de nuestros infalibles rifles.

Un ligero rumor le hizo volver la cabeza.

Harry, el corredor de las praderas, Volvía, iluminando su camino con el «ojo de buey».

—John... —preguntó—, ¿quién ha disparado?

—Supongo que tu hermano y el señor Devandel.

—¿Les persiguen?

—¡Quién lo sabe!... Únicamente mi perro podría decirlo. ¿Y la barca?

—Perdida.

—¿Perdida, dices?

—Enormes troncos de árbol han caído sobre los témpanos y la han desfondado.

—¿Troncos de árbol?

—Sí, John. Lo menos hay veinte derribados en la orilla.

—Entonces nos servirán como chalupas —respondió tranquilamente el corredor—. Tenemos hachas y sabremos guiarlos. Al frío ya estamos acostumbrados.

—¿Oyes?

Un griterío ferocísimo rompía el gran silencio que peinaba sobre la blanquecina pradera, siguiéndole otros dos disparos de carabina.

—Ya llegan —dijo el *indian-agent*—. Mañana nuestra cabaña estará convertida en cenizas. Vamos al río antes de que nos corten la retirada. Harry, toma tu rifle y sígueme. Te juro,

que si podemos hemos de dar un buen golpe a esa maldita Minnehaha.

—¿Y nuestros caballos?

—No nos servirían en este momento. Nuestra salvación está en los hielos del río. Ábreles la puerta de la cuadra y déjales escapar. Ya encontraremos otros.

El corredor obedeció con presteza, y un momento después, dos hermosos caballos, completamente enjaezados, se lanzaban al campo, relinchando alegremente.

—Aquí estoy, John —respondió Harry, oyéndose llamar.

—No tenemos un momento que perder. ¡A mí, Curlam!...

Se deslizaron bajo la pequeña puertecita, no sin haber tenido antes la precaución de tomar dos sólidas hachas para guiar los árboles, y se lanzaron afuera, gritando:

—¡Jorge!... ¡Señor Devandel!... ¡Al río!... ¡Al río!...

Dos jinetes llegaban a la cabaña, a carrera desenfrenada, disparando de cuando en cuando un tiro de carabina.

Tras ellos, y a una distancia de trescientos o cuatrocientos metros, galopaban algunos jinetes que contestaban a los disparos.

—¡Ladra, Curlam! —dijo el *indian-agent*.

El perro se puso a ladrar furiosamente, señalando así a los dos jinetes el camino que debían seguir, y que no era el de la cabaña.

El *indian-agent* y el corredor, que se servían del «ojo de buey», acababan de llegar a la alta orilla del río, que descendía rapidísima, toda cubierta de césped blanqueante de nieve, cuando se les echaron encima los dos jinetes que llegaban.

—¡Jorge!... ¡Señor Devandel!... ¿Son ustedes efectivamente?
—preguntó John, quien se había vuelto apuntando con su rifle.

—Sí, somos nosotros —respondió uno de los dos—. Traemos lo menos cincuenta Selvas Ardientes a las espaldas, y les guían Minnehaha y Nube Roja.

—¡Desgraciados!... ¡Os habéis dejado sorprender!...

—Es verdad, John, pero te aseguro que de todos modos nos hubieran descubierto dentro de pocos días.

—Le creo, señor Devandel.

—¿Dónde vamos?

—No nos queda más que pasar el río o seguirle —respondió el *indian-agent*—. Dejad que se marchen los caballos, que no podrían resistir el frío intenso, tomad, vuestras armas y municiones y seguidnos inmediatamente.

Minnehaha no nos ha cogido todavía.

Los dos jinetes desmontaron, sin hacer ninguna objeción, y se lanzaron detrás del corredor y del *indian-agent*, los cuales se abrían paso a través de los arbustos, cubiertos de nieve.

Los indios llegaban a carrera desenfrenada, alborotando y disparando sus *winchesters*; pero como la pradera estaba helada y los *mustangs* no estaban herrados, no les era fácil avanzar apurando a los animales.

Los cuatro fugitivos, precedidos de Curlam, mejor que descender, se precipitaron por el declive, y llegaron en un momento a la orilla del río.

El río del Lobo uno de los mayores que surcan los territorios casi vírgenes todavía, del Estado de Nebraska comprendía en aquel lugar, unos ciento cincuenta metros y su corriente realmente impetuosa, arrastraba hielos y enormes troncos de

pino.

—¿Dónde está nuestra barca? —preguntó uno de los dos caballeros.

—¡Ha desaparecido, desfondada por los hielos y los árboles, señor Devandel! —respondió el *indian-agent*.

—Los *Selvas Ardientes* se arrojarán al río.

—¡Ah! ¡Bah! Haced como yo, señor Devandel y tened cuidado únicamente de que no se mojen las municiones.

Aprisionados entre los hielos de las orillas, había muchos troncos de pino, algunos de cuarenta y cincuenta metros de largo.

El *indian-agent* libertó uno a hachazos y saltó sobre él a horcajadas sin cuidarse de la frialdad del agua.

Curlam había ya ocupado su sitio delante de aquél.

—Pronto, señor Devandel —dijo John viendo que el joven parecía titubear—. O un baño frío o perder la cabellera.

No hay otra cosa que escoger.

—Prefiero el baño, viejo mío —respondió el señor Devandel.

—¡Montad!

Clavó profundamente el hacha en el tronco para sostenerle firme e impedirle que girara sobre sí mismo, y después con cuatro poderosas patadas alejó los hielos.

Harry y su hermano Jorge, ya habían hecho lo mismo y filaban rápidamente alejándose de la orilla.

—En marcha —gritó John—. Veremos si los pieles rojas tienen el valor de lanzar sus caballos en el río.

—¡Cuidad de las municiones!... ¡Yo respondo de todo!...

CAPÍTULO II. EN EL RÍO DEL LOBO

Los indios, que serían unos cincuenta, llegaban en aquel momento a galope tendido, alborotando y disparando, tanto para hacer alarde de tener municiones, como porque así ha sido siempre su costumbre.

Se diría que el olor de la pólvora y el estruendo de los *winchesters* les emborracha, porque no ahorran ni las voces, ni las municiones.

Guiaba la *tropilla* una mujer que cabalgaba en un *mustang* completamente negro y reluciente como el pelaje de un gato, envuelta en una capa blanca que podía rivalizar en candor con la nieve que su caballo hollaba con sus robustísimos cascos.

Llegados a la orilla del río, demasiado escarpada para descender por ella a caballo ni siquiera los indios aunque son habilísimos jinetes que compiten victoriosamente muchas veces con los *cow-boys* del Far-West y con los *gauchos* de la Pampa argentina, dando también quince y raya a los marroquíes, saltaron de sus *mustangs* volteando admirablemente sin servirse de estribos.

Se oyó un grito estridente, imperioso, cortante como la hoja de una espada.

—¡Están en el río! —Dadme la segunda cabellera del *indian-agent* y seré la mujer más dichosa de los Estados Unidos.

Llevo en mi escudo la auténtica suya, pero quiero la oír porque estoy segura de que la ha fabricado con la de la gran Yalla mi madre.

—¡A darles caza!...

Un altísimo grito de guerra respondió a las fieras palabras de la *sakem*.

Diez hombres se encargaron de los caballos; los demás que parecían tan insensibles al frío, como los esquimales, tomaron sus *winchesters* y sus hachas de combate y se arriesgaron atrevidamente sobre la pendiente escarpada del río, guiados por un indio viejo, arrugado pero todavía robusto, a pesar del gran número de primavera que le pesaban sobre los hombros y que llevaba a lo, largo de la espalda, un ornamento de plumas de loro salvaje, distintivo de los jefes indios.

La *sakem* había permanecido a caballo, envuelta completamente en su magnífico manto blanco de pelo de cordero de las {montañas, con anchísimas franjas coloreadas de azul y rojo.

No se veían más que sus ojos que tenían la fosforescencia de los de las fieras.

Los indios, unas veces dejándose resbalar, otras hendiendo los arbustos a hachazos, en pocos minutos llegaron al final del escarpado y se colocaron en fila escudriñando el agua con atención.

Llegaban un poco tarde, porque la corriente, rapidísima, había arrastrado los troncos de árbol bastante lejos, y a cien pasos se alzaba un gigantesco baluarte cortado a pico sobre el río, cuyo obstáculo impedía la observación.

—¡Ah, ah! —exclamó el *indian-agent*, que guiaba perfectamente su tronco, teniéndole bien sujeto por medio del hacha que mantenía clavada en el mismo—. Otra vez ha perdido Minnehaha la ocasión de recobrar la cabellera de su madre.

—¿La llevas puesta, John? —preguntó el señor Devandel que

iba detrás.

—¡Cómo! ¿No sabéis que la peluca que yo llevo está hecha con los cabellos de Yalla? Me costó veinte dollars, pero eso no importa.

—¡Ah, bribón!

—He querido ponerla en seguridad llevándola sobre mi cabeza. Ya que Minnehaha me cogió la mía, yo utilizo la de su madre que a decir verdad, es soberbia.

—¡Señor Devandel!... ¡Inclinaos!...

Los indios al ver alejarse los dos troncos tripulados por cuatro hombres, que la corriente alejaba en unión de una multitud de fragmentos y de pequeños témpanos de hielo, habían roto un nutrido fuego de fila con sus *winchesters*.

Como ya hemos dicho en otras ocasiones, los pieles rojas no se han concluido de acostumbrar a las armas de fuego y han disparado siempre como, quintos.

Acaso habrían hecho mejor en conservar sus arcos y flechas que herían casi siempre al enemigo. Pero les faltaba alcance a aquellas armas primitivas y si las hubieran conservado, se exponían a graves reveses en sus encuentros con los americanos, armados siempre con hermosas carabinas.

Además los dos troncos de árbol, ya lejanos, daban constantes saltos impidiendo la puntería hasta para un buen tirador.

La descarga pasó sobre la cabeza de los fugitivos, sin producir daño alguno.

—¡Eh John!...—gritó Harry que guiaba el segundo tronco montado también por su hermano—. ¿No podríamos contestar?

—Guardaos de señalar a esos tigres, nuestra situación —respondió el *indian-agent*—. Verdad es que estamos ya lejos y que tiran malísimamente, pero sin embargo podría alcanzarnos alguna bala y rompernos la cabeza como una nuez.

—Tengo las piernas heladas.

—¡Mételas en un horno!

—¿No me podrías prestar uno por cinco minutos siquiera?

—¡No he sido nunca fogonero, amigo Harry!

—¿Cómo son tus piernas?

—No lo sé, pero seguramente durísimas y a prueba de frío de cincuenta grados bajo cero.

—¿Y cuándo tomaremos tierra, viejo John? —preguntó el señor Devandel—. Te confieso que ya no puedo más.

Me parece que llevo las piernas metidas en una sorbetera.

—Vaya una fiesta para los osos que se vuelven locos por los dulces.

—Tienes mucha gana de broma, John.

—¿Qué quiere usted, señor Devandel? A nial tiempo hay que poner buena cara.

—¿Pero hasta cuando se nos van a helar las piernas?

—Hasta que lleguemos al lago del Pequeño Lobo, pero os advierto que aquello está infestado de caimanes.

A estas horas dormían profundamente entre el fango porque esos animales son frioleros, pero aún en pleno invierno dejan alguna vez su lecho y salen a flote para morder a algún desgraciado.

—¡Pues nos llevas a un buen sitio!...

—¡Abajo la cabeza!...

Los indios hablan vuelto a romper el fuego con rabia feroz haciendo más ruido que daño porque los fugitivos arrastrados por la corriente, ganaban centenares de metros a cada minuto.

Apretando los dientes para aguantar el intenso frío que atenaceaba sus piernas como un mordisco, continuaron su desenfundada carrera mientras desde la orilla, ya lejana!, los *winchesters* continuaban retumbando malgastando inútilmente municiones.

De pronto Curlam que se encontraba delante del *indian-agent* enroscado sobre sí mismo, lanzó un ladrido.

Casi al mismo tiempo el largo tronco de pino montado por el señor Devandel y por John, osciló espantosamente como si algún ser hubiera intentado embarcar en aquella extraña chalupa.

La sacudida fue tan imprevista, que los dos hombres por no perder completamente el equilibrio metieron instintivamente las carabinas en el agua buscando con ellas el fondo.

—¡John! —gritó el señor Devandel cuando el tronco volvió a recobrar su estabilidad aunque no completamente, porque se hundía mucho de la parte anterior.

—¿Ha pasado un árbol a nuestro lado, verdad? —preguntó el *indian-agent*.

—Sí, le he visto y hasta temí que chocásemos con él.

—El bribón la ha abandonado creyendo hallarse más seguro sobre nuestro tronco y contando acaso con que más tarde tendrá ocasión de probar nuestros bistecs.

—¿De qué bribón hablas, John?

—¿No veis aquellos dos puntos fosforescentes, verdosos, contraídos como dos ii y que están fijos sobre nosotros?

—Estás delante y no puedo ver nada.

—Un magnífico jaguar navega en nuestra compañía, señor Devandel.

—¿Bromeáis?

—¿Con este frío, demonio?... De ninguna manera.

—¿Entonces?

—¿Dónde están Harry y Jorge?

—Lo menos a trescientos pasos de nosotros, y marchan a la deriva bailando un terrible *fandango*.

—Y nosotros tenemos las carabinas mojadas.

—La mía no está en estado de disparar.

—Ni la mía, tampoco.

—¡Pues vaya un negocio!

—Y la corriente nos va a llevar sabe Dios donde sin dejarnos desembarcar.

—¿Y dónde, desembarcar? ¿No ve usted que las orillas están cortadas a pico?

—Verdad es, señor Devandel.

—Nos quedaremos sin piernas, por el intenso frío, y luego caeremos en las fauces del jaguar.

—¡Oh! Eso no puede asegurarse.

—Déjeme usted ver ese animalucho.

El *indian-agent* se inclinó para que pudiese mirar adelante el joven, pues no tendría más de treinta y dos o treinta y tres años, y éste se apoyó en el tronco con las manos, alzándose un poco.

El *indian-agent* decía la verdad. En el extremo delantero, del árbol, a diez pasos de Curlam, había un jaguar agazapado y lanzando de cuando en cuando una especie de maullidos que terminaban en un verdadero rugido.

El terrible animal, que por su audacia y ferocidad es llamado el tigre de América y que se encuentra desde las tierras palagónicas hasta las fronteras del dominio inglés y algunas veces también más allá, no parecía tener por el momento intenciones belicosas.

Seguramente, sorprendido por el deshielo, mientras estaba pescando, porque los jaguares son habilísimos pescadores que destripen en gran número las truchas, esturiones y salmones, se habría salvado sobre algún árbol que la corriente arrastraba a la deriva, pero después, no considerándose bastante seguro, había preferido dar un gran salto, y ponerse enfrente de Curlam.

Pero hasta las bestias más feroces, cuando se encuentran ten peligro pierden la mayor parte de su audacia y no piensan en hacer daño, de manera que el jaguar no pensaba en modo alguno en atacar aunque el mastín le provocaba ladrándole corajudamente en los hocicos.

—¿Qué hacemos, John? —preguntó el señor Devandel—. ¿Vamos a tener aquí siempre a este peligroso: náufrago?

—¿Por qué peligroso? Está más asustado que nosotros y os aseguro que si se presentara ocasión de abandonarnos, lo haría muy contento.

—¡Hum!... ¡Hum! Preferiría que Harry estuviera más cerca y le despachase con un tiro de su carabina.

—¡Si sus armas están secas!... Navegan precisamente por comedio de la corriente y las ondas les traquetean en todas direcciones.

Probad a llamarles con una voz.

El joven hizo un portavoz con sus dos manos, porque el fragor de los témpanos que entrechocan era intensísimo, y gritó:

—¡Harry! ¡Harry!...

—Señor Devandel —respondió a poco el corredor de praderas que tenía bastante que hacer con mantener derecho su tronco.

—¿Pueden hacer fuego las carabinas de ustedes?

—Están mojadas. Las ondas son aquí muy fuertes.

—¿Hay ahí indios?

—No: no hay ni fieras ni hombres, ni...

Bruscamente se interrumpió tendiendo el oído.

Hacia el curso inferior del río se oía un mugido extraño, nada tranquilizador y que aumentaba rápidamente de intensidad.

—John —preguntó—. ¿Oyes?

—Aún no soy sordo, aunque no sea muy joven.

—¿Qué es eso?

—Hasta un corredor novato reconocería en ese fragor nada agradable la proximidad de un *rápido*.

—¿Y vamos a rodar dentro?

—Hasta el jaguar.

—Y nosotros con él.

—Estamos todos juntos, señor Devandel.

—Tú tomas esto con mucha flema.

—¿Qué queréis que haga? Yo no soy el buen Manítú de los pieles rojas para deshacer unas cascadas, y hacer que surjan otras a voluntad de sus hijos.

—Yo no he creído nunca en los milagros del Gran Espíritu.

—¡Demonio! Yo no soy un piel roja.

—Tú no haces más que charlar y mientras tanto el *rápido* abre sus cien bocas para tragarnos y deshacernos.

—¿Quién lo ha dicho, señor Devandel? —preguntó el *indian-agent* que no perdía ni un átomo de su calma habitual.

—Cuando dices eso, quiere decirse que hay alguna esperanza de que nos salvemos, aunque no se salve el jaguar.

—Sino, yo no hubiese estado tan tranquilo. Conozco los *rápidos* y sé que cuando se cae dentro no se sale entero. Cien mil puntas de escollos a flor de agua os aforran y os trituran como las ruedas de un molino.

—¿Tomaremos tierra?

—¡Es imposible!... Esas malditas orillas están todas cortadas a pico.

—¿Entonces?...

—Mire usted adelante, señor Devandel: ¿No ve usted nada?

—Sí, los ojos fosforescentes del jaguar que están pidiendo un bistec humano.

—Mirad por encima de la cabeza de ese animalucho, que por el momento vale menos que un mísero conejo.

¿No veis una línea oscura?

—Sí, la veo.

—¿No me podría usted decir lo que es?

—Un enorme montón de troncos de árbol detenidos por las primeras rocas del rápido.

—De ninguna manera. Eso es una islita, señor mío, y dirijo nuestra embarcación hacia esa tierra, donde encontraremos nuestra salvación y nos libraremos del jaguar sin gastar ni una carga de pólvora.

—Será el primero que huirá, yo lo aseguro.

—¿Estarán lejos Harry y Jorge?

—Nos siguen siempre a trescientos o cuatrocientos pasos.

—Esos dos pillastres no dejarán escapar tan buena ocasión de librar sus piernas de la terrible sorbetera.

También ellos deben a estas horas haber visto el islote.

—¿Y los indios?

—Dejadles por ahora. Ya encontraremos más tarde a Minnehaha y también al viejo Nube Roja.

—¿Esperas siempre volver a ver tu cabellera?

—Sin duda, señor Devandel, porque me consideraría deshonorado ante todos los corredores de las praderas, si no la recobrase.

Atención, señor mío. El choque será brusco.

Un islote de dimensiones bastante grandes, cubierto de espeso bosque parecía haber surgido improvisadamente, del río. Detrás de él mugía y restallaba espantosamente, el rápido como si estuviese rabioso por no haber podido todavía tragarse aquel obstáculo que refrenaba la carrera de las aguas.

John, sostenía con firmeza el hacha, que le servía por decirlo así, de timón, dirigía el tronco hacia aquella tierrecilla, aparecida en tan buena hora para salvarles de un terrible tumbo dentro del rápido.

Ya no se ocupaba del jaguar, el cual, por otra parte, se contentaba con soplar en el hocico a Curlam, de igual modo que hacen los gatos cuando están furiosos, pero sin atreverse a atacarle.

Por otra parte, el enorme mastín, de poderosas mandíbulas armadas de dientes de acero no era un adversaria despreciable.

La corriente había aumentado en velocidad como si estuviera impaciente por hacerse engullir por la catarata.

Verdaderas olas sacudían el largo tronco haciéndole balancearse y amenazando derribar a los dos hombres, que rígidos por el frío no se encontraban en estado de oponer una resistencia seria.

—Sosteneos derecho, señor Devandel —no cesaba de repetir el *indian-agent*.

—No puedo ya más —respondía el joven—. Ya no sé si tengo piernas o no.

—Un momento nada más y enseguida nos calentaremos. Tengo eslabón y la leña no faltará en el islote.

La corriente se precipitaba, cada vez más, amontonándose y restallando.

El tronco de pino se deslizaba rápido como una flecha. ¡Ay de ellos si hubiese embocado alguno de los numerosos pasajes del rápido!

Seguramente ninguno de los cuatro hombres se hubiese salvado.

—¡Atención!... ¡Apretad las rodillas!...—gritó de pronto el *indian-agent*.

El tronco se levantó por la proa, despidiendo lejos al jaguar, después encalló bruscamente abriendo ancha brecha en la vegetación que guarnecía el islote.

—¡Pronto... a tierra!...—gritó John.

Con un supremo esfuerzo plegaron las piernas incrustadas de hielo y saltaron a la orilla, tambaleándose como dos borrachos, poniéndose a dar saltos desesperadamente para reactivar la circulación de la sangre.

Medio minuto después, aparecía ante el islote el tronco tripulado por Harry y Jorge, surgiendo de en medio del agua arrastrado por la gran fuerza de la corriente.

—¡Adelante... amigos! —gritó John, que no paraba de saltar—. La puerta de la posada está abierta, pero ¡cuidado con el portero!

Ahora que está en tierra, es capaz el jaguar de arrojarse sobre nosotros.

CAPÍTULO III. LA ISLA DE LAS FIERAS

¡Un portero! ¡Luego, había guardianes en aquel islote perdido casi al borde del *rápido!*... Efectivamente, apenas aquellos cuatro hombres hablan comenzado su danza para entrar un poco en calor, bajo los árboles y en medio de la espesa vegetación que la espuma de la catarata alimentaba, refrescándola durante los grandes calores que en Nebraska son tan ardientes como frígido es el invierno, oyeron un endiablado concierto capaz de erizar el cabello del hombre más valiente de la América Septentrional.

Mezclábanse los mugidos del bisonte, con los bramidos de los *wapiti* y de los *daini mooses*, con los aullidos del lobo, con los gruñidos del oso y los rugidos sofocados que debían salir de las gargantas ardorosas y hambrientas de los jaguares y de los pumas.

Parecía que en aquel pedazo de tierra, acaso por alguna extraña circunstancia, se habían reunido: todos los animales feroces y no feroces que cruzan por las inmensas soledades de Nebraska.

—John —preguntó el señor Devandel— ¿habremos entrado en la jaula de una gigantesca menagería? No falta más que el berrido de los elefantes. Afortunadamente para nosotros, esos paquidermos prefieren las Indias Orientales a las Occidentales y aquí no se encuentran.

—Efectivamente, es verdad, señor Devandel. En mis largas correrías a través de todas las paredes de la Unión, no he visto jamás uno de esos enormes narigudos —respondió el *indian-agent*—. Se conoce que ni los pieles rojas ni el buen Manítú sintieron necesidad de ellos.

—Aquí nos basta con el bisonte.

—¿Y qué será de nosotros ahora?

—Serviremos de cena a algún animalucho hambriento —dijo Harry, el corredor de las praderas—. Más pronto o más tarde tiene que suceder.

—¡Un cuerno! —gritó John.

—¿De bisonte?

—Aunque sea de *wapiti*, no me importa. Quiero darte un buen consejo.

—Habla, compañero. Tú has sido siempre escuchado por los corredores de las praderas. Tus palabras son de tanto valor como las *pepitas* de los *placeres* californianos. Habla pues.

—En vez de charlar y hacer comentarios mejor será que vayas a buscar leña para mantener alejados a los porteros del islote. El fuego les hará huir, querido mío.

—Ya lo sé.

—Además, necesitamos calentarnos y cargar de nuevo las carabinas. No se sabe nunca lo que puede suceder.

—John —preguntó el señor Devandel—. ¿Cómo se habrán reunido aquí tantos animales?

—Yo creo que no se trata de un verdadero islote sino más bien de una peninsulita —repuso el *indian-agent*—. Los animales sorprendidos por el deshielo mien tras pastaban o cazaban en las orillas del río, han pasado por la lengua de tierra con la esperanza de encontrar aquí un asilo seguro.

—¿Y nos comerán?

—¿Quién?

—Aquí debe haber osos, jaguares y hasta pumas.

—Lo que hay son bisontes, lobos *wapitis* y *daini mooses*. Primero se les comerán a ellos.

—¡Silencio!... ¿Oís?... ¡Relinchos!... Aquí hay o caballos o mulos fugitivos de alguna ranchería. Hace algunos años me encontré en una situación semejante a esta, en el alto Missisipí, y salí de ella sin el menor detrimento. ¡Harry! ¡Jorge!... ¡Trae una poca de leña!

—Y anunciaremos a los pieles rojas con una hermosa hoguera, nuestra presencia en este pedazo de tierra —dijo el señor Devandel.

El *indian-agent*, se encogió de hombros.

—¡Quién sabe, dónde se encontrarán ahora Minnehaha y Nube Roja! —dijo luego—. Yo no me preocupo por ello. Que vengan a cogernos, al borde del *rápido*, si se atreven. Sus *mustangs* no son, que yo sepa, ni canoas, ni peces. ¡Harry! ¡Jorge!... Venga leña, porque no hay que fiar mucho de ciertos individuos armados de dientes de acero o de garras poderosas.

Los dos corredores, cuyas carabinas aún podían disparar, se adelantaron con intrepidez, ocultándose bajo la bóveda de verdor cubierta de nieve que afortunadamente, detenida por la vegetación, no había llegado; a la tierra humedeciendo la leña seca.

Ante ellos, brillaban puntos luminosos y fosforescente ojos felinos seguramente, pero a pesar de ello, los dos corredores habituados a todos los peligros, y decididos a todas las empresas, lograron hacer su recolección de leña sin ser atacados.

Sin embargo, allí debía haber muchísimas fieras, a juzgar por los rugidos y gruñidos de los osos negros y grises, de igual

modo que debía haber muchísima caza mayor y menor.

Los dos corredores volvieron prontamente hacia la orilla y arrojaron sus haces de leña a la base de un grueso abedul, cuyas hojas susurraban de modo extraño, al impulso del viento nocturno.

—¿Está seca? —preguntó brevemente el *indian-agent* encendiendo un fósforo y un pedazo de periódico que conservaba en el bolsillo, quién sabe cuántos años hacía.

—Lo supongo —respondió Harry—. Pero te advierto que yo no vuelvo a ir bajo aquellos árboles. Hay allí demasiadas alimañas y no me gustaría dejar un brazo en la boca de un jaguar o de un oso.

—Efectivamente, este islote parece una menagería —dijo el señor Devandel—. No sé cómo nos las vamos a arreglar.

—Acaso mejor de lo que usted supone —respondió el *indian-agent*.

En aquel momento brilló una hermosa llama, saludada por un espantoso concierto a base de rugidos, aullidos y mugidos.

Los dos corredores habían tenido la feliz idea de recoger la leña de debajo de los pinos, de modo que estando bien impregnada de resina debía arder como una pajuela.

Pero aquella luz, clara e intensísima como la proyectada por una gran lámpara de bencina, en vez de espantar a los habitantes del islote hizo un efecto contraproducente y terrible.

Los cuatro corredores, vieron, no sin aprensión, aparecer en el cerco luminoso tres o cuatro grandes jaguares, un par de pumas, adversarios no despreciables, llamados erróneamente los leones de América, pues no poseen ni el vigor ni la audacia de sus homónimos de África, más cinco osos, entre ellos, dos grises, de gigantescas dimensiones, y hasta una

docena de lobos negros.

Detrás gritaban hasta desgañitarse numerosos coyotes pero no era ocasión de preocuparse de aquellos animales que participaban del chacal y de la zorra.

—¡Por cien mil pares de cuernos de bisonte!...—gritó el *indian-agent* saltando hacia atrás—. ¿El fuego no espanta a las bestias feroces?... ¿Pueden disparar las carabinas de ustedes? ¡Harry! ¡Jorge!... ¡Pronto hijos míos! o mañana no estará intacto ni un solo hueso de nuestros cuerpos.

Los dos corredores no se hicieron rogar. Era absolutamente indispensable detener aquella falange que avanzaba con propósitos poco pacíficos.

Retumbaron dos disparos de carabina, formando como una sola detonación, seguida de un alarido ferocísimo.

Un gran oso negro que había cometido la imprudencia de enderezarse sobre las patas, ofreciendo así su ancho vientre a los tiros de los corredores, se revolcaba por la tierra retorciéndose cómicamente.

John y el señor Devandel, que entre tanto habían cambiado las cargas de sus armas, hicieron una segunda descarga, abatiendo un jaguar y un lobo.

Las fieras se detuvieron también porque Harry y Jorge habían lanzado contra ellos algunos tizones encendidos que no debían hacer buen efecto sobre sus hocicos.

Únicamente los gigantescos osos grises se mostraban un poco reacios en retirarse aunque tenían detrás gran cantidad de caza que hubieran podido derribar de un solo zarpazo.

—¿Tendremos que volver a empezar? —preguntó Harry recargando rápidamente la carabina.

—Por ahora dejémosles tranquilos —respondió John—.

Supongo que no llevarán su audacia hasta forzar nuestros fuegos.

Los osos grises me preocupan más que todos los jaguares, lobos y pumas.

Si se nos echasen encima ya teníamos que hacer para librarnos de ellos.

—Ya hemos matado bastantes en las Montañas Rocosas y en las praderas, para que nos asusten —respondió Harry—. ¿Quieres que se nos eche uno encima, enseguida?

—Espera un poco. No conviene irritar por ahora a esos animales.

—¡Hermosa situación! Preferiría encontrarme enfrente de los pieles rojas.

—Pues yo no, Harry —respondió el *indian-agent*—. Echa más leña al fuego y veamos qué hacen esas alimañas.

—Una cosa me sorprende John —dijo el señor Devandel.

—Decid.

—Que tengan tanto interés en asaltarnos cuando bajo aquellas plantas debe haber no sólo *mooses* y *wapitis* sino también bisontes.

—Se ve que prefieren la carne humana —respondió el *indian-agent*—. Ya se aprovecharían de los otros, más adelante.

—¿Pero cómo se habrán reunido tantos animales?

—Esto no es una isla sino acaso una peninsulita que las aguas del río han cortado en dos, por el momento. Cuando haya pasado la fuerza del deshielo nosotros también podremos pasar tranquilamente a la orilla.

—Si estamos vivos todavía —dijo en aquel momento Jorge

levantando el *rifle*—. ¡No veis que tienen un gran deseo de hincarnos los dientes!

—¿Vuelven?

—Con los osos grises a la cabeza.

—¿Nos obligarán a subirnos en algún árbol? —preguntó el señor Devandel, que sin embargo, se preparaba para hacer frente animosamente, al asalto.

—No hay prisa.

En aquel momento se oyó un alarido humano que lanzaban bajo los árboles, dominando por un momento los aullidos de los animales.

—John... ¿ha oído usted? —preguntó Harry.

—La voz de una mujer si no me equivoco.

—¿Cómo puede encontrarse aquí, una mujer? —preguntó el señor Devandel saltando ante el fuego—. No puede ser más que una venganza de los indios.

Otro grito, más desgarrador que el primero, se propagó bajo la bóveda de la vegetación y sobre las aguas del río.

—El grito de una mujer, ¿no es verdad John? —preguntó Devandel.

—Seguramente no es de un hombre —respondió el *indian-agent*.

—¿Y no iremos en su auxilio? ¿Los fuertes corredores de las praderas?

—Sean osos o jaguares, lobos o pumas, pasaremos. Tomad una rama encendida, llevar las carabinas preparadas y seguidme. Nosotros romperemos la línea de las fieras.

Cogió un grueso ramo de pino que ardía maravillosamente por estar muy impregnado de resina y se lanzó adelante con un valor extraordinario, digno por otra parte, de aquel hombre.

El señor Devandel, Harry y Jorge no tardaron en imitarle.

Agitando las ramas encendidas que despedían nubes de chispas se precipitaron contra la primera línea de las bestias feroces, chamuscando los hocicos a los gigantescos osos grises.

Los colosos espantados por la llamarada se replegaron sobre los lobos que avanzaban audazmente y de este modo pudieron los cuatro corredores, pasar sin que llegase a alcanzarles un zarpazo. En aquel momento se dejó oír otro grito más desgarrador que los anteriores.

No era el grito potente, de un hombre sino el de una mujer. John no se engañaba.

—¡Corramos! —gritó el *indian-agent*—. La línea más peligrosa, ya la hemos pasado. Si tropezamos con bisontes, mooses o wapitis con unos pocos disparos de carabina les haremos huir. ¡Sus y a la carga! ¡La mujer no debe estar muy lejos!

Se arrojaron bajo las plantas haciendo siempre voltear las ramas encendidas para iluminarse el camino al mismo tiempo que mantenían alejadas a las fieras, que a lo que parecía, no habían renunciado al placer de regalarse con una cena de carne humana.

Efectivamente, osos, jaguares, pumas y lobos se habían puesto tras los talones de los cuatro corredores, rompiendo el silencio de la noche con mil feroces aullidos.

A los quinientos o seiscientos pasos se detuvieron bruscamente los cuatro corredores, ante un gigantesco pino que extendía horizontalmente sus colosales ramas.

—¡Auxilio!...—gritó una voz.

—Aquí estamos —respondió inmediatamente el *indian-agent*—. Somos hombres blancos, de los que liada tenéis que temer aunque seáis una *squaw*.

La respuesta no fue la que esperaban los cuatro leales corredores de las praderas.

—¡Todavía los hombres blancos!... ¡Los malditos rostros pálidos! ¡Asesinos!... ¡Nunca os revelaré el secreto de los atabascos!

John se había parado, mirando al señor Devandel.

—¿Qué dices tú, amigo mío, de todo este negocio?

—¡Ah! ¿le llamáis negocio?...—respondió el señor Devandel.

—Es una costumbre mía.

—Negocio, o no negocio, lo que yo digo es que tenemos obligación de salvar a esa india antes de que la devoren los jaguares.

—No sabemos donde se encuentra.

—No debe estar lejos.

—Pero ¿dónde?

—Sigamos adelante.

—Y aprisa porque las bestias feroces se nos vienen encima —dijo Harry.

—¿Todavía?

—Parece que no les ha bastado la lección que les hemos dado.

—¿También los osos grises?

—Esos en primera línea.

—¡Grita maldita *squaw*! —gritó el *indian-agent*—. ¿Dónde quieres que te busquemos? ¿En el río o encima de los árboles? Aquí estamos para salvarte.

Una voz retumbó en lo alto.

—¿Todavía los rostros pálidos?

—Nosotros somos amigos de los hombres rojos —respondió prontamente el *indian-agent*.

—¿Me lo juráis?

—Sobre el buen Manítú o sobre el Gran Espíritu, a tu elección.

—¡Adelante! ¡Adelante!

—¿Dónde estás?

—Alada entre las ramas de un árbol.

John que había llegado ya bajo un enorme pino levantó las resinosas ramas y vio alguna cosa blanca que se agitaba entre ellas a una altura de cinco o seis metros, que era suficiente para poner a prueba la agilidad y fuerza de los jaguares.

—¡Cuerpo de treinta mil cuernos de bisonte!...—exclamó.
—¡Una mujer! ¿Puedes bajar?

—Estoy atada.

—¿Quién te ha puesto ahí?

—Dos malvados hombres blancos que querían arrancarme el secreto de los atabascos.

—Jorge —dijo el *indian-agent* volviéndose hacia el hermano

del corredor—. Tú que eres el más ágil sube y libra a esa mujer de sus trabas. Y nosotros, amigos, hagamos frente a estos fastidiosos bichos que parece hemos conjurado esta noche, para que banqueteen a costa de nuestra carne revuelta la de jóvenes y viejos.

La obstinación de aquellos animales era verdaderamente inexplicable, mientras bajo los árboles se veía huir bisontes y grandes ciervos, que hubieran bastado para satisfacerles con abundancia y sin empeñar combates terribles, porque también los búfalos gigantescos se revuelven y oponen una larga resistencia porque poseen la fuerza de un elefante o al menos la de un rinoceronte.

La *squaw* viendo a los cazadores apuntar con sus fusiles gritó de pronto.

—¡Rostros pálidos, no hagáis fuego!

Después dio un silbido modulado de modo especial y osos, jaguares, pumas y basta, los lobos, se detuvieron de pronto.

—He aquí una cosa, extraña... —exclamó el *indian-agent*—. ¿Será esa mujer la domadora de esta casa de fieras? ¿Subes Jorge?

—Ya estoy aquí —respondió el corredor de las praderas—. Dos cuchilladas y esta mujer será libre.

—¿Es una india?

—Sí, John.

—¿Joven?

—Es bellísima. Puede achicar a Minnehaha.

—Date prisa. No me fío de estos animales aunque de pronto se hayan amansado.

Efectivamente, toda aquella tropa formidable que parecía

dispuesta a ejercer sus mandíbulas sobre las costillas de los cuatro corredores, se había acurrucado bostezando y gruñendo, pero sin osar dar un paso adelante, después de aquel, silbido.

Al mismo tiempo Jorge, ligero como un mono, se balda encaramado sobre el pino y con unas cuantas cuchilladas habla libertado a la joven india, ayudándola para que descendiera.

La desgraciada que parecía no tener más de quince o diez y seis años y que como hemos dicho tenía bellísimas facciones, más europeas que indias, aunque su piel fuera ligeramente rojiza con indefinibles reflejos de color de cobre, estaba apenas cubierta con un viejo sarape mejicano, hecho jirones, y sujeto al cuerpo con una cuerda alquitranada.

Apenas llegada a tierra abrió sus enormes ojos negrísimos y profundos como las noches de luna, y después de observar con atención a los cuatro corredores, dijo:

—Vosotros no sois los malvados rostros pálidos que quieren arrancarme el secreto de los atabascos.

¡Ah! ¡Que malvado es el hombre de los cabellos rojos!

—¿Quién es? —preguntó John.

—Un hombre pálido.

—¡Hay tantos en América! ¿Y no nos devorarán esos animales?

—Mientras yo esté con vosotros no se atreverán a tocaros —contestó la india, con extraña sonrisa.

—¡Muchas son!

—¿Qué importa eso? ¡Ahora verás, rostro pálido!

La joven le arrancó de la mano la rama resinosa que continuaba ardiendo, se ciñó el viejo sarape para abrigarse contra el viento helado de la noche, y después con gran asombro de los cuatro corredores se adelantó al encuentro de las fieras lanzando a diestra y siniestra, haces de chispas.

CAPÍTULO IV. EL REFUGIO DE LOS ÚLTIMOS «ATABASCOS»

El *indian-agent* y sus compañeros temiendo un ataque imprevisto por parte de aquellas fieras, armaron prontamente y apuntaron las carabinas, bien decididos a defender a la joven india.

Inútil precaución: ni los osos grises, ni los negros, ni los jaguares, ni los pumas y mucho menos los lobos, osaron moverse y se dejaron rodear tranquilamente, sin protestar, ni con un gruñido, ni con un rugido, ni con un aullido, por aquella lluvia de chispas que la intrépida india dejaba caer sobre ellos.

—¡Es maravilloso!... —exclamó el *indian-agent*—. ¿Habéis visto alguna vez una cosa semejante?

—Yo no —contestó el señor Devandel.

—Y yo, menos —dijeron a una Harry y Jorge.

—¿Quién será esta joven india? —preguntó el señor Devandel.

—Ya lo sabremos más tarde. Pero yo desearía antes de nada, conocer a los dos rostros pálidos que la pusieron en aquel pino y que tienen tanto interés en establecerse en este islote lleno de bestias feroces.

La joven india después de dejar caer nubes de chispas sobre los osos, sobre los felinos y hasta sobre los lobos, que son tan temerosos del fuego, volvió hacia sus salvadores, diciendo:

—Como veis, amigos, nada tenéis que temer de mí.

—¿Amigos tuyos? —exclamó el *indian-agent*.

Sobre los labios de la *squaw* apareció una extraña y misteriosa sonrisa, luego con voz dulcísima añadió:

—No os ocupéis de eso, ¿queréis seguirme a la morada de los últimos *atabascos*? Se encuentra sobre el *rápido* pero desde que el Gran Espíritu abrió su cauce al río, se encuentra tal como ahora.

—Vamos, pues —dijo el *indian-agent*—. Ahora que las bestias feroces no se mueven, podemos avanzar. ¿Quieres guiarnos *squaw*?

—Sí, rostros pálidos, porque vosotros no sois malvados, como los otros.

—¿Qué otros?

—Ya os lo diré... seguidme. Antes de que el sol se levante vendrán a cazar cisnes, haciendo fuego sobre el islote.

—Te seguimos —dijo John—. Pero lleva la rama ardiente porque sino no veremos.

—No es preciso. Yo estoy acostumbrada a las tinieblas.

—Pero no nosotros.

La joven india hizo girar varias veces la rama encendida, con objeto de avivar la llama, hizo un signo imperioso a las fieras y después se puso en marcha, dirigiéndose hacia donde mugía el *rápido*.

El islote era mayor de lo que los corredores habían creído al principio completamente cubierto de pinos y abedules de grandes dimensiones, porque tuvieron que recorrer más de quinientos pasos antes de llegar a una especie de istmo flanqueado por masas de plantas acuáticas, entre las cuales se oía graznar a los cisnes salvajes.

—¿Dónde vamos? —preguntó John un poco desconfiado.

—Al último refugio de los atabascos.

—¿Hay otras personas dentro?

—Ninguna. Yo soy la única mujer que queda, de mi tribu.

—¿Y los hombres?

—Todos muertos por aquellos malditos y terribles guerreros que vinieron del Sur.

—¡Ah!... los *sioux*.

—No sé cómo se llaman.

La joven y los cuatro corredores penetraron en la lengua de tierra que la corriente del río flagelaba rabiosamente, precipitándose dentro del rápido y después de recorrer otro centenar de pasos se encontraron ante una enorme roca que se elevaba como la torre de un castillo medieval.

Detrás y a los lados, se amontonaban confusamente otras rocas en el mismo borde de la catarata oponiendo a la furia de la corriente una resistencia formidable que los siglos no habían sido capaces de vencer.

La joven mostró una negra y estrecha abertura que en aquellos momentos iluminaba una multitud de puntos fosforescentes.

—La entrada del refugio —dijo.

—Al parecer, bien guardada —respondió John—. ¿También ahí hay bestias feroces?

—No hay más que coyotes. A las otras no las permito entrar en mi casa.

—¿Quién ha domesticado todas esas fieras?

—Mi padre, pero también a mí me obedecen.

—¡Hum! no me fiaría yo para dormir tranquilo. ¿Y tu padre, dónde está?

—La semana pasada le escarpelaron y después le arrojaron en el *rápido* —respondió la joven con su voz monótona que no denunciaba emoción alguna.

—¿Quién le ha matado?

—Los indios emigrantes del Sur. Viéndoles explorar las orillas del río agua arriba del *rápido*, tuvo un día la mala idea de atravesar la corriente en la última balsa que poseíamos, creyendo encontrar en aquellos hombres, compatriotas, porque tenían la piel roja y llevaban plumas en la cabeza. En lugar de ello, fue preso, amarrado al palo de la tortura y escarpelado. La Gran Águila, como se llamaba mi padre, murió sin embargo como un héroe, entonando su himno fúnebre. Ahora su cuerpo se macera dentro del *rápido*. Así se extinguió el último guerrero de la tribu de los atabascos. El Gran Espíritu lo ha querido.

En tanto habían entrado. Un estrecho corredor abierto en la roca viva con escalones tallados toscamente, se ofrecía ante las miradas de los cuatro corredores.

Un ruido estridente resonaba dentro del refugio de los últimos atabascos.

El *rápido* dejaba oír su poderosa voz también en el interior de la caverna donde se habían extinguido los últimos indios de la desgraciada tribu.

El fragor era tan horrísono que los cuatro hombres y la joven apenas podían entenderse.

De pronto, una luz intensísima, superior a la emitida por mil

bujías reunidas, hirió de lleno a los corredores, cegándoles al pronto.

Habían llegado a la cima de la escalinata y se encontraban ante una inmensa caverna llena de luz.

—¿Dónde estamos? —preguntó John elevando la voz para dominar el fragor de la cascada.

—En el último refugio de los atabascos —respondió la india—. No tengáis temor.

—¿Y esa luz? —preguntó el señor Devandel.

—Es la llama eterna del Gran Espíritu, que yo siempre he visto brillar.

—¡Una enorme linterna!

—No lo sé.

Los cuatro hombres entraron en la caverna, o mejor dicho en la inmensa sala que no mediría menos de doscientos metros de longitud, por cincuenta de anchura, pero pronto retrocedieron lanzando un grito de horror.

Todo alrededor de las paredes, sentados en pequeños escabeles toscamente contruidos con ramas de encina atadas con lianas, se hallaban trescientos o cuatrocientos individuos momificados, con las piernas cruzadas y las manos apoyadas sobre las rodillas.

Eran hombres que en sus días debían haber sido famosos guerreros, probablemente, *sakems* a juzgar por sus tatuajes y la riqueza de sus ornamentos. Había mujeres que tenían puestos aquellos famosos mantos de lana de cordero salvaje, con anchas franjas y pinturas, y hasta niños hijos de jefes a juzgar por la diadema de plumas de pavo que llevaban en la cabeza, sujetas con un ligero cerco de oro, y *mocasines* recamados y embellecidos con cabelleras humanas. Todos

estaban perfectamente conservados, pero sus cabezas no eran mayores que pequeñas manzanas y las facciones aparecían extrañamente contraídas.

Un fuerte olor de resina se desprendía de aquellos restos, signo evidente de que habían sufrido un verdadero enañamiento.

—¿Quiénes son? —preguntó enseguida John a la joven.

—Los *sakems* de la tribu, sus mujeres y sus hijos —respondió la india.

—¿Y hace mucho que están aquí?

—Yo les he visto siempre.

—Más que las momias me interesa esa luz. ¿De dónde proviene? ¿Quién la alimenta? ¿Qué arde ahí dentro?

Había avanzado hasta debajo de la lámpara, la cual lanzaba sobre aquella tribu de muertos una luz azulada, intensa, semejante a la luz eléctrica e igualmente fría.

Una horquilla de bronce pendía del techo entre una multitud de estalactitas y terminaba en un vaso de piedra dentro del cual ardía aquella sustancia desconocida.

¿Qué sería? ¿Acaso *radium*? Ni siquiera el señor Devandel capitán del 5.º regimiento de lanceros de las fronteras, y por tanto persona instruida, hubiera podido decirlo porque ese extraño mineral no se había aún descubierto en aquella época.

—¿Qué dices a esto John? —preguntó el capitán.

—Digo que ahí arde seguramente un cuerno de Belcebú —respondió el *indian-agent*.

—¿Y usted Harry?

—¡Hum!... Pues yo creo que será la punta de la cola del diablo, mejor que un cuerno —respondió el corredor.

—¿Y usted Jorge?

—Yo veo que no nos falta luz y no me rompo la cabeza en averiguar qué la produce. Ni siquiera lo sabe la india, de modo que contentémonos con vernos bien las caras.

—Pues es un secreto que me gustaría conocer —dijo el señor Devandel—. Es una lámpara maravillosa, capaz de hacer enloquecer a los hombres de ciencia.

Mientras cambiaban aquellas palabras en voz fuertísima porque el ruido del *rápido* dominaba la inmensa sala, haciendo retemblar hasta las sólidas paredes de granito, la joven india por medio de silbidos estridentes había hecho huir un par de docenas de coyotes y un viejo oso gris que se había dormido tranquilamente a los pies de un *sakem*.

—Dentro de poco vendrán —dijo acercándose a John.

—¿Quiénes? —preguntó el *indian-agent*.

—Los dos rostros pálidos.

—Me gustaría conocerles.

—Ya les verá mi hermano. Seguidme hacia aquella ventana desde la cual podemos dominar el *rápido*.

—¿Se aventurarán sobre la catarata? —Preguntó John haciendo un gesto de asombro.

—Casi.

—¿Y desembarcarán en el islote?

—Algunas veces.

—¿No tienen miedo a las fieras?

—Parece que no porque alguna vez me matan un ciervo, un *wapiti*, un bisonte, y algunas veces hasta un oso.

—¿Quiénes serán esos encarnizados cazadores? —preguntó a John el señor Devandel.

—Me lo estoy preguntando y no hallo una respuesta satisfactoria.

—Para qué se encuentren aquí hombres blancos, ahora que los *sioux* han emigrado y se encuentran enfurecidos contra los americanos que no tienen la piel roja o cobriza deben tener razones poderosas.

—Respondedme a una pregunta señor Devandel.

—Habla John.

—¿No ha recibido orden el general Miles, de dar caza a estas bandas de indios y detenerles antes de que traspasen las fronteras del Dominio inglés?

—Es cierto. Tiene consigo un gran número de *scouts* (policías indios) dos escuadrones de caballería y un doble batallón de cazadores de las fronteras. ¿Por qué me pregunta usted eso?

—Pienso que esos hombres pueden ser exploradores yankees encargados de vigilar los movimientos de los *sioux*.

—Acaso sea así —respondió el capitán.

Se acercaron a la ventana que daba vis la sobre la cascada, abertura que no tenía ninguna pretensión arquitectónica, semiovalada y bastante grande para permitir asomarse cuatro o cinco personas.

Por ella entraba pulverizada, el agua de la cascada, porque el rápido estaba precisamente debajo.

Las aguas se precipitaban a través de las rocas, con furia

increíble, saltando, rebotando, retorciéndose y alargándose, retumbando, rugiendo, y mugiendo.

El espectáculo era tan imponente que John retrocedió diciendo:

—Buen negocio hubiéramos hecho si llegamos a caer dentro, con los troncos de árbol. ¿Quién estaría vivo, a estas fechas? Seguramente, ni usted ni yo, señor Devandel.

—Lo creo —respondió el capitán—. ¡Pobres de nuestras cabezas!

—¿Y de dónde vienen esos hombres blancos? —preguntó el *indian-agent* a la india.

—De la orilla opuesta.

—¿Todas las noches?

—Todas.

—¿En una chalupa?

—Sí.

—¿Y no tienen miedo del *rápido*? En un momento podrían ser envueltos y arrastrados a la muerte.

—Deben conocer los pasos por donde el agua está tranquila... Escucha hombre blanco.

—No oigo más que el mugido de la cascada.

—¿Quieres seguirme con tu joven amigo?

—¿Y las fieras?

—No te preocupes de ellas, hermano. Del mismo modo que obedecían a mi padre, me obedecen a mí, al menos por ahora.

¿Yes aquel punto luminoso que avanza sobre las aguas del *rápido*

?

—Le veo ¿qué es?

—La canoa de los dos hombres blancos.

—¿Y qué es esa luz?

—Vienen a cazar cisnes salvajes y luego se dan de puñadas.

—¿De puñadas, dices?

—Todos los días se pelean aún cuando las lleras les amenazan.

—Señor Devandel —preguntó el *indian-agent*— ¿Estáis dispuesto a seguirme?

—Con tal de que te hagas preceder por Curlam...

—Como usted quiera. Harry y Jorge quedarán de guardia junto a estas momias. La compañía no será muy alegre pero correrán menos peligros.

Lanzó un agudo silbido.

El mastín que andaba dando vueltas alrededor de las momias de los viejos guerreros, intentando lamer a uno u otro, con poca satisfacción, al oír la llamada de su amo dio cuatro saltos gruñendo ferozmente.

Parecía que preguntase ¿a quién debo morder?

El *indian-agent* le pasó la mano por la enorme cabeza.

El mastín calló en el acto y se acurrucó entre las piernas de su amo.

—¿Quiere venir mi hermano blanco? —preguntó la joven india.

—Con tantas fieras no me atrevería si no fuese por tu compañía —respondió el *indian-agent*—. Los osos grises son

demasiado fieros y no caen al primer tiro de un fusil.

—¿Ves la luz, hermano blanco?

—Sí, la veo.

—Arde encima de una canoa.

—¿Y qué cazan con ella?

—Cisnes salvajes.

—Vamos a su encuentro.

—Yo te guiaré.

—¿Sin luz?

—No tenemos necesidad. Ya la llevan ellos.

John y el señor Devanad dirigieron por la ventana una última mirada al exterior, y divisaron una gran canoa que avanzaba intrépidamente a unos quinientos metros de la cascada sin tropezar con las rocas que en aquellos sitios eran bastante numerosas.

A bordo no se percibía a nadie. En cambio delante brillaba una antorcha que al parecer iba fija sobre un enorme escudo.

—Comprendo —dijo John—. De ese modo los cazadores de cisnes fusilan a mansalva a los grandes volátiles. Ocultos acechan a los desgraciados palmípedos para fusilarles.

Squaw vamos a ver quiénes son esos hombres misteriosos.

—Te precedo, hermano del rostro pálido —respondió la joven.

—¡Las carabinas, señor Devandel! —dijo John—. No me fío de esos animales.

La última atabasca atravesó la inmensa sala sin tomar siquiera un hacha, a pesar de haber muchas pendientes de las

paredes y descendió por la estrecha escalera, haciendo huir con solo su presencia una media docena de lobos negros que aullaban como si tuviesen envidia de los rugidos del rápido y un par de grandes osos también negros que parecía hubiesen saqueado aquella misma noche un granero, tan rotundos y gordos se encontraban. Entre tanto había empezado el tiroteo. Los cazadores habían abierto un fuego rapidísimo contra los cisnes que debían encontrarse en gran número en los alrededores del rápido y del islote.

—¡Por cien cuernos de bisonte! —¿Serán bandidos, o verdaderos cazadores? En esta región los hombres honrados son aún más raros que en el Far-West. ¿No es cierto señor Devandel?

—Los primeros inmigrantes siempre han sido ladrones —repuso el capitán.

—Por eso haremos bien en ponernos en guardia y no soltar ni un momento las carabinas.

—No perderé de vista a esos señores, mi viejo John y si quieren fastidiarnos, llevarán lo suyo. No pretendo tirar como un avezado corredor, pero todavía yerro pocas veces mis tiros.

—Ya hace tiempo que lo sabemos, señor Devandel —respondió el indian-agent, sonriendo.

Penetraron en el istmo que como hemos dicho estaba flanqueado por plantas acuáticas bastante más altas que un hombre. Le atravesaron aprisa, siguiendo siempre a la joven india y llegaron a la peninsulita, ocultándose entre la profunda sombra de las plantas. Sobre la tierra no había ninguna nieve.

Las fieras, huían a diestro y siniestro, ante una sencilla seña de la última atabasca. No solamente había bestias feroces, sino que también corrían a esconderse en la selva, bisontes gigantescos y grandísimos ciervos.

Con su rápida marcha, la mujer y los dos hombres, llegaron a la extremidad septentrional de la peninsulita, precisamente en el momento en que atracaba la canoa, tripulada por los dos misteriosos cazadores.

CAPÍTULO V. LORD WYLMORE

No se trataba de una verdadera chalupa o ballenera, sino de una de aquellas canoas indias fabricadas con arte inimitable con grandes cortezas de abedul, montadas sobre ligerísimo esqueleto, y calafateadas magistralmente con la resina de grandes pinos.

Esas barcas empleadas por todas las tribus indias del Norte son tan manejables que pueden llegar hasta el borde de los rápidos sin que les trague el abismo turbinante.

Verdad es que requieren insuperables remadores, los cuales en vez de usar los largos reinos de la marina, se sirven de unas palas muy anchas pero que no tienen más de dos metros de longitud.

La hunden muy profundamente, hasta muy cerca de las cataratas efectuando una tracción tan violenta que iguala a la formidable de las hélices.

Los dos misteriosos cazadores, antiguos cazadores seguramente, que sabían recorrer los ríos habitados por grandes animales acuáticos, habían colocado como unos dos metros ante la proa un escudo cuadrado formado por un pedazo de corteza de abedul, llevando delante una tea de ocote que da una llama vivísima y tan brillante como la de una lámpara de acetileno.

Los cisnes cegados por aquella luz que serpenteaba entre las turbulentas aguas del río, no pudiendo distinguir a los cazadores escondidos detrás del escudo se dejaban matar tranquilamente, mientras de día son difícilísimos de cazar.

Tienen un vuelo pesadísimo, pero son tan desconfiados, que

es un caso raro, que un cazador por diestro que sea, pueda probar su carne una mañana aunque sen con niebla. En cambio cazadores de noche al estilo indio, se dejan malar como nuestras alondras, haciendo para ellos el fuego, el mismo efecto que para éstas los espejos.

Aunque los dos cazadores debían saber que en la peninsulita pululaban los animales feroces, desembarcaron tranquilamente.

Debían haber hecho buena caza porque la canoa estaba cargada casi hasta hundirse.

Eran dos hombres de alta estatura, uno de ellos macizo como una roca, semidesnudo a pesar del intenso frío, porque no llevaba más que un par de calzones a la mejicana muy abiertos dejando ver los mocasines discretamente blancos y una gruesa bufanda, de lana al cuello.

El otro era, aunque también alto, más delgado, con cabellos y barba rubia cubierta de abundantes hilos de plata. Llevaba una extraña vestimenta, medio europea, medio india, porque los calzones eran negros, mientras la prenda del tronco, era de piel amarilla apenas curtida, adornada con agremanes de perlas que debían tener bastante valor.

Al verles John y el señor Devandel no pudieron contener un movimiento de asombro. La luz de la antorcha daba de lleno sobre los dos hombres y no había lugar a equivocarse.

—iSandy-Hook! —exclamó el *indian-agent*—. ¿Qué hace aquí ese hombre en vez de descansar tranquilamente en su Marylandia después de la última insurrección de estos malditos *sioux*?

—iLord Wylmore! —exclamó el señor Devandel—. ¿Habrá jurado ese monomaniaco es terminar todos los bisontes que pasean por el Norte del continente americano? ¿No se habrá curado todavía de su *spleen*?

—Mejor diríais de su bisonitis aguda, señor Devandel —respondió John—. Veamos qué hacen el célebre bandido y el loco lord.

—Parece que se preparan para luchar a puñetazos.

—No me asombraría. El lord es muy testarudo y el desvalijador de los correos de California nunca, que yo sepa, ha tenido mucha paciencia.

A pesar de los seis años que han transcurrido desde que le encentramos la ultima vez cuando el levantamiento de *Sitting-Bull* y de sus *sioux* no le encuentro casi cambiado.

Los dos hombres se habían puesto enfrente uno de otro, y aunque desde la espesura del bosque les aullaban amenazadoramente los osos, lobos, jaguares y pumas a pesar de la presencia de la joven india, adoptaron la actitud de dos consumados pugilistas.

—Y bien milord —dijo el bandido con irónica sonrisa— ¿queréis vuestra acostumbrada lección?

—Sí. porque quiero venceros.

—¿A un discípulo de Kalkraff? ¡Nunca, milord!...

—Yo tener esa esperanza como tener esperanza de tomar el corazón de Minnehaha.

—¡De esa salvaje!... Cada día está usted más loco.

—Entonces tomaré el de la mujer que domestica estas fieras.

—Estáis loco.

—Usted decírmelo siempre, y olvidar que yo soy un auténtico *lord inglés*.

—También esos pueden enloquecer, señor mío.

—¿Los lores? ¡Nunca!

—Pues qué ¿son de carne y hueso distinta de la de los demás hombres?

—Efectivamente, bandido.

—¿Insistís en ofenderme?

—Usted siempre llamarme loco. Yo replicar.

—¿Para enfurecerme?

—Yo querer derribaros.

—¿A puñetazos?

—Siempre.

—Tiene usted la piel de cocodrilo, *milord* —dijo el bandido—. Todas las mañanas le revuelco a usted de mala manera y al día siguiente estáis más tieso que nunca. En toda mi aventurera vida no he encontrado un hombre mas resistente. Sin embargo yo he derribado a muchos hombres cuando recorría las praderas.

—Aquellos hombres no eran *gentlemen* ingleses.

—¿Terminamos?

—Yo estar dispuesto.

—Yo haré ver a la mujer roja que amansa a las fieras, lo fuertes que son los ingleses.

—Milord, cambiaros la cabeza o mejor dicho el cerebro.

—Está bien tal como es.

—¡Cuerpo de una ballena!... ¡En guardia! Ya empiezo a cansarme de vuestros insoportables caprichos.

—Yo tener siempre esterlinas para pagar bandidos y cheques que descontar.

—No me quejo por ello pero aunque paguéis como un gran señor ya empiezan a pesarme vuestras esterlinas.

—Usted poder tirarlas a la rápida.

—Yo no soy un milord —respondió el gigante— y no poseo castillos en Irlanda ni en Escocia.

Empecemos ahora que las fieras están tranquilas.

—Pronto —respondió el *milord* poniéndose en guardia rápidamente con los puños a la altura de los ojos.

—Ese hombre es completamente loco —sostuvo el señor Devandel al oído del *indian-agent*—. ¿Cómo se encuentran estos dos hombres en este país desierto, después de la última insurrección de los *sioux*? ¿Podrías explicármelo, John?

El viejo corredor de las praderas puso una mano sobre el hombro de la joven india que parecía dispuesta a interrumpir aquella extraña lucha, y con la otra cogió a Curlam por el cuello apretándole fuertemente para ordenarle que no ladrara.

Entre tanto el salteador de los correos de California y el monomaniaco inglés, se habían puesto en guardia frente a frente, a pocos pasos de la canoa cargada de cisnes casi hasta hundirse.

La aurora empezaba a aparecer. Lentamente el cielo se esclarecía difundiéndose la luz dulcemente sobre el gran río del Lobo, que sin cesar crecía.

—Dejémosles hacer —dijo el *indian-agent* al señor Devandel.

—Uno es un gran bribón y otro un gran loco. Ya se nos presentará un momento oportuno.

—¿Está usted dispuesto, *milord*? —preguntaba en aquel momento el bandido.

—Tengo frío.

—Ya os haré entrar en calor a puñetazos.

—Yo amar la boxe. Usted ser gran maestro.

Cuando yo volver a mi país, querer vencer todos los lores de la Cámara de los Pares.

—¿Son aquellos señores algunos ganapanes?

—Usted ser un asno.

—¡Cómo! ¿Me insultáis?... Tomad esto, *milord*.

El puño cerrado del bandido, un puño enorme, semejante a un macho de fragua, cayó en medio del pecho del inglés que en aquel momento había abandonado la guardia.

—¡Ay! —exclamó dando un paso atrás y tambaleándose—. Esta mañana golpeáis fuerte, *mister*.

—Cuándo se convencerá usted *milord* de que soy un hombre poco aficionado a charlar. ¿Queréis que repita?

—Ciertamente *mister*.

—¡Vaya una piel que tenéis! Estáis acorazado como una tortuga.

—Yo ser inglés.

—¡Por el Gran Espíritu de los *pieles rojas*! También a los ingleses se les tumba a puñetazos. Usted está loco.

—¡Un *lord*!... Usted no sabe lo que se dice.

—¿Quiere usted que continuemos la lección?

—Yes.

—¡Que el diablo le lleve a usted! Verdad es que pagáis bien, pero ya estoy cansado de apalear vuestra coriácea piel, en una u otra orilla del río.

—Piel dura ¿no es verdad?

—No la he visto nunca más resistente, por eso pego sin miramiento.

—Así gustarme.

—¿Por qué?

—Para hacerme boxers —respondió el inglés que se había vuelto a levantar—. Cuando vuelva a mi país quiero romper las narices a todos los lores de la Cámara de los Pares. ¡Buena diversión!

—Llamarán a unos enfermeros, os pondrán una camisa de fuerza y os llevarán a un manicomio.

—¡A un lord!... Yo tener muchos castillos y muchas esterlinas. Yo ser inglés.

—Ya lo sé de memoria —respondió el bandido—. Cuidado con los osos, grises y negros que ya parecen cansados de este espectáculo y dispuestos a regalarse el hocico.

—Yo tener mi carabina.

—Abreviemos *milord*. Basta ya de caprichos.

—Yo pagar lecciones de boxe.

—Y yo no ser vuestro esclavo —repuso Sandy-Hook—. Concluamos ya nuestra lección. ¿Estáis preparado?

—Siempre.

Volvieron a ponerse en guardia, en tanto que tres o cuatro osos, a pesar de las señas imperiosas de la joven india fueron acercándose poco a poco a los pugilistas, bostezando o mejor dicho, fingiendo bostezar.

Lord Wylmore más corajudo que nunca, se arrojó sobre el bandido con los puños cerrados, creyendo sin duda sorprenderle. Pero Sandy-Hook, discípulo del célebre Kalkraff, no era hombre que se dejara caer en una emboscada.

Giraron sus brazos un momento, con rapidez vertiginosa y un puño tremendo cayó otra vez sobre el inglés casi a la altura del cuello tendiéndole de nuevo en tierra.

Los osos manifestaron su satisfacción por medio de gruñidos poco tranquilizadores y dieron otro paso adelante.

—¡Escapad milord! —gritó el bandido—. Vienen a devoraros y a poner fin a vuestra locura.

El inglés en lugar de obedecer, se tendió sobre el suelo frotándose enérgicamente el sitio golpeado.

Parecía que no se había apercebido siquiera de la aproximación de aquellas cinco o seis fieras, ni que hubiera oído sus gruñidos.

Pero la joven, india saltó intrépidamente ante las bestias feroces mientras John y el señor Devandel con un movimiento fulmíneo cortaban la retirada al bandido interponiéndose entre él y la canoa.

—Buenos días mister Sandy —dijo el *indian-agent* con alguna ironía—. ¿Qué venís a buscar aquí? En estas orillas no hay trenes ni correos que desvalijar.

Al oír aquellas palabras el bandido se detuvo de pronto sacando una larga navaja española, que llevaba metida en la

ancha faja de lana y abriéndola, con un golpe seco.

—¿Quién es usted? —tronó poniéndose en guardia como si hubiera de empeñar un duelo.

—Hace cinco años que no nos vemos *mister Sandy*. Todavía debéis recordar al *indian-agent* de la última insurrección de los *sioux*.

—¡Mister John! —dijo dejando caer la navaja y tendiendo la mano.

—Y a este joven ¿le conoce usted?

—¡Rayos de Satanás! El señor Devandel, el hijo del escalpelado. ¿Qué hacen ustedes aquí, señores?

—Tendría curiosidad por saber antes por qué causa se encuentra usted tan lejos de las bajas praderas, *mister Sandy* —dijo el capitán.

—Continuará unido a ese loco que padece de una bisontitis incurable —añadió el *indian-agent*.

El bandido estalló en una risotada tan ruidosa que hasta hizo retroceder a los osos.

—¡De ninguna manera! Ya no piensa en los bisontes —dijo después. Se me ha pegado al lado, porque esta enamorado locamente de Minnehaha, y porque quiere cuando vuelva a Inglaterra, ser un boxer de primera fuerza.

—¿También ustedes van tras de Minnehaha? —preguntó John con estupor.

—¡Demonio! De su captura depende mi indulto y mi fortuna, porque el Gobierno ha puesto un premio de diez mil dollars, sobre la cabeza de la célebre *Desolladora*. Porque, señor Devandel, no me han indultado a pesar de habérmelo prometido por la liberación usted, de modo que no he podido

volver a mi *Marylandia*. Por otra parte, no es mucho lo que me importa porque mi madre ha muerto ya.

Un ronco sollozo laceró la garganta del célebre bandido, mientras las lágrimas velaban sus ojos.

—¡Animo! —dijo luego—. Volveré con la cabellera de Minnehaha y los diez mil dollars y terminare mis días tranquilamente como un modesto plantador de algodón.

—¿Decís la cabellera de Minnehaha? —pregunto el *indian-agent*—, eso si que no, señor mío. Esa me corresponde a mí. Contentaos con el premio. Ese os lo dejo gustoso.

—¡Truenos de Jove!... —Mister John. Ya no me acordaba de que Minnehaha lleva clavada vuestra cabellera, en su escudo de guerra.

—¿Acaso preceden ustedes a las tropas del general Miles? —preguntó el señor Devandel.

—A las del general Farsythe, pero aún están lejos. Los *sioux* han sido más listos que nosotros y han entrado en Nebraska sin tener que empeñar ni un combate siquiera. *Sitting-Bull* no va con ellos pero tienen a su cabeza a Pie Grande, otro jefe famoso. Si no estuviese enfermo, a estas horas, todos los guerreros escapados a los combates se encontrarían en el Dominio inglés en marcha para los Grandes Lagos.

—¿Y decís...?

El bandido no esperó el final de la pregunta. Como un loco se precipitó a la orilla blasfemando más que un demonio:

—¡La canoa! ¡La canoa! —gritaba.

Ya era tarde. La ligera embarcación embestida por un grueso témpano de hielo se había ido a pique con su cargamento de cisnes.

Afortunadamente las carabinas del inglés y del bandido estaban apoyadas en el tronco de un árbol donde las colocaron al desembarcar para servirse de ellas si era preciso contra los animales que infestaban la peninsulilla.

—¡Por todos los diablos del Infierno! —aulló el bandido al ver desaparecer la canoa bajo la corriente y a los cisnes deslizarse hacia el *rápido*. ¿Me habrá hecho mal de ojo este lord Wylmore? Desde que entramos en Nebraska nos sale cada cosa peor que la anterior. ¿No os parece, mister John?

—No puedo hablar de ello porque no lo sé —respondió el *indian-agent*— pero consuéllese usted Sandy-Hook. Conocemos un buen refugio y tenemos hasta una lámpara maravillosa que os dejará asombrado.

—Me río yo de la lámpara. Preferiría mi canoa. ¿Cómo vamos a prender ahora a Minnehaha?

—Tenemos tiempo —respondió John—. Los *sioux* no se moverán mientras su jefe esté enfermo.

—Pues me hubiera gustado capturarla antes de que lleguen las tropas americanas —respondió el bandido amenazando con el puño—. Me corre a mí más prisa que a usted porque me vale diez mil dollars.

—No, me corre a mí más prisa —respondió el *indian-agent*—. Mejor quiero mi cabellera que el premio.

—Sí; cualquiera la coge, ahora que no podemos atravesar el río. ¿Vamos a saltar por encima del *rápido*? No lo intentaré yo ciertamente.

—¿Quién lo sabe? —respondió John—. ¿Queréis seguirnos?

—¿A dónde?

—Al refugio de los últimos *atabascos*.

—¿Una gran caverna que se prolonga sobre el rápido?

—Sí.

—Ya la había notado por el resplandor que sale por sus ventanas. ¿Qué queman allí dentro? ¿Un pozo de petróleo?

—No lo creo.

—¿Y no nos comerán las fieras?

—Como usted ve, *mister*, aún estamos vivos. La última atabasca sabe tenerlos a raya.

—¿Quién es esa mujer? ¿Una domadora?

—¿Qué sabemos nosotros?

—La aventura es extraña y acaso no le disgustará a un hombre como yo que las ha experimentado de todos colores. *Mister John*, estoy dispuesto a seguir a usted, con tal de que los osos y los jaguares nos dejen pasar. Yo no me fío de esos animales aunque estén domados.

—¿Habéis concluido, *milord*? La puñada que os he descargado en el cuello, no era de grueso calibre.

El *lord* se rascó la cabeza dos o tres veres y después se levantó lentamente, tomando la carabina que el bandido le ofrecía.

Miró al señor *Devandel* y al *indian-agent* pero pareció no reconocerles. En cambio sus ojos que lanzaban chispas como los de un loco, con la pupila enormemente dilatada, se fijaron en la joven india que con gran trabajo contenía a los osos, jaguares y cuguares dispuestos a precipitarse al ataque.

—¿*Minnehaha*? —preguntó alzando una mano hacia el bandido.

—Su hermana —respondió *Sandy-Hook*—. Por ahora estamos prisioneros y no podemos pasar el río. Ni siquiera podría

hacerlo un lobo y nuestras piernas no son tan fuertes como las de esos animales.

La joven india lanzó tres silbidos estridentes, haciendo retroceder a las fieras, y después se puso a la cabeza de la pequeña tropa, sin cesar de silbar.

CAPÍTULO VI. ESPANTOSO ASALTO

Los recorridos de la peninsulita y del istmo se efectuaron tranquilamente por los cuatro hombres y la joven india, aunque las fieras, cada vez más excitadas, les seguían constantemente dando muestras de gran irritación.

Sandy-Hook se había vuelto varias veces con idea de emprenderla con ellas a tiros de carabina, pero John le había contenido diciéndole:

—No hagas que nos devoren antes de tiempo.

—¡Hum!... Si no es hoy será mañana. Nuestras chuletas terminarán en la tripa de los osos, de los jaguares, de los pumas y hasta de los lobos. No me fío mucho de esa domadora.

Al cuarto de hora llegaban ante la inmensa caverna. En la meseta les aguardaban Harry y Jorge armados con sus rifles.

El encuentro con el bandido fue bastante cordial. Lord Wylmore en cambio permaneció frío como un pedazo de hielo, como si nunca les hubiera visto. Verdad es que habían transcurrido cinco años desde la última insurrección de *Sitting-Bull* y por esa razón, había perdido de vista a los dos famosos corredores de las praderas que con el *indian-agent* le habían acompañado a la caza de bisontes.

—¡Esto es un verdadero palacio encantado! —exclamó Sandy-Hook apenas entró en la enorme sala—. Lo malo es que estas momias son capaces de quitarle a cualquiera el apetito. ¿Y esa luz? Ya la he notado y no puedo explicarme su origen.

—Y ahora lo sabréis menos que antes —dijo el señor

Devandel—. Es luz eléctrica.

—¿Con qué motor la producen? No creo que sea por medio de la cascada y además ya se ve que aquí no hay conductores, ni carbones y mucho menos globos.

—¡Cuerpo de Satanás! ¡Verdad es, señor capitán!...—exclamó el bandido—. ¿Cómo explicar este misterio?

—Renunciando a ello, como yo he renunciado. Se rompería usted la cabeza sin llegar a comprenderlo.

—Tenéis razón —respondió el bandido sonriendo—. Habrá que ocupar el tiempo en otras cosas más útiles.

—¿Que queréis decir?

—Que no estaría de más, comer alguna cosa.

La joven india que se había parado a algunos pasos de ellos, avanzó diciendo:

—Los rostros pálidos pueden tranquilizarse porque tendrán qué comer.

—¡Que salvaje más cariñosa! —dijo el bandido. No se parece a Minnehaha—. Esa nos hubiera ofrecido cuchillos para escapelarnos.

Al fondo del inmenso salón y enfrente de la ventana que daba al *rápido*, había una gran mesa de piedra con dos docenas de taburetes a su alrededor.

Los aventureros tomaron sitio en torno de ella, sin ocuparse de Lord Wylmore, quien parecía estudiar atentamente las momias como si esperase encontrar alguna que se pareciese a Minnehaha.

—Poco después salía la joven india, de una galería lateral llevando grandes panochas de maíz y trozos de tasajo cocido.

Sandy-Hook hubiera preferido uno de los cisnes matados aquella noche, pero, sin embargo, puso buena cara a aquella frugal y poco apetitosa cena, remojándola abundantemente con buenos tragos de agua del rápido.

—Y ahora, señores míos —dijo el bandido cargando la pipa—, hablemos un poco. La estancia es hermosa, la lámpara es bella, pero las aguas nos cierran el paso por todas partes y no querría correr el riesgo de tener que pasar a ocupar un sitio al lado de esas momias. Aquí no he de encontrar ni mi indulto ni los diez mil dollars que cuelgan de los cabellos de Minnehaha. ¿Ustedes no tienen alguna chalupa?

—Ninguna —respondió el *indian-agent*— hemos llegado aquí a horcadas sobre dos troncos de árbol que luego han ido a parar al rápido donde se han destrozado sobre las rocas.

—¡Condenado Satanás! Yo no tengo ninguna gana de acabar aquí mis días.

—¿Y quién os ha dicho eso?

—¿Pues cómo vamos a cruzar el río del Lobo y cómo vamos a llegar al campamento de los sioux? Allí es donde hemos de dar la batalla.

—Usted me ha dicho, Sandy, que su jefe está enfermo y que por eso han debido los gusanos rojos, suspender su veloz retirada hacia Septentrión.

—Verdad es —contestó el bandido—. El gran sakem Pie Grande está enfermo con una pneumonía y ha detenido a su banda. Por ese motivo espero que el general Farsythe con su 7.º regimiento ligero de Caballería concluirá por encontrarle.

¡Son notables nuestros compatriotas! Si los indios quieren marcharse corren detrás de ellos para encerrarles en las «reservas» destruyéndoles allí lentamente con torrentes de vitriolo, cuando si les dejaran marcharse, todos saldríamos ganando.

En el Dominio inglés hay tierra bastante para cien tribus indias, además de que la caza aún es allí abundante.

—¿Habéis concluido? —preguntó el *indian-agent* que le había escuchado pacientemente.

—Creo que sí —respondió el bandido lanzando al aire una bocanada de humo azulado:

—Ya era tiempo, porque habéis desbarrado bastante, *mister*. Debíais haber estudiado para abogado y no para desvalijar trenes y correos en California.

—Mi padre murió joven en el fondo de una mina de Pensilvania, y mi madre convertida en viuda demasiado pronto, carecía de medios para mandarme a la escuela —respondió el bandido lanzando un suspiro—. Además de que los trenes y los correos daban más provecho. Concluya usted *mister John*.

—Yo digo, que puesto que el gran *sakem* indio que conduce a la tribu de los *sioux* fugitivos ante la aproximación de las tropas americanas se encuentra enfermo gravemente, podíamos esperar unos días. Nosotros solos no podemos atacar a los pieles rojas.

—Seguid adelante, *mister John*.

—En la península hay árboles bastante gruesos para construir una buena balsa y atravesar con ella el río.

—¿A pesar del tiro que hace el rápido?

—Procuraremos evitarle.

—Entonces todo va bien. Yo creo que los americanos no están muy lejos y que de un día a otro caerán sobre los indios. Yo no quiero faltar al combate. Le dejaré a usted la cabellera de *Minnehaha*, pero reclamo para mí la vida de la

hija de Nube Roja y de la gran Yalla.

Miró a la joven india, que le escuchaba desde la extremidad de la larga mesa, haciendo comprender que la era familiar la lengua inglesa, y la preguntó:

—Hermosa niña, ¿podríamos descansar un sueñecillo, sin que vuestros animales nos devoren mientras estamos durmiendo? Yo no me fío de vuestros osos ni de vuestros jaguares.

La joven se encogió de hombros y después, dijo:

—Ahí hay pieles de bisontes muertos de viejos, las cuales curtió mi padre por un procedimiento indio. Más hermanos los rostros pálidos tienen autorización para servirse de ellas.

—Y tú entre tanto ¿vigilarás nuestras piernas? —preguntó el bandido—. Yo he observado que esta sala no tiene puerta alguna que se pueda cerrar y que cualquier oso podría entrar durante nuestro sueño mutilándonos espantosamente.

—Yo sé mandar a mis fieras —respondió la india—, podéis dormir tranquilos.

—Mister John ¿usted se fía?

—Yo sí —respondió el *indian-agent*.

—Pues yo no. Afortunadamente he salvado mi rifle y no me separaré de él.

Entraron en la galería a la cual llegaba de través la brillante luz de la lámpara y a los pocos pasos se encontraron en una especie de rotonda que tenía una ventana que daba sobre el rápido. El fragor que subía del enorme salto de agua, hacía muy dudoso si allí se podría dormir, pero los aventureros escogieron unas cuantas pieles de bisonte de las que había amontonadas en un ángulo y se acostaron poniéndose al lado las carabinas.

La cascada rugía espantosamente haciendo vibrar las paredes de la rotonda pero, no obstante, no tardaron todos en cerrar los ojos incluso *lord Wylmore* que se envolvió en una hermosa piel de bisonte, suave como el terciopelo.

Ninguno había dormido la noche precedente que había sido accidentadísima lo mismo para los corredores que para el bandido y su loco del otro lado del Atlántico.

Pero aquel descanso no debía ser muy largo. Roncaban descuidadamente aunque ya el sol entraba por la ventana cuando unos alaridos espantosos les despertaron sobresaltados.

—¡Rostros pálidos, auxilio!

Luego se oyeron bramidos, rugidos y aullidos de bestias enfurecidas.

Sandy-Hook saltó el primero en pie gritando:

—¡Corramos! ¡Los osos han atacado a la joven!

El señor Devandel, John, Jorge y Harry, como el rayo, se desembarazaron de sus pesados abrigos empuñando los rifles.

El inglés en cambio aunque era un habilísimo cazador continuó tranquilamente en su lecho improvisado, bien envuelto en la gigantesca piel de bisonte que hasta le impedía oír el estruendo del rápido.

Los cinco hombres atravesaron en un momento la amplia sala siempre iluminada por la misteriosa lámpara aunque el sol estaba ya muy alto, y se precipitaron por la escalinata abajo.

Un horrible espectáculo se ofreció a sus miradas.

La joven india derribada por algún poderoso zarpazo había ido a caer veinte pasos más adelante y sobre la desgraciada luchaban furiosamente, osos grises y negros, jaguares, pumas

y lobos.

Únicamente los coyotes se habían retirado a un lado y aullaban lastimeramente.

En cuanto a los *icapitis*, y *daini mooses*, todos habían desaparecido.

—¡Fuego ahí en medio! —gritó Sandy-Hook.

Cinco disparos resonaron y cinco balas cónicas se clavaron en las carnes de las fieras, pero sin hacerlas retroceder ni un solo paso.

Un colosal oso gris había ya arrancado la cabeza a la última atabasca y se alejaba andando de pie sobre sus patas, llevando aquella bien apretada con sus colmillos y gruñendo alegremente.

Sandy-Hook y John, se pusieron palidísimos.

¿Qué sería de ellos ahora que había muerto la domadora? Se necesitaría una ametralladora para desembarazar el istmo y la peninsulita de todas aquellas alimañas.

El bandido tuvo una idea luminosa.

—Barriquémonos en la gran sala.

—¿Con qué? —preguntó el señor Devandel—. No hay salida alguna.

—¿Y las momias?

—En un momento se arrancan.

—Adelante, señores. Están impregnadas de resina y arderán mejor que teas de ocote. No perdamos un momento.

Una vez devorada la india, la tomarán con nosotros.

Retrocedieron rápidamente, cogieron treinta o cuarenta momias de los sakems princesas y muchachos y las arrojaron en la entrada, desprendiéndose un olor de resina tan agudo que era casi imposible de resistir ni aún para aquellos hombres acostumbrados a explorar las grandes selvas de pinos.

—¿Quién tiene fuego? —preguntó el bandido.

—Yo —contestó John.

—¿Fósforos o eslabón?

—Las dos cosas.

—Tenedlos preparados porque les necesitaremos.

Las fieras han probado ya la sangre humana y querrán probar también la nuestra.

Preveo un formidable ataque y no sé si nuestros rifles bastarán para contenerle.

—¿Cuál es la idea de usted? —preguntó el *indian-agent*.

—Quemar todas las momias.

—¿Y después?

—Intentar mover la mesa de piedra, apoyándola contra la puerta.

—No será suficiente.

—Lo sé —respondió Sandy-Hook. Por lo menos esa losa impedirá la entrada a los osos grises que son los más peligrosos.

—¿Y los jaguares? —preguntó el señor Devandel.

—Les quemaremos los hocicos —contestó el bandido—. ¡Aquí

están! Mister John, dadme un fósforo.

—Pronto —respondió el *indian-agent* sacando de uno de sus innumerables bolsillos, una caja de fósforos.

Fuera, los aullidos habían llegado a ser espantosos. Los osos, los jaguares, los pumas y los lobos, excitados por la sangre que ya habían probado, se habían arremolinado junto a la puerta con la esperanza de entrar en la inmensa sala y darse un hartazo de carne humana.

Ahora ya no estaba allí la domadora, para tenerles a raya y podían obrar con libertad.

Pero Sandy-Hook vigilaba con atención. Sabía que hasta las bestias más feroces se detienen ante la llama y sin detenerse más, prendió fuego a las momias amontonadas junto a la puerta en lo alto de la escalinata.

Osos, lobos, jaguares y pumas se precipitaban en aquel momento al asalto de la inmensa sala, chillando y rugiendo espantosamente.

Los cuatro hombres empuñaron los rifles y aunque el humo empujado por el aire exterior les asfixiaba y les hacía toser, hicieron varias descargas a través de la, cortina de llamas que abrasaba sus ojos.

Disparaban a tenazón por entre las momias que bajo los mordiscos de las llamas, se retorcían como si estuviesen vivos.

Sus brazos y piernas se tendían impetuosamente, sus pechos estallaban como si tuviesen dentro cartuchos de dinamita, los puños y los pies se retorcían de modo horroroso.

Ardiendo todo mejor que si fuesen teas de ocote llenando la inmensa sala, de humo denso, pesado, casi irrespirable.

Sandy-Hook, lleno de actividad continuaba arrojando con furia

terrible en medio de aquel humeante brasero, jefes indios con sus mujeres e hijos.

Los cuerpos al contacto de la llama, saltaban, se plegaban y se retorcían como si hubieran muerto sólo hacía veinticuatro horas, cuando acaso habían lanzado su último suspiro hacía cincuenta o cien años.

Pero las fieras ante aquella hoguera que defendía la puerta no osaban repetir el ataque.

Espantada por las detonaciones y por aquella llamarada que por momentos aumentaba, volvieron a descender más que de prisa la escalinata, renunciando por el momento a probar el sabor de la carne de los hombres blancos.

Además, el bandido y los cuatro corredores no ahorraban las municiones y a través de las densas y pestilentes nubes de humo y de las llamas que devoraban las viejas carcasas de los atabascos, habían pasado gran número de balas cónicas.

—Hemos contenido el asalto —dijo Sandy-Hook arrojando al brasero media docena de momias de chiquillos.

—Sí, por el momento —dijo el *indian-agent*— ¿pero creéis que no volverán a la carga?

—Y nosotros continuaremos quemando momias.

—¿Y cuando no haya más? Este combustible indio dura muy poco.

—Opino de otra manera, porque están rellenas de resina y de cáñamo. ¡Caramba! Una buena idea.

—Decid, Sandy.

—No sé si tendremos bastante fuerza.

—Continuad.

—¿Podríamos levantar la mesa de piedra y apoyarla contra la puerta?

—No se podrá tapar con ella enteramente —dijo el señor Devandel—. También se me había ocurrido la misma idea.

—Al menos bastaría para contener a los osos, grises, y negros —repuso el bandido—. De los lobos, jaguares y pumas, daremos cuenta con las carabinas. Además yo no creo que el peligro sea tan próximo, ¿sabéis por qué?

—Yo se lo diré a ustedes —dijo John—. Ahora que ya no existe la desgraciada domadora, todos esos animales, regresarán a la peninsulita y se arrojarán sobre los bisontes y sobre los animales indefensos que allí existen.

—Entonces no perdonarán ni siquiera a aquellos holgazanes coyotes, mister John.

—Además el estrago durará poco porque las bocas son demasiadas. ¿Cómo alimentaría a estos animales la domadora?

—Aquí, comenzando por la lámpara, todo es misterio.

En aquel momento se presentó lord Wylmore, arrastrando a su espalda, como un manto, la piel de bisonte que le había servido de lecho.

Parecía enfurecido y efectivamente se encaró de pronto con el bandido gritando:

—¿Qué escándalo es éste? Yo quiero dormir.

Sandy-Hook se encogió de hombros.

—Milord —dijo—. Va usted resultándonos un poco fastidioso. ¿Usted se cree que es esto una fonda de Nueva York o de Londres? Allí acaso le molestarían a usted las pulgas, pero aquí, son las fieras las que si se descuida le harán pedazos, aunque fuera usted un Par de Inglaterra.

—¿Ha dicho usted fieras?

—¿Ha perdido usted la memoria, *milord*?

—¡Ah, sí!... ¡Yo recordar!... ¡Muchas fieras!

—¿Y no sabe usted lo que quieren de nosotros, *milord*?

—¿Comernos las piernas?

—Y la cabeza. Pero entre tanto han devorado a su ama.

—¿A la pequeña india? —preguntó el lord.

—La han hecho desaparecer como si fuera una chuleta de bison.

—¿Minnehaha siempre viva?

—Siempre.

—Entonces todo marchar bien.

—Egoísta —murmuró el *indian-agent*—. No piensa más que en aquella tigre con faldas.

—Ese hombre es un verdadero loco —dijo el señor Devandel—. Todavía nos tiene que dar que hacer.

—Yo sé domarle —dijo Sandy-Hook en voz baja—. Con una descarga de puñetazos le dejo en un momento como un guante. Es un admirador de los trompazos bien dados y su piel no se resiste. Vamos señores, intentemos levantar la losa de piedra antes de que el faro se apague. Sin duda servirá de algo.

—Todavía hay momias, pero convendrá conservarlas para los jaguares y pumas —dijo John.

Los seis hombres volvieron a atravesar la sala, estornudando estrepitosamente, porque aunque el rápido impulsara a

través de la abierta ventana, una fuerte corriente de aire, quedaba aún humo, y así intentaron levantar la losa que servía de mesa.

Como todos eran muy robustos, especialmente Sandy-Hook y el *indian-agent* con un vigoroso esfuerzo consiguieron levantarla y conducirla a la puerta.

Aunque era de un par de metros de larga, todavía quedaba un paso que sería suficiente para los felinos, jaguares y pumas especialmente.

También los lobos, en general buenos saltadores, podrían salvar sin gran dificultad, el obstáculo.

—Ya es algo —dijo el señor Devandel—. Los más grandes se quedarán fuera.

—Y para los otros tenemos las momias, y nuestras, carabinas —dijo el bandido—. Pero ¿dónde han escapado? No se ven por parte alguna.

—Pero se oyen —dijo el *indian-agent* quien de cuando en cuando escuchaba.

En lontananza se oían mugidos, bramidos y rugidos. Las fieras debían haber vuelto a atravesar el istmo para arrojarse sobre los bisontes, los *wapitis* y los *mooses*.

Los pobres animales a los que no protegía ya la india no podían oponer una larga resistencia a un asalto tan formidable.

—Allí se merienda succulentamente —dijo Sandy-Hook—. Si al menos se dignasen mandarnos alguna chuleta de bisonte.

—Ya podéis esperar —dijo el *indian-agent*.

—¿Y si se comen a todos, qué nos quedará a nosotros? ¿Los esqueletos de estos indios? ¡Puah!

—¿Y los cisnes?

—¿Y la barca para recogerles?

—Nos daremos un baño.

—¿Con el frío que hace y con los hielos que arrastra el río del Lobo? Yo me pregunto con inquietud cómo acabará esto.

—Supongo que se habrá usted encontrado en otros apuros mayores.

—No digo que no, pero me preocupa una cosa.

—¿Cuál?

—Que Pie Grande, se ponga bueno entre tanto, y que los sioux reanuden su marcha hacia Septentrión antes de que lleguen las tropas americanas. Nuestros compatriotas me parece que no andan muy aprisa. Sin embargo, es preciso que no se me escape Minnehaha.

—No se me escapará a mí —dijo John—. Hasta que no recobre mi cabellera no abandonaré su persecución. Tengo aquí la de su madre y quiero también la suya. Lo he jurado y lo que ofrecen los cazadores de las praderas, lo cumplen.

—Lo sé —repuso Sandy-Hook—. Pero me pregunto cómo podremos repasar el río y volver a establecer el contacto con los sioux.

—Esperemos a haber destruido todas las fieras —dijo el señor Devandel—. Después podremos botar al río una balsa. En la peninsulita no faltan los árboles ni las lianas.

—Además tenemos pieles de bisonte para hacer las correas que necesitemos —añadió Harry.

—Yo creo —dijo el bandido, cuya frente se había ensombrecido—, que no será fácil acabar con todas las

fieras. Mucho me alegro, señores, de haber encontrado antiguos conocimientos, pero me alegraría aún más no haber salido de la orilla izquierda del río. Desde allí, podríamos vigilar los campamentos de los sioux.

—Si quiere usted marcharse, tiene la puerta entreabierta —respondió el *indian-agent* con ironía—. Un oso gris no podría pasar, pero sí un hombre. ¿No quiere usted salir, Sandy?

El bandido hizo una mueca y lanzó cuatro imprecaciones, una detrás de otra.

—*Mister John* —dijo luego algo, sarcásticamente—. ¿Les corre a ustedes prisa librarse de mí? Tendría usted que llevarme sobre su espalda y eso es un poco molesto, créame usted.

—¿Por qué dice usted eso, Sandy? He tenido bastantes ocasiones de apreciar, en las bajas praderas, vuestro valor y también vuestra amistad.

—¿Amistad decís? —gritó el bandido—. He aquí el primer hombre que me habla así. ¿Quiere usted mi cabellera? ¡Tómela!

—Yo no soy *Minnehaha la Desolladora*.

—Tome usted entonces mi piel.

—Es demasiado pronto.

—Siempre estaré a vuestra disposición.

—Es usted un bandido admirable —dijo el señor *Devandel*.

En aquel momento gritó Jorge con voz tonante.

—¡Las fieras vuelven al ataque! ¡Preparad las carabinas!

CAPÍTULO VII. LA AUDACIA DE UN BANDIDO

Los cinco hombres se precipitaron hacia la puerta, cerrada en gran parte por la piedra, prontos a rechazar el asalto que podía llegar a ser excesivamente peligroso, si no de parte de los osos, por lo menos de la de los felinos y lobos.

Las fieras, que acaso habían ya acabado con todos los animales pacíficos sedientos de sangre, habían repasado el istmo y se lanzaban contra la inmensa sala de los últimos atabascos.

Osos, jaguares, pumas y lobos se dirigían al usado con furia increíble, decididos a probar otra vez la carne humana.

Por los primeros no había que temer porque no cabían por el espacio descubierto: Pero los felinos podían por medio de un gran salto; entrar en la sala seguidos también por los lobos, que debían estar en gran número: y no eran menos feroces.

Sandy-Hook, siempre rápido en sus determinaciones, cogió media docena de sakems y tapó con ellos el hueco dejado por la losa, gritando a John:

—¡Mister, dé usted fuego!... Estas momias son verdaderamente maravillosas ¡Las deberemos nuestra salvación!

—Mientras duren.

—Todavía queda una buena partida. ¡Fuego a los restos!

Pronto se extendieron a diestra y siniestra de la puerta las lenguas de fuego, lanzando nubarrones de asfixiante humo,

que obligaba a los aventureros a retroceder más que de prisa.

Las momias estallaban alegremente y se vaciaban con golpes secos que parecían descargas de fusilería.

Brazos y piernas se agitaban como si en aquellas viejas carcasas hubiera sobrevivido un resto de vitalidad y luego se encendían como antorchas, contrayéndose poco a poco contra sus pechos.

A pesar de aquellas llamaradas y aquel torbellino de chispas y de humo un animal, a riesgo de morir asfixiado o de caer en el brasero, con gran asombro de los aventureros, saltó a través de la puerta, no sin perder los bigotes e incendiarse la piel.

Era un soberbio jaguar casi tan grande como un tigre joven, con cuello tan fuerte como el de un toro y de piel espléndidamente manchada.

Caído a tres pasos de la puerta y enfurecido por las quemaduras sufridas, se detuvo un solo momento lanzando un rugido altísimo y después embistió rabiosamente contra los seis hombres, que por su parte le esperaban a pie firme, formando un semicírculo.

La fiera, agilísima, pasó de un salto por encima de sus cabezas, evitando la descarga de los rifles o intentó ganar una galería lateral.

Bramaba ferozmente y su piel no dejaba de echar humo.

—¡Cuerpo de cien mil cuernos de bisonte!...—gritó el *indian-agent*—, ¡ese estúpido va a incendiar nuestro alojamiento!

—Harry, Jorge, señor Devandel defiéndanse ahí con *milord*, mientras John y yo vamos a concluir con este imprudente. No ahorren ustedes las momias.

Se lanzó al fondo de la sala seguido inmediatamente por el *indian-agent*

Los dos corredores, el capitán, y también el inglés, percibiendo a través de las llamas las cabezas de algunos animales, comenzaron a disparar entre tanto, para ahorrar algo el precioso combustible.

—Despacio, Sandy —dijo el *indian-agent* viendo que el bandido iba a precipitarse valerosamente y hasta de modo imprudente, dentro de la galería—. Los jaguares son unos saltadores que dan más miedo que los macizos osos grises.

—Les conozco, *mister*.

—Entonces no cometeréis tonterías.

—Y mientras tanto ese animalucho nos incendiará las camas.

—Le arrojaremos en el *rápido*.

Mientras hacia la puerta se sucedían sin interrupción los disparos haciendo retumbar la inmensa sala, los dos audaces avanzaron por la galería prevenidos con el dedo en el disparador de sus rifles.

El jaguar, como habían sospechado, se había refugiado en la rotonda y se revolcaba sobre las pieles de bisonte intentando apagar el fuego que devoraba su soberbio pelaje.

—¡Ah, incendiario!...—gritó el bandido apuntando; rápidamente con su carabina.

Al oír el grito, el terrible animal se levantó sobre las patas y se replegó sobre sí mismo dispuesto a lanzarse.

Tenía la boca abierta y las garras curvas como las de los gatos y duras como el acero, sacadas.

Ya es sabido que un jaguar con un solo zarpazo puede, como el tigre y el león destrozar los riñones aunque sea a un buey, y que aunque no es de grandes dimensiones tiene tal fuerza

que arrastra grandes terneros, saltando con ellos las estacadas de los corrales.

Sandy-Hook que durante su aventurera vida, les había hecho frente en la pradera, intentó prevenir el salto o hizo fuego precipitadamente.

La bala se llevó una oreja de la fiera, pero aquella herida no era suficiente para poner fuera de combate a un adversario tan robusto y valiente.

—¡Atrás Sandy!...—le gritó el *indian-agent* que enseguida se había apercebido del fracaso de aquel disparo.

El bandido que estaba en guardia saltó a un lado casi al mismo tiempo que el jaguar caía precisamente en el sitio que él ocupaba anteriormente.

El *indian-agent* con un movimiento fulmíneo describió una inedia vuelta sobre sí mismo y a su vez disparó casi a quemarropa.

El jaguar fulminado en mitad del cráneo, se enderezó un momento sobre sus garras lanzando un último rugido y después se derrumbó para no levantarse más.

—¡Por todas las colas del demonio! —exclamó Sandy-Hook—. He ahí un magnífico tiro que le envidiaré siempre, *mister John*. ¡Ah! Estos corredores de las praderas poseen una sangre fría verdaderamente maravillosa.

Pero viendo que la piel de la fiera continuaba ardiendo y que corrían peligro de incendiarse las pieles de bisonte, asestó al muerto un formidable golpe con la culata de su pesada carabina, guarnecida de una fuerte chapa de acero, para asegurarse de que ya no se clavarían más aquellas terribles uñas.

—Parece —dijo— que el alma de este animal ha ido a hacer compañía a los pieles rojas en el paraíso del buen Manítú.

¿No le parece a usted?

—Yo creo que por ahora no resucitará —respondió el *indian-agent*.

—Ahora, tirémosle al *rápido*. Tiene la piel más seca que vuestra yesca.

Los dos aventureros levantaron la fiera, la pasaron por la ventana de la rotonda y la arrojaron en la rugiente catarata.

El cuerpo dio dos o tres vueltas en el aire, y luego desapareció entre un remolino de espuma más blanca que la nieve.

Pronto las rocas le despedazarían.

—Siempre será uno menos —dijo Sandy-Hook.

—Bien poca cosa, querido mío —respondió el *indian-agent*—. Y nuestros compañeros continúan su fuego. ¿No oís? —Con poco éxito, me parece.

—Vamos a verlo.

—Espere usted un poco, Sandy —dijo John—, ¿usted es valiente?

—¿Lo duda usted? ¿No sabe que yo sólo, un día armado con dos revólveres detuve el correo de Sacramento, cogiendo a los viajeros más de siete mil dollars?

—¿Y entre aquella gente no hubo un viajero capaz de meteros una onza de plomo en la cabeza?

—¡Oh! Ya había yo tenido la precaución de pegar primero, dos tiros al conductor, porque sabía que era hombre capaz de empeñar conmigo un combate a corta distancia.

¿Y qué quiere usted deducir de esto, mister John?

—Que la salvación de todos nosotros depende de la audacia de usted.

—Ya le he dicho que tengo bastante para mí y para regalar.

—Sólo usted sabe dónde está la vanguardia americana del general Miles.

—No Miles; os he dicho Farsythe, acompañado del mayor Whiteside que manda el 7.º regimiento de caballería, con leí capitán Wallace.

—¿Les conoce usted?

—Ya lo creo, como que trabajo por cuenta suya. Yo vengo a ser una extrema vanguardia encargada de mantener el contacto con los *sioux*.

—Ese contacto no existe.

—Precisamente eso es lo que me disgusta. No querría; que se me escaparan, Pie Grande, Nube Roja y Minnehaha, haciéndome perder el indulto junto con los diez mil dollars que cuelgan de los cabellos de la *Desolladora*.

—¿Usted cree que podremos salir de aquí?

—¡Hum! Cuando ya no haya más momias que incendiar, todas esas fieras se echarán sobre nosotros y comerán o cenarán alegremente con nuestra carne.

—Entonces, no hay más que un medio de escapar a una muerte.

—Diga usted.

—Llegar de algún modo a la vanguardia americana y hacerles venir en nuestro auxilio.

—¿Volando sobre el río, o sobre la cascada?

—Le dejo a usted la respuesta porque creo que es el hombre que puede sacarnos de esta situación.

El bandido abrió de par en par sus ojos de halcón y los fijó en los del *indian-agent* con cierto asombro.

—Demonio —dijo luego—. ¿Es mi pellejo lo que usted quiere? Verdad es que dentro de poco: acaso mi carcasa cuelgue de algún árbol, pero todavía pretendo conservarla un poco, por lo menos hasta que gane los diez mil dollars con la piel de Minnehaha.

—Si continuáis aquí, regularmente no la conservaréis.

—Es verdad, y tengo gran temor de que mientras tanto aquel demonio de mujer se fugue al Dominio inglés.

—¿Entonces?

—Veamos —dijo el bandido después de un momento de reflexión.

—Alguno tiene que hacer alguna tentativa por la salvación de los demás.

Se acercó a la ventana que daba sobre el *rápido*. La masa de agua se precipitaba furiosamente entre un número infinito de rocas negras, rugiendo espantosamente y proyectando al aire una cortina de espumas.

—Impresiona bastante —dijo el bandido—. Pero con una cuerda sólida me atrevería a intentar el descenso. Las rocas están bastante unidas y se puede saltar de una en otra. Si muero en la empresa, ustedes verán como salen del apuro de otro modo.

—¿Acepta usted Sandy?

—¿Queráis que aguantara aquí hasta que no haya, más momias que abrasar, y entonces dejarme desgarrar por los

jaguares, los lobos y los osos?

Tal fin me hace poca gracia, mister John, se lo digo a usted con franqueza.

—Aquí leñemos más de veinte pieles de bisonte, y cortándoos, podremos obtener una cuerda tan larga como queramos, y de una solidez a toda prueba.

—Dejadme hacer, a mí, mister. He sido marinero bastante tiempo y sé cómo se hacen los nudos. Mientras yo me pongo a la obra puede usted ir a ver lo que ocurre en otra parte.

Ya no disparan ¿Acaso los animales se baten en retirada?

Encendió la pipa, abrió su larga y afiladísima navaja y se sentó en medio de las pieles con las piernas cruzadas como los turcos y persas.

El *indian-agent*, contento por haberle decidido a aquella desesperada tentativa, en la que casi todas las probabilidades eran de dejar la piel, volvió al salón.

El combate había terminado.

Las fieras rodeadas por las llamas, el humo y las balas de los rifles se habían decidido de nuevo a diferir el ataque para mejor ocasión y habían repasado el istmo, para concluir probablemente con la caza menor que todavía pudiera encontrarse en la peninsulita.

Un par de momias, por precaución crujían a los lados de la losa de piedra, lanzando de sus vientres llamaradas azuladas y mal olientes.

—¿Es así, John como ha terminado la cacería? —preguntó el señor Devandel al *indian-agent*—. Hemos oído dos disparos.

—Mejor no podía terminar, señor. ¿Y, por aquí, cómo van las cosas?

—Cuatro o cinco animales han caído bajo nuestros tiros.

—Poca cosa.

—¿Con este humo?

—Ya sé, señor Devandel, que no podíais apuntar.

Después llevándole aparte le contó lo que había combinado con Sandy-Hook para salvar a todos.

—¡Ese bandido es capaz de atreverse a todo! —exclamó el señor Devandel.

—No sería sino un bandido, es decir un hombre dispuesto siempre a jugarse la vida —respondió el *indian-agent*—. Si los americanos no llegan en nuestro auxilio, no podremos salir de esta prisión.

—¿Pero están cerca?

—Sandy-Hook, lo asegura.

—¿Podremos aguantar hasta su llegada?

—Aún queda un par de centenares de momias que incendiar, las municiones todavía son abundantes, señor Devandel. Por mi parte dispongo de más de cien disparos.

—Vamos a ver a ese hombre. Le ofreceré un millar de dollars si nos salva.

—Los cuales se alegrará mucho de embolsar. Los pillos siempre; han sido hombres de suerte.

Ahí tiene usted once mil dollars que ese salteador de las praderas se meterá un día bonitamente en el bolsillo, porque yo no eludo que logre apoderarse de la *Desolladora*, devolviéndome mi cabellera que ahora adorna el escudo de la terrible dama.

Harry, cuida de las fieras y quema si es necesario algún otro *sakem* acompañado, si quieres, de su esposa.

Por ahora no te ocupes de mí.

—Puedes márchate John —respondió el corredor—. Yo respondo de todo, y además *milord* tira tan perfectamente como un viejo cazador.

El *indian-agent* y el capitán se dirigieron a la rotonda, donde encontraron a Sandy-Hook ocupado en empalmar largas tiras de piel, por medio de ligaduras o nudos de marinero fáciles de desatar, pero difíciles de deshacerse por sí solos.

El demonio del hombre había, en media hora, ejecutado un trabajo enorme.

Había hecho tiras más de diez pieles de bisonte, con su *navaja* y se encontraba en medio de un verdadero montón de ligaduras.

—¿A qué punto llegamos, Sandy-Hook? —preguntó John.

—A los doscientos cincuenta metros, Ya creo que tengo más de lo necesario —respondió el bandido continuando sus ligaduras con la velocidad de un viejo marinero.

Después mirando al señor Devandel, le dijo:

—Así serán dos las veces que me deberá usted la vida si el *rápido* no me arrastra y estrella mi carcasa contraías rocas.

—Le ofrezco a usted un premio de mil dollars.

El bandido se quitó de modo cómico su ancho sombrero a la mejicana y dijo:

—¡Por todas las colas del diablo, mi patrón! Aquí llueven las monedas de plata.

Después añadió suspirando:

—Lástima que mi madre haya muerto. Con mis canalladas podía haberla hecho feliz los últimos años de su vida. ¡Bah! Así lo ha querido la fatalidad que siempre me ha perseguido.

—Lo que vas a efectuar, Sandy, no es una canallada, sino un acto de heroísmo —dijo el señor Devandel.

—Esa frase vale los mil dollars que me promete usted —respondió Sandy-Hook el cual sin dejar de hablar, continuaba contando y anudando tiras de piel—. Ya creo que he terminado. Con esta longitud bastará. ¿Qué hora es?

—Son las cuatro de la tarde —dijo el señor Devandel después de mirar su reloj de plata oxidada.

—A las cinco espero haber atravesado el rápido, y acaso antes de media noche, habré llegado al campamento americano. Tengo buenas piernas y cuando se presentía la ocasión de aprovecharlas, puedo apostármelas con un lobo. Pueden ustedes quemar todos los sakems y todas las princesas del salón porque les prometo estar de vuelta antes de veinticuatro horas. Señor Devandel ¿conocéis al general Farsythe?

—No, pero soy amigo de su coronel *mister Whiteside* y también del capitán Wallace.

—Entonces todo va bien —respondió Sandy-Hook—. Cuando sepan que está usted aquí, mandará a toda prisa a los jinetes más ligeros del 7.º Regimiento de Fronteras.

Tomó la larguísima cuerda, probó uno a uno la resistencia de todos los nudos, y después sin cuidarse del intenso frío se desvistió no conservando más que los calzones, y armándose de la navaja porque la carabina le hubiera sido completamente inútil en una travesía semejante entre las ondas y la espuma.

—Mister John —dijo—, arrollad y atad fuertemente una piel de bisonte y dadme vuestro eslabón si está bien encerrado.

—En una cajita completamente impermeable —respondió el *indian-agent*—. ¿Y para qué va a servir la piel de bisonte?

—¡Rayos de Belcebú! ¿Quiere usted que reviente de frío entre las nieves de la pradera? Hasta llegar a la cabaña que con *lord Wylmore* he construido, no tendré nada que me defienda de los mordiscos del viento. ¡Diablo! ¡La carne de los bandidos no es tan distinta de la de los hombres honrados!

—Tiene usted razón que le sobra —dijo el señor *Devandel*.

—Lo creo, capitán.

—¿En vuestra cabaña, tenéis caballos y otras armas?

—Dos *mustangs* que corren como el viento y *rifles* y revólveres de recambio. Dentro de una hora pienso estar sentado ante un buen fuego, cenando un asado de cisne, y enseguida iré en busca de los americanos.

Ustedes, aguanten con firmeza y no se dejen devorar.

—No os preocupéis por ello *Sandy* —dijo el *indian-agent* Un par de días les podremos resistir bien.

—¡Oh! Antes estaré yo de vuelta si el *rápido* no me engulle. ¿Está dispuesta la piel?

—Aquí la tiene usted. No tiene más que atarla a la espalda.

—Así me servirá también de defensa contra la furia del agua.

Hizo rápidamente los últimos preparativos, se ató fuertemente bajo los sobacos un extremo de la larguísima cuerda y después subió valientemente sobre el alféizar de la ventana, diciendo:

—Despídanme de los otros dos corredores y del loco *da milord*

. Y ahora aguanten ustedes fuerte y déjenme caer despacio.

En aquel momento iba a ponerse el sol entre un verdadero océano de luces rojizas que se reflejaban maravillosamente sobre la cortina de espumas, que se despeñaban por el rápido.

—Que Dios os ayude, Sandy —dijo el *indian-agent* con acento bastante conmovido.

—Decid que me ayude también el diablo, a quien lince ya tiempo pertenece mi alma —respondió el bandido—. Señor Devandel, espero que nos volvamos a ver pronto.

E inmediatamente comenzó el descenso por la superficie de la imponente roca que encerraba la gran sala de los últimos atabascos, apoyando los pies en las asperezas para no dejarse desgarrar la piel.

John y el señor Devandel sostenían con mano segura la larguísima cuerda y la soltaban poco a poco.

Treinta metros más abajo, encontró el bandido las primeras rocas.

El agua del río del Lobo adelantaba furiosa abriéndose millares de canalillos y murmurando siniestramente.

Sandy, que estaba dotado de extraordinaria agilidad, saltó sobre una, pasó de aquella a otra, apoyándose siempre en la cuerda y oponiendo a la espuma que le embestía, la gigantesca piel de bisonte. Después penetró por un canalillo obstruido por témpanos de hielo.

Su carne debía estar acorazada contra el frío como la de los esquimales y de los siberianos, porque sin preocuparse del frío intensísimo, continuó su descenso arrastrado en una carrera vertiginosa que la larguísima cuerda casi, no podía ahora atenuar.

Las aguas irrumpiendo entre las rocas, cada vez con más

furia cubrían al bandido, de cuando en cuando amenazando sofocarle y despedazarle contra cualquier punta aguda, pero aquel hombre, que debía poseer una energía extraordinaria y una fuerza de bisonte no tardaba en reaparecer.

Cada vez que llegaba a una nueva fila de rocas saltaba a ellas mejor que un *big-horn* con una seguridad asombrosa.

Ya llegaba casi, al fondo del *rápido* y se disponía a cortar la correa que ya no había de servirle, cuando hacia la orilla derecha del río retumbaron dos disparos.

En el mismo momento se oyó resonar el grito de guerra de los indios.

—¡Maldición! —gritó John—. ¿Estos también ahora?...

—Y ya no podemos verle —dijo el señor Devandel—. ¿Le habrán matado?

Sandy-Hook para esquivar el fuego de aquellos dos cazadores, se ocultó bajo las aguas, reapareciendo después con la navaja empuñada.

Cortó la cuerda, lanzó un estruendoso grito de triunfo, y se dejó arrastrar por la corriente, desapareciendo entre la cortina de espumas.

CAPÍTULO VIII. EL ASEDIO

El *indian-agent* y el señor Devandel recogieron cuidadosamente la larguísima cuerda, preguntándose con ansiedad, quién podría haber hecho fuego por dos veces sobre el bandido aunque afortunadamente sin tocarle.

—No busque tanto, señor —dijo el viejo corredor de las praderas después de arrollar la cuerda y arrojarla en un rincón—. Habrá sido algún guerrero de Nube Roja o de Minnehaha, que estará vigilando en la orilla del río.

—¿No le habrán cogido?

—No; de eso estoy seguro. Ha salido del agua más vivo que entró en ella. ¡Tiene cuerpo de acero, ese hombre! Nadie hubiera, con un frío tan intenso; intentado esta terrible prueba.

—¿Logrará tocar a la orilla?

—¡Qué accidente inesperado!... Apostaría a que será capaz de irse con la piel de bisonte chorreando agua, hasta las montañas de Laramie o hasta la gran cadena de los Montes Pedregosos.

Estos bribones están más acorazados que los cocodrilos.

—¿De modo que tú esperas volverle a ver?

—Desde luego, señor Devandel —contestó el *indian-agent* que continuaba desatando aunque no sin trabajo, las tiras de piel que el agua había apretado aún más.

—¿Y los indios?

—Ese es el gran peligro. Si han notado que estamos aquí no dejarán de hacer una visita a la peninsulita. Concluiremos acaso con las fieras, pero luego serán más despiadados los pieles rojas que todos los jaguares, caguarés y osos. De los lobos no me ocupo siquiera.

En aquel momento sonaron algunos disparos. Los rifles dejaban oír su voz en la gran sala.

—¿Habrán vuelto las fieras? —se dijo el *indian-agent* aferrando la carabina—. ¡Qué fastidiosas son! Se diría que se han propuesto, banquetear con nuestra carne, antes que con la de los bisontes, *nooses* y *wapitis*. Señor Devandel; vamos a quemar otros cuántos *sakems*.

Volvieron rápidamente a la gran sala siempre iluminada por la misteriosa lámpara, llevando consigo también el rifle del bandido, y vieron al inglés a Harry y a Jorge en posición de disparar a cinco pasos de la puerta.

Delante de ellos ardían otras cuatro o cinco momias, reventando con golpes secos como si dentro de sus cuerpos, tuviesen metidas castañuelas.

—¿Qué pasa, Harry? —preguntó el señor Devandel armando precipitadamente su carabina.

—No sé que decirle, capitán —respondió el corredor haciendo un gesto de desaliento—. No he visto en mi vida animales más obstinados, que estos. Se han empeñado en forzar la entrada y arrojarse sobre nosotros. Se diría que Minnehaha no es ajena a estos sucesos.

—Mejor creo que intervendrá más tarde —dijo el *indian-agent*.

—¿En qué se funda usted para ello, John?

—En que los *sioux* ya saben que estamos aquí.

—¿Cómo?

—No lo sé, Harry. El hecho es que han hecho fuego por dos veces sobre Sandy-Hook mientras ese valiente se sumergía en el rápido.

—¿Se ha marchado ya?

—No tiene miedo del frío ese diablo de hombre.

—¿Le habrán matado?

—Bien sabes que los indios aún no han aprendido a disparar —respondió el *indian-agent*.

Dos disparos interrumpieron el diálogo.

Un gigantesco oso gris, sin asustarse por el fuego se había presentado entre las llamas y lord Wylmore y el señor Devandel le habían derribado, metiéndole en el cráneo un par de balas cónicas de buen peso.

La caída del coloso fue recibida por las otras rieras con un griterío espantoso que repercutió siniestramente en la vasta sala.

—Se arrojan al asalto —dijo John—. El asunto empieza a ponerse serio. ¿Estamos destinados a morir hechos picadillo? Afortunadamente aún queda buena cantidad de momias. Pero sin embargo, hay que economizarlas.

Un olor nauseabundo salía de detrás de la piedra. Un pedazo de momia había caído sobre el oso, y el graso animal de espeso pelamen se asaba alegremente lanzando vivísimas, llamaradas.

El tocino del oso se fundía rápidamente haciendo correr escalinata abajo, verdaderos arroyuelos de grasa ardiendo.

Las fieras capitaneadas por los lobos que se mostraban los más encarnizados, se habían retirado con precipitación

aullando y gruñendo más fuerte que nunca.

—¡Por cien mil cuernos de bisonte! —exclamó el *indian-agent* —, hasta los osos sirven para alguna cosa después de muertos.

—Para ayudar a las momias a que ardan de prisa —dijo Harry.

—¡Ay! Si pudiésemos recoger uno de sus jamones para cenar. ¿John has encontrado víveres en la rotonda?

—Un poco de maíz y tasajo que debe haber visto mil soles.

Yo creo que la última atabasca estaba ya tocando al fin de sus provisiones.

—Entonces, déjame hacer a mí. Ahora tendremos cena.

Con la culata del fusil separó las momias que aún ardían y de un gran salto antes de que John y el señor Devandel hubieran pensado en detenerle pasó por encima de la piedra que servía de barrera, yendo a caer sobre el tercer escalón, cubierto de grasa, siendo verdadero milagro el que pudiese mantenerse en pie.

—¡Harry!...—gritó John apuntando con su *rifle*—. ¿Qué hace usted?

—Busco la cena.

El corredor de las praderas, sin asustarse por los numerosísimos animales que chillaban en el extremo de la escala, sacó su *navaja* y con pocas cuchilladas arrancó al oso uno de los pemiles.

La piel no ardía ya, por lo cual podía operar sin peligro, pero la grasa continuaba fundiéndose.

Ya se había ganado la cena y se disponía a alargar a John los jamones, más o menos asados cuando una puma, con valor extraordinario para un animal bastante inferior al jaguar,

dando un gran salto se le echó encima.

El corredor robustísimo aguantó el choque sin caer, y fue para él una suerte porque la grasa del grizzly ardía todavía. Se volvió empuñando con la diestra la navaja y con la siniestra el jamón sirviéndose de él como de escudo con que parar los zarpazos.

El *indian-agent* y sus compañeros que ya temían alguna sorpresa desagradable, velaban atentamente sobre aquél.

Resonaron dos disparos, luego otros dos con poquísimo intervalo y el puma cayó abrasado rodando por la llameante gradería.

—Gracias amigos —dijo el corredor saltando por la piedra—. Me habéis salvado la vida y en recompensa os traigo una cena exquisita.

Ya sabéis que los pemiles de oso son mejores que la giba del bisonte.

—No cometa usted otra vez esa imprudencia —dijo John—. Ni gastéis bromas con estos animales. Si el atacante hubiera sido un jaguar no hubieras podido librarte del ataque y ahora te estarías friendo en la grasa del grizzly.

—No creía que fuesen tan atrevidos. Parece que esas fieras se han vuelto hidrófobas, desde que devoraron a su domadora.

—Eso me da mucho que pensar. Casi, casi, hubiera preferido tener enfrente a los sioux.

—No tardaremos en verles, John —dijo el señor Devandel.

—¿Lo creéis así?

—Querrán saber quien habita en esta peninsulita y cuando menos lo esperemos les veremos aparecer.

—¿Con qué barcas van a venir?

—Fabricarán unas balsas.

—Es verdad, señor Devandel. No había pensado en ello.

He ahí un peligro que hasta hace poco no había sospechado.

—¿Crees tú que vendrán?

—Tengo el presentimiento de ello, señor Devandel. Los *sioux* están furiosos contra los hombres blancos desde la gran emigración que les ha privado para siempre de los ricos pastos de las bajas praderas y del paso de los grandes rebaños de bisontes.

En aquel momento, el *indian-agent*, se sintió tirar bastante vivamente de una manga.

Se volvió y encontró delante a *lord Wylmore*.

—¿Qué desea usted, señor? —le dijo.

—Ante todo llamadme *milord*.

—Sea pues.

—Yo desear saber, dónde ser mandado mi maestro de boxe. Ser hoy la segunda lección.

—¿Queréis hablar de *Sandy-Hook*?

—Yes.

—Está muy lejos.

—¡Cómo!...—¿Me haber abandonado? Yo pagarle.

—Regresará, *milord*.

—¿Y mi lección de boxe?

—Nosotros somos maestros de rifle y no de puños, *milord*
—respondió el *indian-agent*.

—¡Yo querer mi lección!... —gritó el inglés—. ¡Yo ser un *lord*!

—Me tiene sin cuidado.

—¿Usted despreciarme a mí?

—Efectivamente. Ahora no tenemos tiempo para ocuparnos de sus diversiones.

—Yo haber venido a América para matar bisontes y aprender el boxeo.

—Pues debíais baberos quedado en Inglaterra.

John, después de decir esto se volvió para reanudar la conversación con el señor Devandel, cuando un puño formidable cayó sobre su espalda.

Lord Wylmore le hacía aquel delicado regalo, con la esperanza acaso de provocarle, y así tener su lección de boxe.

El *indian-agent*, que era robusto como un bisonte, no se movió ni un ápice sobre sus *mocasines* pero no pudo contener una mueca, porque el puñetazo había sido bien seco.

—¿Qué hace usted, bribón? —gritó el señor Devandel arrojándose sobre el inglés.

También esta vez Harry y Jorge le contuvieron.

Con dos saltos cayeron nuevamente sobre el testarudo y le sujetaron apretadamente por las muñecas para impedirle tomar la carabina y emplearla.

—¡Arrojémosle en el rápido —gritó Jorge—, este hombre está loco y concluirá por hacer un disparate!

—Sí, sí, al *rápido* antes de que las fieras vuelvan al ataque
—apoyó Harry el cual odiaba a muerte a aquel testarudo.

Lord Wylmore, intentó inmediatamente librarse de aquel abrazo, pero sin lograrlo, porque los dos corredores tenían músculos de acero.

—Deteneos —dijo el señor Devandel al ver que John parecía también dispuesto a ayudarles—. No tenemos derecho de matar a ese hombre, amigos.

—Puede llegar a ser peligroso como un jaguar o como un viejo oso gris —dijo el *indian-agent*—. Tenemos bastante que hacer, con las fieras que acaso se están reuniendo de nuevo, para que gastemos el tiempo con este loco.

—Veamos *milord* —dijo el capitán dirigiendo hacia él el cañón de su carabina—, ¿qué quiere usted de nosotros?

—Yo querer volver a ver tunante maestro de boxe —respondió el inglés—. Ustedes, bribones, haberle muerto y yo no poder dar mis lecciones.

—Os digo que ha ido en busca de auxilio.

—Yo no haber visto pasar por aquí.

—Se ha marchado por el lado de la cascada.

—¿Cascada?

—Sí, *milord*.

—Yo ir a reunirme con él.

—Si así os place, no nos opondremos, *milord* —dijo John—. Aquí está todavía la cuerda de que se ha servido ese bravo Sandy-Hook para bajar al río, pasado el *rápido*.

—¡Ah!... ¿Y ha llegado a la orilla?

—Perfectamente —dijo John.

—Entonces el bergante se encontrará ahora en la cabaña.

—Acaso.

El inglés reflexionó un momento y luego dijo:

—Prefiero marcharme.

—Os advierto que hace mucho frío en el *rápido* —dijo el señor Devandel.

Lord Wylmore se encogió de hombros.

—Yo no temer frío y nadar como *lord Byron*. ¿Ustedes no saber quién era *lord Byron*?

—Un famoso poeta, si no me engaño.

—¿Muerto dónde?

—No lo sé.

—En Grecia.

—Bien ¿y qué?

—Nadaba como un pez.

—¿Y usted, *milord*, nada también como un pez? —dijo el *indian-agent*, que ya comenzaba a impacientarse.

En aquel momento se oyó a Harry y Jorge, gritar:

—¡Vengan ustedes corriendo, compañeros!... ¡Las fieras!...

John y el capitán abandonaron precipitadamente la rotonda, sin ocuparse para nada del inglés que continuó parado ante la ventana, con los ojos febriscitantes y fijos en el agua tumultuosa de la cascada.

Cuando llegaron por segunda vez a la amplia sala, vieron a Jorge y Harry ocupados en recoger momias que amontonaban junto a la piedra, disponiéndose a prenderlas fuego.

—¿Todavía las fieras? —preguntó el *indian-agent* haciendo un gesto de rabia.

—Se disponen a volver a la carga —respondió Harry—. Pero me temo que ahora hay alguien, y no precisamente; amigo nuestro que las empuja hacia nosotros.

—¿Por qué lo decís?

—Porque liemos oído resonar disparos de fusil, hacia el extremo de la peninsulita.

—¿De carabina o de *winchester*?

—Más parecían de *winchester* ¿no es cierto Jorge?

—Los rifles hubieran hecho más estruendo —respondió el segundo corredor de las praderas.

John miró al señor Devandel con viva ansiedad.

—¿Y usted, qué dice a esto, señor? —le preguntó.

—Que esta sorpresa por parte de los *sioux* era de esperar —respondió el capitán—. A mí no se me olvidan los dos tiros que han disparado contra Sandy-Hook cuando descendía por el rápido.

—Ni yo tampoco, pero no suponía que los tigres rojos llegasen tan pronto. ¿Cómo nos las arreglaremos ahora?

—Cuando destruyamos las fieras cogiéndolas entre dos fuegos, haremos frente a los *pieles-rojas*, hasta que llegue Sandy-Hook.

—¿Podremos resistir?

—Ya lo veremos. Mientras tanto demos fuego a las momias, antes de que los jaguares, los pumas, los lobos y los osos, se nos metan en el salón.

Entre cada dos momias de los *sakems* indios había colocadas numerosas antorchas de ocote las cuales, como ya hemos dicho otras veces arden mejor que una tea de sebo o de resina.

Harry encendió una de ellas y prendió fuego a media docena de momias, mientras el *indian-agent* metía entre los dos ojos de un jaguar, que había llegado a la cima de la gradería, una bala que le hizo rodar por el suelo.

Como las otras veces, las fieras fueron obligadas a retroceder mientras las llamas se elevaban impetuosísimas y rugientes.

Pero John, observó que no se habían retirado en dirección de la peninsulita en la cual suponía que habían desembarcado los indios.

—¡Hum, hum! —murmuró—. Ahora no nos conviene destruir demasiado pronto las bestias feroces, porque en cuanto desaparezcan tendremos enfrente a los indios y nuestra situación empeorará en lugar de mejorar.

Si los americanos tardan en llegar, mi peluca y las cabelleras de mis compañeros pasarán a poder de Minnehaha y de Nube Roja.

—¿Qué murmuras, John? —dijo el señor Devandel.

—Creo tener motivos para ello... ¿Oís?... Dos, cuatro, seis tiros de *winchester*.

Los *sioux* avanzan por la peninsulita, empujando las fieras hacia nosotros.

Dentro de poco sufriremos un formidable asalto.

—Todavía tenemos centenar y medio de momias que quemar.

—Pero no impedirán a las balas de los *winchesters* llegar hasta nosotros. Estas carcasas ofrecen muy poca resistencia.

—Lo sé.

—Quememos algunos cartuchos, señor. Las fieras al sentirse atacadas por la espalda han de hacer un esfuerzo desesperado para refugiarse aquí dentro.

—Yo estoy dispuesto a la gran batalla... pero... ¿dónde está lord Wylmore?

—¡Por el cuerpo de un bisonte asado entero! —exclamó el *indian-agent*—, ya no me acordaba de ese loco. ¡Harry! ¡Jorge! Defiéndanse solos un momento que volvemos enseguida.

—Vayan pues —respondieron los dos corredores de las praderas arrojando otras momias en el brasero.

El capitán y el *indian-agent* no pudieron contener un grito de estupor.

El inglés había desaparecido dejando bajo la ventana parte de su indumentaria.

—Se ha arrojado en el *rápido* —exclamó John inclinándose sobre la balaustrada para dirigir una mirada sobre el abismo rugiente.

—Acaso se habrá ahogado —dijo el capitán—. Me disgustaría.

—Pues yo no, señor. Ya nos dio bastante que hacer ese loco. La cuerda pende todavía y parece que la otra punta está sujeta en alguna roca.

—¿Era verdaderamente, buen nadador?

—¿Usted cree a los locos, señor?

—¿Qué hacer?

—Abandonarle a su suerte —respondió John—. Todo el mal que le deseo es que se una pronto a Sandy-Hook y que reanude sus lecciones de boxe.

En el salón se sucedían sin interrupción los disparos, porque los dos corredores utilizaban también la magnífica carabina de dos tiros del *lord*.

—¡Guerra! ¡guerra! —gritó el *indian-agent* que se había armado con un *tomahawk* que acaso había pertenecido al padre del último atabasco.

—Con pocas esperanzas de éxito por nuestra parte —dijo el capitán sacudiendo la cabeza—. Dentro de poco, hará aquí buen calor...

Harry y Jorge, en pie detrás del brasero formado por otra docena de momias, disparaban furiosamente sobre aquel montón de bestias feroces, que se esforzaban por encontrar un refugio.

Del lado de la peninsulita, resonaban numerosos disparos haciéndose cada vez más distintos.

Debía haber en juego, gran número de *winchesters*, manejados por una numerosa partida.

Acaso Minnehaha, en persona o el viejo Nube Roja guiaban o los guerreros, excitándoles a la destrucción de las fieras que formaban una barrera demasiado peligrosa de pasar.

Espantosos aullidos, mugidos, rugidos y chillidos, se alzaban de cuando en cuando dominando hasta el estrépito de las armas y del fuego.

La suerte de aquellos pobres animales, ya estaba decidida

porque no pudiendo refugiarse en la caverna, cuya puerta se había convertido en la boca de un volcán y acribillados sin cesar por las balas de los guerreros rojos que avanzaban por los canalillos, descargando los depósitos de sus armas de repetición, debían infaliblemente caer en grupo en la gradería de la misteriosa caverna.

—¡Momias! ¡momias! —gritaba John—. Ahorrad las municiones.

Dejad a los indios el encargo de eliminar a los osos, jaguares y lobos.

Las desgraciadas carcasas de los sakems de los atabascos y de sus mujeres, arrancadas de sus escabeles, estallaban sin cesar en aquella especie de horno, dando verdaderas volteretas según se despedazaban.

No era de temer que las fieras atravesasen aquella mal oliente barrera de fuego que tronaba como si con los restos hubiera mezclados petardos.

Los dos corredores se habían retirado tras de los soportes del lado derecho, que formaban groseras columnas rudamente esculpidas, el capitán y el indian-agent se habían puesto a salvo tras de los de la izquierda, porque más de una bala había atravesado la barrera de fuego silbando a través del salón.

Nadie disparaba ya: todos escuchaban presas de viva ansiedad.

Una espantosa batalla debía haberse empeñado entre las últimas fieras y los guerreros indios, a juzgar por los alaridos, disparos y estruendo.

Los winchesters no debían tardar en dar cuenta del grupo ya reducido y aterrorizado por el humo y las chispas, que salían con extremada violencia a través de la puerta, arrastradas por la gran corriente que entraba por la ventana que miraba hacia el rápido.

Aquel fuego, un verdadero fuego por descargas, duró más de media hora, después cesaron los gruñidos de los osos, los aullidos roncós de los jaguares y de los pumas, se extinguieron y los alaridos de los lobos se cortaron dentro de las gargantas atravesadas por las balas.

Hubo un momento de silencio, después una voz potente todavía atravesó la barrera de fuego gritando:

—¡Depongan sus armas los hombres blancos, en las manos de Nube Roja y de sus cuervos! ¡Minnehaha lo espera!

El *indian-agent* lanzó una imprecación.

—Revienta, viejo perro —dijo luego con voz furiosa—. Nuestras cabelleras no han probado todavía el cuchillo de la *sakem*.

—La tuya sí —respondió el viejo guerrero—. Tú eres John el famoso *indian-agent* que escalpelo a la gran Yalla, mi mujer pero mi hija Minnehaha, a su vez te ha escalpelado. Tu cabellera adorna el escudo de guerra de la *sakem*.

—¡Resienta!... —respondió por segunda vez el *indian-agent*, disparando a tenazón un tiro de rifle a través de la cortina de fuego y de humo.

Una gran risotada fue la respuesta.

Nube Roja siempre había tenido demasiada suerte.

CAPÍTULO IX. LAS GUERRAS CONTRA LOS INDIOS

Desde que los europeos aparecieron sobre las tierras americanas, lo mismo en el Norte, que en el Sur o en el Centro, se inició una continua y terrible lucha entre el nuevo pueblo que llegaba por los mares de Oriente y los aborígenes de piel roja.

Cayeron los gigantescos imperios de Méjico y del Perú, únicos que hubieran podido con sus maravillosas fortificaciones de piedra y su excelente organización militar oponer un dique al valor y audacia de los primeros conquistadores, en su mayoría españoles, porque la raza anglosajona aún no se había movido.

Cortés, Pizarro y Almagro fueron los primeros combatientes contra la raza de piel roja. En menos de medio siglo desaparecieron algunos millones, bajo el fuego de los cañones y el acero de la escasa pero poderosa caballería de los conquistadores españoles, en los numerosos combates sostenidos por ellos para llevar la civilización a los imperios de los aztecas y de los incas.

Los primeros que desaparecieron fueron los insulares de las grandes y pequeñas Antillas.

Pueblos tranquilos dedicados exclusivamente a la pesca y a la agricultura no opusieron gran resistencia y fueron absorbidos fundiéndose con los conquistadores.

Únicamente los Caribes, devoradores de carne humana hicieron frente a los castellanos conservando la raza, pero abandonaron poco a poco las islas para retirarse por último

al Continente Meridional, donde se encuentran hoy todavía después de tantos siglos de lucha.

En el Perú el desastre fue completo.

Aquel maravilloso y gigantesco Imperio, dotado de una civilización casi europea, desapareció ante medio millar de arcabuceros españoles y dos centenares de caballos mandados por Pizarro y Almagro.

Únicamente en el extremo Sur del Continente, los, araucanos indios valerosísimos, celosos de su independencia, y habitantes de las ásperas gargantas y altas cimas, de los Andes, salvaron sus tribus merced al valor de Capulican y de sus descendientes los cuales en varias ocasiones, especialmente en Chile, infligieron algunos descalabros a los españoles, especialmente en Chile.

Quedaba sin embargo, intacta todavía la fortísima raza de América del Norte que poblaba las regiones al Norte de Méjico, de Tejas, de la Florida y de Luisiana.

¿Cuántos eran aquellos guerreros, que los descubrimientos más recientes han demostrado ser descendientes de las razas asiáticas que pasaron al Continente de modo lento por las islas Alentólas, descendiendo después por la gran cadena de las Montañas Rocosas?... Debían ser cerca de un millón diseminados sobre 9 212 273 kilómetros cuadrados que representan el área actual de los Estados Unidos.

Los españoles que habían derribado los grandes imperios indios no persiguieron a aquellos guerreros del Norte que armados de arcos y de hachas de piedra opusieron desde el principio una gran resistencia, dedicándose aquellos a la dominación de las regiones Meridionales.

La fuertísima raza anglosajona desterrada de su patria por contiendas religiosas, había de llegar y estaba destinada a fundar los admirables Estados de la Unión que hoy asombran al mundo, y a dar el golpe que había de aniquilar a los rojos

guerreros del Norte.

Pronto comenzó la lucha espantosa contra la raza blanca que avanzaba a la conquista de aquellas inconmensurables regiones, adelantando, lenta sí, pero también tenazmente hacia el Océano Pacífico.

Más de un millón de indios ocupaban las regiones que hoy se llaman Estados Unidos; en los primeros meses de 1800, según una estadística del general Cass, no eran más que 450 000.

El indio con su arco, sus flechas y su tomahawk, había llevado la peor parte ante la pólvora y el plomo implacable de los hombres blancos.

Los Estados americanos, sacudido por fin el yugo inglés y hecho independientes, creyeron oportuno a fin de poner fin a aquellos sanguinarios conflictos y al mismo tiempo, proteger al indio, dejando libre la marcha a los emigrantes, de crear las famosas *reservas*, que eran vastos territorios donde los indios hubiesen podido vivir tranquilos y cazar, porque no necesitaban cultivar aquel terreno; virgen que hubiera podido alimentarles con sus familias.

Aquellas *reservas* eran verdaderas islas, llamémoslas así, en torno a las cuales iba a estrellarse la corriente, cada vez más impetuosa, de los emigrantes que el Destino empujaba hacia Occidente, ansiosos por ver las olas del Océano Pacífico.

Eran otros tantos obstáculos para los valerosos jornaleros, que no pedían más que tierras que cultivar, y que se irritaban viendo aquellas inmensas extensiones vírgenes, dispuestas a dar millares de fanegas de grano y que el indio dejaba incultas, porque sólo querían vivir de la caza como sus padres.

Y comenzaron las primeras invasiones de las *reservas* que el gobierno había garantizado a los indios, pero que se veía impotente para defenderlas, o mejor dicho, no le tenía cuenta de defenderlas.

Los indios, enfurecidos, se levantaron en armas para rechazar a los emigrantes y aunque valerosísimos, al fin y poco a poco sucumbieron.

En las inmensas llanuras del Pacífico y de California, había diseminado otros 145 000 indios. Después de luchas titánicas y en pocos años se vieron reducidos a la mitad.

Aventureros del mundo entero, que se derramaron por todas partes sobre la tierra americana, a huidos también por los primeros descubrimientos de los placeres fabulosos de California y de Nevada adelantaron diciendo:

—*¡Good Indian, dead Indian!* (¡indio bueno, indio muerto!).

Diez años después todos los indios diseminados por las regiones californianas, no llegaban a dos mil, escapados milagrosamente a las balas de los emigrantes y buscadores; de oro, que eran los que se habían mostrado más feroces.

Todos los que se negaron a entrar en las reservas fueron sacrificados día por día. Hasta se instituyó un premio por cada cabellera india fuese de hombre o mujer indistintamente.

Acaso la culpa no era toda de los emigrantes porque los indios cuando desenterraban el *tomahawk* y se ponían sobre el sendero de la guerra no distinguían entre los que les impulsaban a la revuelta y otros colonos que no se ocupaban más que de cultivar sus campos y cuidar sus familias.

De este modo herían a ciegas, arrancando la cabellera a cuantos hombres caían en su poder y torturando con refinada crueldad hasta a las mujeres y a los niños.

En vano el Gobierno de la Unión, que se veía obligado a sostener grandes regimientos de caballería, siempre en movimiento y casi siempre detrás de un enemigo invisible que escapaba fácilmente a través de las reservas, habla, intentado intervenir y mandado agentes para poner paz

entre aquellos encarnizados combatientes.

Casi siempre llegaba demasiado tarde o sea cuando blancos e indios cansados de fusilarse y de escopetarse se habían refugiado en otros territorios.

Los sucesos paralizaban casi siempre sus esfuerzos y su intervención para conjurar aquellos conflictos sanguinarios, terminaba casi siempre, con expediciones militares contra los indios, acumulando ruinas sobre ruinas y avivando los odios.

Grandes motivos de queja tenían los blancos, sobre todo por parte de los agentes de las reservas especie de bandidos que el Gobierno americano enviaba para vigilar a las tribus rojas y que para enriquecerse rápidamente, robaban al mismo tiempo al tesoro público y a los desgraciados rostros bronceados.

Las comarcas que el Gobierno destinaba a las reservas terminaban casi siempre por caer en poder de aquellos ansiosos aventureros, ;así como el dinero, los abrigo para la estación invernal, etc.

Durante más de dos meses, la tribu de los Pérganos guardada de vista en su pequeña reserva que no ofrecía bastantes recursos para su mantenimiento, se vio obligada a alimentarse de cortezas de árboles en pleno invierno sin poder salir de allí, de tal modo que más de doscientos indios sucumbieron a las crueles privaciones.

Los víveres que les estaban destinados habían sido revendidos por el agente del Gobierno antes de que llegasen a la vista de la reserva.

Los Utes reconcentrados también en una reserva no se dejaron morir sin protestar. Desenterrada el hacha de guerra, hambrientos porque tampoco les llegaron los víveres, salieron de sus límites, invadiendo las localidades vecinas, asesinando sin misericordia a los agentes del Gobierno que les habían robado, incendiaron las factorías, sepultando a sus

habitantes bajo las ruinas, después, cada vez más enfurecidos, hicieron frente al mayor Thornburg, que acudió en defensa de los colonos con tres escuadrones de caballería, le mataron e hicieron huir a sus hombres, más que diezmados.

Las grandes tribus que al Gobierno de la Unión preocupaban sobre todo la de los Sioux que podía muy bien poner en campaña trece mil guerreros a quienes ningún luego aterrizaría, los Arrapahoes y los Apaches y los Cheyenes, hasta entonces se habían mantenido tranquilos y habían asistido bramando de rabia a la destrucción del hombre rojo.

En 1854, los sioux por primera vez irritados por la falta de cumplimiento de las promesas y las acostumbradas depredaciones de los agentes americanos, lanzaron el grito de guerra.

La pradera ardió ante aquellos atrevidos guerreros que se servían mejor del hacha de guerra, que de la carabina o del winchester, las factorías desaparecieron en unión de sus desgraciados habitantes y las cabelleras se acumularon sobre los escudos, cabelleras de hombres, de mujeres y hasta de niños.

La caballería americana acudió sin detenerse a contener aquella inundación espantosa, pero sorprendida una oscura noche, cayó toda en la emboscada tendida.

Pero eran triunfos efímeros, porque los indios no estaban organizados y combatían dispersos sobre un territorio tan grande como la superficie de Francia, Inglaterra y Alemania juntas.

El general Hearney, viejo soldado de las guerras contra los indios, mandado apresuradamente por el Gobierno de la Unión con buen núcleo de tropas y sobre todo con ametralladoras, dio pronto fin a aquel levantamiento de escudos.

Pero no fue más que una tregua.

En 1862, volvieron los *sioux* a desenterrar el hacha de combate y se pusieron de nuevo sobre el sendero de la guerra, más furiosos que nunca y decididos a todo, hasta, a caer el último con las armas en la mano en medio de sus mujeres e hijos.

Las vejaciones de los agentes del Gobierno y las continuas usurpaciones de los colonos que les invadían desde Occidente como creciente marea, les habían exasperado.

Por segunda vez la baja pradera se vio envuelta en llamas y se sucedieron espantosos dramas, porque el indio no perdonaba a nadie.

El hombre blanco es su implacable enemigo, y le vencerá sí, pero el hombre rojo le enseñará cómo saben caer los hijos del buen Manítú.

Un millar de colonos blancos cayeron asesinados, centenares de mujeres y niños, fueron hechos esclavos y escuadrones enteros de caballería, desaparecieron en medio de aquel terrible incendio.

Pero Hearney, como la primera vez, concluyó por dar cuenta también de aquella insurrección con lo cual no hizo otra cosa que crear odios inextinguibles, porque los americanos habían obrado durante la represión, peor que los salvajes no perdonando ni a las mujeres e hijos de los insurrectos.

El Gobierno americano que ya preveía otro no lejano levantamiento de escudos de aquellos terribles guerreros, derrotados pero no vencidos, ofreció a las tribus comprarles su territorio por el precio de treinta millones.

¡Pagar un precio tan miserable, por una superficie como hemos dicho, tan extensa como Francia, Inglaterra y Alemania juntas!

Los *sioux* rechazaron la oferta orgullosamente, y para hacer

comprender a la raza blanca que ellos estaban siempre dispuestos a lanzarse al campo y afrontar las ametralladoras, hicieron en 1863 alianza con los Cheyenes, los Apaches proclamaron nuevamente la guerra.

Del Norte, del Sur y del Oeste acudieron las falanges indias, más sedientas de sangre, que nunca.

Los jefes más valientes de las praderas, les dirigían; Nube Roja, jefe de los cuervos, Yalla la gran sakem su mujer, Caldera Negra, Mano Zurda, Antílope Blanco, Manto Pequeño, Rodilla Membruda y el Bizco eran los principales.

Y la guerra estalló nuevamente con terrible violencia, porque no se daba cuartel ni por parte de los blancos ni de los rojos.

Ni siquiera las mujeres eran respetadas, como de ordinario, y cayeron en gran número o bajo las carabinas de los yankees o bajo los tomahawks de los Insurgentes.

Más de un año duró aquella guerra cruentísima, sin que el Gobierno americano pudiese ponerla término en menos tiempo.

Únicamente en Laramie, una pequeña partida de corredores y de voluntarios de las fronteras, mandados por el coronel Devandel, padre del capitán que conocemos, hicieron frente en las gargantas de Funeral a los esfuerzos de los sioux que intentaban unirse a sus aliados de las bajas praderas.

Aquella defensa no duró mucho. Una noche tempestuosa, la columna entera fue acuchillada y el coronel escalpelado por la gran sakem Yalla, la cual tenía contra él graves motivos de odio.

Y quién sabe lo que aquellos estragos se hubieran prolongado porque los aliados quedaron entonces dueños de las praderas desde las orillas del Arkansas hasta las del lago Salado, a no haber sido por la sorpresa intentada por el coronel Chivington, americano, hombre de corazón duro y al

que más adelante a causa de sus crueldades hubo de privársele de su empleo.

Este coronel supo que todos los jefes indios se habían reunido para celebrar consejo en las orillas del Sand-Creek (Arroyo de las Arenas) pequeño afluente del Arkansas.

Creyéndose dueños absolutos de las praderas, los sakems con una negligencia imperdonable no llevaban consigo más que unas quinientas personas, de las cuales doscientas eran, mujeres y niños.

El coronel que mandaba el tercer regimiento de voluntarios del Colorado, sorprendió en la noche del 29 de Noviembre de 1864, a los jefes que no sospechaban de nada y que discutían tranquilamente dentro de la gran tienda.

La orden estaba dada:

—¡Ningún prisionero!... ¡Acordaos de vuestras mujeres y de vuestros hijos asesinados en el Platte o en el Arkansas!
—añadió el coronel.

Los indios, a los primeros disparos, arbolaron bandera blanca para entablar negociaciones, pero los voluntarios, excitados por el coronel, se desbordaron sobre el campamento y asesinaron a todos, sin perdonar a las mujeres ni a los niños. A los cuales hicieron sufrir horribles tormentos, abriendo el vientre y mutilando a las primeras y aplastando la cabeza a los segundos, a golpes de hacha.

Apenas una cincuentena de guerreros, mandados por Nube Roja, el jefe de los cuervos, lograron escapar abriéndose paso a hachazos a través de los feroces voluntarios.

Todos los demás jefes quedaron tendidos en el campo, después de desesperada resistencia, incluso la gran Yalla mujer del sakem fugitivo, la cual dejó su magnífica cabellera negra como el cuervo entre las manos de John, el famoso indian-agent.

Este había jurado vengar la escarpeladura del coronel Devandel, su amigo, más que superior y aplicó inexorablemente a la terrible *sakem* la ley del Talión en uso entre los corredores de las praderas.

Sin embargo de la pérdida de tantos jefes valerosos, no cesó la guerra, porque otras tribus indias, los Kayoways y los Comanches se aliaron a los combatientes rojos y los estragos continuaron hasta 1867, en que se firmó la paz en Kansas el 22 de Octubre aunque con poco convencimiento por ambas partes.

No era más que una tregua, porque aquella larga guerra había dejado tras de sí un sedimento de odios y rencores.

Los blancos lloraban a sus mujeres torturadas primero y luego despojadas de sus cabelleras, y a sus hijos asesinados a hachazos; los indios lloraban la matanza de Sand-Creek. La destitución del coronel Chivington que pretendía haber destruido quinientos guerreros cuando solamente había sacrificado trescientas mujeres con sus hijos, no les había satisfecho.

Por otra parte los agentes americanos de las reservas, verdadera carne de galera que el Gobierno de la Unión reclutaba entre los más bajos y egoístas aventureros, no habían cambiado de procedimientos.

Los indios les habían escarpelado por centenares, dejando luego sus cadáveres sobre el campo para pasto de los coyotes.

La guerra laboraba siempre. La gran nación de los Sioux que podía poner sobre las armas lanzándoles a la pradera veinte mil caballos y otros tantos fusiles de repetición, no esperaban más que una ocasión para tomarse un sangriento desquite.

A proporcionarla vino *Sitting-Bull* (el Toro Sentado).

Nacido en 1837, a los diez años de edad aquel famoso guerrero se había conquistado ya la fama de gran cazador de bisontes.

A los catorce años, aquel pequeño demonio había matado y arrancado la cabellera al primer hombre blanco que se atrevió a medirse con él.

En 1876 había tomado parte en veintitrés combates bajo el nombre de *Tatanca Jotanca* librando siempre su piel.

Nombrado por entonces gran *sakem* de los Sioux, impulsó a su tribu a la insurrección.

Diez años de relativa paz habían reforzado a los hombres rojos y los jóvenes guerreros no pedían otra cosa que medirse como sus padres contra el odiado y secular adversario de la piel blanca. Y la guerra estalló por cuarta vez furibunda y más terrible porque el Torcí Sentado gozaba de gran celebridad.

El Gobierno americano mandó a su encuentro al general Crook, quien les intimó para que depusieran las armas inmediatamente y se sometieran. Toro Sentado lanzó a la pradera quince mil guerreros armados de buenos *winchesters* y de sus inseparables *tomahawks* y mandó a decir al americano:

—Si quieres cogermé, aquí te espero a pie firme.

El general Clister a la cabeza de ochocientos jinetes, intentó sorprenderle pero el terrible guerrero le atrajo en cambio a una emboscada y acuchilló a la columna entera no perdonando más que a un sólo hombre para que fuese a dar cuenta al general Crook, de lo que había ocurrido.

Después, ante todos los guerreros entusiasmados por la victoria abrió el pecho al general Clister, de un hachazo, y arrancándole el corazón todavía palpitante, le devoró como

un salvaje de la Polinesia.

La guerra se prolongó por años y Toro Sentado continuó haciendo prodigios de valor. Desgraciadamente, los guerreros rojos disminuían cada día, sin esperanza de que otros les reemplazasen mientras los hombres blancos, podían ya, lanzar sobre la pradera millares y millares de combatientes con cañones y ametralladoras.

En Julio de 1889, Toro Sentado destacado de su columna y rodeado por todos lados por los americanos no tenía consigo más que 45 guerreros, 67 mujeres y 73 niños. Sin embargo rechazó las proposiciones de paz, decidido a morir empuñando las armas.

El 13 de Noviembre de 1890 el vapor «Belgenland» condujo a América, 39 sioux que habían figurado en las pistas de todos los circos de Europa con Buffalo Bill a su cabeza.

Apenas conocieron la noticia de la insurrección, aquellos valientes que los europeos habían admirado, atravesaron América y fueron a reunirse a sus compatriotas, poniendo a su disposición sus rifles y sus dollars. Era un débil refuerzo. Ya los americanos habían mandado contra los rebeldes regimientos y regimientos.

Buffalo Bill, el famoso coronel Cody, intentó interponer sus buenos oficios, pero a veinte millas del campamento de los Sioux fue llamado por orden expresa del Presidente de los Estados Unidos. ¿Fue una traición? Es probable, porque el coronel gozaba de gran influencia entre los pieles rojas y otras veces había puesto paz entre los hombres blancos y los de color.

El 15 de Diciembre el general Miles con un pelotón de scouts o policías indios, dos escuadrones de caballería y un batallón de infantería, se presentó ante Toro Sentado, con sus cuarenta y cinco guerreros, sus mujeres y sus hijos, intimándoles la rendición.

El gran guerrero que había matado a más de tres mil blancos, rechazó, con desdén la intimación, y con los pocos guerreros que le quedaban, empeñó una lucha desesperada cayendo valerosamente sobre el campo en medio de los suyos y por tanto rodeado hasta de sus mujeres.

La gran insurrección había sido, sofocada.

El general Miles envalentonado por el fácil éxito combatiendo con veinte hombres contra uno, fue el 21 del mismo mes a asaltar el grueso de los *sioux*.

Los indios, ahora desalentados, hambrientos y heridos se decidieron por la rendición, pero cuando vieron avanzar a los *scouts* indios al servicio del Gobierno americano, fueron presa de súbito ataque de furor.

Estaban sentados en círculo, teniendo ante sí las carabinas. Si los blancos hubieran avanzado a tomarlas, es probable que no hubiera ocurrido nada, pero en cambio fueron enviados acaso con mala intención, los indios asalariados por el Gobierno.

Pasó como un relámpago. Los *sioux* en vez de entregar los *winchesters* y las hachas de guerra a aquellos traidores que pertenecían a su propia raza, retiraron las armas y empeñaron un sangriento combate intentando abrirse un camino a través de las filas americanas.

Ya los yankees ante lo imprevisto y violento del ataque vacilaban e iban a abandonar el campo cuando las ametralladoras abrieron un fuego infernal.

Las *Gattlings* debían dar cuenta de los pobres pieles rojas.

Durante más de una hora los fuertes guerreros de las praderas lucharon desesperadamente, dentro de un círculo de fuego y de hierro, terminando por morir allí casi todos, hombres, mujeres y niños.

Únicamente seis habían logrado, con una carga desesperada, romper las líneas americanas. Eran Nube Roja, el viejo jefe de los cuervos, su hija. Minnehaha, digna descendiente de la gran Yalla, y otros cuatro sakems.

Cuando la triste noticia llegó a los indios que aún mantenían la campaña, se enfriaron sus ideas belicosas. Se tiñeron los rostros de negro en señal de luto, y regresaron a sus tribus diezmadas por aquella guerra que había durado demasiado.

Pero en su retirada incendiaron centenares de haciendas habitadas por familias blancas, y ninguno de los que se hallaban dentro, salió vivo.

Era el desquite contra los Gattlings del general Miles.

Cuando llegaron a Washington las noticias de la victoria alcanzada sobre los *sioux*, la emoción fue profunda porque se sabía ya que ni voluntarios ni regulares perdonaban ni las mujeres ni los niños indios.

Se ordenó abrir una información y el cruel general fue desposeído de su grado, al igual que Chivington.

El 16 de Enero de 1891 entregaban las armas los últimos guerreros indios en número de 4000.

Muchos volvieron a sus reservas con los rostros teñidos de luto, y para siempre descorazonados, pero medio millar dirigidos por Pie Grande, Nube Roja y su hija Minnehaha la famosa *Desolladora* se pusieron en camino hacia Septentrión buscando nueva patria en el Dominio inglés.

Mas el Gobierno americano que deseaba conservar los últimos *sioux* mandó tras los fugitivos algunas columnas, pero Pie Grande con marchas fulmíneas se substrajo a la persecución y prosiguió su marcha hacia el Norte.

Entonces ocurrió un caso extraño. Al atravesar un inmenso

bosque de pinos, estalló un incendio envolviendo a los emigrantes y tostádoles las espaldas.

Cincuenta años atrás a otra fracción de los sioux les había ocurrido el mismo caso y habiendo aguantado el incendio, asumieron el nombre de indios Quemados.

Los indios de Pie Grande siguieron es le ejemplo y tomaron el nombre de Selvas Ardientes, el cual debía conservar aquella fracción de emigrantes.

Huyendo siempre ante la persecución de las columnas americanas, viajando día y noche a través de desiertos de nieve, los quinientos fugitivos habían acampado por último en las inmediaciones del río del Lobo para conceder un poco de descanso a su jefe enfermo de neumonía y allí es donde les habían encontrado John y sus compañeros, que a su vez huían de mil peligrosas insidias.

CAPÍTULO X. LA RENDICIÓN

Acaso hubiera sido mejor que las fieras hubieran continuado solas el asedio de la gran caverna de los atabascos, pues mientras hubiera momias que quemar no existía gran peligro, porque todos los animales tienen gran miedo al fuego.

Con la presentación de los indios, el asunto se agravaba de modo imprevisto sin que las carcasas de los atabascos pudieran servir de gran cosa.

—¡Bien cogidos estamos!...—exclamó rabiosamente John arrojando al suelo su peluca—. Por volver a ver mi cabellera les he perdido a todos estúpidamente.

—Ahora estamos en las garras de ese terrible mono que se llama Nube Roja —respondió Harry que siempre vela las cosas por el lado bueno—. Antes de que entren los sioux tienen que hacer conocimiento con nuestros rifles ¿no es cierto, señor Devandel?

—Lo mismo me parece a mí —respondió el capitán, arrojando en el fuego otra momia—. Aún tenemos municiones, contando con las de Sandy-Hook y las de ese inglés loco.

John, sacudió la cabeza.

—¿Cuánto nos podrán durar? —preguntó luego—, porque nosotros somos cuatro y los indios que se nos echan encima ¿cuántos serán?

Ese perro de Nube Roja no habrá venido aquí con un heraldo y un tocador de flauta.

Ya os aseguro que serán un buen número. Y cómo saben los

que nosotros somos harán esfuerzos supremos por ponernos en las manos de la *Desolladora*.

—¡Maldita mujer!... Hicimos mal en no arrojarla al Lago Salado cuando era una niña.

Cuatro o cinco disparos de fusil sonaron fuera, y los proyectiles atravesaron la gran sala. Uno dio en la lámpara, pero la luz misteriosa continuó brillando, ¿sería necesario un cañón, para apagarla?

Los cuatro sitiados se metieron inmediatamente para dentro empuñando las carabinas.

Tenían dos de recambio, una del *lord* de dos tiros, magnífica y otra del bandido.

—¿Podemos responder? —preguntó Harry que empezaba a ponerse nervioso.

—Nada nos detiene —respondió el *indian-agent*.

El señor *Devandel* que había armado la carabina de *lord Wylmore*, hizo una seña como para detenerles y enseguida se metió valerosamente en medio del humo que desprendían las momias de sus vientres agrietados.

Se oyeron dos disparos, seguidos de dos alaridos. El plomo del inglés había mordido.

—Hubiera querido tocar a *Nube Roja* —dijo John rechinando los dientes—, pero no será así. Ese viejo mono, siempre ha tenido demasiada suerte. Si puedo le atacaré a cuchilladas y veremos si su piel resiste a la punta de mi navaja. Desgraciadamente, él será quien me capture para regalar a su hija mi peluca.

A su vez se ocultó en medio del humo y de las chispas e hizo un disparo.

Ningún grito respondió a la detonación.

El *indian-agent* se pasó una mano por la frente ya cubierta de sudor y cerrando los dientes, susurró:

—¿No sabré ya destruir gusanos rojos? ¿Habrá caído sobre mí la maldición de Dios, de modo inexorable?

Una descarga terrible atravesó la cortina de fuego. Veinte o treinta fusiles habían hablado a la vez lanzando dentro del salón un turbión de plomo.

Por segunda vez fue tocada la lámpara misteriosa, y también la luz continuó brillando, siempre igual, límpida como un globo de luz eléctrica.

—¡Vengan momias!...—ordenó John—. ¿Cuántas quedan?

—Todavía más de ciento —respondió Harry—, pero hay muchas de niños.

—Quemaremos esas también porque mientras las llamas cierran el paso, los pieles rojas no se atreverán a avanzar. ¡No son salamandras. Por cien mil cuernos de bisonte!

Otras diez o doce carcasas de *sakems* y de príncipes fueron arrojadas junto a la piedra, levantando llamas enormes, gigantescas.

La corriente que subía de la cascada, siempre impetuosísima, empujaba el humo hacia la gradería amenazando ahogar a los sitiadores.

Los indios enfurecidos por no poder subir al asalto, con los *tomahawks* empuñados, malgastaban inútilmente los depósitos de sus *winchesters*.

El plomo silbaba a través de la inmensa sala descascarillando aquí y allá las paredes y rebotando sobre las masas de granito que formaban la bóveda.

John, el señor Devandel, y los dos corredores, contestaban lentamente economizando sus municiones.

La gran losa de piedra colocada en la puerta era más que suficiente para resguardarles, y el humo desprendido de las momias les hacía casi invisibles.

Durante más de una hora las carabinas y los fusiles de repetición de los indios arrasaron la caverna. Después se dejó oír nuevamente la voz ronca de Nube Roja.

—Ya es tiempo de que los hombres blancos se entreguen. Si no lo hacen pronto les despojaremos de sus cabelleras, en el acto.

El *indian-agent* contestó:

—Te respondo vieja piel lo mismo que el Toro Sentado dijo al general Crook que le intimaba la rendición. Ven tú a tomarlas.

—Sois pocos y nosotros somos muchos. Además mi hija tiene quinientos acampados en el río del Lobo —respondió el *sakem* de los cuervos.

—Aunque seamos pocos, somos valientes y tenemos armas y municiones para responder a tu fuego. Hace ya veinticinco años que te combatimos, vieja piel, y todavía estamos vivos.

—Pero dejaste la cabellera en las manos de mi hija Minnehaha, entre las montañas de Laramie.

Y yo quité la cabellera a la gran Yalla, la mujer, en las orillas del Torrente de las Arenas y luego la maté.

Un alarido de animal feroz, rasgó el aire. El viejo *sakem* de los cuervos se había sentido herido en pleno pecho ante aquel terrible recuerdo que le había convertido en viudo de la más bella y más valiente india de todas las tribus de los *sioux*

—¿No es así vieja piel? —preguntó John después de algunos momentos de silencio.

—¡Tendré tu vida! —aulló Nube Roja.

—Ven a tomarla.

Harry y el capitán, durante este diálogo habían arrojado otras momias a través de la puerta, despidiendo nubes de humo tan pestilente que ni los pieles rojas osaban afrontarle.

Jorge había hecho una visita a la rotonda logrando descubrir dentro de un gran vaso de arcilla, dos docenas de tortas de maíz y una botija llena de cierto licor que debía ser pésimo aguardiente llevado allí por los traficantes de las praderas.

—Aún tenemos el jamón de oso, que más o menos asado puede pasar —se dijo el bravo corredor—. Por ahora no hay miedo de morir de hambre.

Los indios enfurecidos por la respuesta negativa recibida y por encontrarse siempre enfrente aquel brasero asfixiante, que lanzaba columnas de fuego en todas direcciones habían, vuelto a romper el fuego, malgastando inútilmente sus municiones, porque los cuatro sitiados defendidos también por la gruesa laja de piedra, no corrían peligro alguno al menos hasta que las momias no vinieran a menos.

—Dejémosles divertirse —dijo el *indian-agent* a sus compañeros, mientras Jorge cortaba tranquilamente el jamón de oso y las tortas, sin preocuparse lo más mínimo de aquella furiosa fusilería que no servía ni para descascarillar las macizas paredes de la gran caverna—. Aún tenemos momias que incendiar y balas que mandar certificadas.

Se retiraron detrás de las paredes de la derecha de la puerta y cenaron tranquilamente, aunque no con abundancia porque querían economizar los víveres.

El asedio podía prolongarse, Sandy-Hook podía tardar mucho en regresar con los americanos y la más elemental prudencia recomendaba ser económicos.

El fuego de los pieles rojas no cesaba, pero ya no tiraban como locos.

Un par de tiros cada minuto, seguido de una descarga de los fusiles de repetición, no era bastante para quitar el apetito a los bloqueados.

En tanto avanzaba la noche; una noche tempestuosa que no prometía nada bueno para los que se encontrasen al aire libre.

Entre las plantas silbaba y mugía un viento fuertísimo y largos jirones de nieve se arremolinaban.

En lontananza, sobre la peninsulita aullaban lastimosamente los coyotes que los pieles rojas habían despreciado para destruirlos.

En la gran sala brillaba aún más viva la misteriosa lámpara, proyectando en todas direcciones su luz fría y azulada.

Delante y detrás de la piedra continuaban crepitando y reventando las carcasas de los sakems de los atabascos y de sus mujeres, lanzando largas lenguas de fuego.

—Apenas terminada la cena John dirigiéndose al señor Devandel le dijo: —¿Y usted qué piensa de todo esto?

El capitán encendió tranquilamente su pipa y tendiéndose en el suelo a tres metros de la piedra, con la carabina de lord Wylmore a su alcance, contestó:

—Me parece que las cosas no van muy bien efectivamente, querido John. Las momias disminuyen con espantosa rapidez y de continuar esto así, mañana por la noche no tendremos

ni un chicuelo de los atabascos.

—Verdad es, señor —respondió el *indian-agent* con voz un poco emocionada—. Mal van los asuntos.

Pero creo que debemos resistir ferozmente hasta el retorno de Sandy-Hook.

—¿Y tú crees que ese hombre se ocupará de nosotros?

—Sí, señor Devandel. En algún tiempo fue un gran bribón, pero ahora hace los imposibles por hacerse un hombre honrado.

—¡Hum!...

—Ya lo he observado, capitán.

—No digo que no, pero ¿y si se hubiera ahogado al atravesar algún rápido?

—Aún no tenemos motivos para suponer que ha muerto, y además los bribones siempre tienen suerte. Tengo la seguridad de que a estas horas galopa hacia el campo americano.

—¿En camisa?

—¡Si tiene una cabaña y caballos en la otra orilla del río del Lobo!

—Es verdad. ¿Y *lord Wylmore*?

—¡Que el diablo se le lleve! Me parece que aunque se haya ahogado, no llorará nadie en América ni en Inglaterra.

—Soy de tu opinión —dijo el señor Devandel sonriendo—. Es un monomaniaco, más que un excéntrico. ¡Caramba! Estos indios empiezan a ponerse fastidiosos... ¿Cuántas momias quedan todavía?

—Ochenta y siete, señor —dijo Harry—. Las acabo de contar.

—Poquillas son.

—Arden como cerillas... Deben tener las tripas rellenas de estopa y resina.

—¡Bueno!... Esperemos... Quién dice que ese bandido no llegue a tiempo para salvar nuestras cabelleras.

—¡Cuerno de un buey abierto en canal! —exclamó Jorge que atormentaba el disparador de su carabina—. Nube Roja debe tener algún pacto con Manitú para dar guerra cien años. Es el tercer tiro que disparo con la esperanza de mandarle a cazar a las praderas celestes.

—Ahorra para más tarde las municiones —le dijo John que se había echado a un lado—. Esos bribones están escondidos detrás de los árboles.

Ya saben que somos habilísimos tiradores y no se dejan ver.

El fuego continuaba por parte de los sitiadores aunque no muy violento. Más disparaban por impedir que los sitiados intentaran algún golpe de mano, que con la esperanza de herirles, porque las balas se estrellaban contra la gruesa, plancha de piedra o contra las paredes.

Durante la noche el señor Devandel y el *indian-agent* se dirigieron a la rotonda para ver si era posible por aquel lado una fuga, pero no se encontraron con fuerzas para desafiar las ondas furiosas del rápido, porque habiendo aumentado el frío, arrastraba la corriente enormes témpanos de hielo que se estrellaban contra las rocas, retumbando como bombas.

—Sería la muerte de todos nosotros —dijo John que llegó a la rotonda pasadas las dos de la mañana—: Esos témpanos nos espachurrarían contra las rocas.

—Es verdad —respondió el capitán—. Sandy-Hook y lord

Wylmore, han tenido más suerte que nosotros. Nuestra salvación está en las momias y en los *rifles*.

Y por quinta vez, habían vuelto, un poco preocupados, a situarse tras la losa de piedra donde las momias continuaban echando humo y crepitando.

La fusilería de los pieles rojas había cesado. Sin duda habían comprendido los guerreros rojos que sin un furioso asalto, *tomahawks* en mano, no lograrían expurgar la gran sala de los últimos atabascos.

—El alba despuntó sin cambio alguno en la situación.

No quedaban más que cincuenta momias que también eran de princesas y jóvenes o mejor dicho de futuros *sakems*.

Los indios que debían haber dormido tranquilamente sobre sus pieles de bisonte, resguardándose del frío intensísimo, con las primeras luces del día habían reanudado la fusilería, disparando a la casualidad, porque el intensísimo humo que producían las momias, impedía casi ver la puerta de la inmensa sala.

Los dos corredores, el *indian-agent* y el señor Devandel para hacer comprender a los asaltantes que no tenían gana de dejar la cabellera en las manos de Nube Roja o de Minnehaha, respondían de vez en cuando, disparando sus *rifles* aunque sin resultado apreciable porque los indios se mantenían obstinadamente al reparo de los gruesos troncos de arce que se extendían como un magnífico paseo a lo largo del istmo. A las diez de la mañana, no quedaban más que veinticinco momias y aún no se oían las trompetas americanas sobre las orillas del río.

Una profunda desesperación se iba apoderando poco a poco, del *indian-agent*.

—Todavía quedan veinticinco momias que consumir —dijo al capitán que parecía hubiese perdido mucho de su sangre fría

y de su acostumbrada calma—. ¿Y luego?

—Daremos la batalla —respondió el valiente—, tenemos seis carabinas y una de dos tiros. Acaso podremos resistir veinticuatro horas.

—Muchas me parecen, señor. Nube Roja habrá llamada a otros. Son quinientos los sioux que emigran y todos escogidos entre los más valientes. Las mujeres y los niños acaso se les reúnan más tarde, cuando lleguen a las fronteras del Dominio inglés.

—¿Entonces, nos vamos a ver obligados a capitular?

—Todo depende de Sandy-Hook.

—Yo nunca he tenido confianza en ese bandido.

—Acaso se engañe usted, señor Devandel. Los americanos; pueden estar lejos todavía y con estos nevascos sus caballos no pueden llegar en veinticuatro horas.

—¡Quizá!... Esperemos.

A medio día sólo quedaban quince momias, las más pequeñas, y los pieles rojas disparaban furiosamente como si acabaran de recibir un convoy de municiones.

Eran balas perdidas, es cierto, pero preocupaban ya bastante a los sitiados que veían disminuir con rapidez espantosa su último recurso.

En vano John, tendía el oído.

Las trompetas de la caballería americana, permanecían siempre mudas. Solamente el rápido dejaba oír sus rugidos formidables acrecidos por el destrozarse de los témpanos de hielo.

A la una de la tarde, las últimas cinco momias eran arrojadas al fuego, sobre la losa de piedra.

Estallaron como bombas, crepitaron lanzando al espacio, nubes de humo hediondo y chispas, extinguiéndose pronto como cinco pajuelas.

Y los clarines de la caballería americana continuaban sin sonar al otro lado del río del Lobo.

¿Habría muerto Sandy-Hook? Con el inglés nadie contaba.

El humo iba desvaneciéndose rápidamente. Los cráneos de las momias estallaban y las tibias se desprendían, replegándose sobre los vientres ya casi consumidos.

Las pavesas no llovían ya sobre los sitiadores.

El señor Devandel se levantó apoyándose en la carabina de lord Wylmore, fijando su mirada sobre John.

—¿Este es el fin, no es cierto? —le dijo.

El *indian-agent* inclinó tristemente la cabeza.

—Mi cabellera hace muchos años ya, que adorna el escudo de Minnehaha —dijo luego—. Ya no pueden cogerme más que la peluca formada con los cabellos de la gran Yalla. Por ustedes es por quien tiemblo.

—Somos hombres de guerra —repuso el capitán—. Ochocientos hombres tenía Custer y todos fueron escalpelados, excepto uno solo. Son cosas que ocurren a los vivos, mi querido John.

—También su padre de usted fue escalpelado por la gran Yalla —dijo el *indian-agent*, con voz conmovida.

—Así son las guerras en las fronteras. Pero el fuego se extingue y ya no tenemos nada con que alimentarle. Preparémonos a morir con las armas en la mano.

—Despacio señores —dijo en aquel momento Harry que

regresaba de la rotonda—. Tenemos todavía los taburetes de las momias y unas cuarenta pieles de bisonte que yo he empapado de grasa de oso, de dos grandes ollas que he descubierto.

El fuego podrá así durar algún tiempo y entretanto quizá las trompetas de los americanos dominen el fragor del rápido.

—¡Jorge a mí! He arrollado todas las pieles y no tenemos que hacer más que transportarlas aquí. Y tú John, encárgate de arrastrar para acá, escabeles. Todavía tenemos que hacer esperar a ese perro de Nube Roja.

Sin preocuparse por la fusilería de los sitiadores, que por otra parte no podía hacerles daño, el señor Devandel y el *indian-agent* hicieron colecta de escaños y les arrojaron cuatro a cuatro sobre los restos de las últimas momias, reanimando la llama, con gran disgusto de Nube Roja que ya creía llegado el momento de forzar el paso.

Harry y Jorge habían entre tanto llegado, cargados como mulos, de gigantescas pieles de bisonte y arrolladas y bien untadas de grasa. Arrojaron un par de ellas del otro lado de la losa de piedra, y en un instante aquellas antiguas pieles, que se habían estado secando durante siglos, fueron pasto del fuego estallando como ametralladoras.

—Hay unas treinta y ocho —dijo Harry—, acaso podamos resistir hasta esta noche.

—¿Y después? —preguntó John mirando al interior del cañón de su rifle como si allí buscara la contestación a su terrible pregunta.

—Espero que ese maldito Sandy-Hook no nos habrá engañado.

—Hace ya más de cincuenta horas que nos dejó.

—Entonces se habrá ahogado o le habrán copado al llegar a la otra orilla. No siempre se tiene igual suerte. ¡Jorge, pieles!

Arden como las momias.

Los indios contenidos siempre por aquella barrera de fuego que parecía que no iba a apagarse nunca, se desahogaban haciendo continuas descargas.

Al cabo de tres horas, todos los taburetes habían sido destruidos, en unión con una veintena de pieles.

El momento terrible se avecinaba. Una lucha no era posible, porque de los gritos de guerra que daban los pieles rojas de cuando en cuando, los sitiados se habían dado cuenta del número de sus adversarios.

Tenían enfrente, por lo menos, cincuenta tomahawks, dispuestos a forzar el paso.

A las seis de la tarde, cuando fuera, la obscuridad aumentaba rapidísima, las dos últimas pieles acababan de consumirse.

Los cuatro sitiados habían probado a disparar algunos tiros, pero sin lograr desalojar a los sitiadores, de sus posiciones.

Los indios esperaron a que la última chispa se extinguiese y que la gruesa losa de piedra se enfriase, y hacia las siete se arrojaron furiosamente al asalto, con los tomahawks empuñados lanzando alaridos de guerra.

Los cuatro hombres que saltaron los primeros dentro del gran salón, iluminado siempre por la lámpara misteriosa de luz fría y serena cayeron abrasados, pero los otros cuarenta o cincuenta se derrumbaron sobre los sitiados y en un minuto les redujeron a la impotencia, sujetos por si acaso, con lazos.

El viejo Nube Roja que no había creído oportuno exponerse a los tiros de los formidables corredores, entró el último en la sala haciendo ondear su gigantesca cimera de plumas de pavo salvaje.

Miró uno a uno a todos los prisioneros con una sonrisa.

—Al *indian-agent*, al hijo del coronel Devandel y a los dos célebres corredores. A todos les veremos en la prueba del palo de la tortura y Minnehaha podrá añadir otras cuatro cabelleras, a las que ya posee.

Después volviéndose a sus guerreros les dijo:

—Levantadles y llevadles al campo. ¿Está la balsa atracada?

—Sí, sakem —respondió un viejo guerrero, cuya cara estaba cubierta de cicatrices.

—¡Partamos!...

CAPÍTULO XI. EL BANDIDO PUESTO A PRUEBA

Si Nube Roja, el gran sakem de los Cuervos aliados de los sioux había tenido una suerte envidiable en sus numerosos combates contra los americanos, Sandy-Hook el famoso salteador de los correos de California y de los trenes del Pacífico, no tenía menos a lo que parecía.

El gigante, duro como una pared, hecho a todos los climas, a todas las intemperies y a todos los peligros, afrontó con ánimo tranquilo las ondas heladas y furiosas del rápido con el único objeto de salvar al *indian-agent*, al señor Devandel y a los dos corredores por quienes hacía años alimentaba una secreta simpatía.

Había combatido a su lado. Había tenido ocasión de apreciar su extraordinario valor. Había escapado milagrosamente muchas veces al lazo que había de ahorcarle y podía por tanto permitirse el lujo de arriesgar su vida, tanto más ahora que ya su madre estaba mordiendo raíces bajo la tierra de la verdeante Marylandia.

Escapado a los dos indios que vigilaban por la orilla derecha del río del Lobo. Escapado milagrosamente al ímpetu de las aguas, merced a la piel de bisonte, que le defendía también del choque con los hielos, insensible al frío como un ballenero o mejor aún como un esquimal, cortó el rápido por debajo, y nadando vigorosamente alcanzó la orilla opuesta.

Medio aterido cayó entre la nieve que cubría la orilla, pero poseía tanta vitalidad, que tenía para él y para vender a otros.

Descansó cinco o seis minutos, desenrolló la piel de bisonte que goleaba agua y hielo, pero que al menos podía defenderle del viento del Norte que arrasaba la llanura cubierta de nieve, se la echó a la espalda, apretó entre sus dientes una pastilla de tabaco que estaba tan mojada como su camisa y subió valientemente la orilla.

Al igual de los corredores, había improvisado una cabaña para espiar los movimientos de los sioux. Le urgía embolsarse los diez mil dollars prometidos por el Gobierno americano, por la cabellera de Minnehaha. Fuerte como un bisonte alcanzó la meseta y avanzó por la interminable llanura cubierta de nieve que el viento arrastraba. La nieve se arremolinaba en todas direcciones formando pequeñas trombas y en lontananza aullaban los hambrientos lobos.

El bandido se apretó más contra el cuerpo, la piel de bisonte y hundió los pies descalzos, en la nieve.

Después de recorrer quinientos o seiscientos metros se puso a orientarse para llegar a su cabaña, cuando las nubes cargadas de nieve se abrieron bajo un poderoso y frigidísimo viento del Septentrión y la luna apareció haciendo brillar la llanura como una inmensa superficie de plata.

Pasaba Sandy-Hook a cuarenta o cincuenta metros de un espeso matorral cuando una voz gutural rompió el silencio apenas turbado por el viento.

—¿Quién va?

Sandy-Hook dio un gran salto y abrió con un golpe seco la navaja tan larga como una daga, murmurando:

—Mejor sería un buen rifle, que este pedazo de acero aunque podría rajarse el vientre, de un golpe, hasta a un oso gris. ¿Quién será este importuno que quiere quitarme la vida? Seguramente no es un yankee.

Esos holgazanes están aún muy lejos del río del Lobo. Se

quitó la gigantesca piel de bisonte doblándola en cuatro, gracias a su fuerza, y poniéndose en guardia de modo que aquella le cubriese casi completamente, exclamó con su bronca voz de toro:

—¿Quién vive?

Una risotada estridente le contestó:

—¡Ah!... ¡Un hombre blanco! ¿Qué pasa?... ¿Has dejado tu cabellera a los pies de Minnehaha o de Nube Roja?

—¡Rayo de Dios!...—gritó el bandido—. ¿Por quién me tomas, piel mal cocinada?

—Por una piel blanca peor cocinada que la de mi raza. Y enseguida apareció saliendo de la espesura un indio de aspecto hercúleo a quien las dos plumas de halcón negro, que llevaba clavadas en la cabellera, hacían conocer como un sub-jefe, y que llevaba empuñada una carabina.

—¿Dónde va mi hermano blanco, en una noche tan cruda?
—preguntó.

—A cazar lobos —respondió Sandy-Hook sin perder de vista el rifle que le apuntaba.

—¿Tienes permiso de Pie Pesado?

—¿Yo?... No acostumbro cuando voy de caza, pedir permiso a nadie y menos a vuestro condenado Manítú. Voy y vengo por donde quiero y me río de todas las pieles mal recocidas que viven entre los dos océanos.

—Mi hermano blanco vendrá ahora a fumar conmigo el calumet de paz —dijo el indio.

—Tu Manítú ha destrozado la pipa de la amistad que en otro tiempo servía a la vez a pieles rojas y blancas, y hoy no tira ya. ¿Me crees algún necio? Os conozco a todos, querido.

—Mi *moriche* está empapado en *whisky* y fumarás una pipada deliciosa.

—Ya te he dicho que Manitú ha roto nuestra pipa —respondió Sandy-Hook.

—¡Que el diablo te lleve!

—¿Me dejas o no, pasar?

El indio levantó por tercera vez la carabina y disparó.

El bandido que no le había dejado de observar, cayó sobre la nieve gritando:

—¡Perro! ¡Me has matado!

El indio seguro de haber acabado con él, tiró el rifle y empuñando el cuchillo de desollar se acercó al bandido, que fingía hallarse muerto.

Pero cuando estaba a seis u ocho pasos de él, con gran sorpresa vio levantarse de un salto, al bandido replegar la piel de bisonte y apuntarle con la navaja como un valiente de Andalucía.

—¿Aún vive mi hermano blanco?...—exclamó el indio.

—¿Te sorprende? —repuso el bandido con una explosión de risa—. ¿No sabes que los hombres blancos, que no somos hermanos vuestros, aguantamos sin reventar los doce tiros de vuestros *winchesters*? ¿Quieres mi piel o mi cabellera? Dispuesto, estoy a defender una y otra. Has sido un verdadero imbécil, porque podías haberme atacado con la culata da tu rifle. Pero ahora es tarde. ¡Ten cuidado porque voy a matarte!

—Yo tendré la cabellera del hombre pálido —respondió el piel roja.

Empuñó el cuchillo de desollar, arma terrible, pero que no era comparable en fortaleza ni en longitud a la navaja del bandido.

—¡Mi cabellera, querido hombre mal recocado, está colocada con tanta firmeza en mi cráneo que ni Minnehaha, ni Nube Roja y mucho menos tu Manitú, son capaces de despegarla.

—Hug!... —hizo el indio.

—Ven a escalpelarme —respondió Sandy-Hook tomando una guardia magnífica—. Aquí te espero...

El subjefe se quitó de encima, con gesto furioso, un destrozado serapé mejicano, se envolvió en él brazo izquierdo y apuntando con el cuchillo, dijo con risa sardónica:

—¡Ah! ¿El rostro pálido quiere mi cabellera?... El buen Manitú protege a las pieles de color.

—Mal tostadas —dijo el bandido sonriendo.

—Mi hermano blanco...

—¡Un cuerno para tu hermano! Yo no he tenido nunca semejante parentela.

—Insultas a un gran guerrero que un día ha de ocupar el puesto de Nube Roja.

—¡Ah!... ¿Tú eres un cuervo?

—Sí, uno de los hombres que el gran sakem ha traído consigo —contestó el indio.

—Creo amigo, que el ornamento de plumas de pavo salvaje no penderá mucho tiempo: a lo largo de tu espalda —dijo el bandido.

—¿Por qué dice eso, mi hermano?

—Porque dentro de un cuarto de hora, a más tardar, irás a hacer carantoñas al buen Manitú y a casar bisontes a las praderas celestiales.

—¡Hug!... Mi hermano no me conoce.

Aquellas palabras cambiadas en medio de un viento frigidísimo que se clavaba muy especialmente en la piel de Sandy-Hook, no tenían más que un solo objeto; el de llamar la atención cada uno, del otro adversario para sorprenderle con el golpe mortal.

Pero el bandido no se dejaba sorprender, y a pesar de sentir que las agujas de hielo, se clavaban en su carne y hacían enormemente pesada la piel de bisonte que le servía de escudo bastante mejor que el serapé al cuereo, parecía que se entretuviese en bromear antes de que corriese la sangre.

El indio fue el que primeramente perdió la paciencia.

—Mi hermano tiene la lengua doble y se divierte en hacerla trabajar, pero a mí, Cabeza Blanca no me engañas, y te mataré.

Dio un salto adelante, un verdadero salto de jaguar dirigiendo al bandido, dos cuchilladas terribles que fueron a perderse entre los pliegues de la piel de bisonte.

Sandy-Hook que había aprendido la esgrima del cuchillo en Méjico y el boxeo en Inglaterra era un hombre, por consiguiente, que no se asustaba por tan poca cosa.

Al salto de frente del cuervo, opuso un salto atrás para mantener la distancia, haciendo después tres o cuatro fingimientos, que llevaron la navaja a brillar junto a los mismos ojos de su adversario.

—Mi hermano es ágil como un jaguar —dijo el Cuervo, que prudentemente se había echado hacia atrás—. Pero te conozco el juego y tendré en mi poder tu cabellera mecho

antes de lo que te figuras.

Sandy-Hook prorrumpió en una risotada.

—¡Panecillo mal coçido! —dijo—. ¿Qué has de haber comprendido tú? Únicamente los españoles y sus descendientes americanos saben manejar la navaja y se han guardado siempre de enseñaros a los indios sus cinco terribles cuchilladas.

Señor Cuervo esas plumas que lleva usted sobre la peluca le deben dar calor mientras yo apenas tengo encima la pelusa de un zambo joven (mono mejicano).

Ya es hora de que acabemos.

Se lanzó furioso, decidido a hacerse despedazar o derribar a su adversario porque sentía que el frío le iba dejando rígido, poco a poco.

El Cuervo que por lo visto, había tomado alguna lección de un prisionero hispano-americano le hizo frente con valentía, sin perder terreno.

Empleaba en las paradas, más el viejo serapé que el cuchillo, con una habilidad que hubiera dado envidia a un valiente del Perchel.

—¡Por cien mil colas de demonio! —rugió el bandido cuya hoja se clavaba inútilmente en los pliegues del pingajo—. Tú, viejo Cuervo debes haber tenido algún maestro, pero a pesar de ello no desespero de clavarte la punta de mi navaja en tu bandullo o en tu columna vertebral.

—¡Leproso!

—Llámame ladrón si quieres. Nada me importa —respondió Sandy-Hook que continuaba amagando como si preparase un golpe decisivo.

Todavía durante unos minutos cambiaron los adversarios, tremendas cuchilladas que iban siempre a terminar entre los pliegues del serapé o en la pesada piel de bisonte, hasta que el cuervo decidido a terminar se precipitó con la cabeza baja, contra el bandido con la hoja levantada.

Intentaba clavársela en la garganta, pero tenía que habérselas con un águila.

Sandy-Hook, que acaso esperaba aquel golpe, que no le era desconocido, se replegó rápidamente sobre sí mismo ocultándose todo tras la piel de búfalo, y luego levantándose repentinamente se enderezó clavando la navaja en el cráneo de su enemigo, abriéndosele como un melón y llegando hasta la garganta.

Cabeza Blanca como herido por un rayo, alargó los brazos y las manos dejando caer el cuchillo de escarpelar y el viejo serapé, gruñó algunas palabras, acaso una blasfemia y cayó sobre la nieve.

El guerrero había muerto.

—¡Cuerpo de un rifle! —exclamó el bandido cerrando la navaja y echándose encima la piel de bisonte—. Nunca he visto la muerte tan cerca. ¡Y luego hay quien dice que estos panecillos mal cocidos, en el fondo carecen de valor!... Que vengan a comprobarlo.

Se inclinó sobre el indio que no daba señales de vida, le quitó el serapé con el cual se envolvió el cuello y se marchó tranquilamente, hundiendo los pies desnudos en la nieve y murmurando:

—¡Al Infierno, Minnehaha, Nube Roja y todos los sioux y todos los rápidos! Mi madre ha velado hoy por su hijo a pesar de que siempre ha sido un bribón que la hizo morir de pena. ¡Bah!... Cosas son estas que corresponden a los, vivos y no a los muertos.

Se echó a correr como un *mustang* furioso, apretándose bien encima la piel de bisonte.

Zumbaba siniestramente el viento sobre la nevada llanura y en lontananza aullaban los lobos que acaso habían ya olfateado el cadáver del pobre guerrero.

Aguzaba la vista procurando orientarse.

Pasados unos diez minutos, un grito de alegría se escapó de sus labios tumefactos.

—¡La cabaña!... ¡Mi madre vela siempre por mí!...

Se detuvo un momento para tomar respiro y enseguida partió con la velocidad de un *caribou* canadiense, anheloso y jadeando.

Así llegó a una pequeña construcción, bastante informe, con un recinto de troncos de árbol, que la circundaba y un cobertizo.

Sandy-Hook con un empujón de sus espaldas abrió de par en par la entrada del *corral* que nadie había asegurado al partir para la última cacería de cisnes y enseguida penetró como un bólido, en el interior de la cabaña cuya puerta estaba abierta.

—¡Cuerpo de cien mil truenos! —gruñó el bandido—. Necesitaré diez tazas de té y una botella de aguardiente para sostenerme sobre las piernas. Las praderas bajas son mucho mejores que estas altas regiones tan cercanas al Dominio inglés. ¡Bello país debe ser!... Y los *sioux* van a él como si allí encontrarán la tierra de Promisión de los hebreos. ¡Por la cola de Satanás!... Mucho mejor es Méjico.

Se puso a registrar a tientas en ciertos escondrijos de él conocidos y de pronto lanzó un grito de triunfo.

—¡El eslabón!... Tendré fuego y luz.

Tiró la piel de bisonte incrustada de hielos, golpeó el pedernal, encendiendo la yesca y dio fuego a una vieja linterna de marina que pendía del techo.

La luz pareció redoblar sus energías.

Se dejó caer en medio de un montón de cajas y paquetes que probablemente contenían municiones y *pemmican*, levantó una botella, la decapitó con un golpe de la navaja, y la apretó contra sus labios bebiendo a tragos.

—¡Cuerpo de un cuerno de *caribou*! —exclamó después de algunos sorbos—. Debo estar muy fuerte para aguantar tanta fatiga. ¿Y ahora? Que esperen un poco ellos también. ¡Demonio! Yo no soy de hierro y me acuerdo que mi padre tampoco había sido fundido en ninguna herrería del país de Gales.

En el centro de la cabaña había cuatro piedras, hundidas en un montón de ascuas y cenizas, Sandy-Hook arrojó encima algunos pedazos de pino ricos en resina, besó otra vez la botella, y cuando la llama estalló, dijo:

—Reflexionemos fríamente. Los yankees no deben estar lejos. Estoy seguro de ello porque conozco al general Farsythe y tengo pruebas de su energía. Tengo que buscarles, o de otro modo los corredores caerán en las manos de Minnehaha y la *Desolladora* empleará su cuchillo en las cabezas de ellos. A John no le quitaría más que la peluca, pero luego le arrancaría el corazón. Conozco a aquella tigrecilla. Pero un par de horas de descanso creo que después de tanto trabajo me las he ganado, además de que conozco lo valientes que son aquellos cuatro tramperos.

Abrió una caja, sacó una cacerola, la llenó de agua que tomó de una vasija llena, que allí tenía y la puso al fuego.

Mientras el líquido hervía abrió un paquete de té y tomó un puñado.

—Esto me hará bien —dijo—. ¡Trueno de Dios!... ¡No hay azúcar! Ese goloso de *milord* se lo ha comido todo. Primero *spleen* de bisonte, después *spleen* de indio y por último azucarófobo. ¿En qué terminará este loco?

Retiró la cacerola, echó en ella las perfumadas hojas, esperó algunos minutos, echó luego un par de vasos de aguardiente y sin colarlo se puso a beber ávidamente, acariciándose ante la llama el velloso pecho.

Cuando hubo tomado toda la infusión, abrió otra caja de la que sacó un chaquetón de cuero, apenas curtido y ropa interior de punto, y se empezó a vestir rápidamente.

—¡Por Satanás! —exclamó—, ya era ocasión de que me colocara otra piel encima de la mía. Ya se me empezaba a helar la sangre en las venas. Qué bien se está delante de un buen fuego mientras él viento silba fuera, y los lobos aúllan pidiendo la cena! ¡Estúpidos! Ya os he regalado un hombre; un verdadero cuervo tan grande y tan gordo como yo ¡Andad a comer!...

De pronto se levantó exclamando:

—¿Y nuestros animales?...

Descolgó la linterna, se echó sobre la espalda una capota de las usadas por la caballería americana, pesada y cómoda, provista de amplia capucha y salió siguiendo el recinto.

Dio vuelta a la cabaña y llegó a un pequeño cobertizo cuyos lados estaban defendidos por gruesos lienzos que debían haber sido antes de algún barco velero a juzgar por su color grisáceo y la manera de estar unidas las piezas.

En medio de un gran montón de yerba, dormían dos hermosísimos *mustangs*, completamente negros, de vigorosas formas, y dos mulas de Texas, animales incomparables, tan altos como camellos y dotados de increíble resistencia.

Con ellos se debían haber llevado hasta aquella meseta de las vertientes del río del Lobo todos los sacos y cajas que obstruían la cabaña.

—¡Ah, estáis durmiendo! —exclamó el bandido—. Entonces, todo va bien.

Temía que mientras estábamos fuera se los hubieran llevado los indios.

Os concedo dos horas más de descanso, corderos míos, que después ya os haré trotar un rato por la nieve.

Peor para vosotros si tenéis frío. Yo también he tenido bastante y me he aguantado.

Hizo restallar la lengua como un hombre completamente satisfecho, dirigió una mirada a las monturas colocadas en sus perchas y volvió a la cabaña silbando un tango mejicano que había bailado centenares de veces con las bellas y opulentas tabaqueras de *Tierra Caliente*.

Colocó de nuevo la linterna, fue a buscar una pipa y un paquete de tabaco, bebió un largo sorbo de aguardiente y volvió a sentarse ante el fuego, lanzando al espacio bocanadas de humo.

—Ya me he ganado un rato de descanso —dijo—. Luego saldré en busca de los americanos. Un par de horas para descabezar un sueñecillo con un ojo abierto y no exijo más.

—¡Demonio!... Yo soy incapaz de abandonar a los amigos.

Iba ya a concluir su pipada, y cerrar no un ojo como decía, sino los dos cuando un golpe violento dado en la puerta del corral le hizo ponerse en pie, de un salto.

Furioso por haber sido molestado se arrojó sobre un fusil y se dirigió a la puerta, gritando con voz tonante:

—¿Quién vive? ¡Responda el que sea o le mato!...

Una voz ronca y un poco temblona se dejó oír tras de la puerta del corral ya desquiciada por algún fuerte empujón.

—¡Abre, bandido!... Yo tener mucho frío y los lobos querer morderme las pantorrillas.

Sandy-Hook lanzó una blasfemia.

—¡La sanguijuela!... ¿No me le voy a poder quitar de encima? ¿Cómo ha venido? Es necesario saberlo.

Volvió al seguro la carabina, abrió la puerta, y cogiendo por los hombros al inglés le empujó hacia el fuego, diciéndole:

—¡Siéntese milord, y que el diablo se le lleve!

CAPÍTULO XII. EL CAMPAMENTO AMERICANO

El inglés llegaba en un estado capaz de conmover a todas las rocas del *rápido* del río del Lobo, si hubiesen tenido alma.

No llevaba encima más que la camisa y un par de calzoncillos de lana, incrustados de hielo, y agujas de hielo le cubrían también la barba, las cejas y los ralos cabellos.

—¡Trueno de Dios! —exclamó el bandido, poniéndose las manos en las caderas para ahogar una risotada—. ¿De dónde viene usted, *milord*? ¿Del otro mundo?

—Del *rápido* —contestó el inglés, castañeteando los dientes y tiritando con las rodillas.

—¿Del *rápido*?... ¿Usted?

—Boxe, *mister* bandido. Yo tengo frío. Déme usted cuatro golpes. Sangre circular mejor después.

—¿Usted está loco *milord*?

—Yo querer lecciones. Usted no habérmela dado ayer.

—¡Cuerpo de un buey!... ¿Queréis unos puñetazos?

—Sí, puñetazos. Yo tener frío. Yo querer mi lección. Yo pagar siempre.

El bandido se enderezó arqueando los poderosos brazos. Estaba tan acostumbrado a las excentricidades del *milord* que ya no le hacía caso.

El inglés saltó en pie poniéndose en guardia.

—Si no sembrase constantemente delante y detrás de mí las libras esterlinas, le mataría —murmuró el bandido—. No me conviene matar la gallina de los huevos de oro.

Después alzando la voz gritó:

—¡En guardia, *milord!*... Yo le calentaré a usted con unos cuantos golpes maestros de Kalkraff, mi famoso profesor.

—Pega, bandido.

Sandy-Hook que fácilmente perdía la paciencia y que deseaba fumar otra pipada antes de montar a caballo, tiró cuatro o seis puñadas contra el excéntrico, haciéndole retumbar el pecho como una caja.

Al sexto golpe, *lord Wylmore* derribado por un terrible *fisk-shoe* fue a parar en medio del montón de sacos y cajas exclamando:

—¡Oh...! ¡Buenos golpes!... *Mister Kalkraff* era grande maestro.

El bandido le miró con ojos de lástima y después murmuró:

—No sé ya qué hacer con este loco. Pero las esterlinas llueven y no me conviene por ahora quitármelo de encima.

Cogió la cacerola, la llenó de agua y la puso al fuego, echando dentro un puñado de té, apenas empezó a hervir, y luego un gran chorro de aguardiente.

—Esta infusión le hará más beneficio que mis puños —dijo—. ¿Qué diablo me habrá metido bajo los pies este loco furioso? ¿A qué viene a hablarme aquí de *lord Byron*? ¿Qué hombre era ese? ¿Qué murió combatiendo contra los turcos? ¿Y a mí qué me importa? En mi vida he visto otra cabeza de turco como este.

Vertió la infusión en una taza de hierro esmaltado y se

acercó el *lord*, que todavía yacía entre las cajas y los sacos, ocupado únicamente en arrancarse de la barba y de las cejas, las agujas de hielo.

—Bebed esto *milord* —dijo—. Os hará más beneficio que los golpes de mi maestro.

—¡Aho!... Usted ser un bandido amable. Yo pagar este té con una esterlina.

—Y yo la tomaré y la pondré junto a las otras —repuso el bandido—. ¿Cuándo se le terminarán a usted los cheques?

—Nunca.

—¡Hombre afortunado! —Si yo hubiera nacido *lord*, no hubiera pensado nunca en asaltar los trenes y los correos de California. ¡Gente afortunada!

El inglés había empezado a beber ávidamente, soplando como un órgano.

El bandido a quien tenía cuenta no matar ni ver morir la gallina de los huevos de oro abrió otra caja y sacó un vestido que antes calentó ante el fuego. Después decapitó una botella de *whisky* y volvió a encender la pipa.

—¡*Milord*! —dijo después de haber fumado un rato—. Hablemos mientras os vestís. ¿Qué hacían los corredores cuando abandonasteis la gran sala de las momias?

—¿Los bandidos?

—¡Bandidos! Se obstina usted en llamarles así, cuando uno es capitán de la caballería americana y los otros son los tramperos más honrados que he encontrado en las praderas.

—Para mí ser bandidos y mí no cambiar de parecer —dijo el obstinado.

—Como gustéis *milord*. Yo le he preguntado a usted qué cosa

hacían cuando usted tuvo la bella idea de probar los hielos del rápido.

—Combatían.

—¿Contra las fieras?

—No, contra los *indios*.

Sandy-Hook se puso en pie, arrojando al suelo la pipa.

—¿Ha dicho usted, contra los indios?

—Yes.

—¿Eran muchos?

—Yo no haber podido contarles, todas las momias en llamas y por todas partes humo y fuego.

Yo no poder más resistir, porque mi nariz ser delicada.

—¿Quién dirigía los indios?

—Nube Roja.

—¿El padre de Minnehaha?

—Sí, de la muchacha que yo mucho adorar.

—¿Y usted en vez de cooperar a la defensa del refugio, ha huido?

—Aquellos bandidos no querer boxe conmigo, y yo salir en busca de mi maestro.

—¡Cuerpo de Satanás!...—exclamó el bandido apretando los dientes—. No tenemos un momento que perder, si queremos salvarles.

Si caen en las manos de Nube Roja, pasarán por el cuchillo de aquella tigresa que se hace llamar, la *Desolladora*. ¿Está

usted dispuesto?

—Yo estar vestido, pero tener sed.

El bandido le alargó la botella del *whisky* dejándole beber un poco, y luego se la quitó bruscamente diciendo:

—No hay que bromear. Los borrachos se tienen mal a caballo.

—¿Hay que partir?

—Inmediatamente.

—¿Y no tenéis miedo de los lobos? Quería comerse mis piernas.

—Me río yo de esos ladrones de cuatro palas —respondió Sandy-Hook—. Aún tenemos dos *rifles* y dos *revólveres* de ocho tiros, y municiones en abundancia. Vamos andando.

—¿Y mi lección de boxeo?

—Ahora no tiene tiempo el maestro. Hay que partir.

—¿Para salvar a aquellos bribones?

—Si no queréis venir, *milord* quedaos al lado del luego, pero yo no soy un egoísta como usted.

—¡Aho! Yo seguir a mi maestro de boxe.

—¡Sanguijuela!

—¿Qué quiere decir?

—Es una exclamación mía, que no comprendéis porque no habéis sido salteador de las praderas.

—Yo haber comprendido.

—Un cuerno —murmuró el bandido, sacando de una caja dos grandes *revólveres* y otro *rifle*.

Luego alzando la voz, dijo:

—*Milord*, tome usted municiones y dos paquetes de pemmican. Acaso lo necesitemos en la pradera.

No olvidemos la cacerola.

—*Yes, mister bandido* —contestó el inglés.

—¿Estáis dispuesto?

—Siempre.

—Marchemos.

—¿Y la cabaña?

—La dejaremos para los indios, si la descubren.

Descolgó la linterna, cerró violentamente la puerta, atracándola con dos traviesas, y luego seguido por el inglés se dirigió al cobertizo, gritando:

—¡Arriba, holgazanes!... ¿Habéis comido bastante?... Tenemos mucho que correr.

Los dos *mustangs* y las dos mulas de Texas se levantaron al oír la conocida voz de su amo.

El bandido ayudado por el inglés, ensilló a los cuatro, colgó del arzón de los *mustangs* los dos rifles, se pusieron al cinto los revólveres, y salieron fuera.

Continuaba un viento impetuoso, soplando sobre las altas praderas heladas. Los lobos no satisfechos con la escasa cena que les había proporcionado la navaja del bandido, aullaban más fuerte que nunca.

—¿Oye usted, *mister bandido*? —preguntó el inglés.

—¿Y qué? —dijo el bandido con voz tranquila.

—Nos comerán.

—Acaso a las mulas, pero no mis piernas *milord*. Yo nunca he tenido miedo a los lobos. Le tengo de los de dos patas, pero no a los de cuatro aunque tengan rabo. ¡A caballo *milord*!

El inglés, buen jinete obedeció ligero.

Sandy-Hook no fue menos ligero.

Salieron del corral sin cerrar la puerta, ya bastante desvencijada y lanzaron los dos *mustangs* a través de la nevada llanura.

Las dos mulas, buenísimas trotadoras, acaso mejores que machos, seguían a los caballos, que galopaban.

Rápidamente se orientó Sandy-Hook, escuchó los aullidos de los lobos, tomó el revólver en la diestra y dio un silbido estridente.

—¡Animo queridos míos! —gritó luego—. Si no corréis bien iréis a parar a los dientes de los lobos.

Como si comprendieran, los *mustangs* avivaron su galope.

Un momento después, sobre la blanca llanura se dibujó una línea negra.

—No creí que fuesen tan numerosos —murmuró el bandido—. ¿De dónde habrán salido? Se necesitaba bastante más que el cadáver del indio para saciar el hambre de este canalla. ¡Aullad!... Yo me río cuando llevo un buen *mustangs* bajo mis piernas. *Milord*, preparad el revólver.

—Yo estar ya armado. Yo no tener miedo de los bisontes.

—Aquí no los hay, al menos en esta época ¿Vienen?

—A cazarnos.

—Perfectamente. Les haremos correr.

Después murmuró:

—¿Dónde estarán los americanos? Me confiaré a mi instinto que nunca se equivocaba cuando, los correos de California atravesaban las praderas, aunque estuviesen muy lejos. Siempre he tenido un oído privilegiado. ¡Bah! Les descubriré donde quiera que se encuentren.

Apretó las piernas a los flancos de su *mustang* y dirigió una mirada tras de sí.

—¡Vaya un hambre que gastan en la barriga estos ladrones de cuatro patas!... Me parece que se van a caer, porque la noche no terminará sin unos tiros. ¡Adelante!... Las piernas están en peligro.

Empuñó su Colt y se preparó a servirse de él.

Ya acostumbrado a aquella persecución, también en las bajas praderas, no parecía por ello el bandido muy preocupado.

¡Oh!... ¡Ya había escapado de otros peligros más graves!

Los dos *mustangs* al oír los aullidos de los lobos, aumentaban su carrera, bufando y soplando.

El frío había helado la nieve, lo que les facilitaba el galopar, aun sin emplear las herraduras especiales para hielo.

Las dos mulas, no menos aterradas, aún no llevando jinete, daban saltos desordenados, pero sin quedarse atrás.

Amenazados por las poderosas quijadas de los depredadores de las praderas se mantenían tocando a los corvejones de los caballos.

El tropel de los cazadores de cuatro patas, aumentaba por momentos.

De cuando en cuando, de los macizos de arbustos de las espesuras de abetos, salían otros, cuatro o cinco lobos, que estaban allí esperando, su cena y que se sumaban, a los perseguidores.

—*Mister brigante* —dijo el inglés que les veía acercarse con fulmínea rapidez—. ¿Vamos a perder las piernas?

—Los lobos no se contentarían con ellas. Tronco, brazos, pulmones, corazón, y hasta la cabeza irían a parar a sus vientres, que siempre dicen... icarne! icarne!...

—¿Usted *mister*, no tener miedo?

—Absolutamente ninguno, *milord*.

—Ya están cerca.

—¿No tiene usted armas? Rompa usted el fuego el primero.

El inglés ya tenía empuñado su revólver. La horda aulladora estaba a solos cincuenta metros y aumentaban su carrera para caer por lo menos sobre las mulas, que podían proporcionarles una cena colosal.

Se volvió y disparó los ocho tiros con poquísimos instantes de intervalo y con una calma, realmente inglesa.

Cinco o seis lobos se revolcaron en la nieve. Los otros, no hay que decirlo, para aguzar un poco el apetito se arrojaron sobre sus desgraciados compañeros todavía agonizantes y les devoraron con ferocidad digna de ellos.

Hubo un brevísimo descanso en la persecución. Cuatro o cinco lobos, eran poca cosa para doscientos, o más, y que acaso estaban en ayunas desde hacía una semana.

—¡Cuernos y colas de todos los diablos del Infierno! —exclamó Sandy-Hook—, también desde el caballo apunta usted bien *milord*.

Le felicito a usted.

—¡Aho!... Yo estar contento por ese elogio de *mister Brigante*.

—¿Todos son bandidos para usted *milord*? Si fuésemos ingleses o por lo menos irlandeses, todos seríamos unos caballeros. Otra vez procuraremos nacer del otro lado del Atlántico, en las costas de la pérfida Albión. Aunque yo no sé si volveré otra vez a este mundo porque el diablo me cogerá por la nariz con unas tenazas incandescentes y me arrojará en medio de las vorágines infernales para espiar mis pecados.

¡Eh! ¡Con tal de que sea verdad!... Porque estoy convencido de que yo acabaré en la boca de alguna fiera y allí dentro no se estará mal al calorcito. ¡Por cien mil colas de...! ¿Les tenemos encima todavía?... El negocio empieza a ponerse serio y no me gustaría dejar las mulas entre los dientes de esos glotones. ¡Truenos!... Me las pagaréis caras, o mejor dicho, se las pagaréis aquí al amigo. Yo como bandido, no tengo nunca un céntimo para pagar a nadie.

Empuñó el Colt y disparó sus seis tiros sin interrupción.

Únicamente perdió un tiro. El bandido rivalizaba con el inglés pero no era cosa de extrañarse.

Los lobos hicieron un nuevo alto, que fue más breve que el primero.

Devoraron concienzudamente a sus compañeros y enseguida reanudaron su carrera, más furiosos que antes.

El apetito les aumentaba de un modo espantoso.

—¡Cabezas de oso gris!...—exclamó el bandido volviendo a cargar su revólver—. ¿Pero quieren esos canallas devorarnos de verdad? Lo que es con las mulas, ya no podemos contar. Esas están perdidas de seguro, pero lord Wylmore tiene todavía esterlinas y cheques para comprar otras, y puede

permitirse el lujo de pagar una cena a los lobos, al menos por una vez. ¡Eso es para él una miseria!

Descolgó el rifle y disparó sobre la masa matando una docena. El inglés hizo también fuego con su revólver.

Hubo un tercer descanso.

—¡Adelante, queridos míos! —gritó el bandido—. No os dejéis morder los corvejones.

Los pobres animales hacían esfuerzos desesperados por sustraerse al ataque.

Sobre todo las mulas brincaban como gigantes saltamontes procurando siempre acercarse a los hombres como si conocieran por instinto que su salvación pendía de los tiros que disparaban aquellos hombres fuertes.

La carrera continuó cada vez más furiosa otros cinco o seis minutos.

Los lobos aullaban ferozmente en la blanca pradera, compitiendo entre sí para ver quien llegaba el primero.

Los más robustos derribaban a los débiles, precipitándose con las bocas abiertas, prontas a morder.

Una de las dos mulas, más débil que su compañera, resbaló sobre la helada llanura, rompiéndose una pata.

La pobre bestia comprendiendo su mala suerte, lanzó un quejumbroso relincho.

En un rayo, un centenar de lobos se la echaron encima ensañándose ferozmente en su cuello, en su vientre y en su hocico.

—¡Canallas! —gritó Sandy-Hook, disparando otra vez su revólver.

Proyectiles perdidos. Hubiera sido necesaria una ametralladora para obligar a aquellos hambrientos, a soltar su presa.

La mula se sacudió dos o tres veces de la masa de los asaltantes, disparó terribles coces con la pata que estaba en buen estado, matando a algunos, después se desplomó sobre el dorso y se dejó desgarrar como si intentase acabar la muerte.

Desapareció bajo la masa. Hasta devorando y clavando los hocicos en la carne humeante de la pobre bestia que se sacudía en las últimas convulsiones, aullaban espantosamente procurando mantener en respeto a los compañeros que llegaban tarde al banquete.

—*Mister* bandido —dijo el inglés—. ¿No tendrán bastante con una mula esos antipáticos animales?

—¡Hum! —hizo el bandido sacudiendo la cabeza—. Son muchos *milord* y tienen demasiada hambre.

También nos quedaremos sin la otra.

—¿Y luego?

—Luego se nos comerán a nosotros en unión de los caballos.

—Yo no querer morir tan pronto, y además yo odiar esas hediondas bestias.

—Haga usted venir un globo, métase usted en la barquilla y elévese.

—¿Globo?... Yo no ver alguno.

—Ni yo tampoco, *milord*.

—¿Y qué hacemos?

—Digo que volvamos a cargar los revólveres y los rifles y

continuemos el fuego.

Los *mustangs* galopan perfectamente y espero que no echemos de menos el globo, ya que no nos le han de mandar de Inglaterra.

—¡Aho!... Yo haber entendido.

—¡Y ahora sostenga usted el galope, y a calentar el cañón del Colt!

Los lobos no hablan vuelto a emprender la carrera, ocupados en devorar la mula caída, pero no habían de tardar mucho en volver a su cacería. Eran demasiados y aunque habían encontrado carne en abundancia no se pararían a mitad del camino.

El apetito aumenta comiendo, dice un proverbio y en aquellos cazadores de cuatro patas, aumenta espantosamente, condenados como están a sufrir a veces larguísimos ayunos, especialmente en invierno.

La segunda mula no tardó en seguir la suerte de la primera.

Los *mustangs* entre tanto habían tenido tiempo de ganar doscientos o trescientos metros y sostenían un magnífico galope tendido sin necesidad de ser hostigados.

Humeaban como solfataras los pobres animales, a pesar del intenso frío y el helado viento, no obstante lo cual no decaían y golpeaban el hielo con sus robustos cascos sin herraduras.

Un clamor ensordecedor advirtió a los dos fugitivos que los lobos habían terminado su segunda cena y se preparaban a ganarse la tercera.

Pero no arremetían ya con el ímpetu que al principio.

La carne de las mulas pesaba un poco en sus vientres.

Aún corrían con bastante velocidad, intentando alcanzar a los dos caballos y probar su carne que debía ser mejor la de las dos grandes bestias de las lejanas praderas de Texas.

—Dejad el Colt por ahora, *milord* —dijo el bandido—. Y caldead el cañón del *rifle*.

—Y yo fusilar horribles fieras —respondió el inglés descolgando del arzón la carabina.

Retumbaron dos tiros, que derribaron por tierra siete u ocho alimañas, y casi inmediatamente se oyó una descarga seguida de el sonido de un clarín.

Sandy-Hook lanzó un grito de triunfo.

—¡El campamento americano!... Mi instinto no me ha engañado tampoco esta vez. ¡Adelante *milord*!... ¡Dejad que aúllen los lobos!...

—Bien —contestó el inglés disparando otro tiro.

Los dos *mustangs* descendían hacia un largo cañón flanqueado por altísimas rocas y obstruido por la nieve.

El clarín sonaba siempre, tocando generala.

Los dos *mustangs* que debían haber olfateado la vecindad del campamento americano, penetraron en el cañón con furia increíble, animados por sus jinetes.

Los lobos no cejaban en su caza aullando ferozmente como si se hubieran apercebido de que la presa estaba próxima a escapárseles para siempre.

De pronto el bandido y el inglés vieron precipitarse fuera de un bosque de arces una fuerte vanguardia, formada por una cincuentena de jinetes de las fronteras y una *Gattling*.

—¡Auxilio!... ¡Somos hombres blancos! —gritó el bandido con

voz tonante—. ¡Fuego sobre los lobos que nos persiguen!

Los cincuenta americanos, con rapidez prodigiosa se dividieron en varios grupos, gritándoles:

—¡Adelante compañeros! ¡Sigán ustedes!...

Enseguida se oyó un tiroteo furioso. La ametralladora hablaba acompañada de buenos fusiles de retrocarga.

Los lobos que ya estaban a punto de alcanzar a los fugitivos, aunque tenían los vientres repletos, sorprendidos por aquel fuego terrible que les diezmaba espantosamente, se detuvieron en la entrada del cañón sin intentar substraerse al estrago.

Cuando por fin se decidieron a volver las colas y remontar la nevada meseta, ya estaban reducidos a menos de la mitad.

En el fondo del barranco, grupos de alimañas que ninguno se detenía a devorar se revolcaban bajo los tiros poderosos e incesantes de la ametralladora.

Sandy-Hook al llegar en medio de la gran guardia americana, con volteo digno de un consumado jinete, saltó a tierra, aferrando por la crin al *mustang* ya vacilante por la larga carrera a través de la atmósfera helada.

Un viejo sargento de blanca barba, comandante de la gran guardia, se adelantó preguntándole rudamente:

—¿Quién sois?

—¿Quién manda el cuerpo expedicionario que persigue a los *sioux* emigrantes? —preguntó a su vez el bandido—. El general Farsythe, ¿no es cierto?

—Sí.

—Solamente a él, diré mi nombre. Conducidme enseguida a su tienda.

Hay hombres blancos que libertar del poste de la tortura.

—¿Y vuestro compañero, quién es? ¿Un corredor? —Quitaros el sombrero ante él. Es un *lord* auténtico, venido a América por recreo. Supongo que es un *Par*.

—¿Respondéis por él?

—Siempre.

—Seguidme ¿quién anuncio al general?

—Sandy-Hook.

El viejo sargento se mordió los blancos bigotes, se retorció la barba con nervioso movimiento, y después murmuró:

—¡Sandy-Hook!... Me parece recordar ese nombre de la última guerra contra el Toro Sentado y sus malditos guerreros. *Mister*, seguidme. Creo que el general se alegrará de veros.

—Estoy convencido de ello —respondió el bandido con extraña sonrisa—. Soy conocido en las altas y bajas praderas.

CAPÍTULO XIII. LA DESOLLADORA

Nube Roja y sus guerreros se apresuraron a abandonar la caverna de los atabascos, empujando por delante a los cuatro prisioneros, quienes por su parte, no estaban dispuestos a rebelarse conociendo bien la crueldad de los hombres rojos.

Atravesaron el istmo, deteniéndose la banda ante una enorme balsa que se hallaba fuertemente amarrada a algunos grandes árboles.

Nube Roja, siempre precavido, observó atentamente el río y después dijo a su gente:

—¡Embarcad!

John le miró a la cara y después con acento algo burlón, le preguntó:

—¿Dónde nos llevas?

—A donde está mi hija. Hace tiempo que te espera o mejor dicho, que os espera. ¡Hug! Se alegrará mucho al veros.

El viejo y terrible jefe de los cuervos, acompañó las últimas palabras con una sonrisa de jaguar que se prepara a precipitarse sobre su presa, y luego haciendo un gesto solemne, añadió:

—Ya veréis como os trata. Seréis los *sakems* de la fiesta.

—¡En el palo de la tortura, viejo bergante!...—le gritó Harry, sin poder contenerse.

—¡Hug!... Mi hermano blanco no sabe lo que dice. Os dará

maíz cocido con grasa de oso, carne de bisonte a discreción, frutas silvestres y hasta *whisky*.

—¡Canalla! ¿Te burlas?...

—No, y ¡basta! No me gusta hablar de más. Ya soy viejo. ¡Embarcad!

Los cuatro prisioneros fueron casi levantados en vilo y arrojados brutalmente en la balsa.

Doce guerreros armados de *tomahawks* les rodearon en tanto que otros empuñaban unas largas pértigas.

Como estaban cerca del *rápido*, era allí grande la corriente arrastrando grandes trozos de hielo que se destrozaban contra la balsa con gran estrépito. Pero los indios apretando con fuerza la cortaban sin que les atrajese el cercano abismo, porque viviendo en las inmediaciones de los grandes cursos de agua, los indios de América Central y de los Estados del Norte son habilísimos marineros, sin perjuicio de ser valientes guerreros.

La balsa, después de correr muchas veces el peligro de ser arrastrada por la corriente, tocó la orilla opuesta del río.

Cincuenta o más caballos les esperaban guardados por una decena de pieles rojas.

Nube Roja hizo desembarcar a los cuatro prisioneros y atarles a las grupas de los cuatro caballos más robustos con las piernas hacia la cola y la cabeza apoyada en el cuello del caballo.

Emplearon los indios tanto lazo, que los prisioneros quedaron casi imposibilitados de hacer el más leve movimiento.

—¡Eh, viejo bandido! —no pudo contenerse de gritar, Harry—. ¡Nos tratas como salchichones de bisonte!

—Calla, hombre blanco —respondió con dureza el sakem—. Yo soy ahora el amo.

—¡Revienta perro!

—Manitú me ha prometido que veré morir a mi hija y es una jaguara que no se dejará coger tan fácilmente.

—¿Lo crees así? —gritó John.

—Ciertamente.

—¿Y olvidas a los americanos que te persiguen?

El viejo cuervo se sobresaltó, sufriendo casi un desmayo, pero volviendo a adquirir su sangre fría, repuso:

—¡Hug!... están muy lejos los anchos cuchillos del Oeste.

Los lobos blancos deben cerrar la boca y no intentar rebelarse, porque de otro modo haremos trabajar a nuestros tomahawks.

—¡Revienta, viejo canalla! —rugió Harry furibundo.

—Más tarde, cuando el buen Manitú lo quiera —respondió el sakem haciendo una mueca feroz.

Lanzó un estridente silbido y la cabalgata subió a galope corto a la orilla cubierta de nieve y de verdeante césped.

Los cuatro prisioneros, a pesar de estar atados, lanzaban imprecaciones porque el movimiento de los *mustangs* les maceraba atrozmente los músculos, sujetos con exageración por los duros lazos.

Afortunadamente la subida duró pocos minutos, después al llegar a la alta pradera, la cabalgata tomó un galope sostenido, anulando o por lo menos, disminuyendo los sufrimientos de los prisioneros.

La carrera duró unos veinte minutos, deteniéndose de pronto en medio de un alboroto de ladridos de perros.

La cabalgata llegaba ante un vasto campamento formado por más de doscientos wigwams.

De todas las grandes tiendas cónicas se elevaban columnas de humo aunque no había roto el alba, y numerosos guerreros envueltos en amplias pieles de bison, pintadas de rojo o azul estaban sentados en torno de gigantescas hogueras teniendo los fusiles entre sus rodillas.

Ninguna demostración de hostilidad acogió la aparición de los prisioneros, los cuales desmontados de los caballos pudieron atravesar tranquilamente el campamento repleto de caballos y de carros.

Nube Roja les condujo ante una tienda completamente desgarrada y que parecía sostenerse por un milagro de equilibrio, y dijo a los rostros pálidos:

—Entrad.

—Hermosa casa nos ofreces, viejo tuno —dijo Harry—. ¿No se nos caerá encima? Siquiera nos darás un poco de fuego.

—Nosotros no somos crueles con los prisioneros —respondió Nube Roja con su acostumbrada sonrisa sardónica.

—Pero les escalpeláis —dijo John.

—Por una antigua costumbre.

—¡Viejo caimán!...—gritó Harry—. Eres más feroz que tu mujer y que tu hija.

Nube Roja se plantó ante el corredor con aire de amenaza y después le dijo:

—Soy un cuervo.

Luego a una señal suya, los guerreros empujaron a la tienda a los cuatro rostros pálidos, o mejor dicho les arrojaron dentro.

—¡Sinvergüenzas!...—gritó Harry que había ido a caer sobre un montón de pieles viejas.

Dentro de la tienda ardía el fuego, bajo el agujero abierto en la parte superior en la intersección de las pértigas, pero daba más humo que luz y un hedor horrible como de cosas en putrefacción, hacía casi imposible la respiración.

—¿Nos han arrojado en una cloaca? —dijo el señor Devandel que se asfixiaba—. ¿Será éste acaso el principio de la tortura?

—Las tiendas lo ellos no están menos perfumadas que ésta —respondió John—. La limpieza es desconocida entre los indios.

—Lo sé. pero me ahogo. ¿Si pudiéramos levantar un pingajo de la tienda para que por lo menos saliera el humo?

—Correría usted el peligro de que le segaran la mano; de un hachazo señor Devandel. Estamos rodeados y vigilados.

Tenga usted un poco de paciencia, y nuestros pulmones concluirán por acostumbrarse.

—Pero se requerirá mucho tiempo.

—Menos de lo que usted cree.

—¿Y qué harán con nosotros?

—Ya podéis imaginároslo. Pero yo cuento siempre con Sandy-Hook.

—¿Creéis que llegará a tiempo para arrancarnos de manos de Minnehaha?

—Sí, señor Devandel.

—¿Hum...?

—Sin embargo, estoy seguro de no dejar mi peluca a Nube Roja.

—Se la dejaréis a su hija.

—Menos todavía.

—¿Presiente usted, la llegada de los americanos? ¿Tendrá usted un olfato tan extraordinario?

—¡Quién sabe!...—respondió el *indian-agent*.

En aquel momento entraron dos pieles rojas, portadores de dos canastos llenos de víveres en medio de los cuales se destacaban dos botellas del infame *whisky* de las praderas fabricado casi todo a base de vitriolo para aniquilar más pronto a la raza roja.

—Os lo envía Minnehaha —dijo uno de ellos mientras el otro de unas cuchilladas cortaba los lazos que ligaban los brazos de los prisioneros.

—Dadla las gracias de parte nuestra —dijo. John irónicamente—. Pero adviértela que no beberemos su licor, ni menos probaremos sus víveres.

Aunque tenía las piernas atadas todavía, se levantó con esfuerzo supremo y cogiendo los dos canastos se los tiró a la cabeza al portador.

—Decid a vuestra *sakem* —gritó, mientras los dos indios inundados de *whisky* y cubiertos de maíz cocido con grasa de oso y frutas silvestres, le miraban estupefactos—, decidla que los hombres blancos desprecian y rehúsan la cena que les regala.

—Perfectamente compañero —dijo Harry—. He ahí una fiera respuesta digna de la feroz hija de ese viejo aligátor que se

llama Nube Roja.

Los dos indios estuvieron un momento perplejos sobre lo que harían, acariciando varias veces el cuchillo de escarpelar que pendía de sus cinturones, después recogieron los canastos, y por último, se decidieron a marcharse sin protestar.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando entró en la tienda, dirigiendo miradas amenazadoras a los cuatro prisioneros otro individuo armado con un fusil y un hacha de guerra y adornada su fosca cabellera con dos negras plumas de halcón.

—Eh, papagayo —dijo Harry—. Puedes volver mañana, porque hoy tenemos sueño y no somos fieras para que nos vengan a mirar. ¿Qué quieres tú?

—¿Quién es el hombre que ha rechazado la cena enviada por la Sakem? —respondió el sub-jefe preparando el rifle.

John todavía estaba en pie.

—Yo he sido —le dijo—. Corta el lazo que me sujeta y te seguiré.

El indio desenvainó el cuchillo de desollar y con unas cuchilladas, cortó las ligaduras.

—Que mi hermano me siga ahora y no intente huir porque estamos aquí quinientos.

—¿No ve mi rojo hermanito que no tengo armas? —respondió John—. ¿Qué voy a hacer?

—Los rostros pálidos son atrevidos.

—Sí; lo conocéis ahora, después de una serie de durísimas lecciones.

—¡Hug! —se limitó a contestar el sub-jefe moviendo la cabeza y separándose a un lado para dejar paso al viejo

aventurero.

—John —le dijo el señor Devandel con voz algo alterada—. ¿Te volveremos a ver?

—Los indios no se apresuran a sacrificar a sus prisioneros —respondió el *indian-agent*—. Nos darán la fiesta a todos reunidos, si llega el caso. ¡Esperarán!... Tanto mejor. Compañeros, no temáis por mí.

Al salir de la tienda fue rodeado en el acto por otros cuatro guerreros, que llevaban en la mano sus *winchesters* con el dedo puesto en el disparador, como si fuesen a descargar en el acto.

—Cuántas precauciones —dijo John esforzándose por sonreír—. Parece que me tienen miedo.

El pelotón se puso en marcha, atravesando el vastísimo campamento, deteniéndose ante un *wigwam* más alto que los demás, formado por pieles de bison teñidas de rojo sosteniendo en su cima el tótem de la tribu, consistente en una pequeña banderola de piel de gamo que llevaba en el medio pintado también de rojo un cuchillo de desollar.

Era la tienda de Minnehaha, la famosa Degolladora, hija de Nube Roja, la que llevaba clavada en su escudo de guerra la cabellera arrancada al desgraciado *indian-agent*, entre las montañas de Laramie, cuando la sorpresa y acuchillamiento de la columna de Custer.

—Entra —dijo el subjefe en alta voz.

John le miró fijamente a los ojos y le dijo:

—Yo y tú gran *sakem* nos conocemos hace muchos años. Yo la llevé entre mis brazos hasta el Gran Lago Salado, salvándola de los lobos que iban a devorarla, y a mi beneficio ha correspondido arrancándome la cabellera. No tengo miedo en hacerla frente ni lo tendría aunque fuese el misma Manítú

ni el diablo de cien colas.

Deja tranquilo a tu *tomahawk*, que no me asusta. Mañana acaso le necesites contra los anchos cuchillos del Oeste y procura entonces emplearle bien.

—¿Qué dice mi hermano del rostro pálido? —preguntó el indio un poco impresionado por aquella misteriosa amenaza.

—No digo nada —contestó John—. El que viva verá, pero estoy seguro de que mañana irás a cazar bisontes a las praderas del buen Manítú.

—¡Continúa!

—He terminado. El resto se lo diré a Minnehaha, si quiere escucharme.

No siempre triunfará vuestra hacha de guerra, contra los rostros pálidos. Ya lo veréis.

—Espera.

—¿Qué quieres?

El subjefe en vez de responder, penetró impetuosamente en la tienda mientras los cuatro guerreros se acercaban al *indian-agent*, estrechándole de tal modo, que le impedían hacer el menor movimiento.

Pocos minutos después, volvió a salir, diciendo:

—Entra; la *sakem* te espera.

John se caló el ancho sombrero mejicano hasta las orejas para ocultar mejor su peluca hecha con los cabellos de la madre de Minnehaha, levantó con resolución un lienzo de la tienda y avanzó con aire atrevido, dispuesto a hacer cara a la tempestad que se le venía encima.

Una gran hoguera ardía en medio de la tienda bajo la

abertura de la parte central, lanzando reflejos sangrientos y dorados.

En el interior circulaba el humo que escapaba después al exterior a través de la cima del wigwam.

Sentada ante el fuego, sobre el cráneo de un bisonte y con los brazos apoyados en la cornamenta, se encontraba una india todavía joven, pues no pasaría de los treinta años: de facciones duras aunque bastante agradables, de piel ligeramente bronceada, y con dos larguísimas trenzas que le llegaban a la cintura.

Como su madre, la grande y terrible Yalla estaba envuelta en un magnífico manto blanco, tejido con lana de borrego salvaje, de las montañas, para cuya confección se requieren por lo menos un par de años de trabajo.

En cuanto apercibió a John, su implacable enemigo, a quien no veía desde hacía varios años, sus ojos foscos se dilataron despidiendo siniestro fulgor.

En cambio el viejo Nube Roja que estaba tendido sobre un montón de pieles, fumando el eterno calumet, no se movió, permaneciendo perfectamente impasible.

—Buen día sea el presente para mi hermano blanco —dijo Minnehaha apretando contra su cuerpo, el manto con movimiento nervioso—. ¿No has ido todavía a cazar bisontes a las praderas de los hombres pálidos?

No creía volver a verte y me había resignado a renunciar a la reconquista de la cabellera de mi madre, de Yalla ¿sabes? de aquella que escalpelaste en las orillas del Torrente de las Arenas.

Su voz, al principio ligeramente irónica, poco a poco se cambió en estridente y salvaje, después se hizo feroz.

Nube Roja, continuaba fumando tranquilamente como si la

cosa no le afectara en lo más mínimo.

—Continúa —dijo John a la *sakem*.

Minnehaha se levantó de pronto, dejando caer el manto y mostrándose con su traje indio, más masculino que femenino, pero siempre pintoresco con el jubón recamado de piel de gamo apenas curtida, ancha faja a la mejicana, entre cuyos pliegues se sostenía el cuchillo de escalpelar que tantas cabelleras de hombres blancos había arrancado en doce años, con calzón de terciopelo azul rasgado y adornado con bolones de oro y largos flecos de cabellos de varios colores.

Cruzó sus brazos con ademán trágico y mirándole fijamente con sus ojos abrasadores, le dijo:

—¿Mi hermano blanco, el famoso *indian-agent* tampoco creería volverme a ver, no es cierto?

—Te equivocas, porque hace muchos años que corro buscando la cabellera y sé que la llevas colgada en tu escudo de guerra.

—¿La quieres? —preguntó la *sakem* con voz estridente.

—Seguramente —respondió John con voz completamente tranquila.

—Vosotros los rostros pálidos podéis entrar en las praderas celestes aunque no llevéis la cabellera.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Un hombre que un día vino a nuestra tribu y que intentaba enseñarnos la religión de los rostros pálidos.

—¿Y qué hicisteis de aquel hombre?

—Me cansé y le desollé un día —respondió fríamente Minnehaha.

—Siempre jaguara.

—Soy hija de la gran Yalla...

Nube Roja por primera vez, se movió y después de lanzar una nube de humo, dijo con su ronca voz:

—Muy bien, pequeña.

El *indian-agent* le lanzó una mirada repleta de odio y desprecio, que no hizo efecto alguno sobre la dura piel del *sakem* de los cuervos.

—Si te place, continúa —dijo John.

Minnehaha le miró fríamente, después recogió el manto blanco y preguntó:

—¿No mié parezco a mi madre?

—Cuando yo te llevaba en brazos sobre mi *mustang* hacia el Lago Salado, no eras más que una insolente muñeca y lo mismo te has conservado.

Nube Roja alzó la cabeza y murmuró:

—¡Eres un hombre! Sera una lástima matarle, pero mi luja es la que manda aquí.

Los cuervos han desaparecido.

Minnehaha se volvió hacia su padre, como si un crótalo la hubiese mordido, y un rugido sofocado salió de sus labios.

—¿Dejar a este hombre con vida? —gritó con fuego salvaje—. ¡Eso nunca!

Los cuervos han desaparecido, pero quedan los *sioux* para cumplir las venganzas de sangre.

Este hombre arranco la cabellera a tu mujer, y tu mujer era

mi madre.

—Ya lo sé —gruñó Nube Roja.

—La estación de las *hojas pendientes* pasó hace ya muchos años, pero aún veo todas las noches galopar entre las altas hierbas, el gran caballo blanco de mi madre.

Aún cabalga la gran *salean* que todos los *sioux* y hasta tus cuervos admiraban y amaban por su valor, que bien pocos guerreros igualaban. Yo la veo pasar y repasar, con sus grandes ojos ardientes y su blanco manto ondulante sobre la grupa del corcel, nunca cansado, agitando en la diestra el *tomahawk* amenazador.

Su voz que truena como, un tornado me grita siempre:

—¡Minnehaha, hija mía, quiero mi cabellera para entrar en las praderas celestiales! ¡El buen Manítú no me recibe! ¿Padre, se la vas a mandar tú?

Nube Roja se volvió de espalda y continuó fumando con rabia.

Minnehaha, apuntando con el dedo al *indian-agent*, dijo:

—He aquí el hombre que la escalpelo y que ahora está en nuestras manos.

Rostro pálido, cuando en las orillas del Torrente de las Arenas disparaste contra mi madre, en aquella fatal jornada que nos costó tan severas pérdidas, porque murieron allí muchos *sakems*, ¿no tembló tu mano?

John permaneció impasible.

—Cuando la hoja fría de tu cuchillo pasó bajo los largos cabellos de mi madre, arrancándoles chorreantes de sangre, ¿no tembló tu alma?

—No —respondió John con acento glacial— ¿y sabes por qué Minnehaha? Pues porque tu madre había escalpelado a mi

coronel.

—¡Que había hecho matar al Pájaro Nocturno, hijo de mi madre y del hombre blanco! —rugió Minnehaha.

Nube Roja tiró el calumet en que estaba fumando y gruñó como un oso gris.

Seguramente el recuerdo debía dolerle no poco.

Minnehaha se dejó caer, casi aniquilada sobre el cráneo de bisonte escondiendo el rostro entre los pliegues de su manto.

CAPÍTULO XIV. EL ATAQUE DE LOS AMERICANOS

En la espaciosa tienda reinó durante algunos minutos, un profundo silencio únicamente interrumpido por el crepitar de la llama y los gruñidos de Nube Roja, que había cargado un nuevo *calumet* con *moriche* fuertísimo, acaso para aturdirse.

John permanecía inmóvil apoyado en una de las pértigas del *wigwam*. Conservaba una calma maravillosa que no se escapaba a la penetrante observación del viejo *sakem*, bien conocedor de hombres valientes.

De pronto Minnehaha se puso en pie de un salto y preguntó con furia al *indian-agent*:

—¿Dónde está la cabellera de mi madre?

—La llevo yo puesta en mi cabeza —respondió John.

—Ya me lo habían dicho.

—¿Y la mía? ¿Pende siempre de tu escudo de guerra?

—Sí.

—Querría verla después de tantos años que hace que me fue arrancada.

—Cuando me devuelvas la cabellera de mi madre.

El *indian-agent*, convencido de que no había medio de salvarla se quitó el amplio sombrero mejicano, separando del cráneo la peluca formada por larguísimos cabellos negros con reflejos metálicos, diciendo:

—Hela aquí, y ahora imira la obra completa de tu cuchillo, sobre mi cabeza! ¡Mira! imira! ¡Yo lo quiero!

Minnehaha dirigió una mirada a la cabeza del *indian-agent* y no pudo contener un movimiento de horror.

El cráneo que había sufrido la terrible operación del *scalp*, tan usada por los pieles rojas de América Septentrional, presentaba un horrible aspecto.

La piel se había vuelto a formar llena de arrugas, rojiza, casi del color de la sangre, pero ni un cabello había vuelto a nacer.

—¿Ves ahora mi cabeza? —preguntó el *indian-agent* con sorda rabia.

—No es la primera —respondió fríamente Minnehaha.

—Te creo *sakem*; por eso te llaman la *Desolladora*.

Cogió la peluca y la tiró con violencia al suelo.

Minnehaha la recogió en el acto, la miró con emoción que en vano intentaba ocultar, hundió una mano entre los espesos cabellos y dijo volviéndose al jefe de los cuervos.

—¡Mira la cabellera de mi madre! ¡Mira la cabellera de tu mujer! Ya era hora de que la gran Yalla pudiese entrar en las praderas celestiales.

Nube Roja la miró de soslayo, arrugó la frente y continuó fumando sin decir palabra.

En tanto John se había vuelto a poner el sombrero, porque a causa de la mutilación, no podía afrontar el aire frío sin experimentar agudos dolores.

—Ahora enséñame la mía —dijo a Minnehaha que continuaba acariciando los cabellos de su madre.

La *sakem* sonrió con crueldad y luego respondió:

—Tienes razón, rostro pálido. Veremos cuál de las dos esta mejor conservada.

Abrió un viejo arcón y sacó de él su escudo de guerra, hecho con grueso cuero de búfalo, de forma circular, adornado con plaquitas de plata que querían figurar otros tantos cuchillos de escalpelar.

En el centro colgando de un anillo también de plata, ostentaba una cabellera algo grisácea y más corta que la de Valla pero todavía bastante poblada de pelo.

—Hela aquí —dijo Minnehaha—. ¿La conoces?

El *indian-agent* lanzó un verdadero rugido de cólera, haciendo ademán de arrojarse sobre aquella, pero se contuvo porque Nube Roja había tirado el *calumet* para coger el hacha de guerra, dispuesto a defender a su hija.

—Mis cabellos —dijo después con voz ronca—. Dámeles para hacerme otra peluca.

Desde que la hoja fría, de tu cuchillo pasó sobre mi cráneo sufro agudos dolores en cuanto hay cambios de tiempo.

—No la necesitas —dijo Minnehaha.

—¿Por qué, jaguara de las bajas praderas? —aulló John tendiendo los puños.

—Porque mañana antes de que el sol desaparezca, tú y tus amigos habréis muerto.

Nube Roja dejó oír un gruñido y se volvió del otro lado.

—¡Ah! Es verdad —dijo el *indian-agent*, con amarga sonrisa—. Se me olvidaba que me encuentro entre las uñas de Minnehaha, la hija de la mujer que yo escalpelé.

Después, alzando la voz, dijo con voz tenante:

—¿Estás segura de que matarás a mis compañeros? Los americanos están ya cansados de estas venganzas, y no sé que terrible castigo te impondrían. Pensadlo Minnehaha. Pueden llegar de un momento a otro, destruyendo completamente los restos de los sioux que han tomado el nombre de *Selvas Ardientes*.

Una sonrisa despreciativa plegó los labios de la *sakem*.

—Nosotros sabremos morir empuñando las armas —dijo con orgullosa fiereza—. Nuestra raza está destinada a desaparecer mezclando el polvo de sus huesos con el de los bisontes. Todos seremos destruidos, pero antes de caer daremos que sentir a los anchos cuchillos del Oeste. ¡Que vengan! ¡Estamos preparados!

Alzó la voz gritando:

—¡Águila Blanca!...

El subjefe que por lo visto vigilaba con su escolta ante la abertura de la tienda, entró inmediatamente.

—¿Me llama la *sakem*? —preguntó.

—Llévate al hombre pálido —respondió la *sakem* con altanería. Ya me ha molestado bastante.

—¿Qué bago con él?

—Lo sabrás mañana. Ahora sácale de aquí.

—¿Y la cabellera? —preguntó John mordiéndose las manos.

—Continuará sobre mi escudo mientras me quede un soplo de vida —respondió la *sakem*—. ¡Vete!

—No sé si mi cabellera te atraerá la suerte —dijo el *indian-agent*

.
—Yo tengo la seguridad de que no moriré tan pronto ni iré a las praderas celestiales.

Águila Blanca cogió por los hombros al prisionero y le empujó fuera de la tienda, donde ya esperaba la escolta.

Minnehaha continuó un momento erguida en el centro de la tienda ante la llama crepitante, después volvió al arcón el escudo con la cabellera de John.

—¿Soy la hija de la gran Yalla? —preguntó volviéndose hacia Nube Roja.

El viejo cuervo hizo un movimiento que pareció un ataque de rabia a duras penas refrenado.

—Sí —dijo después.

—¿Era tan fiera mi madre?

—Acaso más que tú.

—Yo he arrancado más de treinta cabelleras.

—Tu madre sólo arrancó una y gozaba fama de gran sakem.

—Pero aquella cabellera pertenecía a un rostro pálido que se había casado con ella antes que tú —dijo Minnehaha con ira.

Nube Roja dejó caer el calumet, aferró el tomahawk y se levantó con la agilidad de una pantera.

—¿Qué has dicho? —rugió.

—Que la gran Yalla fue esposa de un rostro pálido y que tú cuervo te casaste con ella sin embargo.

—¿Y qué quieres decir?

—Que los cuervos no son sioux.

Las facciones de Nube Roja se contrajeron espantosamente, después alzó el brazo armado con el hacha de guerra y haciéndola girar por encima de la cabeza de Minnehaha que no hacía el menor movimiento.

—Eres mi hija —dijo con voz terrible—, y yo siguiendo nuestros usos podía destrozarte el cráneo y después escarpelarte como a una mujer blanca. ¿No lo sabes?

—Lo sé —respondió Minnehaha cruzando los brazos; y avanzando con los ojos encendidos—. ¡Si te atreves mátame!

Nube Roja volteó el *tomahawk* por segunda vez sobre la cabeza de su hija y lanzó un ronco quejido.

El hacha de guerra cayó al suelo hundiéndose en él hasta el mango.

—Si no fueses la hija de la gran Yalla —dijo luego—, a estas horas comparecerías ante el buen Manítú.

Recogió el humeante calumet y acercándose a otro viejo arcón sacó una botella de *whisky* de la pradera, la decapitó con su cuchillo y bebió algunos sorbos.

—¿Qué hacéis, padre? —preguntó Minnehaha.

—Bebo el veneno que acabará con nuestra raza —respondió secamente Nube Roja.

Volvió a tomar en la boca el *calumet*, se tendió de nuevo y luego mirando fieramente a su hija la preguntó:

—¿Qué vas a hacer de esos hombres blancos?

—Mañana morirán.

—¿Y no te acuerdas de que los americanos nos persiguen?

—¿Y eso qué importa?

—Si nos alcanzan y saben que hemos matado a esos hombres blancos, nos exterminarán a todos. Tienen unas máquinas que valen mucho más que nuestros winchesters.

—Nos matarán —repuso Minnehaha encogiéndose de hombros.

—¿Y quieres tú ser la causa de la destrucción de los Selvas Ardientes y de la muerte de Rio Pesado a quien la enfermedad tiene clavado en su tienda?

—Yo no quiero más que una cosa; vengar a mi madre. Nube Roja hizo un ademán, de impaciencia, y luego dijo:

—Cuantos años han pasado desde que tu madre cayó en el combate que Caldera Negra empeñó y mucha agua ha pasado ya sobre aquella mancha de sangre. Después, nosotros hemos escalpelado muchas mujeres de los rostros pálidos.

—Eso no me atañe.

—Piensa, Minnehaha que los anchos cuchillos del Oeste son hoy muy poderosos, y se han propuesto el aniquilamiento de nuestra raza.

—¿Tendrá mi padre miedo de morir? —preguntó la sakem con su acostumbrada violencia.

Nube Roja rechinó los dientes como un viejo jaguar, luego entreabriendo rabiosamente su casaca de piel de gamo, adornada de azul, mostró a su hija el atlético pecho, diciéndola:

—Aquí tienes siete cicatrices producidas por armas de fuego y por armas blancas. ¿Sabes de quién las he recibido?

—De los anchos cuchillos del Oeste.

—¿Y por quién combatía? ¿Acaso por mi tribu que había dejado con pocos leales para casarme con tu madre a la que el hombre blanco Había abandonado? No; por los sioux.

Minnehaha permaneció silenciosa, bajando la vista.

—Yo he tomado parte en más de treinta combates, cargando siempre a la cabeza de mis guerreros con el hacha de guerra en la mano porque despreciaba las armas de fuego —prosiguió Nube Roja con voz airada—, ¿y tú preguntas a un guerrero así, si tiene miedo de morir? ¡Tú; mi hija!... Es verdad que tu madre me apreciaba poco porque no era sioux sino cuervo, como si mi tribu no hubiera también combatido a los rostros pálidos.

Tu madre no era buena, pero tú eres una jaguara.

El *indian-agent* tenía razón al decírtelo.

Minnehaha continuaba callando. Se había sentado de nuevo ante el fuego apoyando la barba en la palma de la mano izquierda, mientras con la diestra armada con un tizón casi consumido, revolvía los carbones encendidos, levantando de cuando en cuando regueros de chispas y nubecillas de humo.

Nube Roja se puso a pasear en torno de la tienda golpeando el suelo fuertemente.

De pronto se paró ante una de las cajas que obstruían el *wigwam* la abrió impetuosamente sacando de ella una botella de aguardiente que decapitó con el cuchillo de escarpelar y bebió a grandes sorbos como si quisiera apagar así la cólera que rugía en su pecho.

Minnehaha fingía no ver. Además sabía que todos los grandes guerreros de la piel roja eran grandes bebedores. Cuando la botella estuvo medio consumida se volvió a su hija, diciéndola con ronca voz:

—¿Qué decides?

—Que mueran esos hombres —respondió fríamente la *sakem*—. No quiero dejarles en los estados del Gran Padre Blanco, mientras nosotros emigramos hacia Septentrión.

¿Dónde les volveríamos a encontrar después de cruzar los confines del Dominio inglés?

—¿No te ha devuelto el *indian-agent* la cabellera de tu madre?

—No me basta; quiero su sangre.

—¿Tú crees o piensas que fuego huiremos? Pie Pesado está bastante enfermo para afrontar los riesgos de un viaje con este frío intenso. ¿No le oyes toser?

Minnehaha encogió ligeramente los hombros.

—Ese no es un cuervo, sino un *sioux*, un gran guerrero que todos admiran y todos le esperamos hasta que esté curado.

—Y entretanto llegarán los americanos, encontrarán los postes del tormento y adivinándolo todo, se vengarán de nosotros sin compasión.

No todos somos aquí guerreros, también hay mujeres y niños.

—También yo soy mujer —respondió Minnehaha—, ¡que combatan a mi lado! Además, yo creo, padre, que los anchos cuchillos del Oeste aún están lejos y que han perdido nuestras huellas.

—Y yo te digo Minnehaha, que presiento su llegada.

—Pero no les oyes todavía.

—Mi olfato de viejo guerrero, vale más que el de nuestros perros.

—De tu olfato no me fío.

Nube Roja volvió a coger su *calumet*, lo llenó, lo encendió de nuevo y después de lanzar a su hija una mirada casi feroz, salió de la tienda sentándose en un viejo tronco del árbol

que se encontraba inmediato.

Minnehaha continuó junto al fuego.

El alba despuntaba y las nieves que cubrían la alta, pradera, se teñían vagamente de fosa.

El sol se esforzaba por mostrarse a través de una densa capa de niebla que aprisionaba sus rayos.

Todo el campamento se había despertado. Los hombres que durante la noche habían velado, junto a las fogatas moribundas, se apresuraban a acogerse a sus *wigwams* para gozar de un poco de reposo mientras los que habían dormido salían a arreglar los caballos ayudados por un centenar de mujeres y una multitud de chiquillos desarrapados y medio desnudos entre la nieve.

De cuando en cuando llegaban jinetes que habían sido, mandados a explorar las riberas del Lobo, y se detenían ante la tienda que se erguía al lado de la de Minnehaha, con su tótem desplegado en lo alto, representando un pie gigantesco pintado en azul.

Allí debajo. Pie Grande, gravemente enfermo de pulmonía, luchaba ferozmente contra la muerte que ya le envolvía en su abrazo.

Entre tanto los prisioneros aunque habían perdido mucho, de sus esperanzas y estuviesen casi convencidos de que no verían el sol del día siguiente, dormían tranquilamente.

—¿Se habían resignado a sufrir el suplicio del palo? Acaso.

A medio día se presentaron dos indios que les hicieron levantarse, ofreciéndoles una botella de aguardiente y maíz cocido con la consabida grasa de oso.

John que tenía un hambre feroz, no se atrevió esta vez a tirarles el repuesto a la cabeza.

—Admiro tu prudencia —le dijo Harry algo sonriente—. Morir, puede pasar, pero lo que no puede tolerarse es morir con el vientre vacío.

—¡Oh! Ya ves que atenciones nos tiene Minnehaha. Hasta nos envía aguardiente.

Acaso sea esta la última botella que queda en el campamento.

—Hubiera preferido que me hubiese enviado a Sandy-Hook a la cabeza de los americanos, respondió el *indian-agent*.

—¿Acaso habrá muerto? —preguntó el señor Devandel.

—¡Quién lo sabe! Pueden haberle devorado los lobos; puede haber tropezado con algún oso gris hambriento o con una banda de exploradores indios. ¿Quién puede decirlo?

Estas fueron las últimas palabras que se cruzaron durante la jornada entera, porque había caído sobre ellos un gran desaliento.

La muerte no les hacía temblar. Las horribles torturas del poste indio era lo que les impresionaba.

¿Qué habría inventado la pequeña jaguara para hacerles sufrir más?

La carrera de baquetas, las cuñas de madera clavadas entre las uñas, las mechas de yesca encendidas y metidas entre los dedos. Una brasa encendida clavada en la cuenca del ojo, vaciada de antemano con la punta de un cuchillo. Una hoguera encendida sobre el vientre y alimentada con ramas resinosas ¿habrían bastado para hacerles morir lentamente?

A medida que el sol descendía del cénit, una horrible angustia se iba apoderando de los cuatro prisioneros.

Morir frente al enemigo, con las armas en la mano, entre el

acre olor de la pólvora, el brillo de los sables y de los tomahawks, embriagados por los gritos de guerra, envueltos en una carga arrebatadora no hubiera sido nada para aquellos hombres que desde placía años luchaban en las fronteras del Far-West desafiando a diario el scalp.

Ya el sol iba a desaparecer y los cuatro postes de tortura se erguían ante la tienda de Minnehaha, y los guerreros se habían pintado de rojo, azul y amarillo por causa de la gran fiesta cuando un perro, del campamento lanzó un aullido larguísimo. John se puso en pie de un salto con el rostro algo descompuesto, pero con la sonrisa en los labios.

—Ese perro anuncia al enemigo —dijo—. Los yankees llegan. Que me condene eternamente si me equivoco.

—¡Ah! Sandy-Hook yo te daré un beso aunque hayas sido un terrible bandido.

Al aullido del perro había respondido otro aullido.

Los guardianes de cuatro patas, del campamento, habían olfateado al enemigo.

Pocos instantes después, llegaban a brida suelta algunos jinetes, gritando:

—¡A las armas!... ¡Los anchos cuchillos del Oeste, están a la vista!

En el campamento había entre sioux y cuervos unos trescientos cincuenta guerreros, y entre mujeres y niños otras ciento cincuenta personas.

En un relámpago, los pieles rojas se parapetaron detrás de sus carros y de sus mustangs prontos a saltar a caballo, intentando una carga furiosa.

Los exploradores se fueron replegando sucesivamente, galopando a toda brida. El grito se repetía:

—¡A las armas! ¡Los anchos cuchillos del Oeste!...

Nube Roja fue de los primeros en dejar el wigwam armado con su vieja carabina y su hacha de guerra.

Minnehaha le seguía inmediatamente.

—¿Me había equivocado? —la preguntó rechinando los dientes—, y sin embargo soy un cuervo y no un sioux.

—Sí; no te has equivocado —respondió la sakem—, ¿y qué hacemos ahora?

—Esta mañana decías que temo a la muerte: Ahora te enseñaré como saben caer los cuervos.

—Y yo te mostraré, padre —replicó orgullosamente Minnehaha—, cómo saben morir los Selvas Ardientes que un día se llamaron sioux.

—Veremos quien ataca mejor.

Entre tanto, en la tienda de los prisioneros se desarrollaba una rápida escena.

Como aún tenían las manos libres, con un tizón quemaron los lazos que sujetaban sus piernas, y después los cuatro se ocultaron bajo las pieles de bisonte con el rostro contra el suelo.

Sonaron algunos disparos de fusil. El general americano Farsythe a la cabeza del 7.º regimiento de caballería de las Fronteras y el coronel Whiteside llegaban a carrera tendida para impedir la retirada de los Selvas Ardientes a quienes hacía más de un mes perseguían obstinadamente sin conseguir nunca darles alcance.

Los indios después de unos pocos disparos se concentraron en torno de las tiendas de Pie Grande y de Nube Roja, retirando de allí los caballos.

El coronel Whiteside avanzó hacia el campamento con sesenta hombres a las órdenes del capitán Wallace.

A su llegada les intimó la entrega de las armas. Los Selvas Ardientes entregaron dos únicamente.

El coronel irritado ordenó a sus hombres echar pie a tierra y registrar las tiendas.

Sesenta fusiles cayeron en poder del capitán a pesar de que temiendo ser atacado por la espalda, sus hombres entraron solamente en unas cuantas tiendas.

Hasta entonces, los indios les habían dejado hacer. Sentados en círculo en el interior de las dos tiendas centrales, del campamento algo ocultos por sus lienzos, entonaban el canto de muerte, de sus grandes guerreros.

Pero de improviso levantando los lienzos se arrojaron furiosamente sobre el pelotón, armados de *winchesters*, de hachas de guerra y de cuchillos de *scalp*.

El capitán y todos sus hombres cayeron unos tras de otros, y fueron escalpelados a la vista de todo el regimiento.

Entonces el general Farsythe, perdiendo la esperanza de la rendición, ordenó dar una furiosa carga, poniendo al mismo tiempo en batería cuatro ametralladoras *Gattling* cubriendo el campo de proyectiles.

Al mismo tiempo la caballería cargaba por fuera del campamento para impedir la fuga de los pieles rojas, haciendo gran desperdicio de municiones. Pie Grande al oír aquel estruendo, con un esfuerzo supremo se levantó y empuñando su *winchester* apareció en el umbral de su tienda, gritando a sus guerreros.

—¡A muerte! ¡A muerte! ¡Desollar a los malditos hijos del Gran Padre Blanco!

Se preparaba a disparar cuando cayó acribillado por una descarga de las ametralladoras.

Horrible confusión se apoderó del campamento barrido sin cesar por nubes de proyectiles.

Las mujeres y los niños, asustados, se lanzaron fuera de las tiendas dando desesperados alaridos, y cayeron docenas.

Los guerreros agrupados en torno de Nube Roja y Minnehaha resistían ferozmente quemando sus cartuchos.

Pero las *Gattling* no tardaron mucho en dar cuenta de ellos. Los pieles rojas caían a montones en unión de sus familias que los americanos, según costumbre, sacrificaban sin compasión.

Durante media hora aquellos desgraciados se agitaron en medio de un verdadero huracán de fuego.

Los heridos continuaban ayudando a los que aún podían luchar de pie.

Su furor era verdaderamente espantoso. Combatían como si dentro tuviesen verdaderos demonios que les hiciesen multiplicarse.

Poco a poco, sin embargo, y a pesar de tan desesperada lucha fueron muriendo.

¿Habría llegado para ellos el último momento?

Nube Roja dirigió una mirada a los suyos y comprendió que toda resistencia era inútil.

Todas las mujeres y todos los niños cayeron en unión de doscientos diez guerreros.

Quedaba aún en pie un grupo formado por Nube Roja, Minnehaha y unas pocas docenas de combatientes en su

mayor parte heridos.

—¡A caballo! —gritó el viejo Cuervo dominando con su voz potente el tableteo de las ametralladoras.

Después volviéndose a Minnehaha que continuaba haciendo fuego con su pequeño *winchester* con maravillosa calma, y sin apresurarse, la dijo:

—¿Quieres seguirme?

—Sí padre —respondió la *sakem*.

Detrás de las tiendas altísimas en que ondeaban al viento los tótem de la tribu, todos acribillados de balazos, había algunas docenas de *mustangs*.

Otros muchos relinchaban y se agitaban desesperadamente disparando coces a los combatientes caídos a su alcance.

Nube Roja, Minnehaha y sesenta y tres guerreros que eran todos los que quedaban aún, se lanzaron sobre los caballos formando rápidamente dos filas y partieron a galope tendido a través del campamento.

La caballería americana continuaba su carrera circular siempre disparando y gritando.

Nube Roja que dirigía la carga empuñando el *tomahawk* penetró a través del regimiento que se encontraba muy disperso a causa de la gran extensión del campo.

—¡Saquen, sables! —gritó el coronel Whiteside.

Ya era tarde. Las dos columnas indias habían roto a golpes de hacha el círculo de hierro que les envolvía.

Bastantes guerreros cayeron en el esfuerzo pero la mayoría, con Nube Roja y Minnehaha habían logrado su objeto y se alejaban a la carrera.

Como sus *mustangs*, estaban descansados, al paso que los de los americanos se encontraban agotados completamente, en pocos minutos se pusieron los indios fuera del alcance de las armas de fuego y de la persecución.

Cinco minutos después, los últimos *Selvas Ardientes* desaparecían hacia Septentrión en medio de un torbellino de nieve.

CAPÍTULO XV. DANDO CAZA A LOS FUGITIVOS

—¡Cuerpo de trescientos cuernos de bisonte! ¿Les habrán matado a todos las malditas ametralladoras que no diferencias amigos de enemigos? ¡Milord, abrid bien los ojos!

—Yo mirar y no ver vuestros amigos bandidos.

—Pues póngase unos anteojos.

—Yo no tenerles.

—¡Ah!... ¡Es verdad! Os los habrán quitado los sioux para encender el fuego sagrado alrededor del arca del primer hombre. ¡Pobre milord!

Sandy-Hook avanzaba a través del campamento cubierto de cadáveres todavía calientes guiando al inglés y a una docena de jinetes.

Examinaba uno a uno los cadáveres que las Gattling habían agujereado de modo horrible y como siempre juraba y blasfemaba.

—Mujeres, niños ¡qué carnicería! Estos americanos tienen la mano demasiado dura ¡cuerpo de mil búfalos! Yo soy un bandido y hubiera sido menos cruel. Milord ¿no veis nada?

—¡Yo no encontrar vuestros amigos bandidos!

Ya llevaba Sandy-Hook examinados más de cien cadáveres, cuando de pronto dio un gran grito.

—¡Allí están! Cuerpo de... ¡Ya era tiempo!...

De improviso ante una vieja tienda habían aparecido el *indian-agent* y sus tres compañeros que milagrosamente habían escapado a aquella lluvia de fuego, gracias a su precaución de arrojar a tierra y taparse con las pieles de bison.

Las balas de las *Gattling* lanzadas a la altura de la mitad de un hombre, les habían respetado.

El bandido saltó por encima de un montón de mujeres que habían caído con sus hijos entre los brazos y se precipitó hacia el *indian-agent* quien a su vez se adelantaba solícito a su encuentro tendiéndole la diestra.

—¡Soy verdaderamente feliz por haberos salvado!...—gritó Sandy—. Si los americanos llegan a venir tarde, nunca me hubiera consolado.

—Gracias —dijo John con un vigoroso apretón de manos—. A usted debemos nuestras vidas.

Enseguida avanzaron con la mano tendida, el señor Devandel y los dos corredores.

Cuando el bandido estrechó la del hijo del coronel se pintó en su rostro una expresión de asombro.

—¿También usted, capitán? —preguntó con voz alterada.

—Sí. Sandy-Hook, podéis estrecharla. Habéis merecido esta recompensa.

—¿Yo?... ¿Un bandido?

—No le sois ya. Yo os proclamo como hombre de corazón lleno de valor.

Los ojos del salteador de correos y de trenes de California, se humedecieron acaso por primera vez en su vida.

—Gracias, capitán —dijo estrechando su diestra.

—Gracias a usted.

—¿Por lo poco que he hecho?

—Habéis salvado la vida de cuatro hombres.

—Pero Minnehaha ha escapado con aquel perro de Nube Roja. ¡Que suerte han tenido siempre esos dos condenados! ¿Pero supongo que no terminará todo aquí? ¡Cuerno de búfalo! De ellos dependen mis diez mil dollars y el indulto.

—¿No queréis dejarla?

—La daré caza aunque tuviera que correr hasta las alias tierras heladas. También yo quiero volver a ver mi Marylandia, aunque ya haya muerto mi madre.

—Tendrá usted un compañero.

—¿Quién?

—Yo —contestó John—. Usted, corre detrás de esos diez mil dollars y de su indulto y yo corro detrás de mi cabellera. Quiero que cuando muera estén cerca de mí, mis cabellos aunque nuestro Dios nos admita sin cabellera.

—Entonces seremos tres porque remolcaré detrás al inglés que está hoy más enamorado que nunca de Minnehaha.

—¿Tres? —dijo el capitán Devandel—. Seremos cuatro porque yo también le acompañaré.

—Seis, señores, porque también iremos nosotros ¿no es así Jorge?

—Siempre —contestó el segundo corredor. Cuando se trata de galopar a la ventura, con más o menos probabilidades de dejar la piel entre las garras de un oso o las tripas en los cuernos de un bisonte enamorado, o entre las manos de los gusanos rojos, allí estoy yo.

Los corredores de las praderas no tienen cama y su destino no es por tanto morir sobre un colchón.

—Bien dicho joven —dijo el bandido—. ¿Cuántos indios habrán conseguido romper la línea de la caballería?

—Serían unos sesenta —respondió el *indian-agent*—, pero algunos han caído al cargar y otros van indudablemente, heridos.

—De todos modos son muchos pero yo, con hombres resueltos como ustedes, no desconfío de alcanzar mi indulto.

—Ni yo mi cabellera —añadió John.

Volvieron a atravesar el campamento empapado en sangre y cubierto de cadáveres de hombres, mujeres, niños y caballos y llegaron a donde se hallaba el general Farsythe, quien al parecer estaba bastante preocupado por el estrago efectuado, comprendiendo que no solamente no se había ganado un ascenso sino que se exponía a una destitución.

El bandido presentó a los cuatro exprisioneros. Al oír el nombre del capitán Devandel, se estremeció.

—El hijo de un valiente —dijo—. Conocí a vuestro padre cuando combatía en las fronteras mejicanas. No sé si este combate me acarrearé la suerte, porque en el ardor del ataque mis soldados no han dado cuartel a mujeres ni niños, y aún me felicito por haber llegado a tiempo para arrancaros al poste de la tortura.

—Una hora de retraso, mi general —respondió el capitán—, y Minnehaha se hubiera vengado de nosotros atrocemente.

—Aquella mujer es una pantera, digna hija de su madre —respondió el general—. Lástima que se me haya escapado en unión de esa vieja piel que se llama Nube Roja. Ahora mi misión ha concluido, y volveremos a las bajas praderas.

—¿Y todos estos muertos?

El general se encogió de hombros y luego dijo:

—En la pradera alta los lobos son numerosos. Dentro de un par de días no se encontrarán siquiera los huesos de estos guerreros. Los halcones y las águilas de cabeza blanca empiezan ya a venir. Venga usted con nosotros, capitán.

—No general —respondió el señor Devandel—. Regálenos usted cuatro *mustangs* y otras tantas carabinas, municiones suficientes, y déjenos usted marchar.

—¿A dónde?

—Tenemos unas cuentas antiguas que ajustar con Minnehaha y Nube Roja y nos encontramos aquí precisamente por ese motivo.

—¿Quieren ustedes dar caza a esos bribones?

—Les seguiríamos hasta la Groenlandia si llegaran a superar las islas del Océano Ártico.

—¿La madre de Minnehaha, arrancó la cabellera a vuestro padre, no es cierto?

—Sí, general.

—¿Se trata de una venganza?

—Acaso sencillamente de reconquistar una cabellera.

—¿La del coronel?

Profunda tristeza se extendió por el semblante del capitán.

—No sé dónde iría a parar. Acaso quedara entre las arenas del Sand-Creek cuando el coronel Chivington destruyó a los jefes más valientes de los sioux y de los Cheyenes.

—Con sus mujeres e hijos —respondió el general con cierta ansiedad—. Fue por ello degradado; acaso me toque a mí la misma suerte.

Estas guerras con los indios son terribles y no siempre se puede contener a los hombres, ya demasiado exasperados, cuando la suerte les favorece.

—Lo sé.

—¿Quieren ustedes cuatro caballos, armas, municiones y vivires? Dentro de cinco minutos tendrán todo ello. Adiós, capitán, y mucha suerte.

Se estrecharon las manos, separándose. El general tenía prisa por reunir sus hombres y regresar a las bajas praderas.

Con puntualidad cronométrica, a los pocos minutos, unos cuantos soldados conducían a los corredores, cuatro *mustangs* vigorosos, escogidos entre los mejores librados de la matanza y completamente equipados.

Llevaban silla con estribos, fundas con revólveres Colt, carabinas suspendidas del arzón, y saquetes con municiones y víveres.

El 7.º regimiento bastante diezmado y privado de su comandante, desfiló ante los seis valientes que se disponían a dar caza a los últimos *Selvas Ardientes*, saludándoles militarmente. Pocos minutos después desaparecía hacía el Oeste a galope corto.

Sandy-Hook, apoyado en su carabina y erguido al costado de un magnífico *mustang*, negro, seguía a los soldados con la mirada.

—Si se dirigieran a mi Marylandia les hubiera seguido con gusto —dijo suspirando hondamente—. Mi indulto, va suspendido de la punta de los cabellos de Minnehaha.

Después de un breve silencio, añadió mirando a John:

—La noche se aproxima, pero no considero prudente pasarla aquí entre estos muertos. En cuanto las tinieblas se extiendan, los lobos atraídos por el olor de la sangre, llegarán a batallones y se encarnizarán hasta con los vivos. Busquemos en las tiendas seis pieles de bisonte y vamos a acampar a otro sitio. ¿Qué decís *mister*?

—Que habláis como un libro —respondió el *indian-agent*—. Además Minnehaha y Nube Roja, podrían volver con sus guerreros y hasta que no sepamos cuántos han escapado de la matanza, no nos conviene atacarles.

—Además, ahora están muy enfurecidos —añadió el señor Devandel—. Dejémosles que se calmen.

—Eso es hablar como un libro de oro —dijo el bandido—. Cada cual que se busque una piel de bisonte, y filemos también nosotros hacia Septentrión.

Yo nunca he logrado ponerme de acuerdo con los lobos.

El sol desaparecía rápidamente, tiñendo de rojo violáceo la nevada llanura y las tinieblas comenzaban a extenderse.

En lontananza se oían ya algunos aullidos.

Los lobos se llamaban para tomar parte en el gigantesco banquete.

Los seis corredores —ya podemos llamarles así—, arrollaron las pieles que con facilidad habían encontrado, y enseguida montaron a caballo.

Ya los *mustangs* empezaban a impacientarse oyendo los aullidos de los lobos.

Sandy-Hook y él *indian-agent* examinaron las huellas dejadas por los últimos Selvas Ardientes, que eran muy visibles por

no haberse aún helado la nieve y enseguida dieron la señal de partida.

El viento, muy frío, comenzaba a soplar sobre las altas praderas, deshaciendo la cándida sábana que al salir la luna, se cubría de reflejos argénteos.

Durante más de una hora los seis jinetes galoparon siguiendo el rastro de Minnehaha y Nube Roja y habiendo encontrado una pequeña mancha de pinos negros del Canadá se detuvieron para acampar.

Desde aquel sitio podían ver a los indios si se hubieran, decidido a volver al abandonado campamento para tomar algo lo necesario que allí habían dejado.

Amarraron los *mustangs* extendiendo sobre la nieve las pieles de bisonte y después de una cena frugal se envolvieron en sus gruesos abrigos de lana, sirviéndoles las sillas de los caballos de almohadas.

Harry debía hacer el primer cuarto y se guardó bien de dejarse vencer por el dulce deseo de descabezar un sueño, a pesar de que por prudencia no habían encendido fuego.

Los lobos parecían haberse desencadenado. Largas filas que llegaban de varias direcciones pasaban galopando desenfrenadamente sobre la helada llanura.

Aullaban con la suficiente fuerza para impedir a los acampados cerrar los ojos ni un solo momento.

Ya Sandy-Hook había renunciado a aprovechar su cuarto de descanso y había encendido la pipa.

Únicamente el inglés roncaba como un fuelle, soñando acaso con los ojos fantásticos de Minnehaha.

Y los lobos continuaban pasando en manadas numerosísimas con una violencia espantosa como si fueran empujados por un

huracán.

En la noche límpida y serena, alumbrada por la luna que resplandecía en una soberbia soledad, los feroces aullidos resonaban lúgubrementemente.

—Corrían desesperados en busca de su cena.

—*Mister Harry* —preguntó de improviso *Sandy-Hook* recargando la pipa—. ¿Cuántos habrán pasado?

—¿Quién podría decirlo? Quinientos, o acaso mil —respondió el corredor.

—Buen negocio hubiéramos hecho, de continuar en el campamento indio.

Ya no quedarían de nosotros ni las suelas de los zapatos.

—Lo creo.

—Mañana no quedarán allí ni las tiendas. ¡Buena ocasión para que *Minnehaha* y *Nube Roja* volvieran!

—¿Dónde iría a parar la cabellera de aquella jaguara?

—Es verdad, *mister Harry*. Con seguridad iría a parar a la boca de esos salteadores de cuatro patas.

No parece creíble, pero devoran lo mismo que la carne, las ropas y el cuero sin estropearse la dentadura.

—Así es efectivamente, *Sandy*.

En aquel momento una manada de una cincuentena de lobos penetró en la arboleda y se detuvo un momento ante los acampados, aullando ferozmente.

Harry y *Sandy-Hook* temiendo un ataque, se pusieron de pie descargando sus *rifles*.

El *indian-agent* y Jorge que ya no dormían, se desembozaron de sus cobertores y también hicieron una descarga.

Los lobos que por instinto, comprendían que tenían un banquete más adelante, sin comprometerse a una lucha, huyeron a la carrera con el rabo entre piernas.

Lord Wylmore continuaba roncando.

—Esta noche no debemos dormir —dijo el *indian-agent*—. Mejor será hacer funcionar las pipas, ya que los yankees nos han provisto de tabaco abundantemente.

—Y abrir los ojos —contestó el bandido.

—¿Por qué Sandy? —preguntó el viejo corredor.

—No sé, pero estoy casi seguro de que Nube Roja, Minnehaha y sus últimos guerreros intentarán encontrarnos.

—¿Es usted adivino?

—Soy un bandido que siempre ha olfateado de lejos al enemigo.

—Querréis decir a los correos californianos.

—Como queráis, *mister John* —respondió Sandy-Hook con una sonrisa—. Pero oigo alguna cosa.

—Yo sólo oigo los aullidos de los lobos.

—Esperad; no tengáis tanta prisa, *mister John*.

—Si vuelven no seáis imprudente. Verdad es que diez mil dollars bien merecen algún disparo, pero después de todo ¿estáis seguro de que les cobraríais?

—Ya lo veremos, pero os prometo ser prudentísimo. No quiero exponeros a otros peligros y a otras...

Se interrumpió levantándose bruscamente, desenvolviéndose de la manta y aferrando el rifle.

—¿No oís nada, mister John? ¿Y usted, Harry?

Los dos corredores aguzaron el oído y después se miraron uno a otro.

—Sí; oigo algo, dijo el *indian-agent*.

—Y yo también —contestó Harry.

Ya no se oía a los lobos aullar. Debían haber llegado al campamento y seguramente estaban entretenidos con los cadáveres.

Pero el viento del Septentrión traía un rumor que llegaba de muy lejos.

Eran caballos galopando sobre la nieve helada. Los tres hombres se convencieron de ello.

—Atención Jorge —dijo Harry— y despierta a ese dormilón que ronca como un perro de las praderas.

—Dejadle —dijo John—. *Milord* nos servirá de estorbo más que de utilidad en este momento.

También el señor Devandel se había levantado al oír hablar. Jorge ya le había precedido.

El rumor aumentaba convirtiéndose en verdadero fragor. Muchos caballos galopaban en grupo cerrado.

—Vienen —dijo Sandy-Hook— mi oído de bandido no me había engañado. Pero se encontrarán con los lobos y volverán atrás más que de prisa. ¡Qué orgía deben tener en el campamento aquellos condenados! Estarán hartos hasta reventar.

Una línea oscura se adelantaba velozmente sobre la blanca

llanura iluminada por la luna.

Eran hombres a caballo.

—Mister John —preguntó el bandido, que apretaba ferozmente su carabina—. ¿Cuántos suponéis que son esos guerreros?

—Lo menos cuarenta —contestó el *indian-agent*.

—Son demasiados para intentar atacarles.

—Así lo creo.

—¿Cuándo caerán en nuestras manos?

—No tengáis prisa Sandy-Hook. Hay que esperar a que se presente la ocasión.

—Son difíciles de ganar mis diez mil dollars.

—Y más difícil será vuestro indulto.

—Tendré unos y otro. ¡Cuerpo de diez mil bisontes despanzurrados!... Minnehaha me hará correr, ya lo sé, pero ya la encontraré en cualquier rincón de América. ¡Quiero volver a mi Marylandia, aunque tenga que afrontar cien mil peligros!

—Nosotros estamos dispuestos a ayudaros.

—¡Gracias! ¡Aquí llegan!...

Un grupo de jinetes se aproximaba en una desenfrenada carrera, animando con gritos a sus *mustangs*.

John, no se había equivocado.

Serían como unos cuarenta, todos indios. Minnehaha y Nube Roja debían formar parte de aquella furiosa cabalgata que volvía de nuevo al campamento devastado por las

ametralladoras americanas.

—¡Cuántos todavía! —exclamó apretando los puños—. No les creía tan fuertes.

—Mister John ¿qué hacemos? Podríamos diezmarles.

—No —respondió el *indian-agent* con voz casi imperiosa—. Somos seis solamente y al menos por ahora, no nos conviene empeñarnos a fondo.

Dejémosles correr.

—¿Y vuestra cabellera?

—La recuperaré más adelante.

—¿En unión de la de Nube Roja?

—Ya veremos. Dejad en paz el fusil y haced funcionar la pipa.

CAPÍTULO XVI. A TRAVÉS DE NEBRASKA

El rumor del galope se fue apagando en lontananza, hacia el río del Lobo, y únicamente el helado viento del Norte silbaba y mugía entre las esqueléticas ramas de los arces.

Los corredores volvieron a envolverse en sus mantas y se extendieron sobre las pieles de bisonte, bastante gruesas para defenderles de la humedad.

Las pipas funcionaban excepto la del inglés. El monomaniaco no había cesado de roncar como si se encontrara en un blando lecho de su palacio de Escocia o del condado de Gales.

Al cabo de una media hora se oyeron de improviso; algunos tiros.

—Minnehaha y Nube Roja están empeñados con los lobos —dijo Sandy-Hook—. No durará mucho el combate y dentro de poco, les veremos regresar a galope tendido. ¡Si siquiera esos animaluchos, se comieran a unos cuantos guerreros de la escolta!... Sería una verdadera suerte para nosotros.

—Pide usted demasiado —dijo John—. No seáis ambicioso.

—Si volvieran reducidos a quince o veinte se podría intentar un ataque a tiros de rifle y de Colt.

—¡Hum! ¡Hum!...

—¿Tiene usted miedo a los gusanos rojos, mister John? —preguntó el bandido—. ¿Es acaso porque le arrancaron la cabellera?

—También ellos tienen fusiles y hachas de guerra y no son cobardes. Yo que he pasado mi vida en las praderas puedo

decir algo de ello.

—No digo que no se batan valientemente. No son muy hábiles en el tiro, pero cuando cargan con sus malditas hachas en la mano, no les detiene ni el fuego de las ametralladoras.

—Recientemente lo liemos visto.

—Callad, *mister*.

Los disparos habían cesado. Pero se oía extenderse por la llanura, un rumor acompañado de alaridos espantosos.

—Son ellos que vuelven —dijo el bandido.

—Perseguidos por los lobos —añadió el señor Devandel—. Sin embargo, esos antipáticos animales, tenían carne de sobra a su disposición.

—Pero prefiere la viva a la muerta —dijo Sandy-Hook—. Aunque no creo que saquen mucho de la persecución. Los indios saben mandar sus caballos demasiado bien y no se dejarán alcanzar. ¡Todavía fuego! Allí abajo se lucha y encarnizadamente al parecer.

Los *winchesters* de los pieles rojas, tronaban furiosamente, señal evidente de que los lobos no satisfechos con el monumental banquete de los muertos, se habían lanzado tras de los vivos.

Pero las descargas no duraron mucho tiempo. Algunos minutos después, la cuadrilla india pasaba gran galope, a unos trescientos pasos de la mancha de arces, remontándose hacia el Septentrión.

Sandy-Hook con su agudísima vista, percibió a Nube Roja y Minnehaha, y en el acto levantó su *rifle* apuntando, pero el *indian-agent* que le observaba atentamente, estuvo pronto en echarle abajo el cañón, diciéndole:

—No; todavía no.

—¿Entonces, cuando podremos cogerles? —preguntó el bandido en cuyos ojos brillaba una llama siniestra.

—Todo llegará a su tiempo.

—Yo no he tenido mucha paciencia.

—Pues en las praderas, altas o bajas, es necesario tenerla. Aquí no estamos sobre la pista de los correos de California.

—Es verdad allí se operaba mejor y el golpe era casi seguro.

—¿Y cuántos habéis matado, de aquellos desgraciados que viajaban entre San Francisco y Sacramento?

—¿Yo?...—dijo el bandido, con entonación de hombre ofendido—. ¡Cómo! Yo pedía a los viajeros, sombrero en mano, que me entregasen sus carteras y sus anillos, pero sin tocarles ni aún el pelo. Sandy-Hook era un bandido caballeresco. Al indio que quería arrancarme la cabellera le enviaba a cazar a las praderas celestiales, pero los indios no entran en cuenta.

El *indian-agent* fumó con más fuerza y se encogió de hombros. No se fiaba del humanitarismo del célebre bandido que había sido el terror de las fronteras del Far-West.

Cuando el sol apareció, los cinco corredores despertaron a *milord* que no había cesado de roncar en toda la noche.

Apenas estuvo en pie el inglés, se volvió al bandido.

—Mi té y después mi lección de boxe.

—No tenemos tiempo que malgastar en vuestros caprichos —dijo John.

—¿Quiere usted decir...?

—Que si nos fastidia usted, le haremos comer por los lobos, señor pesado.

—Yo querer mi lección, yo pagar.

—Id a sembrar vuestras esterlinas a las orillas del río del Lobo.

—Yo querer ahora lección de usted.

El señor Devandel y Harry que comenzaban a perder la paciencia, se arrojaron sobre el loco y le aturdieron con una granizada de puñetazos.

Lord Wylmore intentó hacer frente a aquella descarga de *fisk-shoe* que le caía en pleno pecho, pero cayó en medio de la nieve, alargando los brazos, y diciendo:

—¡Aho!... ¡Buena lección!

Sandy-Hook que no se había movido, sonreía contentísimo de ver tan maltrecho al eterno pugilista.

—¿No tiene usted bastante, *milord*? —preguntó Harry preparándose para descargar nuevamente una tempestad de golpes, aunque fuesen dados fuera de las reglas del boxeo.

El inglés aspiró una gran bocanada de aire, se pasó las manos por el peto bien ablandado, y después respondió:

—Yes. Bastante lección ahoya.

—¿Queréis continuarla?

—No, no.

—Entonces póngase de pie y montad sobre vuestro caballo, *milord* —dijo Sandy-Hook—. No tenemos tiempo que perder por vuestros caprichos y hay que pensar en que cada hora que pasa, Minnehaha se aleja más de nosotros.

—Yo no querer perder bella india.

—Entonces ia caballo!

—¿Y mi té?

—No estamos ahora en nuestra cabaña y os veréis obligado a echarle de menos, de ahora en adelante.

—Yo pagar esterlinas.

—Entonces llame usted a la camarera de las praderas, pero tened cuidado porque aquí tienen cuatro patas y dientes de acero.

—¡Aho!... ¿Lobos?

—Sí; de los lobos hablo.

—Antipáticos bichos. Para esos no tener yo esterlinas.

—Entonces, a caballo.

Los seis hombres arrollaron las pieles de bisonte, sujetándolas fuertemente y enseguida montaron.

—¿Seguimos el rastro, siempre? —preguntó Sandy-Hook al indian-agent.

El bandido se puso a la cabeza del pelotón y no tardó en hallar el rastro de los indios, que se conocía perfectamente sobre la nieve.

—Van corriendo —murmuró— pero les alcanzaremos antes de que atraviesen el Dakota y penetren en el Dominio inglés.

—¡Hop!... ¡Hop!... ¡Adelante!...

Los seis caballos, ya descansados se lanzaron a galope, levantando con sus robustos cascos una espesa nube de nieve.

Ante los aventureros se extendía la gran llanura siempre uniforme y siempre cubierta de una espesa sábana de nieve que el frío viento del Septentrión mantenía endurecida.

Únicamente, de vez en cuando, pero separados por largas distancias grupos, de abetos, abedules, y arces, rompían la monotonía de los Sand-Hills, como se llama el alto Nebraska.

Lobos, ninguno, Bien satisfechos se habían retirado a sus guaridas y por algunas semanas podan ayunar.

Únicamente, se dejaba ver algún coyote que al verles escapaba tímidamente, con gran apresuramiento, agitando desesperadamente su encrespada cola.

Hacia el medio día los seis jinetes que no habían abandonado el rastro de Minnehaha y de Nube Roja, se detenían ante algunos montones de cenizas.

Sandy-Hook se apeó de su *mustang*, tomó un pedazo de leña medio encendido y se puso a escarbar con él los montones.

De uno de ellos salieron algunas chispas.

—¿Qué dice usted a esto, mister John? —preguntó al *indian-agent*.

—Que los pieles rojas tienen sobre nosotros una ventaja de tres o cuatro horas a lo más —contestó John.

—¿Alcanzaremos a esos perros?

—Ya os he dicho que no tengáis prisa. Hay que aprovechar una ocasión.

Únicamente les cogeremos en alguna emboscada, si está hábilmente preparada.

—¿Tendremos tiempo?

—Tienen que seguir todo el Dakota antes de llegar a las fronteras del Dominio inglés. Hay que esperar y no será ni hoy ni mañana, cuando les cojamos.

—Ya lo sé.

—Entonces, comamos.

Aún había algunas ramas resinosas alrededor de los montones de cenizas.

Jorge y Harry encendieron el fuego, echaron nieve dentro de una cacerola de cobre y cuando el agua rompió a hervir, pusieron en ella algunas cucharadas de *pemmican*, o sea carne seca pulverizada y mezclada con grasa fundida, dejándola después endurecer.

El que hizo más honor a la comida, fue el inglés, acaso para reponerse de los puñetazos recibidos por la mañana del señor Devandel y de Harry.

A. las dos reanudaban la marcha, siguiendo sobre la pista de los fugitivos.

La noche les sorprendió en las inmediaciones del río Snabe, afluente del Stubrara, rico en bosques a todo lo largo de su curso.

Allí también habían hecho un alto los indios, y luego habían seguido acampando seguramente en algún sitio no muy lejano.

También aquella noche una sopa de *pemmican* substituyó a la cena, lo cual hizo gruñir mucho al inglés, acostumbrado a los bistecs chorreando sangre, y también algo a Jorge, que como verdadero corredor, gustaba más de las salchichas de las praderas hechas con carne de giba de bisonte y grasa de los mismos.

—Silencio, murmuradores —dijo Sandy-Hook—, estas llanuras sin límite, no invadidas aún por los cazadores de piel blanca,

son muy ricas en caza.

Los grandes alces, los mooses y hasta los bisontes trashumantes, de piel casi blanca no faltan en estos territorios. Mañana espero que nos regalemos con bistecs.

—¿De bisonte? —preguntó lord Wylmore.

—También.

—¿Hay aquí esos animales?

—Se encuentran aún fuera de las épocas de emigración.

—Yo amar siempre los bisontes.

—Creía que vuestra *bisontitis aguda, milord* —dijo el *indian-agent*— se hubiese curado, después de tanto tiempo.

El inglés le miró, casi enojado y luego contestó con aire despreciativo:

—*Lord inglés* nunca haber hablado con bandidos.

—Pero cuando en la baja pradera, arriesgamos nuestra vida por salvarle la cabellera, no hablaba usted así —respondió John, molesto— ¿no os acordáis?

El inglés se encogió de hombros y no contestó. Parecía como que hubiese olvidado todas las terribles peripecias pasadas junto a las fronteras del Far-West y que ya hemos narrado.

—¡Que el diablo os lleve!...—murmuró el *indian-agent*.

Después mirando a Sandy-Hook que sonreía irónicamente, le preguntó:

—¿Pero cómo ha podido usted llevar a su lado tanto tiempo a esta sanguijuela? Yo le hubiera dejado devorar por algún oso gris.

—Las gallinas que ponen huevos llenos de esterlinas, no se matan —contestó el bandido—. Con ese hombre, he ganado una verdadera fortuna a fuerza de darle golpes.

—¿No nos molestará?

—De ningún modo. Yo me encargo de domarle, y además en los momentos crítico se bale bien y no fallan sus tiros.

En los actuales momentos un rifle más vale cien y aún doscientas esterlinas.

—Acaso tenga usted razón. ¿A quién toca el primer cuarto?

—A mí —dijo Jorge en unión de *milord*.

—Buena compañía —dijo Harry—. Se divertirán ustedes mucho.

La luna salía entonces, John y sus compañeros, como la noche anterior extendieron las pieles de bison y se envolvieron en las gruesas mantas, con los rifles y Colts al alcance de la mano.

Aquella noche no encendieron fuego a pesar de no faltar la leña, porque los indios podían volver y no era prudente indicarles un campamento que dada su sagacidad, casi podrían descubrir sin esas señales.

Minnehaha y Nube Roja eran adversarios demasiado peligrosos y desconfiados para que no sospechasen que eran perseguidos, por lo menos por el *indian-agent*.

Jorge encendió su pipa y se puso a fumar. El inglés a tres pasos de distancia tarareaba una vieja romanza de su país.

Silencio inmenso reinaba sobre la ilimitada llanura; hasta los lobos callaban aquella noche.

Ya habían comido bastante carne la noche anterior y podían permanecer tranquilos en sus cuevas haciendo la digestión.

En el campamento indio no debían haber quedado más que esqueletos bien limpios, de caballos, de mujeres, de niños y hasta de soldados americanos.

Ya había transcurrido el primer cuarto de guardia cuando el inglés interrumpió bruscamente la cantata que hacía dos horas repetía con una monotonía aplastante, y dijo a Jorge.

—*Mister Brigante ¿no ve usted nada?*

—¿Qué? —preguntó el corredor que también hacía algunos minutos observaba con atención los movimientos de cinco formas oscuras que se destacaban vivamente sobre la nieve iluminada por la luna.

—Animales venir.

—¿Estáis bien seguro, *milord*?

—Yo ver.

—¿Y si en vez de animales fuesen los gusanos rojos?

—¿*Minnehaha*?

—Aquella astuta, *milord*, no se habrá vuelto tan tonta de repente, que se vuelva atrás.

—¿Jinetes indios?

—Seguramente *milord*.

—¿Cinco?

—Sí cinco. Todavía tenéis buena vista.

—Aunque haber quitado a mí los anteojos.

—Pues no les debéis echar de menos.

De pronto Jorge se levantó y después de interrogar con

ansiedad el horizonte se puso a escuchar.

—¿No oís, *milord*? —preguntó.

—Lobos aullar.

—No lobos, sino perros.

—¿Perros aquí? ¿Qué hacen en esto sitio estos valientes animales?

—Eso querría yo saber.

Despertemos a los compañeros.

Un momento después los otros cuatro guerreros estaban en pie con las carabinas en la mano. Pronto vieron también las cinco formas grises que se movían a menos de medio kilómetro de distancia, siguiendo los pequeños grupos de abedules, y habían oído los ladridos.

—Esos son perros canadienses —dijo el *indian-agent*—. Algún trineo se aproxima. La llanura está muy helada, y se presta bien para esos pequeños y rápidos vehículos.

—Pero ¿dónde está? —preguntó *Sandy-Hook*—. Los cinco indios, porque sin duda son jinetes rojos, si les veo perfectamente.

—Debe estar lejos todavía —respondió *John*.

—Si son perros debe haber un hombre que les guíe —dijo el señor *Devandel*.

—Seguramente.

—¿Y vamos a dejarle escarpelar por esos tunantes?

—¡Oh, no...! —respondió con resolución *Sandy-Hook*—. Esos jinetes deben ser *Selvas Ardientes* destacados para dar caza al desgraciado que corre con sus perros, para añadir una

cabellera más al atavío de Minnehaha. Cinco de menos son ya cosa apreciable entre cuarenta, y no les debemos dejar que vuelvan al Norte. ¿Qué dice usted a esto, mister John?

—Palabras de oro —contestó el *indian-agent*.

—¿También usted cree que esos jinetes sean Selvas Ardientes?

—Estoy más que convencido de ello, aunque también en el Dakota se encuentran pequeñas fracciones de *sioux* pero no tan inertes que se atrevan a atacar a un hombre blanco después de los últimos acontecimientos.

—¿Y será un blanco el que guía los perros?

Los indios de estas regiones no emplean más que *mustangs* y no conocen los trineos. El que viene de camino debe ser un canadiense.

—Entonces ¡a caballo, señores!...—gritó el bandido—. Las escaramuzas favorecen al más fuerte, y aquí somos seis y no tenemos nada que desear como tiradores...

CAPÍTULO XVII. EL CONDUCTOR DE FÉRETROS

Los ladridos de los perros se oían cada momento más claramente gracias a la atmósfera completamente tranquila por haber parado el viento, pero el trineo no se dejaba ver todavía.

Como la vasta llanura estaba interrumpida de trecho en trecho por grupos o manchas de pinos del Canadá y de abedules, no era posible abarcar de una sola mirada, una gran extensión.

Pero los indios sí debían haberle visto porque continuaban la silenciosa maniobra pasando, al parecer con gran precaución de una a otra mancha.

—Si pudiésemos sorprenderles de improvisto con una descarga que les hiciera rodar por tierra —dijo Sandy-Hook al *indian-agent* que cabalgaba a su lado—. Para tiradores casi infalibles como nosotros somos, eso no sería más que un juego.

—Los indios no se dejan sorprender por otros jinetes —dijo John—. Tiernos sido unos verdaderos tontos al montar a caballo.

—Entonces ¿qué hacer?

—Mas fácil nos sería acercarnos a la rastra, aprovechándonos de las pequeñas desigualdades del suelo.

—¡Oh!... ¡Mire usted Sandy-Hook! Aquí hay una colonia de perros cimarrones que se prestará divinamente para nuestro propósito.

—Ya lo veo. Esos montículos nos permitirán llegar a las manchas a que los indios están rodeando para sorprender al conductor del trineo. ¿Y los *mustangs*?

—¿Tiene usted confianza en *milord*?

—Como en mí mismo.

—¿No huirá?

—¡De ningún modo! ¿Cómo se va a separar de su maestro de boxe que le machaca todos los días para convertirlo en el más famoso pugilista de la Cámara de los Lores?

—¿Es un buen tirador de carabina?

—No puedo decir lo contrario. Vale tanto como un corredor.

—Así seremos cinco contra cinco y como los indios son malos tiradores, tendremos poco que perder cu el encuentro.

Allí hay un grupo de viejos arces. Encargue usted a *milord* que se oculte dentro para que cuide de nuestros *mustangs*, y prometedle que mañana tendremos una emocionante cacería de bisontes y le obedecerá ciegamente.

El bandido extendió los brazos y mostrando sus puños que parecían machos de fragua, respondió:

—Lo hará enseguida o probará mis músculos y hasta la robustez de los huesos.

Después alzando la voz mandó:

—¡Todos a tierra!

Agarró al inglés por los hombros y le empujó brutalmente hacia el bosquecillo, sin que el loco osase rebelarse, cambiando con él rápidas palabras.

—¡Adelante los *mustangs*!... —mandó el bandido—. Están bajo buena guardia.

Lord Wylmore se encarga de matar él sólo aunque sean cien indios si le quieren quitar los caballos.

—¡Perfectamente! —dijo el *indian-agent*.

Los cinco corredores se tiraron sobre la nieve y se pusieron a avanzar casi arrastrándose.

Los indios no estaban ya más que a quinientos pasos y parecía que no se hubiesen apercebido de la vecindad de sus peligrosos adversarios.

En tanto los ladridos de los perros se oían más claramente, de momento en momento.

De pronto al costado de una larga mancha apareció un grupo obscuro formado por varios individuos, ¿hombres o perros? Nadie hubiera podido decirlo.

—¿Qué dice usted *mister John*? —preguntó el bandido.

—Sostengo lo primero que he dicho: es un trineo canadiense tirado por perros.

—¿Montado por un solo hombre?

—No soy el buen Manítú de los pieles rojas para ser un adivino de tanta fuerza.

—Tiene usted razón —repuso el bandido sonriendo.

En gran número de montículos cubiertos de nieve, se extendía ante ellos ocultándoles a las miradas de los cinco indios.

Eran cabañas de los perros cimarrones, animales extraños e interesantes que vienen como las marmotas de las altas montañas de Europa, amando la reunión de sus congéneres,

en gran número y formando verdaderas repúblicas.

Cada familia tiene su cabaña, pero todas comunican entre sí de tal modo, que aquellos habitantes de las praderas, pueden cambiar largas visitas y celebrar rumorosas asambleas para discutir los asuntos de la colonia.

En verano y en primavera, cuando el hombre no se deja ver, pasan las jornadas sentados sobre sus patas como los osos, sin cansarse de llenar el espacio con unos pequeños gritos que no tienen nada de agradables. Pero en cuanto se presentan los primeros fríos, tapan los orificios de sus cañadas y no vuelven a dejarse ver hasta otra Primavera. Los indios dicen que en cada albergue subterráneo habita una familia acompañada siempre de un mochuelo y de una serpiente de cascabel. Pero estos venenosísimos reptiles, dotados de buen apetito, no tardarían en opinión nuestra, en destruir la colonia.

No se trata pues, más que de una leyenda india.

Los cinco corredores, aprovechándose de aquellos montículos numerosísimos, pues a veces cubren algunos centenares de metros cuadrados, no cesaban de avanzar, agachándose sobre la nieve, por fortuna helada.

Los indios no estaban ya más que a pocos centenares de pasos y se habían detenido detrás de una mancha para sorprender al misterioso conductor del trineo.

—Colóquese cada uno lo mejor que pueda —dijo el *indian-agent* dejándose caer detrás de un montículo y preparando la carabina—. Estamos a buena distancia y nos vuelven la espalda.

Apuntad con calma y si los supervivientes intentan echársenos encima, acribilladles con los Colts.

—Espero que no tendremos necesidad de los revólveres —dijo Sandy-Hook—. Por mi parte cuento como si tuviera ya

uno de esos granujas en el bolsillo, como si fuese un ánade salvaje.

—¿Están ustedes dispuestos?

—Sí —respondieron todos.

—Apuntad y... ¡fuego! El trineo está cerca.

Cinco disparos retumbaron mezclándose con los ladridos de los perros.

Tres jinetes salieron del arzón cayendo inertes sobre la nieve.

Los otros dos, escapados milagrosamente a aquella descarga que debía haber acabado de una vez con todo el pelotón, hicieron dar un gran salto a sus *mustangs* y partieron viento a tierra, seguidos por los otros tres corceles.

—¡Cuerpo de un trueno!...—exclamó Sandy-Hook—. ¿Qué negocio es este? Hemos dejado escapar a dos de esos bandidos.

—La cosa se explica fácilmente —respondió el *indian-agent*—. Alguno de esos indios habrá recibido más de una bala porque no podían elegir el hombre de nuestro blanco, agrupados como estaban los cinco.

—Soy un verdadero animal *mister John*.

—Siempre serán tres menos —dijo Harry—. Si continuamos así, pronto se quedarán sin guerreros *Minnehaha* y *Nube Roja*.

—¡Al trineo! —gritó el señor *Devandel*.

El vehículo se había detenido a algunos centenares de metros del sitio donde habían caído los indios, y un hombre cubierto con una fuerte pelleja como un esquimal saltó a tierra, empuñando dos revólveres.

—¡Eh, amigo! —gritó el *indian-agent* después de recargar

apresuradamente su rifle— podéis desarmaros y avanzar porque ningún peligro os amenaza, por ahora. Somos rostros pálidos; cazadores.

El desconocido volvió las armas a la cintura, saltó de su trineo que iba tirado por doce perros y se acercó a los corredores.

—Buenas noches, señores —dijo—. ¿Parece que les debo a ustedes la vida?

Era un hombre alrededor de los cincuenta años, muy barbudo, muy encarnado de semblante y de formas casi hercúleas.

Los corredores correspondieron al saludo.

—Sin nosotros, señor mío —dijo el *indian-agent*—, a estas horas vuestra cabellera se hallaría probablemente entre las manos de los *Selvas Ardientes*.

—Probablemente, pero no seguramente —respondió el Hércules barbudo—. Tendrían que haberse entendido antes con mis tres revólveres y con mi hacha.

Aunque las balas no vuelan, y no se sabe dónde van a parar.

—¿Y de dónde viene usted? —preguntó el señor Devandel.

—De las minas de Manitoba.

—¿Del otro lado de la frontera?

—Sí, señor.

—¿Y vais?

—A enterrar a uno. Mejor dicho a llevar un ataúd a Sisseton.

—¿Un ataúd decís?...—exclamó Sandy-Hook dirigiendo una mirada al trineo, sobre el cual se veía una masa alargada que tenía todas las apariencias de una caja de muertos.

—¿Se asombran ustedes?

—Ciertamente.

—Es un oficio como cualquier otro —contestó el conductor sonriendo.

—Los yankees son muy originales cuando tienen dinero para gastar, y en aquellas minas ganan mucho. Como los chinos, cuando mueren desean ser sepultados en su patria y yo me encargo de llevar los muertos a su pueblo o a su ciudad.

—¿Ganáis mucho? —preguntó John.

—Más que los mineros. Encuentran mucho oro en las orillas del lago, pero mueren en gran número y los transportes son más frecuentes de lo que os podéis figurar. Mirad, por el féretro que conduzco me han pagado cincuenta dollars. Verdad que el camino es largo y los peligros que hay que afrontar, no pueden contarse.

La noche pasada, los lobos olfateando acaso el muerto, me asaltaron y tuve que gastar más de cincuenta cartuchos, aunque no todos desperdiciados, puedo asegurarlo.

—Sois un valiente —dijo Sandy-Hook—, os admiro, pero no ejercería yo vuestro oficio.

El hombre barbudo, seguramente canadiense se encogió de hombros, miró al féretro cargado en él trineo con la misma indiferencia que cualquier enterrador y luego dijo:

—Yo gano bastante sin agotar mi vida en las minas y con eso me contento.

—Un poco selvático es el amigo —murmuró Harry—, pero sin embargo, ahora le hemos salvado de una muerte segura.

Después alzando la voz pregunto:

—¿Ha visto usted unos indios que se dirigían hacia el Norte?

—No he visto más que lobos —contestó casi brutalmente el vendedor de féretros.

—¿Vais a continuar? —preguntó el señor Devandel un poco molesto.

—Viajo más de noche que de día.

—Entonces, buen viaje.

—Buenas noches, señores.

—Se sentó sobre el ataúd que iba cubierto con una vieja piel de bison, empuñó la fusta de mango corto y larguísima carrera y lanzó un agudo silbido.

Los canes arrearon para adelante y el pequeño vehículo con su fúnebre cargamento desapareció internándose en el bosquecillo.

—Hermosa profesión —dijo Sandy-Hook— yo no la ejercería aunque me prometieran cien libras esterlinas por cada transporte. ¡Original tipo!...

—¿Volvemos a nuestros caballos? —preguntó Harry—. Aquí ya no tenemos nada que hacer ahora que se han marchado los indios, excepto los que quedan ahí tumbados.

—Vamos a ver qué hace nuestro inglés —dijo el *indian-agent*.

—Estará esperando a Sandy-Hook para celebrar una sesión de boxeo —dijo Jorge.

—¡Que todos los cuernos de bison que pasan por América se le lleven al Polo! —Dirigieron una última mirada a los tres indios que yacían sobre la nieve y empezaron su regreso. Volvía a nevar y el viento silbaba agudamente a través de las manchas, aullando de manera siniestra.

Los cinco hombres, resguardando los mecanismos de sus carabinas bajo los chaquetones, marchaban con rapidez por medio del campamento de los perros salvajes, llegando por fin a la mancha donde habían dejado al inglés.

Lord Wylmore fiel a la consigna, envuelto en su piel de bisonte, guardaba los caballos.

—¿Ustedes haber visto a Minnehaha? —preguntó en el acto a Sandy-Hook.

—Únicamente hemos visto a un muerto —contestó el bandido.

—¿Minnehaha muerta?

—No, cabalga ahora hacia el Norte.

—Yo amar bella india.

—Pues corred detrás, si os parece, porque nosotros vamos a acampar aquí hasta que amanezca.

—Yo no querer dejar Minnehaha.

—Sois dueño de irla a buscar y haceros devorar por los lobos —dijo el señor Devandel, perdida la paciencia.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando, no muy lejos, se oyeron espantosos aullidos, de disparos que parecían proceder de gruesos Colts.

—¡Asaltan al conductor de féretros!... —gritó el *indian-agent*, desembarazándose con rapidez del abrigo que ya se había echado sobre la espalda.

Sandy-Hook hizo una mueca y luego con su acostumbrada brusquedad, dijo:

—¿Y qué queréis que hagamos, mister John? ¿Volver a auxiliar a ese salvaje que no conoce la gratitud? Dejad que los lobos se les coman a él y a los perros y hasta al muerto.

—Somos corredores de las praderas —contestó con orgullo el *indian-agent*— Cuando un peligro amenaza a un hombre blanco, nosotros acudimos siempre en su defensa, aunque sea un bandido. ¿Quién me sigue?

—No hay que hablar de ello —respondió el señor Devandel—. Todos te seguiremos.

Y se lanzaron todos detrás, incluso el inglés y Sandy-Hook.

Los disparos se sucedían y los feroces aullidos de los lobos respondían con un clamor infernal, sofocando los aullidos de los perros.

El conductor de ataúdes se defendía desesperadamente, quemando los cartuchos de sus Colts con gran calma.

Aún huyendo tenía que procurar abatir el mayor número de adversarios.

Los seis hombres se habían puesto a correr sobre la blanca llanura helada ligeramente obscurecida por la niebla.

Pasadas las dos manchas, vieron un centenar o más, de grandes lobos grises que se amontonaban, luchando encarnizadamente como si se disputasen alguna cosa.

Ante ellos huía el trineo entre una granizada de balas que el conductor no cesaba de regalar a sus perseguidores.

—¡Fuego sobre esa canalla! —gritó el *indian-agent*.

Sonaron seis disparos formando casi una detonación.

Los lobos al verse asaltados por la espalda, se dispersaron a diestra y siniestra crujiendo los dientes, y entonces los seis aventureros vieron con sorpresa que aquellas, alimañas se ensañaban con el féretro que el conductor les había arrojado para salvar la piel suya y las de los perros.

—¡Ah!... ¡granuja!...—gritó Sandy-Hook viendo que el trineo continuaba huyendo—. Ya os había dicho, señores, que abandonásemos ese hombre a su destino. ¿Ven ustedes? Nosotros exponemos por segunda vez nuestra vida por salvar la suya y el villano huye dejándonos en el compromiso. ¡Cuerpo de un búfalo! ¡Dios quiera que no caiga en mis manos!

—Tendríais mil motivos para darle una lección —dijo el señor Devandel—, ¡es un canalla!

—Le lincharemos —dijo Harry.

—¡Atención! —gritó Jorge en aquel momento—. Ahora la toman con nosotros.

Los lobos se habían reunido y habían empezado a aullar con mas furia amenazando con un asalto.

Ya no se ocupaban del féretro, que por otra parte, no habían podido abrir aunque poseían quijadas y dientes de excepcional robustez.

Los seis aventureros habían vuelto a cargar sus carabinas y se retiraban lentamente hacia su campamento, bien resueltos a defender sus *mustangs*, sin los cuales, no hubieran podido continuar la persecución de los últimos *Selvas Ardientes*.

Pero los malditos animales, aunque no debían estar hambrientos después de la monumental francachela de la noche anterior, no parecían dispuestos a abandonar su presa.

Sus ojos resplandecían como carbones y de sus fauces hediondas, salían aullidos cada vez más agudos.

El féretro con su cadáver seguramente helado, había quedado sólo sobre la nieve.

—¡Cuerpo de un perro espanzurrado!...—gritó Sandy-Hook después de un disparo—. ¿Quién nos librárá ahora de esta;

peste? He ahí el resultado de una buena acción. ¡Qué el Infierno se trague a ese granuja!

—No lo toméis con tanto calor —dijo John—. No será la primera vez, al menos para nosotros, que hayamos hecho frente a un ataque de lobos.

—Ya tengo yo matados bastantes también en las bajas praderas.

—Y ahora les matáis en las altas.

—Pero estos cartuchos nos les podíamos haber ahorrado.

—Los americanos nos han provisto de ellos con esplendidez. Pero no les dejemos acercarse demasiado. Disparemos dos cada vez y luego meteremos mano a los revólveres.

Son muchos, pero nosotros todavía somos hombres capaces de cansar a los osos grises.

Dos disparos se confundieron con los aullidos de los lobos. Harry y Jorge habían hecho fuego y no hay que decir que dos de los asaltantes se revolcaban con las patas por alto.

Afortunadamente la mancha estaba próxima. Los seis hombres se precipitaron dentro, después de disparar una vez más; saltaron sobre sus *mustangs* en cuyas sillas estaban ya atadas las pieles de bisonte y partieron a carrera desenfrenada hacia el Norte.

—Hagámosles correr —dijo el *indian-agent*—, sus piernas son más cortas que las de nuestros caballos.

Atravesaron el bosquecillo a galope y siguieron adelante, disparando sus revólveres de vez en cuando.

El inglés hacía los mejores blancos con aquella arma, siendo raro que fallase ni aún a cincuenta pasos y con el movimiento del caballo.

—¡Caramba!...—exclamó Sandy-Hook—. Si en lugar de dedicarse al boxeo se ejercitase con el Colt, llegaría a ser el campeón de Inglaterra. ¡Es lástima que tenga la moliera estropeada ese pobre hombre!

Los lobos les seguían a la carrera y siempre aullando.

Pero sus esfuerzos no triunfaban. Demasiado atiborrados, habían perdido en gran parte su agilidad y no era el hambre lo que les impulsaba.

Las manchas se sucedían a las manchas, cada vez mayores, formadas por grupos de abetos, de pinos negros del Canadá y de arces.

Los seis jinetes, para hacer perder tiempo a sus adversarios les rodeaban en vez de atravesarles, desapareciendo por algunos momentos ocultos por la vegetación.

Duraba ya mas de media hora aquella carrera, cuando los lobos comenzaron a quedarse atrás.

Una descarga de rifles les decidió a renunciar a la cacería de los seres humanos.

—¿De que se queja usted Sandy-Hook? —preguntó el indian-agent.

—Como veis no siempre los lobos son peligrosos, aunque estén en gran número.

—Sí, cuando se tienen buenos caballos y han comido bien.

Si estuviesen en ayunas no sé si sus piernas hubieran corrido más que las de los lobos.

—No digo que no. ¿Acampamos aquí?

—La tarde ha sido pesada —contestó el bandido—, y me parece que tenemos derecho a descansar un poco.

También los indios habrán buscado algún sitio seguro para poder dedicarse al descanso.

Ante ellos se extendía una gran mancha bastante espesa, formada en su mayor parte, de plantas de romero.

Los seis jinetes se ocultaron dentro, encadenaron los, *mustangs* después de haberles dado un poco de yerba buscada bajo la nieve con no poco trabajo y dispusieron el campamento sin encender fuego.

Cinco minutos después, todos a excepción del *indian-agent* que montaba sólo el primer cuarto de guardia, roncaban como lirones.

CAPÍTULO XVIII. LOS OSOS GRISES

La noche no fue tranquila porque los lobos aunque habían sufrido una verdadera derrota, no tardaron en volver para regalar los oídos de los acampados con un espantable concierto que les impidió cerrar los ojos.

En vano el *indian-agent* y Harry también, intentaron alejarles con algunos disparos de fusil.

Escapaban al pronto, pero luego volvían en pequeños pelotones volviendo a aullar con mayor furia y hasta intentando algún asalto.

Si hubiesen tenido una buena hoguera, nada hubieran osado las obstinadas y peligrosas bestias, pero la prudencia había aconsejado a los aventureros, prescindir del fuego aunque lo hubieran agradecido para defenderse del ligero viento del Norte que soplabá a través de las ilimitadas llanuras del Dominio inglés, no detenido por montaña alguna, pues no las hay notables en Nebraska ni en Dakota.

El sol vino por fin a poner en fuga a los rabiosos concertistas.

Se preparó el desayuno a base de *pemmican* que no satisfizo a ninguno y menos que a nadie, al inglés que exigía alguna sangrienta chuleta sin importarle el animal a que pudiera pertenecer.

A las siete, los seis aventureros, se ponían por fin en marcha, con la esperanza de llegar antes de la puesta del sol a las orillas del Missouri, el gigantesco afluente del Mississipí.

Como continuaba la tierra cubierta de nieve era facilísimo seguir el rastro de los indios.

Los últimos Selvas Ardientes huían en línea recta hacia Septentrión buscando asilo tranquilo en los vastísimos territorios del Dominio inglés, riquísimos en caza, aunque más frío que Nebraska y que las bajas praderas.

Comenzaban a verse los grandes bosques, pinos, abedules, abetos y arces se estrechaban encima casi los unos de los otros, aunque dejando espacios suficientes para el paso de hombres a caballo.

—Lleven ustedes las armas siempre preparadas —dijo el *indian-agent*—, porque es probable que por aquí tengamos algún mal encuentro.

—Lo deseo —dijo Harry—. Yo no tengo bastante *pemmican* y lord Wylmore tiene motivo para lamentarse. ¿Cuándo se ha Visto a los corredores de las praderas terminar la jornada sin llevar a su tienda por lo menos una lengua de bison?

—Ya encontraremos más caza de la que queráis, compañero. Es sólo cuestión de paciencia.

Habían entrado en una gran selva que los indios habían cruzado acaso doce horas antes.

Avanzaban sin embargo, con precaución para no caer en una emboscada.

John y el bandido a la cabeza del grupo reconocían escrupulosamente las malezas.

Hacían dos horas que galopaban haciendo elevarse desde los pequeños estanques helados, algunos cisnes, cuando el *indian-agent* detuvo bruscamente su *mustang*.

—¿Pasa alguna novedad? —preguntó Sandy-Hook imitándole—. ¿Algún retorno ofensivo de los gusanos rojos?

—Creo que esta vez los indios se han marchado de veras

—respondió John que se había apresurado a preparar su carabina.

—¿Otra vez los lobos?

—¿Estáis sordo, Sandy? Aullarían y aquí reina absoluto silencio.

Únicamente se oye soplar el viento Norte, bastante molesto al pasar por las ramas.

—¡Cuerpo de un búfalo putrefacto!...—gritó el bandido—. ¿Queréis hacerme morir de impaciencia?

—¿Usted?... ¿El que detenía los correos y hasta los trenes de California? ¡Qué demonio!...

—Es verdad —respondió el bandido— pero os ruego que me digáis qué peligro nos amenaza.

—¿Le parece a usted que van tranquilos nuestros *mustangs*?

—No, *mister*; tiemblan como si tuvieran tercianas.

—Eso quiere decir que olfatean el peligro.

—¿Cuál?

—Yo no soy adivino.

—¿Y qué hacéis?

—Espero.

—¿Que caiga algún pino viejo y nos coja a todos?

John en lugar de responder, hizo dar inedia vuelta a su *mustang* y se dirigió a una pequeña mancha de arbustos.

De improviso, el ramaje se abrió con violencia y una familia entera de osos grises, los más audaces de su raza y los más difíciles de derribar por su enorme corpulencia y colosal

osamente, se puso delante cerrando el paso a los jinetes.

Estaba compuesta la familia, de un macho de casi dos metros, de una hembra que le seguía detrás y tres oseznos tan grandes ya como corderos y por tanto en estado de atacar y hacer buen uso de sus dientes de acero y de sus uñas.

—¿Qué decís Sandy-Hook? —preguntó el *indian-agent* apuntando con su carabina.

—¿Y vamos a tener que entendernos con esta familia de granujas?

El macho se había puesto en pie sobre sus patas, intentando agredir al *indian-agent* que era el más cercano de la mancha.

Infundía temor verdaderamente con el pelo erizado por la cólera y su imponente estatura.

—¡Reservad los tiros para los otros!...—gritó el *indian-agent* que no había perdido su sangre fría—. Esta noche tendremos jamones.

E hizo fuego apuntando al corazón del plantígrado, pero en el preciso momento en que disparaba, hizo su *mustang* un movimiento brusco e inesperado, yendo la bala a clavarse en el hocico del animal, bien poca cosa para animales que pueden aguantar hasta una docena de proyectiles.

Sandy-Hook y Harry que casi no podían refrenar sus caballos, hicieron fuego en el acto.

El oso gris vaciló un instante ante el impulso de las balas que habían penetrado en su pecho, lanzó un grito feroz y se lanzó contra el *indian-agent*.

Como ya hemos dicho, el *mustang* víctima del terror, daba saltos endiablados sin obedecer a la brida.

Pero el viejo corredor no era hombre que se dejase

sorprender, rápido como un rayo empuñó el gran revólver y disparó sus ocho tiros, mientras el señor Devandel y Jorge tiraban sobre la osa que se preparaba para atacar.

Lord Wylmore, siempre egoísta, quedó parado sobre su caballo, que no se había espantado, dispuesto a defender animosamente la piel propia, pero no la de los demás.

Estaba seguro de probar, o mejor aún, de clavar sus largos colmillos amarillentos en una buena pierna de oso, sin gastar ni un cartucho a costa de los Irritantes, como se obstinaba en llamar a los corredores.

El macho acribillado a balazos, osciló por segunda vez sobre sus anchas zarpas posteriores y dio después un enorme sallo que le echó casi encima del *indian-agent*.

Pero aquel era el último esfuerzo. La muerte le sorprendió en el preciso momento en que iba a abrazar al caballo y se desplomó, quedando estirado.

Pero la batalla no había terminado. La hembra que era casi tan grande como el macho, llamó con largo gruñido a su prole y los cuatro se precipitaron entre los caballos.

—¡Andando ya, mister John!...—gritó el bandido.

—Sí, sí no montase este *mustang* —respondió el *indian-agent*.

—¡Déle usted con la espuela!

—Peor que peor.

El caballo en lugar de huir, daba vueltas sobre sí mismo, intentando botes de carnero para librarse de jinete. Pero había ido a dar con un hombre que había domado no pocos *mustangs* salvajes, en las bajas praderas y sabía tenerse en la silla como el mejor cow-boy del Far-West.

Como no tenía espuelas, daba John poderosos talonazos, aunque con escaso resultado.

La osa avanzaba furiosa para vengar al compañero, valerosamente ayudada por tres hijos, los cuales mostraban dientes y uñas, como si estuvieran en condiciones de tomar parte en la lucha, como su padre.

Los cinco jinetes, porque el Lord, no parecía dispuesto a tomar parte en la lucha, echaron mano de los gruesos Colt.

John, a pesar de los furiosos saltos de su caballo, tuvo tiempo para recargar su revólver y puede decirse que ninguna bala de este se perdía.

Los asaltantes eran recibidos con un verdadero fuego por descargas. Muchos proyectiles por los bruscos movimientos del caballo iban a perderse, pero no pocos se clavaban en la grasa de la madre y de los hijos, arrancándoles alaridos de dolor.

—¡Milord! —dijo John—. Dé usted un tiro a ese animalucho. ¡Aún está su carabina de usted cargada, sangre de bisonte!

El inglés en vez de hacer caso, hizo retroceder a su caballo para ponerse fuera del alcance de las terribles fieras y no hizo fuego.

—¡Sangre de Belcebú, tirad! —gritó Sandy-Hook.

—Yo no haber tomado todavía mi lección de boxe —respondió finalmente el lord.

—¡Ah no!... ¡Ya le daré después una que no se le olvidará en un poco de tiempo, milord! —gritó el bandido.

Jorge, que era de los últimos, a pesar de los botes que daba su caballo, pudo recargar el rifle.

También el señor Devandel lo había logrado y los dos se

dirigían al cubil.

La osa estaba ya en medio de los caballos y se había parado indecisa, sin saber a cual atacar.

Aquel momento bastó para que el señor Devandel y Jorge le plantasen dos balas en el cráneo.

Se sostuvo aún erguida algunos instantes, pero enseguida giró sobre sí misma y cayó como una masa inerte.

Los tres oseznos asustados y también heridos por las balas de revólver que les llovían encima, viendo muertos a sus progenitores, renunciaron al ataque y volvieron a esconderse en la mancha, lanzando alaridos como los lechosos cuando son sujetados para degollarles.

—He aquí un asalto que vale un tesoro —dijo John, que había por fin logrado dominar a su *mustang*—, no sé si otras personas hubieran logrado salir tan bien y sin pérdidas. ¿Qué decís a esto Sandy-Hook?

El bandido no contestó. Había saltado a tierra armado del *rifle* acercándose al inglés que permanecía impassible sobre su caballo, y mirándole con ojos que daban miedo.

—¡Por mil truenos! —gritó rechinando los dientes—. Usted no ha disparado ni un tiro, *milord*.

—Yo no tengo miedo a los osos, respondió el lord con su acostumbrada flema.

—¿Ni siquiera de los *grizly*?

—No.

El bandido le miró con estupor fácil de comprender, pero pronto su cólera estalló como una tormenta.

—¡Maldito sea el Infierno!...—gritó—. ¿Qué me cuenta usted a mi? ¿Me creéis un imbécil?

—Yo no tener miedo de los osos —contestó quedamente el inglés—. Yo haber luchado con ellos, vendiéndoles.

—¿Con osos grises?

—No, con osos del Pirineo.

—¿Del Pirineo? Amigos, ¿han oído ustedes alguna vez, hablar de ese país?

—Ya lo creo —dijo el señor Devandel que presenciaba la cómica escena, sonriendo—. Son las montañas que sirven de frontera entre Francia y España.

—¿Y hay osos allí?

—Algunos quedan.

—¿Precisamente grises?

—Castaños, de cosa de metro y medio de altura los mayores, y siempre de buen humor. Hasta son un poco guasones.

—¡Por los cuernos de Belcebú!... Y ese hombre quería hacerme creer que había luchado con los colosos de nuestros bosques.

—También aquellos son osos, maestro Sandy —dijo el indian-agent.

—Aquellos son perros de las praderas.

Todos reían excepto el inglés y el bandido.

Por tercera vez en el espacio de dos minutos volvió a estallar como una bomba la cólera de Sandy.

—¡Milord! —gritó apuntándole con la carabina—. ¿Sabéis que estoy ya cansado de usted? He arriesgado ya varias veces la piel para salvar su vida, mientras usted no ha hecho nada

nunca por salvar la mía.

—Yo pagar.

—¡Que el diablo le lleve!... ¡Ya tengo bastantes esterlinas vuestras!

—Usted ser un asno. Usted no saber ganar dinero honradamente maestro Brigante.

—¿Yo asno?

—Usted, estúpido.

—¿Decís?

—Que usted ser peor que un coyote.

Sandy-Hook por tercera vez se salió de sus casillas. De un salto se acercó al *mustang*, aferró al inglés y le arrastró fuera de la silla, estrechándole fuertemente entre sus brazos.

Ah!... ¡Os atrevéis a provocar al salteador de los correos de California! —tronó—. Pronto me daréis estrecha cuenta de vuestros insultos *milord*.

—¡Oh yes!... Yo no haber recibido mi lección esta mañana.

—¿Y por eso me llamáis asno y coyote? —gritó el bandido, arrancándole la carabina—. ¿Queréis vuestra lección? Pues os la daré y esta vez será con propina.

El señor Devandel al verle ponerse en guardia intentó interponerse y calmar al irascible bandido.

—Dejadle en paz —le dijo—. Ese hombre no está en su sano juicio.

—Ya se lo arreglaré yo con los puños.

—¿Queréis acogotarle?

—No tengáis cuidado. No mato yo la gallina de los huevos de oro.

Milord, estoy dispuesto a darle a usted la lección de esta mañana, que por imprevistas circunstancias me ha sido imposible practicar sobre vuestra piel de cocodrilo viejo.

¿Estáis dispuesto?

—Yes —contestó el inglés siempre comedido.

Todos los corredores habían echado pie a tierra atando los *mustangs* a las ramas de los arbustos.

—No nos hagáis perder tiempo —dijo el *indian-agent* al bandido—. No olviden ustedes que Minnehaha y Nube Roja no se detienen en su huida.

—Siempre podremos encontrarles —respondió Sandy—. Únicamente le daré una brevísima lección, al estilo de mi maestro Kalkraff cuando tenía prisa por ir a emborracharse a la taberna más próxima. En guardia, *milord* ¡empiezo!

—También yo pego, bandido —contestó el inglés.

—Voy a enseñaros la última lección de mi maestro el famoso Kalkraff.

—¡Aho!... perfectamente... deseo conocerla.

—Pues tornad esto como prueba, *milord*.

El bandido atacó casi por sorpresa a su adversario, dándole un golpe en pleno pecho.

Otro hubiera caído rodando, porque como hemos dicho, el desvalijador de los correos de California, estaba dotado de fuerza hercúlea.

Lord Wylmore que debía estar recubierto de una piel de

caimán, aunque no pudo llegar a tiempo de parar aguantó aquella terrible puñada que retumbó en su pecho como un bombo.

No hay que extrañar de ello. Las lecciones que tomaba de su maestro desde liada más de diez años, debían haberle recubierto de un grueso callo desde la cintura a la cabeza.

—No tan fuerte, Sandy —dijo el señor Devandel que temía le acogotase de verdad.

—No temáis capitán —contestó el bandido volviendo rápidamente a la guardia—. Las esterlinas salen bien del bolsillo de este loco, para mandarle tan pronto al otro mundo.

—¡Malandrín!... —murmuró el *indian-agent* volviéndose hacia Harry—. Sin esa lluvia de oro ya le habría apabullado cien veces.

—Estoy convencido —respondió el corredor sonriendo—. Este bandido no es menos original que ese maniático.

Lord Wylmore, un poco cansado sin duda, de aquella primera lección que debía haberle quebrantado las costillas, hacía girar sus puños como si preparase algún golpe irresistible.

El bandido, seguro de sí mismo, conservaba una inmovilidad absoluta. Plantado sobre sus macizas piernas y el cuerpo un poco indinado hacia adelante, parecía una roca dispuesta a resistir cualquier choque. Acaso ni un golpe de ariete hubiera logrado arrancarlo de su posición.

—¡Vamos *milord!* —le dijo viendo al inglés que volteaba los puños sin resolverse—. ¿Habéis olvidado los golpes que os he enseñado? ¡Vivo! ¡Por Belcebú! ¡Aquí espero!

—Yo estudiar mio *fisk-shoe* —contestó el inglés.

—Me hacéis perder tiempo.

—A mí no importar.

—Y entretanto Minnehaha ganará terreno y no la podremos alcanzar.

El inglés pareció reflexionar al oír aquel nombre, y después, exclamó:

—Mis piernas ser largas, mi cartera siempre llena de cheques cobrables a la vista, hasta en el Canadá. Mister brigante, dejad tranquilo mi amor y darme la lección.

El bandido prorrumpió en una clamorosa risotada a la que hicieron eco los cuatro corredores.

—¡Vuestro amor!...—gritó luego—. Ya veréis cómo os arreglaré el cabello la noche de la boda, si al fin consiente en casarse con usted.

Verdad es que tenéis pocos cabellos y esos parecen más bien una piel de oso gris.

—Usted no importarle mis asuntos —respondió el inglés muy serio.

—Yo pagar siempre.

—Los pieles rojas se compran a tiros *milord*. Ya debíais saberlo.

—Yo no tener tiempo que perder. Bandido hablar demasiado. Y ahora volvamos a pegar.

Un segundo golpe del bandido cayó sobre el hombro izquierdo del inglés, derribándole como a un árbol viejo, herido por el rayo o arrastrado por un tornado.

—Minnehaha costarme muchos golpes —dijo el monomaniaco—. Basta de lección. ¡Aho!... ¡Terrible Kalkraff!

—Os habíais curado de vuestra *bisontitis* aguda, y ahora me

parece quedaréis curado de vuestra boxitis. América es un país que cura todos los males de los insulares de la soberbia Inglaterra. Y ya es algo.

El *indian-agent* y Harry levantaron al inglés que parecía respirar con bastante dificultad.

Sandy-Hook tomó su cantimplora que contenía todavía un poco de *whisky* y la ofreció al obstinado pugilista, diciéndole:

—Échese un buen sorbo *milord*, porque esto no es vitriolo de las praderas, sino que es del regalado por los yankees. ¡Bebed!

El inglés aspiró con fuerza el aire tres o cuatro veces y enseguida tomando el frasco le vació de un sorbo.

—¿Está usted mejor ahora? —le preguntó el bandido riendo.

—¡Aho!... ¡Bueno! Yo estar fuerte para volver a comenzar partida.

—Eso sí que no *milord*... Esta es la última lección que le doy, téngalo usted presente. Y ahora ¡a caballo!

Jorge cortó dos pemiles del hermoso macho y les colgó de la silla de su *mustang*.

Allí había bastante carne para comer y cenar un par de días.

Cinco minutos después, aunque empezó a nevar, los seis aventureros galopaban siguiendo el rastro de los últimos *Selvas Ardientes*.

CAPÍTULO XIX. UN DUELO A LA AMERICANA

Los grandes bosques se sucedían sin interrupción, siempre inmensos, formados por los conocidos pinos negros del Canadá, abedules y arces, únicas plantas que luchan victoriosamente con aquellos climas relativamente fríos.

A través de las espesas manchas, pasaban de vez en cuando a carrera desenfrenada los grandes alces de inmensas y ramosas astas, algún bisonte rezagado que hacía enderezar los oídos a *lord Wylmore* que parecía no estar completamente curado de su *bisontitis aguda*.

Pero se había dado la consigna de no hacer fuego para no llamar la atención de los guerreros que *Nube Roja*, viejo astuto, pudiera dejar atrás para cubrir su retirada en compañía de *Minnehaha*.

La carrera duró más de tres horas, al cabo de las cuales, los aventureros acamparon.

Levantaron la capa de nieve en un buen trozo para que los *mustangs* pastasen la yerba y enseguida encendieron fuego, poniendo a asar los dos jamones de oso.

Lord Wylmore fijaba sus miradas sobre aquel sabroso manjar, superior al jamón de cerdo, cuando el bandido que le espiaba, le dijo de modo inesperado:

—Hoy no ha matado usted oso y no tendrá por tanto derecho a comer más que *pemmican*, ¿entiende usted *milord*?

—No comprendo —dijo el inglés.

—Pues me he explicado con bastante claridad.

—Yo pagar.

—Aquí no somos unos desgraciados que necesitan el oro inglés —dijo el señor Devandel algo molesto—. Regale usted sus esterlinas a los indios, si le parece.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que ya nos está usted fastidiando con su dinero.

—¡Yo ser *milord*!

—Ya lo saben hasta las plantas que crecen en las praderas altas y bajas.

—¿Qué dice usted *mister bandido*?

—De ningún modo, bandido. Soy hijo de un coronel, que toda América recuerda por su heroísmo, y soy capitán del ejército americano.

—¡Aho!... *¿sois gentlemen?*

—Sí, *milord*.

—¿No bandido?

El rostro del capitán Devandel se puso primero encarnado, cambiándose enseguida en pálido como el de un cadáver.

—Me parece que me insultáis —dijo.

John se adelantó al frente seguido de Harry, ambos lívidos de cólera.

—¡Señor Devandel! —dijo el primero—. Déjeme usted a mí resolver este asunto. Propongo a este loco un duelo a la americana en plena selva y así nos libraremos de él para siempre.

Nos ha proporcionado muchas molestias, y si me mata, alguien me vengará.

—Yo John —respondió Harry.

—Y después yo —dijo Jorge.

—¿Y si yo le deshiciese a puñetazos? —preguntó Sandy-Hook.

El señor Devandel levantó la mano.

—Este es un asunto que me compete a mí sólo —dijo.

Después clavando sus ojos en el inglés que parecía preocuparse poco de aquella explosión de cólera por parte del sus compañeros, les dijo:

—¿En Inglaterra cuando dos personas se ofenden, se baten?

—Oh, yes —respondió con su acostumbrada flema el inglés.

—¿Y se matan alguna vez?

—Yes captain.

—¿Y cómo se baten?

—Allí todos ser caballeros y se baten con espada o sabio y alguna vez a pistola.

—¿Y sabe usted cómo se balen en las praderas?

—País de bandidos.

—Llamadle como os plazca, yo me río de eso. Os diré ahora que nosotros nos batimos a cuchillo, o bien montamos a caballo y nos descargamos unos tiros de carabina o de revólver en medio de la selva.

—Aho, yo haber entendido.

—¿Entonces milord?

—¿Qué queréis?

—Que me habéis insultado y que yo haré lo posible por haceros tragar el epíteto de bandido con que me habéis obsequiado.

—A mí gustar los duelos.

—¡Montad en vuestro caballo!, llevando vuestras armas y marchad a emboscaros donde mejor os plazca. Yo os iré a buscar y plantaros una bala en cualquier parte de vuestro cuerpo. ¿Me habéis comprendido, *milord*?

—Yo no ser sordo. Todos los ingleses oyen bien.

—Entonces, partid.

El *indian-agent* intentó interponerse.

—Ya no somos muchos para hacer frente a los indios de Nube Roja ¿y aún quiere usted privarnos de una carabina, señor Devandel?

Por usted, criado en las praderas no temo nada, porque sé que sois un hábil tirador.

—Yo he lanzado el reto y no puedo volver atrás —respondió el capitán—. Este hombre con sus esterlinas, su soberbia y sus caprichos nos ha molestado ya bastante. Para nosotros constituye más un peligro que una ayuda. Si me mata, nadie me llorará porque mi padre hace años que murió después de ser escalpelado; por Yalla, y mi hermana murió de fiebre amarilla en Nueva Orleans.

—Tiene razón el capitán —dijo Sandy-Hook—. *Milord* se ha hecho más pesado que sus esterlinas, hasta para mí y si el diablo se le llevase no me importaría. Verdad es que a pesar de ser macho incubaba los huevos de toro que yo recogía

luego.

—Señor Devandel —dijo Harry adelantándose—. ¿Me quiere usted encargar del arreglo de esta partida de armas con el eterno molestador?

—Gracias amigo, pero sólo a mí me concierne. Si me mata y continúa llamándoles bandidos, harán ustedes otro tanto.

—Al momento —contestaron a una el *indian-agent*, los dos corredores y el bandido.

Lord Wylmore en tanto, siempre tranquilo y ordenado examinaba atentamente la cincha de su caballo como temiendo que la cortaran.

Entre dientes silbaba una cosa que nadie hubiera podido entender.

También el capitán se ocupaba de su caballo, no ignorando que la desgracia amenaza constantemente al jinete improvisador.

—¿Decís, capitán? —preguntó Sandy-Hook acercándose—. ¿Queréis matarle o ponerle únicamente fuera de combate?

Porque aunque aquellos insulares tengan sangre fría y valor de sobra, no seré yo el que apueste en su favor.

Son demasiado hábiles los hombres que han guerreado con los indios en las fronteras del Far-West.

Si lo deseáis, los lobos tendrán una cena a base de carne inglesa. Un poco dura estará; pero esos animales devorarán hasta rinocerontes si aquí les hubiese.

—Con todo eso, Sandy-Hook, queréis decir que os disgustaría si yo le mandase a pasear a las praderas celestiales del brazo de Minnehaha.

—Un poco; lo confieso.

—Si solamente resulta herido, nos veríamos obligados a acampar algunos días en espera de su curación o de su muerte. ¿Y dónde se encontrará entonces Nube Roja?

—No habíanlos pensado en ello. Algunas veces me convierto en un animal de trece cuernos y trece colas. Haced lo que queráis, imucha suerte!

Lord Wylmore se encontraba ya a caballo. Examinó la carabina y el revólver, y salió a gran galope sin dignarse saludar a su adversario.

Pocos instantes después había desaparecido en el bosque, el cual, aunque privado en gran parte de hojas en los árboles, se presentaba espesísimo por el enorme número de troncos.

—¡Villano! —le gritó el capitán extendiendo los puños—. ¡Nos trata como si nosotros fuésemos verdaderos bandidos!

—¡Habrá que apuntarle una brigantilis aguda en su activo!...—dijo Harry—. No hay que extrañarse señor Devandel. Tenéis que habéroselas con un loco.

—Que maneja el rifle como un corredor de las praderas —dijo el *indian-agent*, que parecía un poco preocupado—. ¿Qué especie de sanguijuela se ha traído usted detrás, Sandy?

—Mejor diríais un sanguijuelón —repuso el bandido—. No seré yo ciertamente quien vaya a defenderle. Ya estoy cansado de su «yo pagaré». ¡Que se vaya al diablo con todos sus cheques y sus esterlinas! Con los diez mil dollars que me pagará el Gobierno americano por la muerte o captura de Minnehaha y lo que yo he ahorrado, va tendré bastante para vivir tranquilo en mi Marylandia.

—¿Contáis ya con tener en la mano la cabellera de esa jaguara? —dijo Harry—. Aún creo que os dará que hacer.

—Que nos dará a todos querréis decir.

—Sea como usted quiera.

—Cinco minutos —dijo en aquel momento Jorge que observaba desde la partida del inglés, un viejo reloj que aún andaba, bien—. Señor Devandel podéis partir a dar casa a vuestro adversario.

EL capitán estaba ya a caballo y había reconocido sus armas.

—Adiós amigos —dijo sonriendo—. Cuando oigan ustedes disparáis vengan a ver si ha muerto el americano o el inglés.

—Señor Devandel, sed prudente —le dijo el *indian-agent*.

—Ya sabe usted que no soy un chiquillo.

—¡Buena suerte!...—le gritaron los aventureros.

El capitán dio dos espolazos a su cabalgadura, saludó por última vez a los amigos y se lanzó en medio de la selva, llevando en la mano el rifle ya preparado.

Recorridos cuatrocientos o quinientos metros se detuvo bruscamente en el lindero de una inmensa y espesísima mancha de abedules, y se puso a escuchar.

—Nada —dijo después de unos instantes—. ¿Dónde se habrá ocultado ese loco? ¿No quiere presentarse? Pues vamos a hacerle salir de su escondite y darle una buena lección.

Aflojó la brida y puso el *mustang* al trote corto, haciéndole describir infinidad de vueltas.

El inglés indudablemente debía haberse parado en medio de alguna mancha y esperaba al adversario para descargar sobre él por sorpresa, primero la carabina y luego el revólver.

El capitán recorrió un par de millas avanzando unas veces, retrocediendo otras, fijándose especialmente en los pájaros que en gran número volaban de rama en rama sin manifestar

inquietud.

—¿No lograré descubrirle? —se preguntaba no sin ansiedad porque de un instante a otro podía encontrarse en el pecho o en la espalda una bala de un calibre que difícilmente le hubiera perdonado.

Nuevamente se detuvo a escuchar. En la inmensa floresta no se oía más ruido que el gorjeo que de mala gana emitían los pájaros medio paralizados por el frío.

De cuando en cuando un ronco graznido estallaba en él aire y un cisne pasaba volando pesadamente en busca de algún lago que todavía no estuviese helado, o de algún curso de agua.

—Todavía nada —murmuró el capitán—. ¿Si me diera resultado el disparar algún tiro? Empuñó el Colt y le disparó al aire.

El eco, repitió durante largo tiempo la detonación bajo las ramas de los árboles apagándose en lontananza.

Algunas aves huyeron asustadas, y eso fue todo.

—¿Habrá vuelto al campamento, ese loco? —se preguntó el capitán que no sabía ya qué partido tomar—. Que el miedo le haya hecho huir no puedo admitirlo, porque no se le puede negar que es valiente como un piel roja.

Esperó todavía algunos minutos y después tomó decididamente su partido.

—Ocurra lo que quiera voy a marchar sobre sus huellas —se dijo.

Se orientó lo mejor que pudo y se dirigió hacia Septentrión a carrera tendida.

El caballo del inglés debía dejar huellas y en alguna parte se cruzaría con ellas.

Duraría ya una media hora aquella carrera, cuando vio ante sí un gran rebaño de bisontes formado por unas doscientas reses que se dirigían al Missouri, el gran afluente del Missisipí.

—Esos animales habrán borrado las huellas del inglés —dijo el capitán—. Bien es verdad que los cascos herrados se distinguen entre las huellas de otros mil animales privados de herraduras.

Los gigantescos rumiantes marchaban tranquilamente sin apresurarse y hasta deteniéndose de vez en cuando para romper con sus poderosos cuernos, la nieve, poniendo al descubierto, las yerbas que se encuentran debajo.

El capitán con una furiosa galopada se les adelantó sin que los animales se desbandasen y buscó por delante de ellos las huellas del caballo del inglés.

De pronto se le escapó un grito.

En medio de la nieve yacía una gran hembra de bisonte joven, regando el suelo con su sangre.

Se tiró de la silla y corrió a examinarla abriéndola a la fuerza la boca, y comprobó que le faltaba la lengua, el manjar favorito de todos los cazadores de las praderas.

—¿Quién puede haber sido? —se preguntó.

Miró a su alrededor y pronto vio sobre la nieve la huellas de un caballo provisto de herraduras. El hombre que le montaba no era por tanto un indio, porque las tribus rojas no tienen costumbre de herrar sus *mustangs*.

—¡Ah!... ¡El inglés!...—exclamó continuando la frase con una blasfemia—. La bisonitis aguda ha vuelto a apoderarse de él y ha preferido desperdiciar sus balas contra los rumiantes, antes que contra mí. Ese hombre es verdaderamente un loco. ¿Qué hago yo ahora? ¿Le sigo o vuelvo al campamento?

Reflexionó un momento y después, dijo:

—Ha huido, de modo que puedo volver, a pedir consejo a los cazadores de la pradera.

Montó a caballo, dirigió una última mirada a la selva y a la gran manada que avanzaba siempre delante, sin asustarse por su presencia, y se dirigió hacia el Sur.

Dos tiros de revólver, disparados a poca distancia, le detuvieron de pronto.

—¿Era el inglés que había hecho fuego, o eran los compañeros, que acudían inquietos por su tardanza?

Empuñó la carabina mirando hacia todos lados y finalmente vio desembocar de una gran mancha a carrera desenfadada a Harry, Jorge, Sandy-Hook y al *indian-agent*.

—¡Hola!... ¡los curiosos! —exclamó—, no se puede uno batir ni en medio de los bosques, sin que acudan los guardias.

John, que guiaba el grupo, se le acercó en un par de minutos.

—Entonces señor Devandel —le preguntó con cierta emoción—. ¿Le habéis matado?

—¿A quién?

—A vuestro adversario.

—Ya les había dicho, que ese hombre era un loco —respondió el capitán volviéndose hacia los cuatro hombres que le habían rodeado como para formarle una muralla con sus cuerpos—. Se ha encontrado con un rebaño de bisontes y ha preferido emprenderla con ellos mejor que conmigo.

—¡Cuerpo de un trueno! —gritó Sandy-Hook—. Ese es un loco más tuno de lo que ustedes creen, señor Devandel. Se habrá apercebido de que no llevan *rifles* en sus astas.

—¿Habrá huido? —preguntó John.

—¿Lo sé yo? Ha matado una hembra nueva, la ha arrancado la lengua y ha continuado su carrera hacia Septentrión, sin que yo pueda determinar a ustedes a dónde se ha dirigido.

—Yo se lo diré a usted, señor Devandel —dijo el bandido—. Corre tras las huellas de Minnehaha. Muchas veces cuando estaba algo lúcido, me ha dicho que quería cubrirla de diamantes y llevársela a no se qué castillo de Escocia o de Irlanda. ¿Corre? Dejémosle correr y no nos ocupemos más de él. Ya estamos todos bien cansados de esa sanguijuela y yo más que todos. Ese loco terminará por dejar su cabellera entre las manos de los indios. Hermoso fin para un *milord*...

—Todos son caprichos —contestó John—. Pero ¿se ha enamorado de verdad de aquella jaguara? ¿qué le vamos a hacer? Sus ojos le han abrasado el corazón.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó el señor Devandel.

—Pues correr, señor mío —contestó Sandy-Hook—. Al final de la carrera está la cabellera de Minnehaha que vale diez mil dollars.

El capitán interrogó con la vista al *indian-agent*.

—¿Qué vamos a hacerle? —contestó John—. Con los locos no es posible ponerse de acuerdo.

—¿Y si el *lord* está todavía emboscado acechándome?

—¿Dónde? ¿Detrás de los bisontes? Galopemos hacia el Missuri, señores y dejémosle que se desahogue matando bisontes.

—¿Y las leyes de las praderas?

—¿Le habéis encontrado? no; pues tenéis el derecho de marchar ahora a donde os plazca. Nosotros, antiguos corredores, conocedores de las leyes de las praderas altas y bajas, diremos bien fuerte al inglés, que debe encerrarse en un manicomio en lugar de venir a América a curarse de su spleen. El honor ha quedado a salvo. Ahora, a galope y procuremos llegar al Missouri antes de la noche, con un par de lenguas de bisonte. ¡Adelante!...

CAPÍTULO XX. LA CACERÍA DE LORD WYLMORE

Lord Wylmore aunque maniático y medio loco, no era hombre que se asustase por verse comprometido en un duelo, ya se efectuase conforme a los usos europeos o lo fuese con arreglo a los de los americanos.

Al salir del campamento se precipitó en el bosque con la firme intención de clavar una bala en el cuerpo del capitán. Desgraciadamente para él, reavivada su antigua *bisontitis aguda*, cuando había recorrido un par de millas se encontró metido entre la manada de aquellos rumiantes, que más tarde había de encontrar el señor Devandel, aunque ya disminuida.

Serían entonces unos cuatrocientos divididos en dos grandes rebaños guiados por viejos machos armados, de imponentes astas.

El inglés al verlos olvidó su compromiso de honor y se dispuso a la caza, gritando alegremente:

—¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hurra!

Rodeó el segundo rebaño y alcanzó al primero decidido a detenerle en su marcha, a tiros de fusil y de revólver.

Como es sabido, los bisontes a pesar de su aspecto terrorífico y mole verdaderamente gigantesca, son animales estupidísimos y que se dejan matar sin rebelarse.

Sin embargo, si hicieran uso de sus cuernos, podrían muy bien destrozarse un escuadrón de caballería lanzando los caballos por el aire.

Únicamente en la época del celo, los machos se hacen peligrosísimos y si son interrumpidos en sus luchas, no dudan un sólo instante en cargar contra los cazadores que hiten tan aproximárseles.

Lord Wylmore que como decimos, ya no se acordaba de su duelo, lanzó atrevidamente su *mustang* detrás de la columna, dando fuertes gritos y disparó su fusil contra una hembra que se había desbandado, hiriéndola en el corazón.

El rellano espantado se puso en fuga hacia Septentrión mientras el inglés, encantado con aquel triunfo primero, armándose de su cuchillo de caza echó pie a tierra acercándose a la víctima que aún respiraba.

—Yo querer comerme lengua —dijo— porque yo tener mucho hambre y bandidos no quererme dar muslo de oso.

Le abrió la boca y aunque no sin trabajo le arrancó eso trozo escogido por todos los corredores de las praderas y que nunca abandonan a los osos.

El inglés colgó de la silla el sangriento trofeo y reanudó su carrera con intención de hacer gran estrago en los pacíficos rumiantes.

Pero el rebaño se había alejado mucho y galopaba hacia el Missouri con la intención de atravesarlo a nado y salvarse sobre la orilla opuesta, si no estaba helado.

Se necesitó pasase más de media hora antes de que lord Wylmore pudiese disparar por segunda vez, echando por tierra un magnífico ternero casi tan grande como un buey ordinario.

—iHow! —exclamó radiante el inglés—. Yo ser grande cazador siempre. Yo volver a mi patria terrible pugilista y rifleman de primer orden. América bello país para curar spleen.

Amarró el caballo, y se apoderó de la lengua de la segunda víctima.

—Yo esta noche cenar como Graciosa Reina —dijo—. ¡Hip! ¡hip!... ¡Hurra!

Y el monomaniaco se puso sobre la pista por segunda vez, dirigiéndose hacia Septentrión tras la manada que huía siempre sin hacerle frente cuando les hubiera sido tan fácil echar por el aire caballo y caballero.

Ya había vuelto a cargar la carabina para derribar al tercer animal cuando de pronto, superada una espesa floresta, se encontró en la orilla de un caudaloso río, completamente helado y sobre cuya superficie se habían ya lanzado atropelladamente los bisontes, sin darse cuenta que de un momento a otro podrían ser precipitados en el agua sin esperanzas de salvación por buenos nadadores que fuesen.

Aquel río era el Missouri una de las grandes arterias que surcan las vírgenes tierras de los Estados Unidos del Norte.

Este afluente del espléndido Mississipí brota en las Montañas Rocosas, fuentes que no fueron descubiertas hasta 1805 por Lewis y Clercke, y que se encuentran entre los 42° y los 48° de latitud Norte.

En su curso superior recoge en su seno grandes ríos como el Jefferson, el Madison, el Gallatín, etc., pero no es navegable por interrumpir su corriente numerosas cataratas que ni los indios se aventuran a descender aunque se cuentan entre ellos habilísimos bateleros que desafían hasta a los canadienses.

Si la gran cascada del Niagara tiene la primacía, el Missouri tiene otra no menos imponente que ocupa el segundo lugar.

También en su curso inferior recoge grandes afluentes como el Yelow Stone (Piedra Amarilla) que tiene a su vez un curso

de 1700 kilómetros y una anchura de 1000 metros.

Entre el Mississipí y las cataratas del Missouri se puede navegar, pero los peligros son siempre grandísimos, unas veces por la excesiva velocidad de la corriente y otras por el gran número de bancos arenosos que cambian continuamente de situación poniendo a dura prueba la habilidad de los pilotos.

Por añadidura siempre está obstruido por troncos de árboles de colosales dimensiones que desfondan no solamente las barcas sino hasta barcos de vapor.

En la entrada de las Montañas Rocosas cesa de ser navegable y allí se precipita la catarata desde una altura de ciento diez metros, derrumbándose durante otros trescientos, por rocas y escolleras cortadas a pico.

En su totalidad este río tiene un curso de 7000 kilómetros, de los cuales, 4150 son navegables.

Lord Wylmore al ver a los bisontes arriesgarse sobre el hielo que podía no ser tan grueso como parecía, se detuvo en la orilla mirando algo por su propio pellejo. Ya que no había recibido ninguna caricia del señor Devandel, no quería abandonarle a las rápidas y turbulentas aguas del río.

—Dejaré pasar primero los bisontes —dijo—. Si el hielo resiste, entonces pasaré al otro lado.

El intensísimo frío producido por las grandes corrientes de aire que venían del ya cercano Dominio Inglés confinante con las islas polares, había helado bien el río gigantesco porque la superficie no cedió bajo la pesada masa de los bisontes.

—Todo marchar bien —dijo el inglés después de más de un cuarto de hora de espera—. Bandidos no me cogerán; más, y nunca discípulo de *mister* Kalkraff. Yo haber recibido bastantes lecciones para romper costillas a mis colegas de la Cámara de los Pares. Caballo, pasar también tú.

Propinó al *mustang* dos poderosos taconazos porque no llevaba espuelas y le obligó a descender al helado río.

Los bisontes habían alcanzado ya la otra orilla, alejada cerca de dos millas y se habían internado en los espesísimos bosques que cubrían todo el horizonte Septentrional.

El inglés temiendo que el hielo no fuese igualmente resistente por todas partes, avanzaba con prudencia sin hostigar al caballo.

Efectivamente, bajo los herrados cascos se oían rugidos poco tranquilizadores, pero no obstante, el trayecto fue recorrido con felicidad y *lord Wylmore* pudo ponerse otra vez sobre la pista de la manada.

Parecía como si se hubiera prometido hacer colección de lenguas de machos, hembras y terneros para regalárselas; más tarde a *Minnehaha*.

Lanzó nuevamente el caballo al galope, peyó a los quinientos o seiscientos metros se detuvo indeciso entre seguir avanzando o volver lo más pronto al río.

Dos colosales machos, separándose de la manada se habían desafiado y se atacaban con rabia feroz, obsequiándose con tremendas cornadas que les arrancaban mechones de pelos y tiras de piel sanguinolenta.

Como ya liemos dicho, aunque si se les persigue a flechazos o tiros, esos colosos, continúan su camino, lo hacen sin embargo cubriendo con su cuerpo las hembras y las crías.

Pero si la rivalidad por una hembra desata sus celos entonces no temen a nadie y atacan con el ímpetu salvaje de los búfalos africanos y asiáticos que son los más peligrosos de todos.

Lord Wylmore que desde hacía muchos años recorría las praderas altas y bajas en compañía de los famosos

corredores, conocía esa circunstancia y por eso se había detenido.

—¡Aho!...—exclamó—. Esto ser bello duelo. Yo, ver primero, luego disparar.

Preparó por precaución la carabina, se puso el Colt en el cinturón y esperó el momento para hacer un buen tiro.

Los dos animales no habían notado aún la presencia de aquel intruso y se golpeaban con creciente furor, acaso por los negros ojos de una hembra de la manada.

La lucha de los ciervos, de los caribús y de los grandes alces, son siempre emocionantes, pero las de los bisontes les superan porque son dos enormes masas de carne que se derrumban una contra otra con el ímpetu de un ariete o mejor comparado, con el ímpetu de dos lanchas de pesca empujadas por fortísimo viento.

Y no se trata de una lucha de pocos minutos, sino de horas, porque uno u otro de los adversarios había de quedar sobre el campo.

Verdad es que la mayoría de las veces, el vencedor espira al lado del vencido después de una agonía más o menos larga.

El inglés se mantenía a la debida distancia, detrás de un grupo de arces no osando pasar más adelante a pesar de estar perfectamente armado.

Entre tanto los dos bisontes continuaban su lucha con furor creciente golpeándose uno a otro con rabia indecible.

Las cornadas llovían, pero como esos animales tienen, la frente casi acorazada, pues detiene hasta una bala de fusil, continuaban como si jugasen.

La franja lanuda que caía sobre sus ojos, ya había desaparecido. Viéndose mejor, los dos adversarios

desembarazados de aquel obstáculo se encarnizaban aun más mugiendo como toros furiosos.

El inglés viendo que la solución se alargaba demasiado, se decidió a forzar el paso confiando en su habilidad de gran cazador.

—Yo no haber sido nunca siervo de los bisontes —dijo—. Un lord pasa siempre delante de lodos.

Sin reflexionar en el grave peligro que iba a afrontar, avanzó resueltamente con su *mustang* lanzando grandes gritos.

Los dos bisontes al ver aparecer aquel intruso, cesaron su combate haciendo frente al enemigo común, cargándole enloquecidos.

Parecían dos búfalos del África Central, enfurecidos por el ataque de una horda de avispas salvajes.

Lord, Wylmore, como ya hemos dicho, tenía valor de sobra, de manera que se preparó con su sangre fría acostumbrada a hacer frente al peligro.

Apuntó cuidadosamente al bisonte que parecía más decidido a embestirle y le propinó una bala en la espaldilla izquierda atravesándole el corazón.

El pobre animal continuó su carrera doce o quince metros todavía y enseguida se desplomó pesadamente a tierra, agitando las patas con desesperación.

Pero el segundo llegaba a galope tendido con la cabeza baja, y la cornamenta apuntando al frente, decidido a derribar y destrozar todos los obstáculos que se opusieran a su paso.

Lord Wylmore al vérselo venir encima aquella masa, empuñó con rapidez el revólver y empezó a disparar a tenazón, porque los saltos desordenados de la fiera no le daban tiempo para apuntar.

Con gran sorpresa suya, todos los tiros. Se perdieron en el espacio.

Acaso algún proyectil llegase a su destino, pero nunca el revólver ha dado buen resultado contra esas enormes masas de carne.

Al verse a punto de ser despanzurrado y faltándole tiempo para volver a cargar el rifle, el lord que conservaba una sangre fría maravillosa lanzó el caballo entre la arboleda.

El bisonte, cada momento más furioso, pues debía estar herido, se arrojó detrás mugiendo espantosamente.

Sus grandes pezuñas, al encontrar mejor apoyo sobre el terreno cubierto de nieve le arrastraban en furiosa carrera mientras las herraduras del caballo se hundían de vez en cuando en la nieve.

Aquella persecución emocionante, sólo duró un minuto, porque el bisonte con un último y vigoroso empuje, se fue encima del fugitivo enemigo.

Afortunadamente el inglés se había metido en un trozo de bosque espesísimo, donde las ramas se cruzaban en todas direcciones y a varias alturas.

Comprendiendo que la lucha no era ya posible, porque no se trataba de Lumbar por tierra a un oso de los Pirineos, con brusco movimiento se levantó sobre los estribos agarrándose a una rama de pino negro, abandonando, montura, fusil y revólver.

Acostumbrado a los ejercicios gimnásticos, volteando como lo hubiera hecho un joven de veinte años, se puso en salvo a cubierto de cualquier ataque.

El bisonte que parecía no haber advertido la desaparición de su agresor se arrojó sobre el *mustang* que se había hundido

en la nieve y de dos terribles cornadas le derribó sobre el costado izquierdo, completamente reventado.

Los intestinos humeantes salieron al exterior.

—Buen golpe —dijo el lord.

Después añadió:

—¡Adiós mis pobres lenguas!...

Se montó a horcajadas sobre una gran rama que se extendía horizontalmente a tres metros del suelo, y observó flemáticamente todo lo que a su alrededor ocurría, como si nada tuviera que ver en ello.

No todo había terminado para el pobre *mustang* agonizante sobre la nieve que enrojecía con su sangre.

El terrible rumiante después de continuar por un centenar de metros, su endiablada carrera, dio una inopinada media vuelta volviendo a la carga con las narices junto al suelo.

Sus cuernos, ya tintos en sangre, se clavaron por segunda vez en el cuerpo del moribundo, arrancándolo un agudísimo relincho.

Volvió a emprender la carrera girando sobre sí mismo, como si de pronto hubiera enloquecido y enseguida se precipitó nuevamente.

Ya era absolutamente inútil la carga, porque el pobre hijo de las praderas después de lanzar algunas coces se estiró mostrando sus espantosas heridas.

Por los boquetes salían los intestinos los pulmones y el corazón.

—Aquí querer yo ver toreros —dijo lord Wylmore—. ¡Ah! sus toros no valer nada, comparados con éste, ser asnos. ¡Qué cornadas!...

Y el loco reía tranquilamente mientras el bisonte desfogaba su furor contra el vencido, pisoteándole con sus pesadísimas pezuñas y lacerándole a cornadas.

Cuando le hubo despedazado pareció calmarse el animalucho y después de lanzar tres sonoros mugidos, se dirigió a su compañero.

Una imprudencia del inglés le hizo volver nuevamente.

Creyéndose ya a salvo, el loco estaba descolgándose de la rama para recoger sino la lengua, al menos sus armas cuando el bisonte advirtió su presencia y volvió enseguida, atrás dispuesto a abrirle en canal como había hecho con el caballo.

El inglés no anduvo menos ligero en volver a su rama, sobre la cual no tenía absolutamente nada que perder.

El bisonte no trepa como hacen los osos grises o negros.

El animal no sabiendo contra quién desahogar su ira, se empeñó contra el árbol, arrancándole largas tiras de corteza.

Eran esfuerzos inútiles, porque el árbol era demasiado grueso para poderle derribar a cornadas.

—¡Aho!... ¡Pobres lenguas!...—exclamó por segunda vez él inglés—. Yo estar destinado a morir de hambre. Ni muslos de oso ni trozos de bisonte, aunque yo pagar siempre sin regatear.

Miró al bisonte, pensando cómo podría librarse de él y cuánto duraría aquel asedio.

La carabina y el revólver habían quedado en tierra aunque él conservaba encima gran repuesto de municiones en sus numerosos bolsillos.

El bisonte cada vez más enfurecido continuaba su carga contra el árbol sin resultado alguno. Sin embargo, tal era su

fuerza que alguna vez lograba sacudirle.

Cansado por último, se acostó sobre la nieve a poca distancia del cadáver del caballo, mirando al inglés con torvos ojos inyectados de sangre.

El asedio comenzaba, un asedio bien estrecho porque el bisonte es animal muy testarudo y no renuncia a su venganza.

El inglés absolutamente inmovilizado esperaba pacientemente a que el animal se decidiera y se marchase lo cual era sólo una débil esperanza.

Lo que le molestaba más, era el hambre que a cada momento se hacía más atroz.

Si hubiese podido coger las dos lenguas no hubiera titubeado en comérselas crudas.

Empezó a blasfemar en inglés, sin lograr alterar al bisonte transformado, al menos en apariencia, en pacífico, porque había dejado en paz al árbol y fingía dormir con un ojo cerrado y otro abierto, dispuesto a lanzarse.

—¿Pero habrá muerto *mister brigante*? —se preguntaba el desgraciado, que hacía ya dos horas que se helaba, montado en la rama—. Este ser mal país. Pagar, pagar siempre y todos ladrones. Aquí no saber qué cosa es un *lord*. ¡Bandidos!...

Afortunadamente para él, ;los corredores de praderas estaban lejos. De haberle oído no hubiesen dejado de dar al insolente una lección de boxeo para que se acordase de América del Norte durante mucho tiempo.

Hacía ya tres horas que se congelaba sobre su rama, estudiando la manera de salir lo mejor posible de aquella embarazosa situación, cuando llegaron a sus oídos unos sonoros ladridos mezclados con aullidos.

—Va a terminar mi prisión —se dijo.

Después elevando su voz, lanzó tres sonoros hurras para atraer la atención del hombre que sin duda se avecinaba.

CAPÍTULO XXI. LA «SAKEM» DE LOS «SELVAS ARDIENTES»

El bisonte al oír aquellos ladridos se puso en pie rápidamente con los ojos todavía inyectados de sangre, el pelamen erizado y la cabeza baja, pronto al ataque.

El animal no dormía.

El inglés al verle moverse hizo: una horrible mueca.

—Antipáticos animales —murmuró—. En otros tiempos me gustaban para fusilarles... ¿De dónde vendrán esos perros?... ¡Aho!...

Una idea había pasado por su cerebro aunque estuviese mal colocado dentro de su caja ósea.

—Conductor muerto —dijo— féretro entregado a los lobos yo tomar su puesto.

Los ladridos se oían más claramente a cada momento, y hasta ya se oía de vez en cuando el restallar de la fusta del conductor del trineo.

El bisonte con la cabeza baja escuchaba, desfogando su cólera contra la nieve que escarbaba con sus poderosas pezuñas.

De pronto el inglés distinguió el trineo del conductor de féretros, que desembocaba de una mancha alejada de allí como un centenar de metros.

Enseguida el bisonte que también le había visto, se lanzó contra él a carrera desenfrenada.

—Yo presenciar hermoso espectáculo —dijo el *lord* egoísta, subiendo a otra rama para no perder de vista nada de lo que iba a ocurrir.

El conductor de féretros, al ver llegar aquel animal, detuvo los perros y saltó a tierra empuñando sus dos grandes revólveres.

Se oyeron dieciséis disparos seguidos, con rapidez extraordinaria y otros tantos proyectiles fueron a clavarse en la carne del asaltante, deteniéndole en plena carrera.

—¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hurra!... ¡Bravo! —gritó el inglés batiendo palmas.

El bisonte acribillado de balas inclinó la pesada cabeza mirando a su matador con una última mirada llena de cólera, lanzó un largo mugido y cayó hundiéndose en la nieve hasta el vientre.

Lord Wylmore se dejó caer a tierra en el acto, recogiendo lo primero de todo la carabina y el revólver.

Cargó una y otra y se dirigió al conductor de féretros que ya estaba arrancando la lengua al bisonte.

—*Mister* —le dijo—. Que aproveche.

El grosero canadiense *Je* miró de reojo y contestó con una ligera inclinación de cabeza.

El *lord* añadió inmediatamente:

—¿Usted no me conoce?

—Me parece efectivamente que le he visto alguna vez, hace unos días —respondió secamente el conductor de féretros.

—¿Y no se acuerda usted de cuando le salvamos de los lobos, brigante?

—¿Brigante?

—¡Acémila!

—¿A mí? —preguntó el canadiense cruzando los brazos en son de desafío.

—A ti.

—¿Sabe usted quién soy yo?

—Un bandido que transportas muertos.

—¡Está usted loco, *mister!*

—¿Yo *mister*? No; yo soy *lord* y *Par* de la Cámara de Inglaterra.

El canadiense se encogió de hombros despreciativamente, después contestó:

—Y yo soy francés.

—Ya no hay franceses en el Canadá —contestó el *lord*—. Todos ingleses.

—Acaso os equivoquéis, *mister*.

—Ya he dicho portador de muertos, que me llaméis *milord*. Yo no haber nunca sido un granuja como tú.

—¿Qué queréis? Yo no tengo tiempo que perder por ningún *milord* inglés.

—Yo querer montar en vuestro trineo. Mi caballo ser despanzurrado por terrible bestia y yo no poder caminar.

—Mis perros no pueden llevar más de dos personas.

—Usted y yo.

—Os equivocáis *milord*, porque he vuelto a recoger el féretro y le traigo conmigo.

—¿Los lobos no haber devorado al muerto?

—No, volví atrás a recogerle.

—¿Y a dónde vais?

—A conducir el muerto a quien me le ha entregado. Hay muchos lobos hacia el Sur y no puedo pasar.

—Usted tirar muerto y yo ocupar su puesto.

—¿En la caja?

El inglés prorrumpió en una carcajada.

—¡Aho!... ¡Estos canadienses!...—exclamó después—, ¡qué graciosos son!

El conductor de féretros bastante amoscado, le volvió la espalda para colocarse en su trineo, pero el inglés se le fue encima como un rayo, amenazándole con los puños cerrados.

—¿Dónde va usted, bandido? —le gritó.

—A proseguir mi viaje —contestó el canadiense.

—¿Y usted dejarme aquí, sólo, sin caballo?

—Ya le he dicho que mis perros no pueden arrastrar más de dos personas.

—Usted arrojar féretro y yo pagar.

—¿A quién?

—A usted.

—¡Oh!... Dad gracias a Dios, *milord*, porque no he tenido tiempo para volver a cargar mis revólveres sino a estas

horas habría dos cadáveres sobre el trineo.

—¡Granuja!

—¡Bestia!

—¿Míe llamáis bestia? ¿Sabe usted que yo pagar siempre servicios?

—¡No lo necesito! Me basta con lo que me pagan los parientes dé los muertos.

El inglés se le echó encima enfurecido, sin hacer uso de las armas que llevaba, cargadas, mientras su adversario se hallaba desarmado.

—Boxe!... Boxe!... —gritó.

—¿Estáis loco, mister? —preguntó el canadiense algo preocupado.

—¡Yo ser *milord*!... ¡Faquín!... ¡Matarife!... ¡Bandido!

De una terrible puñada tiró rodando sobre la nieve al canadiense y enseguida le apuntó con su carabina.

—¡Tirad el muerto, u os mataré yo!...—gritó.

El conductor de féretros lanzó un rugido de fiera, procurando ponerse en pie para romper la cabeza al agresor con las culatas de sus revólveres.

—¿No haber usted comprendido, bergante? —aulló el inglés que parecía enfurecido.

—¡El bandido eres tú!...—repuso el canadiense.

—Ningún *lord* ser bandido —contestó *lord Wylmore*—. Nosotros mandar, pero pagar siempre.

—¿Pero dónde quiere usted ir?

—Donde me plazca. ¿Le gustan a usted las esterlinas?

—Claro que no me disgustan.

Lord Wylmore se registró la cintura y sacó de ella las últimas piezas de oro que poseía, unas quince por lo menos y las arrojó al canadiense, el cual amansado repentinamente, le dijo:

—¿No podríais continuar por algún rato, *milord*? Así os perdonaría el puñetazo que me habéis dado.

—Yo no tener conmigo más que muchos cheques y aquí no hay bancos. Más adelante podré pagaros más.

—Podíais haber empezado por ahí.

—¿Tira usted el muerto?

—Le meteré en medio de aquella mancha y cuando suenen las trompas del Juicio Final ya se desenterrará él.

—¿Aunque le coman los lobos?

—Yo creo que sí —contestó el canadiense puesta de buen humor por la pequeña lluvia de esterlinas.

El inglés abrió de par en par la boca, hizo después crujir a los dientes y finalmente, dijo:

—Yo tener mucha hambre.

—Yo os daré lo que tengo, con tal de que me lo paguéis.

—¿Todavía pagar? ¿Y esterlinas regaladas?

—Son por el golpe y por abandonar el muerto.

—Pero yo no tener más oro.

—Tenéis cheques me habéis dicho. Firmad y a su debido

tiempo iré a cobrarles.

Pero tened entendido que si vuestra firma no es válida, yo os encontraré en dónde estéis, para arrancaros la cabellera.

El inglés perdió su ordinaria flema.

—¡Bandido! —gritó—. Yo cogerte trineo, muerto y víveres, sin darte otra esterlina. ¡Largo u hago fuego!

El canadiense, verdadero bandido que había creído desplumar al inglés por las buenas dio unos cuantos saltos para llegar al trineo.

Pero *lord Wylmore* que no le perdía de vista, con una carrera fulmínea se le adelantó y para atemorizarle y hacerle comprender que quería ser obedecido disparó al aire un par de tiros con su revólver.

El bandido que como hemos dicho tenía las armas descargadas, saltaba como enloquecido y blasfemaba en francés e inglés, pero sin osar acercársele.

—¿Te callaras? —aulló el lord apuntándole con la carabina.

—¡*Lord ladrón!* —contestó el canadiense ocultándose tras de los árboles, por miedo de encontrarse con una bala de carabina en el cuerpo.

En buen hora efectuó su retirada porque el inglés dejó salir el tiro decidido a desembarazarse del peligroso sinvergüenza.

Por suerte de éste, se retrasó un poco en apretar el gatillo, y el proyectil fue probablemente a clavarse en el tronco de algún árbol.

Calmándose un poco, seguro de que no tenía ya nada que temer, recargó el rifle, metió otro par de cartuchos en el revólver y llegándose al trineo empuñó la larga fusta de mango corto, se sentó sobre el féretro y lanzó un agudo

silbido.

Los perros, obedientes, se lanzaron a galope!, sin ocuparse en saber quién era el nuevo conductor.

El canadiense al ver alejarse su trineo se lanzó fuera de la mancha, gritando:

—¡Para!... ¡Para!... ¡Milord ladrón! ...

El inglés no se dignó mirar atrás siquiera.

Los perros marchaban magníficamente porque el nevado suelo estaba muy endurecido y el trineo se deslizaba rápidamente.

La aurora estaba próxima a aparecer.

¿Qué más podía desear aquel maniático?

El canadiense no podía ya perseguirle y aunque hubiera podido, le faltaban los cartuchos que habían quedado en el trineo.

Durante algunas horas el inglés a quien divertía mucho el guiar aquellos magníficos y rapidísimos perros, corrió hacia Septentrión atravesando selvas y selvas hasta que se apercibió de tener el estómago vacío.

—Yo comer sin tocar y mis *cheques* —dijo—. Horrible bandido peludo, quería mi bolsa. Yo comer tus provisiones y tú comer mi bisonte y después reventar.

En el trineo había algunos saquetes de piel cuidadosamente atados detrás del féretro.

Lord Wylmore, tomó dos al azar. Uno contenía bacalao seco y el otro galletas que debían tener un par de años, porque a pesar del intenso frío estaban apolilladas.

—Yo haber perdido en el cambio —dijo—, mis lenguas de

bisonte valer más.

Pero en cambio haber ganado trineo con perros y muerto... ¿Qué va a hacerse de esa carcasa?

Se divierte en viajar, pero yo no ser enterrador.

Paró los perros con un poderoso tirón de la brida que terminaba en el cuello del cabeza de fila, se bajó de él, agarró el féretro y a pesar de su gran peso, le lanzó a cinco o seis metros de distancia, destrozándole contra el tronco de un pino negro.

De entre los tablones desbaratados salió el cadáver de un hombre todavía joven y bastante bien conservado.

—Todos feos, los hombres muertos —dijo el inglés—. Tú no viajar más, los lobos comerte.

Volvió la espalda al cadáver que quedó en medio de la nieve con las piernas dobladas y volvió al trineo atacando con sus largos dientes amarillentos, al bacalao seco y durísimo y a la galleta.

Pero su estómago a pesar de tener el bazo inflamado y del *spleen*, funcionaba magníficamente y la colación fue abundantísima, humedecida por dos sorbos de *gin* del que a fuerza de registrar, había encontrado en una botella casi llena.

—Bandido castigado —dijo—. Yo haber comido a su costa sin pagar nada. Pero yo le dejé a aquel enterrador un bisonte. ¡Malo! ¡Malo!...

Se acomodó entre los sacos y volvió a poner en marcha los perros que parecía no tuvieran más deseo que avanzar hacia el Norte.

Decididamente *lord Wylmore* debía haber nacido bajo una estrella favorable, porque todas las cosas le salían siempre

perfectamente, hasta cuando otro hombre hubiera caído para no levantarse más, o escalpelado o con una bala de buen calibre en el cerebro.

Los bosques sucedían a los bosques, dejando anchos caminos, más que suficientes para el paso de un trineo.

La vegetación era siempre la misma; pinos negros del Canadá, pinos blancos que elevaban sus copas a treinta o más metros con un diámetro de más de dos en la base, cicutas, legus de fibras durísimas, que bajo el agua, adquieren mayor resistencia porque no se pudren, arces, abedules y sáeles.

Lord Wylmore que dormitaba, por poco no es arrojado fuera del trineo.

Entre las ramas de aquellos árboles, miraban al viajero, grandes búhos de plumaje casi blanco y se balanceaban las águilas pescadoras, mientras los pájaros hortelanos, hacían oír tímidamente sus gorjeos.

Ya hacía tres horas que corrían, cuando los perros se detuvieron bruscamente, ladrando furiosamente ante una mancha más espesa que las anteriores.

—¡Aho! —dijo bostezando como un viejo oso gris—. ¿Quién me molesta? El enterrador no tener las piernas bastante largas para pasarme delante. ¿Serán lobos? ¡Oh!... Estoy bien armado.

Hizo crujir la fusta, pero los perros no se movieron.

—¿Negocio grave, entonces? —se preguntó saltando a tierra con la carabina en la mano.

Miró ante sí, a diestra y siniestra, sin percibir nada sospechoso.

—¿Será el muerto el que me persigue? —se preguntó

después de un ralo—. Yo no tener miedo de los muertos y fusilarles también como bisontes. ¡Yo puedo pagar perjuicios!...

En aquel momento de la espesura de la mancha, salió una voz sonora, imperiosa.

—¡Stop!...

Cinco indios armados con *winchesters* y montados en bellísimos corceles tordos aparecieron de improviso, cortando el camino al inglés.

El jefe del pequeño escuadrón se adelantó audazmente sacudiendo la diadema de plumas de pavo salvaje, y por segunda vez gritó:

—¡Stop!...

Lord Wylmore lanzó una carcajada.

—¡Asnos! ¡pipas mal cocidas! ¡cretinos!... Yo andar en busca de vuestra *sakem* ¿y vosotros amenazarme?

En aquellos indios había ya reconocido los Selvas Ardientes de Minnehaha.

Los indios aguantaron filosóficamente aquella lluvia de improperios sin dignarse responder y dando una galopada se echaron encima del trineo.

—¿Dónde va nuestro hermano blanco? —preguntó el jefe del pelotón apuntándole con el fusil—. ¿Le estorba acaso su cabellera?

—Tu ser un asno más grande que una ballena—respondió el lord—. Yo voy en busca de la *sakem* Minnehaha.

—¡De Minnehaha!...—exclamó el jefe asombrado—. ¿De la Desolladora? ¿Que quiere de la *sakem* mi hermano blanco? ¿Le envían acaso los anchos cuchillos del Oeste?

—Yo no ser tu hermano, en primer lugar, porque tu no has nacido *lord* —respondió el inglés—. Después te diré que no soy cuchillo ni ancho ni estrecho, y que sólo pido ver a la *sakem* de los Selvas Ardientes.

Un indio se adelantó mirando atentamente al inglés.

—Yo conozco este rostro pálido —dijo—. Acaso la *sakem* le conozca también.

—Podíamos conducirle ante ella.

—¡Puesto que así lo desea!... El campamento no está lejos.

El jefe se volvió al inglés que ya comenzaba a perder su flema habitual.

—Suba mi hermano pálido, a su trineo —le dijo—, que nosotros le guiaremos a donde está la *sakem*.

—¡Aho!... ¡Bien dicho!... Yo ser ahora tu hermano a medio cocer en el horno del gran Manitú.

Subió al trineo y azuzó a los perros que partieron a la carrera.

Los cinco indios galopaban a los lados del inglés, manteniendo empuñadas sus armas de fuego y vigilándole con atención.

El prisionero por su parte no tenía intención alguna de escaparse.

Le conducían ante la *sakem*. Aquello era lo que hacía tanto tiempo deseaba, para decirle que la amaba con locura y que no volvería a Inglaterra sin ella.

Los perros, siempre escoltados por los cinco indios, recorrieron un par de millas, después penetraron en una especie de gran cañón cubierto también por espesa capa de nieve.

Al final de aquella estrecha garganta se alzaba un pequeño campamento indio donde solamente había una tienda destinada probablemente a Nube Roja y a la sakem.

Una treintena de jinetes, los últimos Selvas Ardientes avanzaron alborotando al encuentro del trineo y del pequeño pelotón.

El inglés sin asustarse por nada, detuvo los perros, descendió del trineo y se dirigió a Nube Roja que ya se había separado del grupo.

—¿Mi viejo amigo, cómo estar?

El indio arrugó el entrecejo como ofendido por aquella familiaridad, y después respondió:

—¿Qué desea mi hermano pálido? Ignora que vamos huyendo y que todo rostro que no sea rojo, para nosotros sólo representa un enemigo.

—No me importa —dijo el inglés—. Yo ser siempre amigo de los pieles rojas, porque nunca he sido largo cuchillo, ni del Este ni del Oeste. ¿Has entendido, viejo?

—Soy viejo, pero no soy sordo —respondió Nube Roja—. Nosotros ya nos hemos visto otras veces.

—Tú tienes buenos ojos.

—¿Y mi hermano de piel blanca, qué viene a buscar en el campamento de los últimos Selvas Ardientes?

—Yo quiero ver a tu hija.

—¿Para qué?

—Yo querer desposar la terrible sakem.

—¡Mi hija!...—exclamó Nube Roja apeándose de su *mustang*—,

¿tú hombre rojo?

—Yo ser un *lord*.

—¿Y qué es eso?

—Un gran *sakem* de los hombres blancos.

—Mi hija sólo se casará con un hombre de su raza, si se casa, alguna vez.

—Tu mujer estuvo casada con un hombre blanco.

—Tú no tienes derecho a mirar en mi pasado, peste blanca. ¡Ah! ¿Quieres ver a mi hija? ¡Ahí la tienes!...

—¡El *lord* inglés! —dijo con acento despreciativo—. ¿Qué quieres de mí?

—Ofrecerte mi mano —respondió *lord Wylmore* sin titubear.

—¿La mano? ¿Qué quiere decir? —preguntó *Minnehaha* algo asombrada.

—Que podéis llegar a ser mi mujer.

—¿Yo?...

—Yo ser muy rico, yo ser en mi país grandísimo *sakem*, yo poseer tres castillos en Escocia.

—¿Y qué más?

—Y dos millones de *dollars*.

La *sakem* prorrumpió en una carcajada estrepitosa.

—¿Y para eso me habéis venido a buscar?

—Yes.

—El gran *Manitú* no te ha coloreado el semblante como a

nuestros grandes guerreros.

—Yo fui mal cocido —repuso el inglés—. La culpa la tuvo el cocinero.

CAPÍTULO XXII. LA MUERTE DE UN MISERABLE

Entre el *lord* y Minnehaha reinó un breve silencio como si ambos se encontrasen en situación embarazosa para reanudar su conversación. La *sakem* le rompió bruscamente con una carcajada estridente que tenía bastante de salvaje.

—¿Qué dices tú a esto, padre? —preguntó a Nube Roja que se había colocado detrás del inglés empuñando su hacha de guerra.

El viejo y terrible guerrero arrugó el entrecejo, rechinó los dientes y después contestó:

—Basta de manchas blancas en nuestra familia.

—¿Así lo crees?

—También tu madre amó a un hombre blanco —dijo Nube Roja con airado acento.

—Y después le arrancó la cabellera.

—Era su deber. El hombre blanco había matado a su hijo.

Lord Wylmore con las manos metidas en los bolsillos, esperaba tranquilamente a que el coloquio entre padre e hija terminase.

Aunque se hallaba rodeado por treinta indios que le miraban de reojo, apretando los mangos de sus cuchillos de escálpelar, demostraba una calma maravillosa.

¡Demonio! ¿No era un gran honor que un *lord* inglés

descendiera hasta ofrecer su nobilísima mano a una salvaje?
Al menos así pensaba el chiflado.

Por último Minnehaha se volvió hacia él, preguntándole:

—¿De manera que queráis convertirnos en amo mío?

—No, amo no; marido, marido —contestó el *lord*—. Yo no ser indio piel roja.

—¿Y me amáis?

—Yo soñar en usted muchos años hace.

—Y ¿sabéis que he soñado a mi vez? Pues que llevaba vuestra cabellera clavada en mi escudo de guerra.

El rostro del inglés se ensombreció.

—Usted no sabe amar.

—De los hombres blancos no amo más que la cabellera
—repuso Minnehaha.

—Yo me dejaré escarpelar, si usted se casa conmigo después.

Nube Roja intervino en aquel momento.

—Minnehaha —dijo—. No tenemos tiempo que perder, la frontera está aún lejana, los víveres escasean y no sabemos si por fin los anchos cuchillos del Oeste han desistido de nuestra persecución.

—¿Y qué consecuencia quieres sacar de eso, padre?

—Que te libres cuanto antes de ese hombre añadiendo una cabellera más a tu colección.

Como estas palabras se cambiaron en la lengua de los *sioux*, el inglés no comprendió nada, por lo cual continuaba tranquilo, bien lejano de sospechar el terrible peligro que le

amenazaba.

—Decide Minnehaha —dijo Nube Roja—. ¿Acabo con él, de un golpe de tomahawk?

La *sakem* sacudió la cabeza.

—Este hombre no es un ancho cuchillo y ha llegado aquí como amigo.

—Pero es un rostro pálido.

—No me mortifiques, padre.

—Te digo que tenemos que volver a emprender la marcha ¿vas a arrastrar contigo a este hombre?

—¡Oh no!...—dijo Minnehaha con extraña sonrisa—. Dicen que soy malvada, más malvada aún que mi madre, y sin embargo esta vez quiero dejar la cabellera en el cráneo de este enamorado.

Me ama, me ofrece millares de dollars y un gran título en su patria y debo por ello guardarle algunas consideraciones.

—Tú eres la que ahora me mortifica —respondió Nube Roja.

—La caballería americana no está aún a la vista y por tanto podemos cambiar algunas palabras.

—¿Vas a perdonarle?

Una sonrisa cruel, contrajo los labios de la *sakem*.

—La peste blanca, sea cualquiera la raza a que pertenezca, debe morir —dijo luego—. No merecería ser hija de la gran Valla si dejara vivo a este rostro pálido.

Su corazón se abrasa de amor por mí, pues bien; una buena helada en plena selva, expuesto a los vientos y con lobos que aúllen, le calmará enseguida.

—¿Qué quieres decir Minnehaha? —preguntó Nube Roja con estupor.

—Que desnuden a ese hombre y le aten a cualquier árbol del bosque dejándole allí abandonado a su destino.

Ya estoy cansada de escarpelar.

—Mejor sería matarle en el acto.

—Ya se encargarán de ello los lobos. Si hemos de reanudar pronto el viaje, hay que darse prisa.

Nube Roja hizo una seña a sus hombres.

Seis guerreros, casi todos de formas atléticas, se precipitaron sobre el desgraciado inglés que cogido de improviso, no tuvo tiempo siquiera ni de poner en práctica las} lecciones de Sandy-Hook.

—¿Qué vais a hacer conmigo, bandidos? —gritó.

—La sakem ha hablado y basta —dijo Nube Roja.

—¡Bandidos!...—Yo haber venido aquí como amigo de los hombres rojos—. Minnehaha les volvió la espalda volviendo a entrar en su tienda. El inglés exasperado, intentó rebelarse, pero los seis atletas le agarraron fuertemente y le arrastraron al bosque, sordos a sus protestas.

Como un rayo le despojaron de sus ropas, apoyándole desnudo contra el tronco de un pino, y le amarraron a el fuertemente con dos lazos.

Nube Roja asistía a la escena sonriendo burlonamente.

A cada insulto del desgraciado *lord* respondía encogiéndose de hombros.

Los indios, tiraron los vestidos como si temieran apestar, y

se marcharon seguidos lentamente por el viejo sakem de los cuervos.

—¡Bandidos!...—gritó por última vez el inglés, intentando vanamente romper las ligaduras.

Nadie le respondió. Vio a los indios desmontar la única tienda salvada del ataque de la caballería americana, vió a Minnehaha subir a su blanca yegua sin dignarse dirigirle una mirada y por último, vio partir a los demás en un grupo apretado.

Quedaba solo, abandonado en aquel bosque, incapaz de defenderse de los lobos y sobre todo de las mordeduras feroces del viento de Septentrión.

—Yo ser hombre muerto —dijo—. Yo no poder pagar lobos. América me será fatal. ¡Oh!... El spleen de lord Byron. ¡Maldito Satanás!... ¡Que frío!... ¡Yo no soy un esquimal!...

Un viento helado soplaba del Septentrión levantando un polvo de nieve que se depositaba sobre las carnes del inglés.

El insular resistía ferozmente aunque tuviese los pies hundidos en la nieve hasta los tobillos, pero sin embargo se sentía helar poco a poco no sólo las carnes sino hasta el corazón.

—Yo ser hombre muerto —dijo—. Mi amor por Minnehaha me mata. ¡Aho!... Lobos llegar y devorarme completamente... ¡Un lord inglés!...

Los lobos efectivamente llegaban de lejos, pero había otro de dos piernas, más peligroso, que avanzaba lentamente a través del bosque, blasfemando.

Durante un par de horas cabalgó el señor Devandel buscando a su adversario, esperando en vano, un tiro disparado a traición. Desanimado por aquella inútil correría, volvió a la mancha donde Sandy-Hook y los tres corredores le

esperaban presas de viva ansiedad.

—¿Qué hay? —preguntaron a la vez los cuatro hombres, saliéndole al encuentro.

—Desaparecido —contestó el capitán.

—¿Es posible? —exclamó el bandido—. Yo he visto siempre al *lord* lleno de valor.

—Les digo a ustedes que ha huido, porque sino en dos horas de pesquisas continuadas ya le habría encontrado.

—¿No habéis siquiera encontrado sus huellas, señor Devandel? —preguntó el *indian-agent*.

—Ni siquiera eso —contestó el capitán.

—¡Por todas las colas de los diablos!...—exclamó el bandido—. ¿Qué habrá sido esto? ¿Usted se lo explica de algún modo, mister John?

—Sí, de una sola manera; que ha preferido ir en busca de Minnehaha en vez de exponerse a los riesgos de un duelo —contestó el *indian-agent*.

—¿Y qué haremos?

—Le daremos caza y le obligaremos a batirse.

Lo primero hay que buscar su rastro.

De aquí partió, de manera que no habrá dificultad en seguirle, ya que la nieve es bastante espesa por todos lados.

—¿Dónde habrá ido a parar ese loco? —se preguntó el bandido—. Esta desaparición me parece bastante misteriosa. ¡Pero ese hombre es valeroso!... Esa Minnehaha le ha trastornado el seso. ¡Bah!... Ya veremos.

Dos cinco hombres montaron a caballo, examinaron como

siempre acostumbraban, sus armas y se pusieron sobre la pista del desgraciado *lord* sin sospechar la desdichada aventura de que había sido protagonista.

La nieve conservaba las huellas de su caballo que como procedente del regalo de los americanos llevaba herraduras.

John como más práctico en aquellos procedimientos dirigía el reconocimiento, levantándose de cuando en cuando sobre los estribos para abarcar mayor horizonte.

—Nada —murmuraba—. ¡He aquí un misterio!... ¿Dónde habrá ido a parar ese loco? Ha escapado hacia el Norte en lugar de emboscarse aguardando al capitán. Las huellas lo dicen claramente.

Los cinco jinetes impulsados por una ansiedad fácil de comprender, pusieron sus caballos a galope siguiendo siempre su rastro.

Así siguieron algunos bosques hasta llegar a donde el caballo del inglés estaba despedazado por el bisonte.

Todos echaron pie a tierra también para conceder algún descanso a sus cabalgaduras.

—¿Qué dices a esto, John? —preguntó el señor Devandel al *indian-agent* que estaba examinando el caballo ya en gran parte devorado por los lobos y los coyotes.

—Que aquí terminó la correría del *lord* —contestó el interrogado—. Este caballo ha sido reventado por algún bisonte furioso.

—Al que luego ha matado el inglés —dijo Harry en aquel momento—. Allí junto a aquel grupo de árboles está el animal que le mató.

—Y aquí hay otro delante de nosotros —dijo Jorge.

—¿Pero, qué ha hecho ese loco? —se preguntó Sandy-Hook—. Se conoce que le ha vuelto a atacar la bisontitis aguda.

—Vamos a reconocer estos animales —dijo él señor Devandel—. Acaso sus cadáveres nos den ja clave del misterio.

Se dirigieron primero al bisonte señalado por Jorge, conduciendo sus caballos por la brida, y al momento comprendieron que había sido muerto de un tiro.

—Esto no explica nada, señor Devandel. Le ha matado el lord y eso es todo.

—Vamos a ver el otro.

Volvieron sobre sus pasos y se acercaron al segundo bisonte al que el conductor de féretros había atiborrado de plomo.

—Se diría que este animal ha recibido un disparo de metralla en pleno cuerpo —dijo John—. Mirad; su piel está completamente acribillada.

—¿Por balas de carabina? —preguntó el señor Devandel.

—No; de balas de revólver y...

Metió dos dedos en una de aquellas heridas y después de registrar un rato, sacó una bala que sin duda se había detenido al chocar contra un hueso.

La observó atentamente y se le escapó un grito de asombro.

—¿Qué hay, John? —preguntó el señor Devandel.

—El misterio se complica extraordinariamente. Estas balas tienen un calibre distinto del de nuestros revólveres. ¿Quién ha matado este bisonte?

—Yo creo que únicamente podría contestarnos el diablo, mister

John —dijo Sandy-Hook.

—Y tú John, ¿no te explicas esta misteriosa aventura?

—Únicamente puedo repetiros que este animal ha sido muerto por otro hombre.

—Jorge —dijo de pronto Harry—. Extendamos nuestras pesquisas. Ustedes pueden quedarse aquí con los caballos. Este misterio debe aclararse de un modo u otro.

Mientras los compañeros acampaban para preparar algo que comer, los dos corredores dieron algunas vueltas alrededor del bisonte que el conductor de féretros había acribillado, y luego fueron extendiendo su radio de acción.

—Aquí hay dos pisadas —dijo Harry deteniéndose—. ¿Te parece, hermano, que el *lord* tiene los pies tan tremendos?

—No —respondió enseguida Jorge—. Apostaría mi carabina contra una vieja pistola a que esto son huellas de *mocasines* canadienses.

—Yo iba también a decirlo —contestó Harry—. Sigámosles.

—¿Sabes hermano en qué pienso en este momento?

—Habla.

—En el conductor de ataúdes.

—¿Aquel tipo horrible? ¿por qué piensas en él?

—Porque me parece que calzaba *mocasines* canadienses.

—Como montaba un trineo, encontraremos las huellas de los patines, y las de los perros. Sígueme.

Los dos corredores se pusieron a seguir las huellas y al costado de una mancha encontraron bien pronto el sitio: donde el sepulturero, como le llamaba el inglés, se había

detenido con el trineo para hacer frente al terrible bisonte.

—¿Un trineo, no es eso, Jorge? —preguntó Harry.

—Sí, hermano.

¿El del conductor de féretros, u otro?

—Creo que el del conductor —respondió Jorge—. Mira aquí las huellas de los diez perros que llevaba.

Veinte pares. Cuenta exacta.

—Eres un verdadero profesor de matemáticas —contestó Harry sonriendo—. Ya sabemos algo más que al principio.

Ahora se trata de saber si el *lord* ha marchado en unión de aquel personaje.

—Como veis el trineo ha vuelto a emprender su carrera hacia Septentrión.

Pero siempre veo las huellas de los *mocasines* que por el momento no nos interesan. ¿No te parece hermano?

—Tienes razón y haremos lo que dices.

Volvieron atrás y pusieron a los compañeros al corriente de sus descubrimientos, mientras bien o mal asaban una pierna de oso.

—Aquel conductor de muertos debe ser un gran canalla —dijo Sandy-Hook.

—Si le encontrara había de hacerle pasar cinco minutos malos. Contemos con nuestra suerte.

—No le concederemos perdón —concluyó el *indian-agent*.

Comieron a escape, y rompieron un trozo de la capa de nieve para que los caballos pastasen, y luego montaron a caballo.

Ahora siguieron las huellas del trinco.

—¡Por todos los diablos del infierno!...—exclamó el bandido—. He de encontrar la gallina de los huevos de oro.

Pagaba bien el amigo a pesar de su chifladura.

El trineo había dejado dos surcos bien distintos, sobre la sábana de nieve endurecida por el viento de Septentrión que constantemente sopla sobre aquellas inmensas llanuras boscosas.

Además se distinguían las huellas de los diez perros.

La galopada duró toda la noche, cada vez más veloz. De pronto el *indian-agent* se detuvo.

La luna brillaba espléndidamente y se veía casi como en pleno día, auxiliado por el reflejo de la nieve.

Cuatro o cinco coyotes se encarnizaban contra una masa blanquecina que yacía junto a un féretro destrozado.

—¡Rayos!...—exclamó disparando dos tiros de revólver contra aquellas alimañas—. Aquí hay un cadáver insepulto.

—Que enterrará usted *mister John* si tiene tiempo que perder —contestó el bandido—. Acaso me equivoque, pero debe ser el mismo que libramos de los lobos, y que el conductor de féretros llevaba a no sé qué infierno americano.

—Es un hombre de unos treinta años —dijo el *indian-agent* que se había desmontado de su *mustang*—. Alguna pulmonía fulminante debe habersele llevado.

—¿Queréis sepultarle? —preguntó el bandido irónicamente—. No privemos a los lobos de una cena aunque sea algo pasada.

—No tengo pala, ni tiempo disponible —respondió *John*—. En las praderas se dejan los muertos al cuidado de las fieras.

Que se termine bajo la tierra o ten el vientre de un oso gris o de un jaguar, es lo mismo.

—Así llegarán antes al Infierno —dijo Sandy-Hook.

—No entiendo de esos asuntos. Montemos de nuevo y continuemos la caza.

Me gustaría ahora más, encontrar al rudo conductor de féretros que al inglés.

—También soy de la misma opinión —dijo el señor Devandel.

—Por ahora sí —contestó el *indian-agent*— Puede ocurrir que el conductor de ataúdes y el *lord* inglés estén juntos.

Empaparon a escape una galleta y volvieron a montar a caballo aflojando las riendas.

Los *mustangs* algo descansados, reanudaron su carrera, atravesando bosques y bosques poblados únicamente por búhos y alguna pareja de martas.

El *indian-agent* guiado por su infalible instinto seguía, siempre los surcos del trineo.

Hacia las siete de la tarde, los cinco hombres, oyeron un agudísimo alarido, y luego blasfemias en francés con el acento especial de los canadienses...

—¡Por mil demonios! —exclamó Sandy-Hook— se diría que degüellan a alguno.

—¡Preparad los rifles! —ordenó el *indian-agent* hostigando a su *mustang*.

Ante ellos se extendía una mancha impidiendo las vistas.

Otro alarido más agudo, como de un hombre que muere, se confundió con el rumor del galope de los caballos.

—Los jinetes habían montado sus carabinas.

—¡Adelante! ¡Adelante!...—gritaba John.

Superada otra mancha, un horrible espectáculo se ofreció a sus miradas.

Un hombre completamente desnudo estaba atado a un árbol y ante él un bandido barbudo que enseguida fue reconocido como el conductor de muertos, se divertía en acuchillarle ferozmente.

La víctima era el inglés.

De los labios de Sandy-Hook escapó una blasfemia.

—¡Ah, perro!... ¡Matadle como a un animal rabioso!... —gritó después.

Sonaron cinco tiros de carabina y el sepulturero se desplomó ante su víctima acribillado por las balas.

Fue muerto, pero satisfecho en su venganza, porque al ver llegar a los jinetes había hundido su cuchillo en la garganta del desgraciado *lord*.

Sandy-Hook presa de cólera, imposible de describir, dio tal puntapié al asesino que le echó a rodar cinco o seis metros más lejos y enseguida se acercó a *lord Wylmore*.

—Es inútil —dijo con cierto sentimiento—. Está muerto.

CAPÍTULO XXIII. LA DESTRUCCIÓN DE LOS ÚLTIMOS «SELVAS ARDIENTES»

El trágico fin del desgraciado *lord* había impresionado de tal manera a los corredores de las praderas, que no se atrevían a acercarse al cadáver que por momentos se iba cubriendo de sangre.

Debajo de sus pies se había formado una hoya y, horrible detalle, la nieve se había fundido con el calor de la vida que huía por las heridas del pobre *lord*.

—¡Horrible!...—exclamó por fin el señor *Devandel*—, ¿y estás bien seguro *Sandy* de que el inglés está muerto?

—Su alma anda errante por las celestes praderas —contestó el bandido—. Ya no se puede hacer nada por él.

—Este delito me parece haberlo yo cometido.

—¿Por qué, señor *Devandel*? —preguntó el *indian-agent*.

—Si no de hubiese propuesto aquel estúpido desafío, aún viviría.

—Acaso le hubiese usted matado.

—Pero no asesinado de un modo tan bárbaro.

—Además ese pobre hombre estaba predestinado a dejar sus huesos en América. Ya se hubieran encargado los indios de arrancarle la piel más pronto o más tarde y...

Se calló bruscamente lanzando un grito.

—¿Qué os pasa Sandy? —preguntó el señor Devandel—. ¿Estará vivo aún el inglés?

—¡Cuerpo de... no sé qué cosa decir! ¿Y todas estas huellas, no las veis? Son de *mocasines* indios. ¡Cuerpo de mi cuerpo degollado y asado!

Cuatro gritos salieron de las gargantas de los corredores:

—¡Es verdad!... ¡Es verdad!...

Efectivamente alrededor del árbol se veían perfectamente las pisadas de los guerreros de Nube Roja, además de las del canadiense que eran muy diferentes.

—¿Qué decís de eso John? —preguntó el señor Devandel que parecía muy emocionado.

—Que en esto anda la mano de Minnehaha —contestó el *indian-agent* haciendo un gesto de ira—. No ha escalpelado al desgraciado, pero le ha condenado a un suplicio mucho más espantoso, que únicamente la feroz fantasía de los pieles rojas ha podido inventar.

Le han atado para que muriese de hambre y frío, devorado por los lobos.

—¿Y crees que ha sido Minnehaha?

—Ella y Nube Roja.

—También yo odio ferozmente a esa mujer que intentó hacernos una traición hace muchos años, en las orillas del Lago Salado.

Yo tampoco la perdonaré.

—Y usted, Sandy, ¿qué dice?

—Que no hay duda de que los indios son los que le han atado, pero queda un misterio y es saber que motivos ha

tenido ese bribón para asesinarle.

Espérenme ustedes.

Se aproximó al miserable que yacía con los brazos abiertos y la boca llena de sangre y después de moverle y removerle rabiosamente, empezó a registrarle.

—¡Rayos!...—exclamó—. ¡Quince esterlinas!... ¡Esto es oro inglés! ¡Ah, canalla! Le ha asesinado suponiendo encontrarle más dinero en el cinturón. Tu alma condenada, sin duda ha bajado derecha a los infiernos. Con estos bandidos hay que asegurarse.

Sacó el revólver que llevaba enfundado en la cintura y descargó tres tiros en la misma cara del asesino, tiros desperdiciados porque estaba tan muerto como el inglés.

Aún vibraba en el aire el último disparo cuando los cinco hombres, con no poca sorpresa, oyeron algunas detonaciones.

—¡Los indios! —gritó Sandy-Hook—. ¡A caballo! ¡A caballo!...

—¿Cómo los indios? —repuso el *indian-agent*—. Esos no son disparos de *winchester* sino de carabinas de grueso calibre.

—¿Cuántos tiros? —preguntó el señor Devandel.

—Cinco o seis —contestó Harry.

—¿Acaso llegan los americanos?

John sacudió la cabeza.

—Eso son carabinas de cazadores, acaso canadienses. Veamos.

Levantó su rifle y disparó al aire. Un instante después respondieron otras dos a no mucha distancia.

—Calibre de cazadores —dijo John—. ¿Qué vendrán a hacer

aquí esos canadienses cuando aún están bastante lejos las fronteras del Dominio?

¿Míe lo podrías decir, Sandy-Hook?

El bandido hizo una mueca y después dijo irónicamente.

—No soy ningún hijo del Gran Manítú. Esperemos.

Se ocultaron detrás de unos gruesos árboles después de esconder los caballos un par de centenares de metros alejados.

Ninguna precaución es excesiva en aquellas regiones habitadas por indios sanguinarios y bandidos, más que por honrados agricultores.

Al cabo de quince o veinte minutos vieron avanzar por entre los árboles un pelotón de unos veinte jinetes todos barbudos, de formas vigorosas y bien montados.

—¿Son canadienses John? —preguntó el señor Devandel.

—Sí, señor —respondió el *indian-agent*—. Es fácil reconocerles.

—Ahora no tendremos nada que temer.

—Así lo creo.

—¿Y si fuesen compinches del enterrador? —dijo Sandy-Hook— siempre desconfiado.

—¡Ah!... ¡Bah!... —respondió John.

Empuñó el *rifle* que había vuelto a cargar y avanzó hacia los jinetes gritando:

—¿Quién va?

—Canadá —respondieron los veinte hombres saltando a

tierra y cogiendo los caballos por la brida.

—Corredores de las praderas americanas, mandados por un capitán de caballería —respondió inmediatamente John para prevenir alguna descarga.

Un hombre de edad madura, con aspecto distinguido avanzó solo hacia los corredores después de volver a montar en su peludo *mustang*.

—Señores —dijo con acento francés y quitándose el sombrero—. Nosotros no somos bandidos, sino hombres honrados que buscan a un bandido.

—¿Quién? —preguntó John mientras sus compañeros avanzaban.

—Un conductor de cadáveres que envenenaba a las personas más ricas de la colonia americana para ganarse el precio del transporte.

—Llegáis tarde, señores.

—¿Por qué? —preguntó el canadiense algo asombrado.

—Porque hace poco le hemos matado como a un perro hidrófobo, para vengar a un compañero nuestro asesinado por aquel miserable. ¿Es aquel?

El canadiense miró en la dirección que John le indicaba y adelantó con su caballo hasta el cadáver del conductor de féretros.

Un grito se escapó de su pecho:

—¡El es el bandido, el asesino que envenenó a mi sobrino! Señores han librado ustedes al mundo de un gran criminal. ¿Qué podemos hacer por ustedes?

Iba John a contestar cuando en lontananza, se oyeron gritos agudos.

No era posible equivocarse: eran los gritos de guerra de los pieles rojas.

Los últimos *Selvas Ardientes* habían descubierto las huellas de los canadienses y creyendo tener que habérselas con americanos que les iban a cortar la retirada, retrocedían hacia el Sur.

El canadiense interrogó a John, con la mirada.

—Son indios, y de los más terribles porque les guían la famosa *Desolladora* y *Nube Roja*, el *sakem* de los cuervos.

—Hemos oído hablar de esos personajes —respondió el canadiense.

—¡Ah!... ¡Vendrán por nuestras cabelleras!... ¡Ya nos veremos!

Se metió dos dedos en la boca y lanzó un silbido agudísimo.

Sus compañeros avanzaron al galope colocándose detrás de su jefe.

—Muchachos —dijo él hombre—. Estos señores han matado al canalla que transportaba los féretros. Ahora les amenazan los indios. Defendemosles y defendamos también nuestras cabelleras porque esos jaguares no distinguen entre canadienses y yankees. A tierra, a poner los caballos a salvo.

Saltaron de las sillas, saludaron cortesmente a los correadores y se prepararon valerosamente con gran sangre fría a sostener el choque con los *Selvas Ardientes*.

John y Sandy-Hook en unión del jefe de los canadienses se pusieron en observación en el sitio más avanzado de la mancha.

Los gritos habían cesado. ¿A quién perseguían los indios? Intentaban un rodeo ofensivo y con su acostumbrada precaución exploraban antes de atacar a fondo.

—¿Qué piensa usted, mister John? —preguntó Sandy-Hook.

—Creo que dentro de poco lucharemos al arma blanca y que usted ganará su perdón y los diez mil dollars, y yo recobraré mi pobre cabellera, que aunque ya no me servirá, tengo ganas de volver a ver.

—Ya no se oyen.

—Han encontrado las huellas de los canadienses y no se atreven a avanzar. No somos más que cinco.

—¿Y si procuráramos sorprenderles? —preguntó el jefe de los canadienses.

—Acaso dándoles una carga furiosa les destrozaríamos.

—¡Hum! —hizo el bandido—. Son muy duros estos Selvas Ardientes. Sin embargo, no podemos permanecer aquí mirando los árboles, sin hacer nada.

—Lo mismo me parece a mí.

—Mandaremos delante algunos exploradores —dijo el jefe de los canadienses—. Déjenme ustedes a mí, hacer. Tengo algunos jinetes aptos lo mismo para un ataque que para una retirada. Espérenme ustedes.

Volvió hacia sus hombres con los que conferenció breves momentos y a poco salieron de la mancha, cuatro jinetes con las carabinas en la mano.

—Sed prudentes —les dijo el jefe—. Procuraremos tenderles una emboscada.

En aquel momento apareció Jorge montado sobre su *mustang*.

—Señores —dijo—, he nacido en las fronteras del Far-West y hace más de veinte años que combato contra los indios. Dejadme el cuidado de dirigir vuestros hombres. Conozco

muy bien las perfidias de los gusanos rojos.

El jefe interrogó al *indian-agent* con la migada.

—Podéis fiaros de él —contestó John. Es uno de los más intrépidos corredores de las bajas praderas.

—Entonces partid —dijo el jefe—, y en caso de peligro inminente replieguense ustedes sobre el campamento sin empeñar combate.

Los cinco jinetes aflojaron las riendas, y partieron trote corto, desapareciendo muy pronto entre los troncos de la espesa mancha.

—¿Y nosotros, qué hacemos? —preguntó Sandy-Hook.

—Enterremos al inglés, lo primero —dijo el señor Devandel—. No quiero que los lobos despedacen su cadáver. En cuanto al asesino, dejadle donde se halla. Semejante granuja no merece misericordia.

Por fortuna los canadienses llevaban suspendidas en sus monturas pequeñas palas para nieve, con objeto de levantarla para que pudieran pastar los caballos.

Con ellas fue fácil escarbar una sepultura.

John, Harry, el señor Devandel y Sandy-Hook, no poco conmovidos, se acercaron al árbol seguidos de media docena de canadienses que se habían ofrecido a ayudarles.

El desgraciado *lord* estaba cubierto de sangre que el intenso frío había congelado sobre su piel.

Habla recibido del bruto canadiense, más de diez cuchilladas y la última sobre todas, le había sido fatal.

—¡Cuerpo de cien mil diablos!...—exclamó Sandy-Hook apretando los dientes—. ¿Por qué no habremos cogido vivo al asesino?

—¿Pues qué más le ibais a hacer? —preguntó el señor Devandel.

—Le hubiera hecho sufrir las torturas en el poste indio, con algunas innovaciones de mi propiedad.

—¿No os basta, habedle matado?

—No, capitán. Voy a verle otra, vez antes de que los lobos le devoren.

—¿Para darle otro puntapié? —preguntó el *indian-agent*—. Dejad en paz a los muertos, Sandy. Ya ha pagado su bribonada.

—Quiero asegurarme de una cosa *mister John*. ¿Acaso no soy yo también bandido? Llamadme despojador de cadáveres, que eso no me ha de avergonzar ya más. ¿Queréis seguirme? Estoy seguro de que descubriremos alguna cosa interesante encima de ese fúnebre malvado.

—Os sigo —contestó el *indian-agent*—. Mas que por nada, por asegurarse de los efectos de nuestras balas.

—Ya veremos algo más interesante, se lo aseguro —respondió el bandido.

Los dos hombres salieron de la mancha y se dirigieron hacia, el árbol ante el que había caído el conductor de féretros.

Sus compañeros y los canadienses les seguían con la vista prontos a intervenir en caso de una sorpresa de los *Selvas Ardientes*.

El enterrador, como le llamaba el desgraciado *lord Wylmore*, yacía sobre la nieve con las piernas encogidas y las manos sobre el pecho.

Cuatro proyectiles le habían atravesado el pecho, y otro le había destrozado la frente, sin contar con los que antes de

ahora en el primer reconocimiento le disparó Sandy.

—Hermosa figura hace ahora este condenado —dijo el bandido que se disponía a darle otro puntapié.

—Déjele usted Sandy —dijo John—. Está muerto, y basta.

—Supongo que esta noche cenará con los diablos, bebiendo petróleo y plomo fundido, en lugar de *whisky*.

—No le quite usted el apetito.

—¡Cuerpo de un trueno!... No me irrite usted, mister John.

—¿Yo?... ¡Usted sueña, Sandy!...

El bandido se inclinó sobre el cadáver del conductor de féretros y le volvió del revés los bolsillos, de donde volvieron a salir las quince esterlinas.

—¡Quince esterlinas! —exclamó apresurándose a recogerlas—. Era lo último que le quedaba al *lord*.

Le ha robado y luego le ha asesinado. Yo en su lugar hubiera tenido más consideración a pesar de la mala fama que me han propinado.

—¿Con razón o sin ella? —preguntó John algo irónicamente.

—No lo sé —le respondió Sandy con brusquedad.

Después mirándole fijamente a la cara le preguntó:

—¿Usted tiene motivo de queja, por mi comportamiento?

—De ninguna manera.

—A pesar de que hace muchos años que nos conocemos.

—Es verdad.

Sandy-Hook después de hacer sonar entre sus manos, las

esterlinas del inglés, se las embolsó diciendo:

—¡Bah!... Al menos no se ha perdido el día...

Dirigióse al conductor de féretros una última mirada preñada de odio, acaso porque le había dejado sin la gallina de los huevos de oro y se reunieron a los canadienses que estaban disponiendo la cena en la idea de que los compañeros mandados de expedición regresaran pronto.

Pero esto no ocurrió. El sol desapareció en el horizonte y las tinieblas se extendieron sobre la blanca llanura obscureciéndola, sin que ningún jinete se viese aparecer.

Gran inquietud produjo en el campamento este retardo.

¿Habrían caído los corredores en alguna emboscada, y les habrían escalpelado los guerreros de Minnehaha y Nube Roja?

—¿Usted qué opina, John? —preguntó el señor Devandel.

—No se ha oído ningún disparo de fusil, lo que prueba que no ha habido combate. Pero yo aconsejaría una cosa.

—Hable usted francamente.

—Yo tengo la seguridad de que los *Selvas Ardientes* intentarán contra nosotros un ataque desesperado. Tomemos nuestras disposiciones.

—¿Qué hay que hacer?

—Formaremos un campo atrincherado en este pequeño bosquecillo.

—¿Derribando algunos árboles y abriendo trincheras?

—Sí, señor Devandel.

—Somos bastantes y terminaremos en poco tiempo. ¡A mí canadienses!

Los fuertes y valerosos hombres de las selvas del Dominio inglés acudieron inmediatamente a la llamada.

Además de las pequeñas palas para la nieve, estaban provistos de hachas para abrirse paso por los bosques de las regiones septentrionales.

En menos de dos horas aquellos hombres habilísimos e incansables en toda clase de trabajos, plantaron alrededor de la mancha una estacada no tan alta que un caballo no pudiese saltarla, para poder tomar la ofensiva en caso necesario.

John y Harry ensillaron sus caballos y salieron a explorar los alrededores con la esperanza de adquirir noticias de los cinco hombres enviados de avanzadas, pero no obtuvieron resultado.

—¿Que hay, John? —preguntó Harry que no podía estarse parado.

—Esperemos —contestó el *indian-agent*—. ¿No eres tú también corredor de las praderas?

—Sin embargo estoy intranquilo.

—Yo no lo estoy menos, pero no desespero de verles aparecer antes del alba.

—¿Tantas horas de intranquilidad?...

—Es la guerra, querido. Una cosa me extraña.

—¿Cuál, John?

—Que los lobos no aúllen esta noche. Eso significa que los indios andan cerca.

—¿Y qué deduces?

—Que esta noche infaliblemente, sufriremos un ataque de Minnehaha y Nube Roja.

—Felizmente somos bastante número.

—Y los canadienses se han batido magníficamente en sus guerras contra los indios de los grandes lagos.

De pronto hizo un gesto, llevándose la mano al oído derecho, como para reconcentrar mejor los rumores más lejanos.

—Un disparo —dijo luego.

—¿No te equivocarás, John?

—Es imposible. Hasta juraría que ha sido un tiro de revólver.

—¡Qué oído más sutil!

—Estoy ya acostumbrado —contestó el *indian-agent*.

—¿Seguimos adelante?

—No; repleguémonos al campamento. Allí estaremos más seguros.

Regresaron lentamente hacia la mancha, donde los canadienses estaban ya agazapados junto a la empalizada, con los *rifles* en la mano, dispuestos a recibir dignamente a los indios.

—¿Nada? —preguntó el señor Devandel al *indian-agent*.

—Algo debe haber ocurrido —respondió el viejo corredor—. No se dispara sin motivo.

—¿Vienen?

—Así lo creo.

Sandy-Hook se acercó a ellos.

—Sí —dijo—. Presiento que Minnehaha llega trayéndome la muerte.

—Lúgubre pensamiento Sandy —contestó John—. Nosotros seremos los que curtirán la piel a la jaguara.

El bandido movió la cabeza.

Yo he nacido bajo una estrella fatal —dijo luego—. Ya verán ustedes como no obtengo mi indulto ni los diez mil dollars ofrecidos por el Gobierno de Washington por la captura de la *Desolladora*.

Mister John, si muero os nombro mi heredero.

—Usted vivirá tanto como Noé.

—¿Qué edad alcanzó el gran patriarca?

—Creo que novecientos años.

—Me sobrarían, no quiero llegar a ellos. Además...

—¡Silencio!...

—Otro tiro de revólver ¿no es eso?

—Sí, *mister John*. No comprendo por qué nuestros hombres no hacen uso de los *rifles* que les serían más útiles. También los canadienses habían oído la detonación aunque había sido muy débil.

—Estad preparados —les dijo su jefe.

Después volviéndose hacia el *indian-agent*, le preguntó:

—¿Usted cree que serán los nuestros los que han hecho?

—Sí —respondió John— porque los indios prefieren el fusil de repetición al revólver.

—Para desperdiciar más municiones en menos tiempo.

—Precisamente, señor.

En el mismo momento una voz gritó en el pequeño campamento atrincherado haciendo ponerse en pie a todos.

—¡Que vienen! ¡A las armas!...

—¡Nuestros exploradores! —gritó el *indian-agent*— No haced fuego hasta que hayan pasado.

—¡Todos a tierra! —mandó el canadiense—. Apuntad bien y que cada uno elija su blanco.

Sandy-Hook se volvió hacia Harry.

—¿Están dispuestos los caballos? —le preguntó.

—Sí, Sandy. ¿Queréis dar una carga?

—Minnehaha me matará, lo presiento, pero esta vez no se me escapará. Estén ustedes dispuestos a montar al primer aviso.

—¡Ahí están! —gritaron en aquel momento los canadienses.

—¡A caballo! —gritó Sandy-Hook con voz tonante—. ¡Mano a los revólveres!

De los *Selvas Ardientes* no habían quedado en pie más que diez o doce.

Sandy-Hook a pesar de sus fúnebres presentimientos, se precipitó sobre Minnehaha, gritándola:

—¡Entrégame tu cabellera, jaguara!...

Al verse alcanzada la *Desolladora*, se volvió sobre la grupa de su caballo y con mano segura arrojó su hacha de guerra, que fue a clavarse en la frente del bandido.

Aunque cegado por la sangre, el desvalijador de los correos

californianos, tuvo tiempo para apuntar con su revólver.

Ocho tiros retumbaron uno tras otro y la *Desolladora* acribillada a balazos, dejó caer su escudo, lanzó un alarido salvaje, de fiera herida de muerte y se desplomó al suelo, enrojeciendo con su sangre la nieve y el blanco manto colgado de sus hombros.

En aquel mismo momento, el *indian-agent* abatía al viejo Nube Roja con un certero disparo de su rifle.

Los cinco o seis indios escapados a la matanza, huyeron hacia Septentrión, desapareciendo entre las manchas de bosque.

El primer pensamiento de John al terminar la lucha, fue correr hacia Sandy-Hook.

—¡Sandy! ¡Sandy! —gritó—. ¡Harry, Jorge, señor Devandel, corran ustedes!

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando caballo y jinete se derrumbaron rodando envueltos por el suelo.

El hacha de guerra de Minnehaha, se había desprendido de la herida, agrandándola y por el boquete salían juntos olas de sangre y pedazos de cerebro.

—Está muerto —dijo John con acento conmovido—. Había sido un bandido, pero a pesar de ello, no merecía un fin semejante.

Se acercó a Minnehaha. La terrible *Degolladora* en un último y supremo esfuerzo se había envuelto en su blanco manto heredado de la gran Yalla y parecía dormida.

Hasta sus facciones de rasgos fieros, casi varoniles, no habían suavizado en los espasmos de la agonía.

John levantó el escudo de guerra, mirando melancólicamente a su cabellera que pendía de un anillo de plata y la arrancó

rabiosamente, diciendo:

—Me haré otra peluca con mis propios cabellos, y el drama ha terminado.

CONCLUSIÓN

Veinticinco horas más tarde, los cuatro corredores, sepultado Sandy-Hook y despedidos de los canadienses, volvían hacia el Sur.

John cumplió su palabra de hacerse una nueva peluca con los propios cabellos, como la cumplió el Gobierno de Washington, entregando a los tres valientes corredores, los diez mil dollars que debían haber terminado en los bolsillos del pobre Sandy-Hook.

Ahora aquellos bravos cazadores viven en las fronteras cazando bisontes, sin que les haya hecho orgullosos aquella herencia de diez mil piezas de plata.

Emilio Salgari



Emilio Carlo Giuseppe Maria Salgarin 1 (Verona, 21 de agosto de 1862-Turín, 25 de abril de 1911) fue un escritor, marino y periodista italiano. Escribió principalmente novelas de aventuras ambientadas en los más variados lugares —como Malasia, el Océano Pacífico, el mar de las Antillas, la selva india, el desierto y la selva de África, el oeste de Estados Unidos, las selvas de Australia e incluso los mares árticos—.

Creó personajes, tal vez el más conocido de ellos sea el pirata Sandokán, que alimentaron la imaginación de millones de lectores. En los países de habla hispana su obra fue particularmente popular, por lo menos hasta las décadas de 1970 y 1980.

Emilio Salgari nació en el seno de una familia de pequeños comerciantes, hijo de Luigia Gradara y Luigi Salgari. En 1878 comenzó sus estudios en el Real Instituto Técnico Naval «Paolo Sarpi», en Venecia, pero no llegó a obtener el título de capitán de gran cabotaje. Su experiencia como marino parece haberse limitado a unos pocos viajes de aprendizaje en un navío escuela y un viaje posterior, probablemente como pasajero, en el barco mercante Italia Una, que navegó durante tres meses por el Mar Adriático, hasta atracar en el puerto de Brindisi. No hay evidencia alguna de que realizase más viajes, aunque el propio autor así lo afirma en su autobiografía, declarando que muchos de sus personajes están basados en personas reales que conoció en su vida como marino. Salgari se daba a sí mismo el título de «capitán» e incluso firmó con él algunas de sus obras.